

César Pérez Gellida

Dies irae



se

A Olga, mi alimento

«Una creencia no es simplemente una idea que la mente posee, es
una idea que posee a la mente».

ROBERT OXTON BOLT

«La oscuridad me acecha incrédula».

LEÓN LARREGUI

Zoé



Prólogo

La mirada de las 200 yardas

La mirada de la desorientación, de la locura, de la guerra. La de los soldados que han asumido que no sobrevivirán a ese conflicto, que están más muertos que vivos, que solo les queda esperar, como decía Shakespeare, «una buena muerte». Esa mirada de la que hablan Dyer y Junger en *Guerra* o Malaparte en *Kapput*. La mirada de las 200 yardas. Una de las expresiones más populares entre las tropas destinadas en Vietnam. Todo el mundo se apartaba del que la tenía. De esos soldados callados, taciturnos, trastornados, a veces gritones, a veces lloricas. Todo el mundo huía de ellos porque olían a muerte y nadie quería estar junto a ellos en la próxima emboscada.

Una mirada de la que ya hablaron dos psiquiatras norteamericanos a finales de la Segunda Guerra Mundial para definir el estado de desorientación que presentaban numerosos soldados aliados tras el desembarco de Normandía. Los médicos realizaron su estudio a finales de 1944, pero se aventuraron a decir que sus conclusiones podían aplicarse a cualquier soldado, en cualquier guerra y de cualquier cultura. Yo me atrevería a decir que esa mirada la he encontrado también en civiles, en no combatientes, en refugiados y, desde luego, también en periodistas, en los numerosos conflictos en los que he estado. Una expresión desvalida, perdida, desesperanzada, carente de empatía e incluso, a veces, de humanidad.

Como relataban los psiquiatras en su informe, los primeros días de esos soldados, realmente los primeros días para cualquiera que se encuentra en las turbulencias de una guerra, suceden entre el miedo y el pánico por lo que ocurre alrededor. Después, se pasa a una fase en la que ya se distingue lo simplemente peligroso de aquello que es completamente espantoso. Se aprende a diferenciar un hecho cotidiano de guerra, con toda su carga de muerte, de un crimen contra la humanidad, es decir, de algo completamente innecesario por su ferocidad o monstruosidad. Dicen los psiquiatras que a la tercera semana de conflicto los soldados están en su punto óptimo de operatividad. Que se convierten en efectivas máquinas de matar. Si lo aplicáramos a los civiles diríamos que a la tercera semana asimilan su trágico destino con la terrible displicencia de quien sabe que ya es solo una máquina de morir. El informe forense concluye que en torno a la sexta semana empieza el deterioro de los soldados. La asunción de que van a morir, de que no saldrán vivos de esa guerra y de que ese destino es inevitable. La mirada de las 200 yardas.

Cada vez que he visto a alguien con esos ojos, en Kosovo, en Irak, en Afganistán, en Colombia, en Ruanda, en Mali, he procurado no cruzarme con esa mirada. En mi vida profesional he tenido que bajar muchas veces la vista al suelo. Muchas. Y siempre en situaciones que se nos podían escapar a todos de las manos y podían acabar en tragedia. No, no suelen ser los momentos de combate, las refriegas, los tiroteos o las emboscadas las únicas situaciones de peligro en una guerra. Creo que es peor encontrarte a solas en un control de carretera con milicianos borrachos en los Balcanes, o con niños soldados drogados en el Congo, o con muyahidines yihadistas, o guerrilleros drogados, o narcos despiadados.

El miedo es la clave. Reconocer ese miedo rápidamente en cuanto lo tienes porque te va a salvar la vida y esconderlo adecuadamente para que no delate tu debilidad. Porque si cruzas tu mirada temerosa con la de ellos, con esa de las 200 yardas, la de aquel a quien todo le importa una mierda porque está convencido de lo inevitable de su muerte, cruzar esa mirada con ellos, insisto, y que huelan tu miedo puede ser tu último error. Por eso yo la bajo, no mantengo nunca una mirada desafiante, ni altiva, ni siquiera condescendiente o graciosa, no; hay que tratar de ser neutro. De salir de ese

momento cuanto antes y vivo. No se puede dialogar con alguien que se cree muerto.

Y este libro de César Pérez Gellida nos habla de gente que tuvo esa mirada. *Dies irae* se mete en la mente de personajes que vieron desde dentro lo que es la guerra, que la sintieron, que la hicieron, que la sobrevivieron. César recorre el conflicto de los Balcanes, la destrucción de la quimera yugoslava, la versión más cruel de las rencillas identitarias, con la crudeza y la desolación necesarias para adjetivar una guerra. Cualquier guerra. Con la mirada de las 200 yardas.

Jon Sistiaga



Personajes

Personajes principales

Augusto Ledesma. Diseñador gráfico y experto en documentoscopia.
Asesino en serie.

Orestes. Integrante de Das Zweite Untergeschoss.

Ramiro Sancho. Inspector de policía del Grupo de Homicidios de Valladolid.

Armando Lopategui, «Carapocha». Psicólogo criminalista. Exagente del KGB y la Stasi.

Erika Lopategui. Doctora en Psicología.

Goran Jerčić. Experto informático, amigo y colaborador de Carapocha.

Gracia Galo. *Ispettora capo della Squadra Mobile della Questura di Trieste.*

Otros personajes

Giuseppe Padulano. *Questore della Questura di Trieste.*

Marco Fucich. *Sovrintendente della Squadra Mobile della Questura di Trieste.*

Nikolay Kolyvanov, «Kolia». Copropietario de una tienda de souvenirs en San Petersburgo.

Anastasia Kuremaa, «*Nastia*». Copropietaria de una tienda de souvenirs en San Petersburgo.

Danilo Gaspari, «*Don Daniele*». Empresario esloveno afincado en Trieste relacionado con el tráfico de armas.

Drago Obućina, «*Komovi*». Antiguo integrante de los Tigres de Arkan, jefe del servicio de seguridad de Danilo Gaspari.

Marija Grbić. Jefa de recepción del Hotel Moskva en Belgrado.

Milos Krašić, «*Buzdovan*». Agente de la BIA.

Chiara Trebbi. Estudiante del doctorado de Literatura Comparada en la Universidad de Trieste.

Dottore Turone. *Capo del Servizio di Polizia Scientifica della Questura di Trieste*.

Adelpho della Valle. Columnista de la sección cultural de *Il Piccolo* de Trieste.

Señor Kapllani. Jefe de una banda criminal albanesa dedicada fundamentalmente al tráfico de armas.

Rudi Gervigan, «*Vigan*». Guardaespaldas del señor Kapllani.

Robert J. Michelson. Jefe de la ISUF (Unidad de Búsqueda Internacional de Prófundos) y de la OCN (Oficina Central Nacional) de la Interpol en el Reino Unido.

Magda Voosen. Turista holandesa.

Ivica Bastić. Propietario del restaurante Kafana Dačo de Belgrado.

Thomas Karremans^[*]. Teniente coronel de la UNPROFOR en 1995.

Ratko Mladić^[**]. Jefe del Estado Mayor del ejército de la República Srpska.



Y ahora solo soy bufón

*Hotel Fontana
Bratunac (República Srpska)
11 de julio de 1995, a las 19:50*

Aquel hombre enjuto, de pelo cano, talludo y de porte distinguido caminaba pesaroso sin apenas atreverse a levantar la mirada de sus lustrosas botas militares. Se notaba a sí mismo mucho más aterrado de lo que cabría esperar de un teniente coronel de la UNPROFOR y comandante en jefe de uno de los cinco enclaves protegidos por la ONU: Srebrenica. Comprobar que el rostro de su subordinado estaba absolutamente desdibujado le hizo ganar a Thomas Karremans algún punto de coraje.

La situación había empeorado drásticamente en los últimos días. Los serbios acababan de tomar Srebrenica; entre otras cosas, gracias a la casi nula oposición de la OTAN. A la desesperada, sin apoyo aéreo y a modo de advertencia, Karremans ordenó abrir fuego de mortero contra las posiciones del VRS^[1], pero aquello no causó el efecto que buscaba; más bien, todo lo contrario. En ese momento, tenía a casi veinticinco mil civiles agolpados a las puertas de su cuartel general de Potočari y a las tropas serbias paseándose por las calles de la ciudad «protegida» mientras afilaban sus cuchillos.

Si alguien le hubiera dicho dieciséis meses antes que llegaría a odiar tan

profundamente su amada profesión de militar en tan pocas semanas, le hubiera tomado por un estúpido. Pero lo cierto era que, últimamente, se acordaba con más inquina que orgullo del momento en el que asumió el mando del tercer batallón para sustituir a las dos compañías canadienses que, bien o mal, controlaban el área que él acababa de perder. Si de algo estaba seguro en aquellos momentos, es de que se dejaría depilar con pinzas su profuso bigote con tal de no tener que tratar con aquel tipo, ese hombre del que se decía que tenía más poder que el propio Karadžić y que contaba con patente de curso firmada por el mismísimo Milošević para tomar decisiones en aquel condenado territorio: Ratko Mladić.

Su vida y la de sus hombres dependían del desenlace que tuviera aquel encuentro.

Karremans levantó la cabeza a pocos metros de la entrada principal del hotel. Allí les estaban esperando dos soldados uniformados, luciendo con orgullo sus brazaletes de la República Srpska. Esforzándose por aguantar el examen visual de aquellos hombres, le asaltó la última conversación telefónica que había tenido con su mujer, en la que le propuso colgar definitivamente el sable y retirarse a la Costa Blanca española. Hasta aquel preciso instante, no le gustaba absolutamente nada la idea de trasladarse tan lejos de su Apeldoorn natal, pero ya había tomado la decisión definitiva antes de estrechar la mano a aquellos tipos de mirada turbia y sibilina sonrisa: la llamaría al final del día para darle la buena noticia..., si es que lograba salir vivo.

A pesar de la poca luz que había en el vestíbulo, pudo distinguir las siluetas de los tres hombres que conversaban en voz baja cerca de una pared. Cuando se acercó a ellos, el de la espalda ancha y cabeza prominente se giró con aire severo. La inspección ocular del líder serbio le fulminó por dentro, pero consiguió sostener el envite y se mantuvo firme. Uno de ellos, que hacía las funciones de traductor, empezó con las presentaciones. Apenas habría un metro de distancia entre el blanco y poblado bigote de Karremans y los ojos de un azul aguzado de Mladić. A su espalda, otro soldado serbio grababa en vídeo la escena.

Karremans no se esperaba una toma de contacto previa a la reunión y desgranó los segundos que Mladić tardó en tomar la palabra. Entretanto, su

subordinado se mantenía a su flanco izquierdo sin intención alguna de intervenir y deseando estar en cualquier otro rincón del planeta.

—Le agradezco que haya acudido a mi llamada —expresó Mladić trascendente, en serbio.

El traductor, en inglés balcánico, tradujo.

El coronel inclinó la cabeza como respuesta, dando tiempo a sus cuerdas vocales para que se aclimataran y así poder fabricar una respuesta.

—Lo primero que quiero saber es si usted dio la orden a sus soldados de disparar a mis soldados —le espetó Mladić en tono inquisitivo.

—No exactamente —balbuceó Karremans.

—No le he mandado llamar para que responda con evasivas de mierda a mis preguntas. ¿Dio usted la orden de disparar a mis soldados?, ¿sí o no? —inquirió elevando progresivamente el tono y modulando la voz con agresividad.

Karremans cogió aire para aguantar los primeros directos. No sabía qué postura adoptar: inicialmente, cruzó los brazos sobre la cintura para subirlos de inmediato a la altura del pecho y tocarse la cara mientras el traductor hacía su trabajo. Mladić interpretó con acierto y satisfacción que aquellos gestos le hacían ganador por KO del primer asalto.

—Di la orden de defendernos —reconoció el holandés bajando de nuevo los brazos y escondiendo la mirada.

—¿Defenderse de quién? Ustedes no han sido atacados por nadie... todavía —recalcó.

—Fuimos atacados por fuego de mortero y carros de combate —respondió el holandés al traductor.

—Entonces, ¿fue usted quien dio la orden de atacar a mis soldados e hizo que la aviación de la OTAN bombardeara mis posiciones y a mis tropas? —insistió.

—No, en absoluto. Yo no tomo esas decisiones. Yo solo informo de lo que sucede. Las decisiones se toman en el Alto Mando de Sarajevo y en Naciones Unidas, en Nueva York.

—Según el acuerdo de abril y mayo de 1993, ustedes están en Srebrenica con el único propósito de desarmar a los musulmanes, que se encuentran bien armados gracias al mercado negro que ustedes no controlan y preparados para

luchar contra los serbios.

Mladić interrumpió al traductor para continuar con su asedio dialéctico.

—Por otra parte, hoy mismo también ha dado la orden de disparar contra mis soldados. Quiero saber qué debo esperar de usted.

—He podido hablar con el general Nicolai hace... dos horas —dijo el coronel mirando su reloj—, y me ha comunicado que, aunque la misión del batallón holandés ha terminado, debo defender a los refugiados... en la medida de mis posibilidades —dudó.

—Les han ayudado mucho más de lo necesario.

—Yo estoy aquí para defender a la población, no a los militares.

Mladić encontró la grieta que estaba buscando y decidió que era el momento de relajar el tono de la conversación. Karremans lo agradeció, a pesar de que su rostro era el fiel reflejo del desasosiego.

—Últimamente fumo demasiado. Tome uno.

Karremans lo aceptó, controlando el temblor de sus manos.

—No se preocupe, no será el último que fume —expuso Mladić sin la menor intención de hacer un chiste antes de volver a la carga—. Claro, claro..., ustedes defienden a los musulmanes y a los croatas, pero se han olvidado de la población serbia; especialmente, Van der Broek^[2]. Es uno de los que han destruido nuestro sueño de formar un Estado unido. Serbios y musulmanes convivíamos en paz; incluso aquí, en Srebrenica. Hasta que los musulmanes empezaron a seguir las órdenes de los mafiosos occidentales.

Karremans se apretó los lacrimales y se limitó a asentir con la cabeza mientras le traducían el discurso del general. Contra todo pronóstico y antes de que terminara de hablar, murmuró unas palabras que el traductor no pudo entender.

—¿Cómo dice? —Quiso saber el líder serbio.

—Es algo que siempre suelo decir: yo soy como un pianista. No disparen al pianista —expuso Karremans.

Mladić buscó la réplica.

—Usted es un pianista muy valorado. ¿Tiene mujer e hijos?

—Sí. Tengo tres niños.

—¿Hace cuánto tiempo que no les ve?

—Medio año.

—¿Y le gustaría volver a verles?

—¿Perdón?

—Que si le gustaría verles de nuevo.

—Sí, por supuesto.

—Lo mismo querían mis soldados que han sido asesinados hoy por usted, y también todos los que ya han muerto luchando por recuperar Srebrenica. Si no hubiera sido usted tan tolerante con los bosnios armados, todavía podrían ver a sus familias.

A Karremans, que empezaba a encontrarse algo más sereno, se le cortó la respiración. Mladić acababa de ganar el combate y se disponía a cobrar su premio, pero antes dejó que un silencio eterno siguiera carcomiendo las defensas de un rival que no luchaba por su pueblo. Él sí lo estaba haciendo. Esa era la gran diferencia.

Cuando lo creyó oportuno, el serbio le preguntó de nuevo con mirada viscosa:

—Entonces, ¿cómo ve la resolución de este problema?

—Yo puedo tener una opinión al respecto, pero quizá no sea lo que decidan en Sarajevo. Ellos son los que se encargan de la política. Desde mi punto de vista, el enclave será desalojado, pero no por el bien del Gobierno bosnio, sino por el de la población. Yo quiero ayudar a los refugiados a salir del enclave hacia..., bueno, en realidad no sé hacia dónde tendrían que ir.

—Eso es justo lo que nosotros queremos y le vamos a ayudar, pero primero deben entregar todas las armas. Luego, les escoltaremos hacia una zona segura, hasta su territorio. Necesito que usted me apoye en este punto. Deben entregar las armas, porque Alá ya no puede ayudar a los musulmanes; Mladić sí.

Thomas Karremans asintió de puro convencimiento.

—Muy bien.

Acto seguido, alguien apareció con un cerdo y lo degollaron delante del mando de la UNPROFOR. Nunca supo cómo interpretar aquel gesto, pero seguiría escuchando los gritos del animal muchos años después. Luego, repartieron *prepečenica*^[3] y todos brindaron. El licor casero abrasó la garganta de Thomas Karremans, pero sabía que el verdadero mal trago ya había pasado.

La continuación de aquel encuentro tuvo lugar en una sala del hotel en la que esperaba pacientemente Nesib Mandžić, un bosnio que, como director del instituto local, había sido elegido a la fuerza para representar a sus compatriotas. Al día siguiente, con el comandante holandés como testigo oficial, se rubricó el acuerdo por el que los bosnios se comprometían a entregar las armas y el general Mladić a respetar sus vidas. Para entonces, muchos bosnios ya habían emprendido la huida hacia Tuzla a través de las montañas; los que no pudieron, quedaron bajo el amparo de las fuerzas serbias del VRS.

Cuando empezó el desalojo del campo de refugiados, metieron a la mayor parte de las mujeres y niños en autobuses y fueron transportados a Kladanj. Los varones, sin embargo, correrían la misma suerte que aquellos que pretendían llegar a pie hasta territorio bosnio.

Se estima una cifra de muertos cercana a los ocho mil bosnios musulmanes, masacrados por los serbios en los alrededores de Srebrenica durante los días sucesivos. Hoy en día esa cifra se ha puesto en entredicho, pero aún se siguen recuperando cuerpos de las fosas comunes.

Erika Eisenberg nunca figurará en ningún listado oficial de víctimas^[4].



Inventarios de pánico

*Avenida Nevsky (San Petersburgo)
13 de abril de 2011, a las 21:56*

Con independencia de cómo se pronuncien en cada país o región de la zona del Báltico, los significados de las palabras «lealtad» y «fidelidad» están claramente diferenciados. Raramente se usan como sinónimos: la lealtad se asocia a una causa concreta que tiene que ver, principalmente, con la razón. Por su parte, la fidelidad se vincula necesariamente con otro individuo y, consecuentemente, se relaciona con el corazón. Nikolay Kolyvanov y Anastasia Kuremaa podrían servir como ejemplo; juntos conformaban una pareja indisolublemente unida por la lealtad, aunque no siempre se fueron fieles.

Como cada 13 de abril, el matrimonio se apresuraba a rematar sus quehaceres antes de cerrar su negocio de souvenirs situado en la avenida Nevsky. La temporada alta acababa de dar comienzo en San Petersburgo y ya se empezaba a notar en la caja, pero no era precisamente el empujón económico el motivo por el que aquel día era tan especial para la pareja. Desde que Kolia y Nastia se casaron, no había pasado un solo aniversario sin que lo celebraran por todo lo alto, rememorando su noche de bodas en aquella cabaña aislada a orillas del lago Võrtsjärv, en Estonia. Resultaba que

toda la familia de Nastia era originaria de Puhja, una pequeña población fundamentalmente agrícola de menos de mil habitantes, pero muy próxima a Tartu, la segunda ciudad más grande de esa república báltica. La de Kolia, sin embargo, procedía del Óblast de Leningrado, y se había dedicado generación tras generación a comerciar con los países bañados por las mismas gélidas aguas del Báltico.

Se conocieron un 23 de junio de 1985. Recién cumplida la mayoría de edad, Kolia se había puesto a trabajar con su tío Konstantin y, aquel día, ambos viajaron hasta Tartu para tratar de colocar algunas de sus réplicas de antigüedades a aquellos paletos provincianos. Se había levantado a las cinco de la mañana para conducir las casi seis horas de trayecto por carretera que le separaban de su San Petersburgo natal. A mediodía, cuando terminaron de colocar su puesto en la plaza del ayuntamiento, las dos rebanadas de pan de centeno y los tres tragos de vodka que había desayunado no eran más que un lejano recuerdo para su estómago. Se celebraba el Día de la Victoria y, a pesar de que Kolia no sabía ni le importaba a quién habían vencido los estonios en la batalla de Võnnu, las falsificaciones se estaban vendiendo a buen ritmo. A eso de las tres de la tarde, su tío le dio permiso para ir a comer. Cegado por el hambre y guiado por los aromas del *sült*^[5] y la sopa de col, llegó hasta un puesto de productos típicos de la zona. Nastia se encontraba tras una improvisada barra de madera y estaba ataviada con el traje tradicional; Kolia vio por vez primera su larga y dorada melena. De inmediato, el hambre pasó a un segundo plano en su escala de necesidades e hizo valer sus innatas cualidades para la venta intentando llamar la atención de aquella belleza báltica. Los golpes que le propinó su tío Konstantin por haber regresado al puesto una hora más tarde de lo acordado fueron dulces caricias comparados con el estropicio que la estonia había ocasionado en el corazón del joven Kolia. Diez meses más tarde, durante los que este visitó Tartu en ocho ocasiones, Nastia se convirtió en su esposa y, aunque ella nunca pudo darle hijos, lograron expresar al máximo su vida como pareja; siempre juntos, leales a una causa común.

Aquel día cumplían sus bodas de plata y lo iban a festejar de una forma muy especial, como hicieron la primera vez en la cabaña del lago. En la trastienda, Nastia aprovechaba las últimas horas del día para hacer inventario

de las ventas de la jornada: nueve matrioskas, tres de ellas de las caras; dieciséis piezas de *jojlomás*^[6]; siete artículos de *gzhel*^[7]; once productos textiles; cuatro latas de caviar de beluga, tres de treinta gramos y una de cien; once latas de caviar de salmón, todas de treinta gramos; diez botellas de vodka de distintas marcas, y veinticuatro artículos varios. Total, 18 594 rublos. Sonrió satisfecha antes de guardar el dinero en la caja fuerte. Mientras, Kolia reponía las estanterías colocando con mimo la mercancía para la venta del día siguiente. Desde el interior, Nastia pudo escuchar el tintineo de la puerta al abrirse y miró su reloj. Faltaba un minuto para el cierre y soltó una maldición, le irritaba que entrara algún cliente rezagado si ya había cuadrado la caja; mucho más, en un día tan especial como aquel. Confiando en que Kolia le despachara por la vía rápida, salió de nuevo a la tienda para apagar las luces. Un golpe seco en la nuca la dejó sin sentido antes de desplomarse.

La voz de Kolia pronunciando su nombre fue lo primero que escuchó Nastia cuando empezó a recobrar la conciencia. Había muy poca luz en el sótano que utilizaban como almacén y, a pesar de que todavía no registraba muy nítidas las imágenes, pudo distinguir a su marido a menos de un metro. Estaba de pie, con los brazos estirados, atado a una argolla soldada a la viga del techo de la que colgaban el embutido que habitualmente adquirían en Puhja para curarlo y para otros menesteres más lascivos, aunque no tan frecuentes. Allí abajo olía a humedad y a naturaleza muerta, como un montón de algas secándose bajo el sol. No tardó en darse cuenta de que ella estaba en la misma situación. Le dolían las muñecas, los hombros y la parte posterior de la cabeza.

—¡Nastia! ¡Nastia, despierta!

—Kolia, ¿qué sucede? —preguntó ella atemorizada.

—No lo sé. Alguien me ha golpeado. ¿Cómo estás tú?

—Algo aturdida. Mareada. Tengo miedo. ¿Qué está pasando?

—¡Te digo que no lo sé! Estaba agachado colocando el material y alguien entró en la tienda. No sé más. Me duele la cabeza. Tranquila, seguramente ha sido algún ladrón que nos habrá limpiado la caja mientras hemos estado inconscientes. Trata de desatarte. Yo lo he intentado, pero me ha sido imposible.

—No puedo. ¡Dios mío, Kolia, estoy aterrada! ¡Todavía podrían estar arriba!

—No. Llevo un rato tratando de escuchar algo y no oigo ningún ruido. Ya se habrán marchado.

—¿Crees que las habrán descubierto?

—No. Tranquila, pensemos solo en cómo desatarnos. Tranquila —insistió —, no pasará nada.

—Te equivocas, querido Nikolay.

Una extraña voz que se dirigía a ellos en ruso les hizo girar al unísono la cabeza hacia la oscuridad.

—¡¿Quién está ahí?! —gritó Kolia tratando de distinguir alguna silueta en la dirección de la que provenía esa voz—. ¿Qué demonios quieres de nosotros?

Nadie contestó, alimentando el estado de nervios del reo.

—¡Llévate el dinero! ¡Llévate lo que quieras, pero márchate!

No hubo respuesta.

—¡Maldita sea! ¡Coge todo lo que quieras, pero déjanos tranquilos!

—Es curioso —dijo la voz—, ahora suplica el implacable. El lobo, convertido en cordero.

—¡Dios mío, Kolia! ¡Lo sabe! —intervino Nastia en voz baja.

—Por favor, cielo, déjame hablar a mí. Yo manejaré la situación, tú solo permanece con los ojos muy abiertos y no digas nada —le susurró.

Kolia comprobó la solidez de sus ataduras al tiempo que notaba cómo la camisa se le pegaba a la espalda por el sudor y sus latidos se aceleraban. Trató de calmarse.

—Muy bien. Escucha, tenemos objetos de mucho valor que seguramente no habéis encontrado. Suéltame y te llevaré hasta ellos. Son tuyos. Podrás venderlos fácilmente y sacarás un buen dinero.

—¿Cuántos años lleváis haciendo esto? —Quiso saber el intruso.

Su voz procedía en ese momento del lado opuesto al que los cautivos estaban mirando. Aquel individuo se había movido sin que se dieran cuenta de ello cobijado en la oscuridad perimetral. Hablaba con tono firme, pero con un acento extraño. Parecía de la capital o, quizá, de la zona del Cáucaso, conjeturó Kolia.

—¡Dios mío, Kolia! —exclamó ella azorada.

—Te he dicho que mantengas la boca cerrada. ¡¡Maldita sea, Nastia!!

—¿Así es como tratas a tu amada esposa, Nikolay?

—¡Déjate de juegucitos y dime qué es lo que quieres!

—Quiero saber dónde lleva esta puerta —exigió la voz golpeando con los nudillos en una chapa metálica.

El cautivo tardó unos segundos en contestar. La voz podría ser la de un hombre de unos cincuenta años. No descartó el acento del Cáucaso, pero le pareció que hablaba como sus familiares de la zona de Volgogrado.

—Esa puerta solo lleva a otro sótano en el que guardamos los sobrantes de la temporada. Allí abajo solo hay artículos sin apenas valor. Desátame y te lo muestro.

—Sobrantes de temporada. Bonita definición. No va a hacer falta que me acompañes, solo dime dónde está la llave que abre la puerta.

—Hace años que no bajamos ahí. No tengo ni idea de dónde puede estar esa maldita llave.

Un fuerte escozor localizado en su carrillo derecho provocó el alarido desgarrador de Kolia. Notó la espesa humedad de la sangre resbalando por su cuello. Nastia se retiró instintivamente de su marido tratando de proteger la cara entre los brazos mientras intentaba distinguir algo en la negrura. Cada vez le costaba más respirar.

—¿¡Qué me has hecho, maldito negro^[8] cabrón!?

—¡Te ha rajado, Kolia! ¡¡Te ha rajado la cara!! Me ha parecido ver el filo de un cuchillo o una navaja, pero luego ha desaparecido. Estás sangrando mucho. ¡Dios mío! El corte va desde la boca hasta la oreja, y parece muy profundo. ¡¡Dios mío, Kolia!! No veo nada. No sé dónde está.

—¡Hijo de la gran puta! ¡Suéltame y dame un cuchillo para defenderme!
¡Negro cobarde! ¡Malnacido!

Sus palabras sonaban distintas; el corte dificultaba en buena medida la correcta pronunciación.

—Si me vuelves a tratar como a un estúpido, haré el siguiente corte en el cuello de tu querida Anastasia —amenazó la voz con tono sosegado.

—Está bien, está bien. Tranquilicémonos. Todos tranquilos. La llave. Déjame pensar. Debe de estar en el tercer cajón del mostrador. Sí, allí tiene

que estar.

Silencio.

Nastia emitió un grito agudo y prolongado al sentir cómo se abría su carne.

—¡¡Me ha rajado la cara!! —exclamó entre alaridos—. ¡¡Me ha desfigurado!! ¡Maldito seas, Kolia! ¡¡Maldito seas!! ¡Él tiene la llave! ¡Siempre la lleva encima, en su manojo!

—Cállate de una puta vez, mujer. ¡Cierra la boca!

—¡Me ha desfigurado! ¡¡Dios santo!! ¡Dale esas malditas llaves!

Un inconfundible sonido metálico se escuchó detrás de Nastia.

—¿Te refieres a estas, querida? —preguntó la voz con fingido tono de misterio—. Se las cogí de la chaqueta cuando estaba inconsciente. Tenía interés por comprobar la solidez de vuestra relación. Taimi y Henna ya están a salvo. ¿Cuántas niñas han sufrido vuestra depravación en este sótano? ¡¿Cuántas?! —repitió elevando la voz por primera vez. Sonaba realmente indignado—. No hace falta que contestéis. Ya poco importa, no volveréis a torturar, violar ni asesinar a nadie más. Aquí se termina todo.

—Te lo dije. Te lo advertí y no me hiciste caso —recriminó ella a su marido.

—¿Y quién demonios eres tú? —intervino Kolia—. No eres de la policía, ¿verdad? ¿Qué vas a hacer ahora con nosotros?

—Justicia.

Nastia comenzó a sollozar. Kolia se agitaba con violencia hasta que el frío de la hoja del cuchillo en su garganta le forzó a parar en seco. Entonces, Nastia pudo verle la cara.

—Yo te conozco —aseguró ella—. Te he visto varias veces en la tienda. Un rostro así no se olvida.

—Diecisiete desapariciones de niñas entre quince y veinticinco años en las últimas dos décadas en San Petersburgo. La mayoría, turistas provenientes de vuestros vecinos países del norte, como estas dos chicas finlandesas. Casi todas, rubias y de pelo largo. Elegidas por ti. ¿No es así, querido Nikolay?

—¡¡Sí!! ¡¡Sí!! —confirmó Nastia aprovechando la coyuntura—. Todo lo organizaba él. Yo no podía hacer nada, estaba aterrorizada. Siempre he vivido atemorizada por él. Es un auténtico monstruo.

—¡¡¡Maldita zorra!!! Todo lo hacía por ti. ¡Disfrutabas tanto como yo con tus juguetes!

—Ahora no es momento de tirarse cubos de mierda a la cabeza. Ya he dictaminado el veredicto, y ambos sois igual de culpables; estoy seguro de eso. He visto todas vuestras herramientas de tortura: cuerdas, látigos, cuchillos, machetes, tijeras, pinzas, tenazas... y, por supuesto, todos los «juguetes» con los que violabais a vuestras víctimas antes de matarlas. ¿O era después?

—¡¡Él es el único culpable!! —repitió Nastia.

—¡Nada de esto habría sucedido si no hubieses sido una zorra y hubieras llegado intacta a nuestra noche de bodas! —la acusó Kolia.

—Así que ese era el motivo —dijo el hombre ejerciendo más presión con el cuchillo sobre el cuello de Kolia—. El resarcimiento de la honra. Rusia ya tiene a su Karla Homolka y Paul Bernardo^[9], aunque no disfrutaréis de su fama.

—Nunca supo perdonármelo —confesó ella gimoteando—, por eso me obligaba a participar en sus juegos.

—Y luego las desmembrabais y os deshacíais del cuerpo en el río. ¿Me equivoco?

—Él se encargaba de todo eso. Yo era incapaz de hacerlo. Las metía en bolsas y las tiraba en el delta del Nevá para que la corriente las arrastrara hasta el Báltico. Pero en noviembre, diciembre y enero, cuando el río y las aguas del golfo de Finlandia se congelan, casi no hay turistas y me utilizaba a mí para satisfacer sus necesidades al no poder capturar a ninguna de sus princesas. Yo solo soy una víctima más. ¡¡Tienes que creerme!!

El silencio se adueñó por unos instantes de la estancia. Kolia apretaba los dientes cabizbajo mientras que Nastia seguía escrutando la penumbra, acongojada.

—Esto es lo que va a pasar ahora —anunció la voz—: solo necesito a uno de los dos con vida para llevarle ante las autoridades y que confiese todos los crímenes que habéis cometido. El otro morirá aquí y ahora.

Kolia levantó la cabeza y clavó la mirada en su esposa. Nastia pudo leer nítidamente en sus ojos la necesidad de ser reconocido en vida.

—A ella no la creerían jamás —apuntó él—. Solo yo sé dónde arrojaba

los cuerpos. Tengo anotados los nombres de todas y cada una de mis muñecas.

—¿En esa libreta roja que guardas en el falso fondo del mostrador? —desveló ella—. Lo sé desde hace muchos años, y también he visto las fotos. Yo misma contaré los detalles de todo. Debes pagar con tu vida.

—Tranquilos. Los dos tendréis vuestra oportunidad —interrumpió la voz tras reponerse de la sorpresa por la coincidencia con su cuaderno—. Como veréis, cada mano está atada de forma independiente.

En apenas unos segundos, liberó el brazo derecho de ambos, que se palparon las heridas de sus respectivas caras exhibiendo sin tapujos sendas muecas de dolor. Luego, intentaron recuperar el normal funcionamiento de la extremidad mediante continuados movimientos de hombro, codo, muñecas y dedos. Sin dejar de mirarse y de forma instintiva, se alejaron el uno del otro todo lo que les permitió la atadura de la muñeca izquierda.

El hombre arrastró una mesa y la colocó entre los dos, ocupando así el espacio neutral.

Otro sonido metálico precedió a una nueva intervención de la voz; en este caso, el de dos hojas al chocarse.

—Ahora, dejaré aquí encima dos de vuestras herramientas de trabajo favoritas: un formidable cuchillo de veinte centímetros de hoja y este contundente machete.

La voz les hablaba protegida en la oscuridad, a una prudencial distancia de seguridad. El estridente sonido metálico que nacía del roce de las armas provocó que a Nastia le recorriera un relámpago por la columna; Kolia tensó con rabia la mandíbula. Las miradas del matrimonio se enfrentaron.

—Nastia, yo...

—Kolia.

El extraño arrojó las herramientas sobre la mesa, quedando el mango del cuchillo en el lado de Nastia y el del machete al alcance de él. Ambos permanecieron inmóviles examinando cada gesto del contrario. No se movieron. Entonces, Kolia dirigió su atención a la mesa y Nastia sonrió.

—Kolia, no tenemos por qué hacerlo.

Él pareció relajarse por unos instantes, perdido en las imágenes y los buenos recuerdos vividos junto a aquella preciosa mujer. Nastia aprovechó

que Kolia había bajado la guardia para abalanzarse sobre el cuchillo provocando que, solo unas décimas de segundo más tarde, él hiciera lo propio con el machete. Nastia empleó su ligera ventaja para estirar con fuerza el brazo y hundir la punta del cuchillo a la altura del corazón de su pareja, perforándole el ventrículo izquierdo. Kolia, que alzaba el machete por encima de su cabeza, lo dejó caer violentamente sobre el cuello de su mujer seccionando las yugulares externa e interna. La sangre hizo acto de presencia salpicando ambos cuerpos generosamente. Los lamentos se fueron extinguiendo con cada latido. En apenas unos minutos, Nikolay Kolyvanov y Anastasia Kuremaa se convirtieron en dos simples trozos de carne colgados por una extremidad y el olor a carnicería se mezcló con el de las algas desecadas. Habían decidido compartir su vida y ser leales a una causa común, pero su fidelidad no fue lo suficientemente sólida como para que les permitiera escapar juntos de la muerte.

El hombre abandonó el lugar y subió a la tienda en busca del cuaderno rojo y de las mencionadas fotos. Cuando lo hubo examinado todo, pensó por unos segundos en guardar aquellas importantes pruebas de la crueldad del ser humano, aunque finalmente pudo más el hecho de significar el descanso para las trece familias de todas esas jóvenes dadas por desaparecidas. Lo dejó todo a la vista y salió por la puerta por la que recibían la mercancía, que daba a un callejón trasero. La temperatura rondaba los cero grados, pero caminó muy despacio hasta el coche disfrutando de la pureza del aire que reina en la primavera báltica. En el instante en el que alcanzó la puerta del copiloto, su acompañante encendió las luces y puso el motor en marcha.

—¿Todo en orden? —preguntó ella en español.

—Reconocería el sonido del motor de un VAZ 2110 entre un millón de Ferraris. Todo según lo planeado. Ya no causarán más daño —comentó con tono aséptico—. ¿A qué hora has dejado a las chicas?

—Hace exactamente dieciséis minutos, a dos calles de la comisaría de Rasstannaya —confirmó ella mirando su reloj.

—*Klass*^[10]! La policía todavía tardará unas horas en identificar el lugar y trasladarse hasta allí. Un tapado menos —dijo tachando sus nombres de su oscuro cuaderno de bitácora.

—En Nicosia y en Marsella podía entender que me dejaras al margen,

pero en esta operación pensé que me permitirías intervenir.

—Ya participas.

—Ya. En los entrenamientos, pero el día del partido siempre me quedo en el banquillo.

—Gira en la calle Sadovaya hasta la avenida Moskovskly. Luego, todo recto por la carretera de Pulkovskoye.

—¿Vamos a Pulkovo? —preguntó ella.

—Sí. Tenemos que coger el primer avión que salga a Belgrado o a Zagreb —informó él sin apartar su mirada, cargada de nostalgia, del paisaje urbano.

—¿Ya has hablado con Michelson?

—No. Este nombre no me lo ha pasado Robbie.

—¿No?

El hombre tardó en dar la réplica.

—Esta operación será distinta de las anteriores.

—Siempre son distintas. En esta quiero llegar hasta el final.

El hombre asintió sin girarse.

—Esta tiene un componente especial.

La conductora le miró antes de preguntar.

—¿Tiene que ver con lo de mamá? —Quiso saber Erika.

—Así es. Mira la carretera.

—¿Cuándo me vas a contar toda la verdad sobre aquello?

Un breve silencio precedió al veredicto.

—Es posible que haya llegado el momento.

Carapocha bajó la ventanilla y desvió la atención hacia aquellos edificios entre los que, muchos años atrás, su padre había luchado contra el hambre durante el asedio de los nazis.

—De aquí en adelante, deberás tomar muchas decisiones que marcarán tu vida para siempre. Hija, todavía tienes la oportunidad de coger un avión en otra dirección y olvidarte de toda esta locura.

—Ya tomé esa decisión. Ya no hay vuelta atrás —matizó con absoluta firmeza.

Carapocha no lo exteriorizó, pero en aquel preciso momento le invadió una extraña sensación parecida al orgullo.



Agujas de hielo y un libro en blanco

Barcola (Trieste)

14 de abril de 2011, a las 02:03

Bajé las ventanillas del automóvil. Aquella noche, el aire llevaba consigo cierto aroma infausto que no supe interpretar. O no quise.

Había permanecido demasiado tiempo en barbecho, inactivo a la espera de encontrar el momento propicio para retomar mi obra o, mejor dicho, para imponer mi criterio por primera vez. Durante el día no hice otra cosa que alimentarme de la comida del Maestro. De primero *Senderos de traición*, repetí *Senda*; de segundo *Pequeño*, con ración doble de *Solo si me perdonas*; y de postre atracón de *Hellville Deluxe* empachándome de *Bujías para el dolor* como colofón del banquete. Colmado de Bunbury, me preparé para una anhelada jornada que llevaba tiempo preparando.

Miré el reloj: 02:05.

Dentro del coche, el modo aleatorio de mi listado de música electrónica había estado escupiendo canciones durante más de una hora, pero yo seguía esperando la señal para ponerme en marcha. Cuando irrumpió la angosta voz de Ronan Harris, vocalista de VNV Nation, supe que había llegado la hora de actuar.

Canté el inicio de *Control*:

*Until I should die, until I should break,
not a god, not a devil my soul shall take.
If I should lie to betray myself,
then I would damn myself, and my soul forsake.*

*I don't want fifteen minutes want a whole lot more,
don't want to suffer the fools and the spoils of war.
I don't want fifteen minutes, or a reason why.
I want a stainless steel road stretching off to the sky.*

*I don't need sentiment, want, or hate on my mind.
No crimes of passion or obsessions in kind.
No walls, restraints, or momentary thrill.
No blood on my hands, no time to kill.*

Yes, it is. It is time to kill —corregí.

*I want more body,
I want more soul,
flip the switch to automatic, I want control [...]*

Antes de bajarme del coche, me preparé sin prisa una generosa raya de esa magnífica coca eslovena que conseguía habitualmente en Balkantown^[11]. Abandoné la Strada del Friuli sin alejarme del cobijo que me proporcionaban los árboles y alcancé, sin percance alguno, tal y como había previsto, la parte trasera de aquella zona residencial de alto *standing*. La noche lucía despejada, y la luz de la luna me guio para reconocer la ruta a campo traviesa. Aun así, progresaba timorato, haciendo buena la sentencia de Mario Benedetti en su poema: «Se retrocede con seguridad pero se avanza a tientas». Confiaba en que Arnold y Silvester estuvieran ya bajo los efectos del rebozado especial que Erdzwerge me había prescrito atendiendo a mis necesidades y cuyos ingredientes principales eran la trazodona^[12] y el diazepam^[13]. Falsificar aquellas recetas me resultó un juego carente de mérito. Hacía casi dos horas que había lanzado los trozos de carne por encima de la valla y supuse que ya habrían hecho efecto. Activé todos mis sentidos y calibré mis nudillos.

Agarrando fuertemente las riendas de mi estado de excitación, divisé, por fin, los muros de la propiedad de Danilo Gaspari.

Me complacía la elección de la presa.

Aquel esloveno de sesenta y tres años había resultado el elegido entre los cinco candidatos que barajé para retomar mi obra, nuestra obra. La decisión no resultó sencilla en modo alguno. El segundo en la lista era Romano Illy, estandarte de una de las familias con más calado y éxito de la ciudad de Trieste. Acceder al empresario cafetero habría supuesto un reto importante, pero no supe encontrar nada oscuro o de tipo sentimental con lo que justificar su suicidio o encubrir el magnicidio.

Otro que desfiló por la pasarela de aspirantes al deceso fortuito fue Fabrizio Kovac, notable miembro de la cámara de diputados del Friuli-Venezia Giulia, gentilhombre y mente preclara, omnipresente en los medios de comunicación local y litigante vitalicio contra la fiscalía, señalado por tráfico de influencias.

No quisiera olvidar tampoco el concienzudo seguimiento al que sometí a la codiciosa Federica Pettirossi, una de las viudas más cotizadas de Italia. La distinguida dama obtenía pingües beneficios de sus nueve *resorts* repartidos por toda Dalmacia, y bien podría decirse que había levantado su emporio a costa de la costa. Tal esquilmación justificaba el óbito *da per se*, pero sus frecuentes e inesperados viajes fuera del país condicionaron mi decisión; acertada a la postre.

Por último, aunque no por ello menos justipreciado, estaba Adelpho della Valle, un pseudoperiodista homosexual que malhería semanalmente a la humanidad con sus falacias en la sección cultural del diario *Il Piccolo di Trieste*. Un auténtico analfabeto, un iletrado ignominioso, un desmesurado ignorante cuyos artículos eran un insulto al mundo de las letras. Entre sus fechorías más recientes figuraba haber criticado sin juicio alguno el concepto de Mitteleuropa^[14] parido por Claudio Magris, triestino inmortal. He de apuntar, no obstante, que aquel tipo tenía un gusto exquisito para elegir y componer su vestimenta, pero aquello no le eximía de ameritar la peor de las muertes. Terminé descartándole, provisionalmente, por resultar algo indigno de mi currículum. *Aquila non capit muscas*^[15].

Danilo Gaspari, en cambio, sí reunía todos los requisitos. Don Daniele era

un personaje público tan reconocido en la zona como el peso de las sospechas que recaían sobre su siniestra figura; nunca demostradas, eso sí. Se le tildaba de ser la cabeza visible de una red internacional de tráfico de armas, pero también era el corazón que la impulsaba, los pulmones que la financiaban y el orificio excretor por el que se eliminaba la basura de toda la organización, según pude comprobar más tarde. Orestes hizo un muy buen trabajo de investigación. Don Daniele manejaba.

El inicio de su carrera se remontaba a finales de la década de 1980, momento en que supo aprovechar su cargo como director de seguridad de la *Autorità Portuale di Trieste* para llenarse los bolsillos proporcionando armas a los gobiernos del croata Franjo Tuđman y del bosnio Alija Izetbegović en su lucha contra los serbios. Hansel nos proporcionó un valioso informe de la Interpol sobre la organización que dirigía Don Daniele, del todo diáfano y concluyente. Tras el conflicto balcánico, las buenas relaciones con los dirigentes musulmanes de Bosnia y Kosovo le abrieron las puertas del gran mercado de Oriente Medio. Se enriqueció como un vendedor de bulas papales en el purgatorio, nutriendo los arsenales de palestinos, libaneses, sirios, iraquíes y de cualquier grupo armado que fuera capaz de pagar el precio. El imperio de los Gaspari y la incalculable fortuna que tenía repartida en varios paraísos fiscales se sostenían gracias a las buenas relaciones que mantenía con el resto del tejido delictivo de Italia: la Cosa Nostra siciliana, la Sacra Corona Unita de Bari y la Camorra napolitana. Don Daniele sabía.

Había decidido quedarse totalmente al margen de los negocios tradicionales de la droga, la extorsión y la prostitución consiguiendo el respeto y la protección de todas las familias a cambio de un porcentaje que no era más que el perejil del succulento guiso que tenía montado. Según los informes, solo en una ocasión hubo de enfrentarse con la ‘Ndrangheta, cuando los calabreses trataron de pisarle varias operaciones con Beirut. No obstante, como el agua pasada, los muertos que dejó a su paso tampoco mueven molino. En aquel momento, de lo único que, prácticamente, tenía que preocuparse su horda de abogados era de limpiar su nombre y de sacar rédito a sus inversiones inmobiliarias por todo el planeta. Don Daniele controlaba.

Sin embargo, como suele ser habitual, su rotundo éxito en los negocios se vio oscurecido por los continuos y sonoros fracasos en el plano personal. Su

primera mujer le había dado dos hijas, y la segunda, una tercera. Posteriormente, volvió a separarse para casarse con Simona Coruzzi, una exmodelo y actriz fracasada veinte años más joven que él, con tendencia a huir del envejecimiento por las autopistas de la anfetamina, la ketamina y el cristal. Una noche, durante los Carnavales de Venecia, quiso conducir su Ferrari Spider de vuelta a casa bajo los efectos del alcohol y las pastillas de colores desatendiendo todos los consejos de su servicio de seguridad. Consiguió su objetivo de no envejecer más instantes después de perder el control del coche. Tras el sepelio, el jefe de seguridad terminó en el fondo del Adriático con un tiro en la nuca, y nunca más se supo de él. Desde aquel día, Don Daniele confió su vida y la de sus tres hijas a Drago Obučina, un montenegrino excomandante de los Tigres de Arkan^[16]; un diamante sin pulir, una auténtica mole. Sus ciento noventa y seis centímetros de altura y ciento veintidós kilos de peso le habían hecho ganarse el sobrenombre de Komovi, un macizo montañoso al este de su Montenegro natal. Escalar aquella montaña no iba a ser tarea fácil, pero era del todo necesario antes de hacer cumbre en el pico Gaspari.

Durante el tiempo que estudié los hábitos del mercenario, pude comprobar que no se trataba del típico gánápairo amante de las armas. Muy al contrario, era meticulado y estructurado, pero si algo aprendí de mi padre es que no hay obra perfecta, sino invisible imperfección. La suya eran los muslos de la primogénita del capo, Stefania Gaspari, dos veces por semana. A Orestes no le resultó complicado conseguir que Drago abriera un correo electrónico supuestamente enviado desde la cuenta de su amada, lo que hizo instalarse automáticamente en el ordenador del gigante la versión mejorada del SpyDZU que Skuld llevaba desarrollando durante meses. De esta forma, pudimos acceder a toda la información que necesitábamos sobre el sistema de seguridad de la mansión que estaba a punto de asaltar.

Aut Gaspari, aut nihil^[17], necios.

Trazar el plan fue lo siguiente. La primera fase del mismo consistía en salvar el circuito exterior de cámaras por la única área ciega provocada por la tupida copa de un gran roble, y es que los elementos pueden resultar excelentes aliados si se los tiene en cuenta. En realidad, era tan sencillo como saltar el muro doble —hecho con ladrillo de cara vista, de dos metros de alto

y sesenta centímetros de espesor— en ese punto preciso e inutilizar la alarma. Antes, debería deshacerme de las dos fieras, esa pareja de dóberman machos que custodiaba todo el perímetro ajardinado.

Miré mi Hublot de corte clásico compactado en titanio y correa negra de caucho: las 02:27. A esa hora, Don Daniele y Komovi ya deberían de estar dormidos; el primero, en su habitación de la segunda planta, y el guardaespaldas, en la planta baja. No habría más habitantes en la casa, ya que dos de sus hijas vivían en Londres, mientras que la mayor y heredera del imperio Gaspari, Stefania, tenía un bonito piso exterior de doscientos metros cuadrados en la céntrica Piazza Goldoni. Había llegado el momento de actuar y, al igual que otros grandes artistas de géneros más compatibles con la vida, estaba nervioso.

Reconocerlo dignifica.

Me puse los guantes de vinilo y el pasamontañas, ropa negra cómoda y zapatillas con suela de goma; la mochila multibolsillo con mis herramientas completaba mi atuendo para el asalto. Me dispuse a saltar el muro. Me encontraba en forma, seguía saliendo a correr a primera hora de la mañana y después acudía a un gimnasio bastante decoroso para completar mi rutina diaria. Y en aquel punto me hallaba.

Miré de nuevo la hora, las 02:29. Habían pasado noventa y cuatro minutos desde que arrojé la carne por encima del muro y las bestias ya deberían de estar fuera de servicio. Estaba convencido de que me iba a servir de gran ayuda contar con Erdzwerge como soporte farmacológico; nunca lo hiciera. Las 02:30. Me encaramé sin dificultad a lo alto de la tapia y examiné el jardín antes de tomar tierra al otro lado. Cerca de su caseta, a unos treinta metros desde mi posición, podían distinguirse los perfiles de los animales tumbados de costado. Cogí una piedra y la arrojé a escasos metros. No se movieron, por lo que me descolgué con destreza. Pegado al muro por la cara interior, recorrí su perímetro hasta el punto en el que la distancia con la casa se hacía menor, siempre dentro del área ciega; calculé treinta metros. Corrí agachado tratando de no hacer ruido. Velocidad y sigilo. Podía haber actuado sobre el emisor de señal o sobre el receptor craqueando el sistema, pero no tenía sentido complicarse si podía perturbar el mensaje con un sencillo inhibidor de frecuencia GSM. Así lo hice y, como esperaba, funcionó.

Primera fase terminada.

El siguiente paso consistía en entrar por el acceso más vulnerable de la vivienda, que era una ventana corredera que hacía las funciones de única ventilación de la bodega. Solo tuve que desencajarla y deslizarme por el hueco. Los sensores de movimiento captaban mi señal, pero el receptor era incapaz de codificarla para hacer sonar la alarma. Saqué la linterna y agucé el oído. Nada. Mi corazón latía vigorosamente, así que me detuve unos segundos para relajar la respiración. Voluntad y coraje. Subí las escaleras con la precaución de pisar cerca de la pared para evitar posibles crujidos de los peldaños de madera. Ya en el salón, lo primero que hice fue cortar el cable del teléfono, no para evitar que se hicieran o recibieran llamadas, sino para terminar de inutilizar por completo el sistema de alarma. Llegó el momento crítico de la operación: neutralizar al rocoso guardaespaldas. Cuando planeamos todo, descartamos utilizar cualquier método que implicara un enfrentamiento físico con el sujeto en cuestión. Olvidamos, por tanto, el clásico trapo con líquido anestésico aplicado en las vías respiratorias y optamos por algo mucho más sutil; algo que inyectara inspiración pura y luenga en mis versos.

Saqué el humidificador silencioso de la mochila y el bote con la mezcla que me había indicado Erdzwerge ya preparada y dispuesta: cien mililitros de sevorane^[18] y setenta y cinco de forane^[19]. Me tapé con una mascarilla antes de verter el contenido en el aparato. Tenía que llegar a la habitación de Komovi y colocarlo cerca de su nariz sin despertarle. Por si algo salía mal, también contaba con mi última adquisición: una Glock fabricada a partir de polímeros cerámicos sin un solo componente metálico, ni siquiera los casquillos. La munición estaba fabricada con propelente de celulosa comprimida y ojiva cerámica. Absolutamente indetectable y muy precisa. Los cinco mil cuatrocientos euros que pagué al intermediador —un diminuto albanés de traza incierta— los consideré perejil frente a la sensación que me recorrió el cuerpo la primera vez que pude sostener en mi mano aquella maravilla artesanal. El supresor de sonido, también cerámico, estaba incluido en el precio.

La puerta no estaba cerrada, y los ronquidos del paramilitar podían oírse desde el pasillo. Sosiego y empuje. Llené mis pulmones de aire y lo solté

lentamente antes de empujar la puerta con el pie. Reconocí de inmediato el tamaño de la cabeza de Komovi y me quedé paralizado, como hipnotizado por el lánguido y constante ritmo respiratorio de mi objetivo. No sé cuánto tiempo permanecí allí parado hasta que pude reunir el valor suficiente como para poner un pie dentro de la habitación. Oía a cajón de calcetines y a cenicero. Tenía la persiana totalmente subida, lo cual me invitó a pensar que quizá Komovi tuviera tanto miedo a la oscuridad como yo, y comprobé que la única ventana de la estancia estaba perfectamente cerrada; un problema menos. Dormía sobre su costado izquierdo, lo que me obligó a rodear la cama para ubicar el humidificador portátil en el suelo, en la vertical de sus orificios nasales.

En la mano izquierda, llevaba el artilugio que debía dejar fuera de combate al mastodonte durante el tiempo suficiente como para «operar» con su jefe con garantías; empuñaba el arma con la derecha. Cada paso que daba me iba proporcionando más confianza, pero evité mirarle a la cara. Llámalo cobardía, pero resultaba que el volumen del balcánico era sencillamente aterrador. En cuanto me acerqué a un metro del emplazamiento óptimo, me agaché para dejar el humidificador en el suelo; antes de dar al botón de encendido, me atreví.

Colisioné con su mirada.

Me quedé petrificado *ad aeternum*^[20].

Me incorporé agarrando la pistola con ambas manos, dispuesto a apretar el gatillo. No lo hice. Komovi dormía plácidamente con los ojos abiertos. Eso sí, maldije a todo su abolengo hasta la tercera o cuarta generación, incluyendo familia política si la tuviera. Accioné, por fin, el aparato y volví sobre mis pasos, muy despacio, sin dejar de apuntarle. Cerré la puerta procurando no hacer ruido y coloqué toallas húmedas evitando así que el gas anestésico escapara por debajo de la puerta. En esa concentración y con la potencia del humidificador, debería estar fuera de combate en ocho minutos según nuestra experta colaboradora. Sin embargo, decidí esperar hasta quince en el pasillo, muy atento a cualquier sonido por si tenía que recurrir a la poco venerable, pero eficaz, muerte por bala.

Consulté la hora, las 03:12. Tocaba la fase final, mi momento con Don Daniele. Volví al salón para revisar el material y las herramientas que tenía

previsto utilizar con el gran jefe. Habiéndome librado de su protector, podía tomarme todo el tiempo que quisiera; tendría, al menos, dos horas para disfrutar de mi premio antes de desaparecer sin dejar rastro. Todas las pruebas apuntarían al guardaespaldas, y la policía no tardaría en dar con el móvil del crimen y concluir que el montenegrino había trazado una lucrativa línea recta hacia el trono de Gaspari que pasaba por la entrepuerta de Stefania. Todo estaba en orden, pero en el preciso momento en el que me disponía a subir las escaleras, una estantería con libros llamó poderosamente mi atención. No pude contener la curiosidad, y me acerqué a ella con el objeto de indagar en las fuentes literarias de un criminal de la talla de mi anfitrión. En un primer y apresurado recorrido visual, reconocí una joya literaria: *El maestro y Margarita*, de Mijail Bulgákov, que recuerdo que disfruté durante mi claustrofóbica etapa en Nueva York; una gran obra en la que se desborda un estilo propio que, sin embargo, bebe de los manantiales de *Fausto*, de Goethe. A su lado, títulos de Chéjov, Tolstoi, Pushkin... Cuando llegué a un libro de aspecto envejecido, mi nervio óptico tiró del freno de mano. En el lomo, estaba escrito Преступлѐние и наказáние, dos palabras que reconocí al instante: *Crimen y castigo*, novela eterna protagonizada por uno de los personajes en los que más me he visto reflejado: Rodion Romanovich Raskolnikov. Me asaltó entonces una de las citas de Dostoievski: «El secreto de la existencia no consiste solamente en vivir, sino en saber para qué se vive». No pude resistirme a la tentación de coger el libro y hojear sus páginas para aspirar su esencia. Al hacerlo, me trasladé al despacho de mi padre; idéntico aroma. Me interesé por conocer la fecha en que había sido publicado. Me embargó la emoción. Quedé turbado y atónito, maravillado. Se trataba de una primera edición de 1867. Me mordí el labio con fuerza y, en décimas de segundo, supe que debía ser mío. Ya tenía decidido el tema de la charla que mantendría con Don Daniele: tenía que conocer los pormenores de la vida de aquel ejemplar. Todavía impactado, lo guardé en la mochila y proseguí mi inspección en busca de más tesoros. Los otros autores eran desconocidos para mí, a excepción de Danilo Kiš —uno de los grandes escritores en lengua serbocroata—, y de Boris Pahor e Igor Kamperle por su vinculación con Trieste. Inconscientemente, memoricé los nombres de algunos otros literatos presentes en aquel privilegiado espacio sin

sospechar que ese receso en el plan me llevaría a abrazar a la muerte. Guardé en mis archivos a Radomir Konstantinović, Ognjen Spahić, Miloš Crnjanski, Ivan Cankar, Oton Župančič o Josip Osti antes de retornar al motivo que me había llevado a esa casa. Subí las escaleras.

Cautela y destreza.

Al llegar a la puerta, comprobé que estaba cerrada, como era de esperar. Pistola en mano y mochila a la espalda, agarré el picaporte con la mano izquierda justo en el instante en el que un ruido me obligó a detenerme. Agucé de nuevo el oído, pero solo pude escuchar mis propios latidos: intensa percusión. Otro golpe hueco me alteró definitivamente. Algo —o mucho peor, alguien— se movía en el piso de abajo. Aunque lo intenté, no conseguía reaccionar. Acto seguido, escuché un nítido balbuceo que precedió a una voz cavernosa tratando de pronunciar unas palabras que bien pudieran ser el conjuro que abriera las puertas del averno de par en par. Recobré el control y recorrí apocado los escasos metros que me separaban de la barandilla. Me asomé sobre ella y pude distinguir la torva figura de Komovi con el torso desnudo y doblado sobre sí mismo, tratando de mantener la verticalidad al pie de la escalera. Estaba claro que era él, pero, aun así, me quedé mirándole fijamente, como quien examina a alguien que acaba de conocer. Cuando logró encender la luz del rellano, reconocí el objeto que portaba en su mano izquierda: una pistola. Entonces, el guardaespaldas alzó la cabeza y me descubrió; yo estaba petrificado. Parecía costarle enfocar la mirada, pero el odio era patente en sus retinas. En aquel momento, supe bien lo que tenía que hacer. Me moví raudo hacia la habitación y abrí la puerta. Encendí la luz e, inmediatamente, Danilo Gaspari se incorporó en la cama azorado, como un resorte. Tenía el pelo cano y los ojos tan abiertos como la boca, pero sin emitir sonido alguno. Le apunté a la cara y avancé dos pasos hacia él. Creo que apreté el gatillo cuatro veces; quizá, cinco. Solo le dio tiempo a extender los brazos como si pretendiera parar las balas con las manos. Las sábanas, antes de un blanco inmaculado, se tiñeron al gotelé de una viscosidad carmesí. Calculo que no tardé más de dos o tres segundos en girar sobre mí mismo para poder enfrentarme a la inminente amenaza que, a buen seguro, ya estaría subiendo por las escaleras. Supuse mal, pues Komovi estaba a mi espalda y solo pude advertir el movimiento de su brazo al golpearme en la

sien.

 Mi cuerpo ya no tenía dueño cuando cayó en la moqueta de lana virgen del difunto Danilo Gaspari.



Baldosas amarillas: planificación

Literary Walk. Central Park (Nueva York)
21 de octubre de 1999, a las 17:08

Armando Lopategui llegaba tarde a la cita. Sin sacar las manos de los bolsillos de la gabardina, se situó al lado de su paciente.
—Siento el retraso.

El joven, impávido, siguió mirando la estatua de William Shakespeare.

El día había amanecido con nubes que fueron desapareciendo con el paso de las horas dejando ver, finalmente, un cielo más añil que azul. La luz era débil, pero todavía conseguía filtrarse por entre los olmos que flanqueaban el camino.

—¿Has venido por la Quinta Avenida? —preguntó sin despegar la atención de la altiva expresión del dramaturgo inglés.

—Por donde me haya traído el taxista, un paquistaní con uñas de ave rapaz que cantaba a Bruce Springsteen como si le fuera la vida en ello.

—Esos tipos conocen Nueva York mejor que el propio Giuliani^[21]. Si ha detectado tu acento ruso, te habrá dado un buen paseo.

—Me hago cargo, pero te aseguro que, con el volumen al que llevaba la música, ese tipo no sería capaz de distinguir el urdu del pastún.

El joven esbozó una mueca imposible de interpretar antes de morderse

con apetencia un molesto padrastro.

—Este es el rincón más tranquilo de la ciudad. Vengo muchas tardes a pasear. Normalmente, salgo a correr por Prospect Park, que me pilla al lado de casa, pero los fines de semana vengo aquí a primera hora del día para correr por el circuito del lago Reservoir. Es como mi oasis particular en este desierto de asfalto.

—Pues has de saber que se cometen miles de crímenes al año en este oasis a pesar de haber sido declarada la ciudad más segura del país por el FBI. Robos, violaciones y unos cuantos asesinatos.

—Siempre ha habido víctimas y verdugos —sentenció el joven.

—No siempre se puede elegir entre ambas opciones.

—¿Ni siquiera ser verdugo?

—A veces, uno no sabe que lo es —argumentó Carapocha—. Por cierto, ¿qué tal has dormido? ¿Te sirvió de algo la conversación de ayer?

—Sí, para no dormir. No creo que alimentar los recuerdos de mi infancia me ayude demasiado.

—¿Sigues teniendo esos sueños?

—Va por temporadas. No me veo capaz de borrarlos de mi memoria.

—De eso puedes estar seguro, chaval.

—No me gusta que me llames chaval y no es la primera vez que te lo digo.

—No te preocupes, ya te acostumbrarás, aunque tú tienes parte de culpa. Todavía no me has dicho cómo quieres que te llame.

—Puedes llamarme tal y como me has conocido: Orestes.

—De acuerdo, Orestes, como quieras. Deja que te diga algo importante: esos recuerdos seguirán invadiéndote mientras no admitas que eres producto de tu pasado y maneje la batuta lo que Freud definió como subconsciente. No voy a pisar el terreno del psicoanálisis, pero tenemos que agradecer que esos recuerdos únicamente dominen tus sueños. De momento.

—Es decir, que podría ser peor.

—Si no lo atajamos, tu subconsciente podría terminar ganando terreno y, con el tiempo, es posible que termine por resultarte muy complicado discernir entre realidad y ficción.

—Resulta muy sencillo decir que la solución pasa por admitir que lo que

me sucede o, mejor dicho, que lo que soy es fruto de los malos tratos.

—¿Lo que soy? ¿Y qué eres?

—No sabría definirlo...

—Pues volvamos al punto anterior. Es cierto, admitir que tienes un bagaje que marcará en uno u otro sentido el desarrollo de tu personalidad no es la solución, pero digamos que es indispensable que des ese primer paso para avanzar por el camino correcto. Insisto, indispensable. Además, es algo que tendrás que hacer tú solo; ni yo ni nadie podrá ayudarte. Luego, vendrá lo peor: desaprender a caminar para aprender a correr y, cuando creas que has cogido velocidad, aparecerán los obstáculos que tú mismo te pongas.

—Supongo que tú me ayudarás a sortearlos.

—No. Te ayudaré a que no sigas creándolos de forma indefinida.

Orestes resopló y empezó a andar con la cabeza gacha pisando el manto de hojas amarillas, ocres y marrones que habían tapizado el amplio paseo del parque neoyorquino. Buscó su paquete de tabaco y trató de encenderse un cigarro.

—Vamos a aislar y posponer ese tema —retomó el psicólogo—. Ya tendremos tiempo para hablar de ello más adelante. Ahora, tenemos que tratar de sacar unas conclusiones de la conversación de ayer. Veamos: ¿qué lectura haces de todo lo que dijimos?

Tras atinar con el mechero, Orestes dio tres caladas seguidas al cigarro y contestó:

—Tengo que dar con la fórmula que me permita desarrollarme, pero antes debo conocerme a mí mismo y aceptar a mi otro yo.

—*Blesk!*^[22] Dar con la fórmula; tu fórmula. Pero recuerda que has de hacerlo en un determinado contexto.

—Lo sé, y es exactamente ahí donde me siento inmovilizado, atrapado. No consigo salir de este punto. Si asumo que luchar por cambiar el contexto es totalmente estéril, eso implica que debo integrarme en esta mierda de sociedad; ser como el resto. ¿Qué sentido tiene escribir mis propias frases si nadie va a entenderlas?

—¿Te preocupa que no te entiendan? —preguntó el psicólogo.

Orestes no contestó.

—Hagamos algo —propuso Lopategui—. Dime qué ves al final de esta

especie de túnel de árboles. Justo allí, al fondo —señaló con el dedo.

—Hojas amarillas a punto de caerse.

—No es cierto. Eso es lo que interpreta tu mente. Lo que estás viendo podría ser eso, o bien una pared de baldosas amarillas. Nada más.

—Podría ser —confirmó.

—Pues eso, precisamente, es el contexto. Tu entorno. Pero, si te acercas, podrás distinguir y apreciar las características únicas de cada una de las hojas que componen esa masa. Aunque se parecen, no hay dos iguales; tamaño, forma y color hacen que cada una de ellas sea totalmente diferente. Un individuo.

—Sí. Un individuo cuyo irremediable destino será caerse de la rama para ser pisado.

—Sin duda. Con el paso del tiempo, ese será su final; igual que el mío y que el tuyo, chavalín. Lo importante es saber qué haces con el tiempo del que dispones desde que eres solo un brote hasta que caes. *That is the question*, que diría el tipo de la estatua.

—Ya, pero el problema es que no quiero formar parte de esa masa amarillenta, ya sean hojas o baldosas. Aunque sea la más grande o la más bonita, no dejará de ser insignificante.

—Precisamente eso es lo que tienes que aceptar: que solo vas a ser una hoja más y que, durante tu vida, lo único que puedes hacer es tratar de ser algo más bonita que las demás sabiendo que, en otro árbol, seguramente hay otra más bonita que tú. Tienes que aceptar eso o dejar un legado por el que se te recuerde como una hoja diferente después de haber caído.

—Un legado. Lograr algo excepcional por lo que a uno se le recuerde en el futuro —se dijo a sí mismo.

—Eso es, algo por lo que se te recuerde eternamente. Algo fuera de lo común, extraordinario, como hicieron Shakespeare o este... Robert Burns —leyó en el pedestal—, que no tengo ni idea de quién es.

—Ni yo, pero debió de ser alguien importante para tener una estatua en Nueva York.

Ambos se pararon frente a la estatua. Orestes se mordió las uñas antes de acercarse a un grupo de turistas que escuchaban con atención a su guía.

—Según dice, es el poeta romántico más brillante en lengua escocesa.

—Un ejemplo perfecto. Robert Burns fue una hoja más en su árbol de Escocia, pero su legado le hizo inmortal entre muchos de los que le recuerdan.

—Vale, pero eso sucede cuando uno ya está muerto y, por tanto, no puede disfrutar de ello en vida. Ahora, déjame que pregunte yo: ¿cómo puedo hacer para ser la hoja que más destaque mientras todavía mantiene el color verde?

—No te puedo responder a esa pregunta, aún no estás preparado para entenderlo.

Orestes no esperaba esa contestación y se enrocó en su ego.

—Estás equivocado. Tengo capacidad suficiente para entender cualquier cosa.

—Menos lo que no conoces.

—¿Y qué es eso que no conozco?

—A ti mismo. Debemos seguir un orden, todo tiene un proceso y yo marco el ritmo. Esas son las normas. ¿Juegas?

Orestes exhaló exasperado.

—Depende del premio.

—Ya sabes cuál es el premio, no me hagas repetírtelo.

—Juego.

—Volvamos a la fórmula.

—Te escucho.

—Gracias. Ayer decíamos que, para poder desarrollar toda tu capacidad, debes aceptarte previamente a ti mismo. Ahora bien, tienes que estar dispuesto a pagar el precio para ello. Debes tener algo muy claro: tu entorno no está en tu contra, eres tú quien está en contra del entorno. Por eso, debes ser tú quien pague y no la sociedad —aseveró el psicólogo.

—Y el precio será más o menos elevado dependiendo de los componentes que elija para elaborar la fórmula.

—El precio es la admiración o el rechazo.

—Los dos son válidos, lo mismo me da —refutó Orestes.

—No. No puede ni debe darte lo mismo. Tenlo muy claro. No se recuerda de la misma forma a Teddy Bundy que a Teddy Roosevelt, aunque ambos hayan sido extraordinarios y compartieran nombre de osito de peluche.

—No descarto ninguno, porque ambos caminos llevan a conseguir el

objetivo.

—Esa es una gran verdad, y te digo aún más: ambos requieren lo mismo. ¿Sabes de lo que estamos hablando?

—¿De qué?

—Del primer ingrediente de la fórmula: la planificación.

Orestes le analizó con expectación y apetencia, Carapocha entendió el mensaje.

—En términos de desarrollo del individuo, la planificación podría definirse como el proceso de selección de objetivos previo a la fase de puesta en marcha. En tu caso, y utilizando tus propias palabras, «brillar mientras todavía soy de color verde». La definición del propio objetivo es importante, aunque otros muchos dirán que lo realmente relevante es el cómo va a conseguirse. Yo creo que están equivocados, pero eso ahora no tiene mayor trascendencia. Lo único que hay que preguntarse para saber si el punto de partida es correcto y, por tanto, puede ser el primer ingrediente de tu fórmula es: ¿qué pasará si alcanzo el objetivo? —Carapocha se volvió hacia su interlocutor mostrando un colmillo.

Orestes lucubró para sí.

—Esa es la verdadera cuestión. ¿Qué pasaría si lograras brillar con luz propia y disfrutar con ello? —insistió el psicólogo.

—Que habría logrado la felicidad plena y podría morir en paz.

—Es decir, que sería la mayor y más importante de tus metas.

—Eso es.

—La más ambiciosa.

—Sí.

—Pero ¿es realizable?

Orestes tardó en contestar.

—Sí, lo es.

—Entonces, nos vale.

Pasó los siguientes minutos repitiendo mentalmente la palabra «planificación». Cuando estaban llegando al final del camino, Carapocha decidió romper el silencio.

—Es la primera vez —observó.

Orestes posó su mirada en su acompañante.

—Es la primera vez que te veo sonreír —completó el psicólogo.
—Dicen que hay una primera vez para todo —contestó Orestes.
—Y también una última.



El valor para marcharse, el miedo a llegar

*Aeropuerto Pulkovo (San Petersburgo)
14 de abril de 2011, a las 08:25*

«Pasajeros del vuelo Aeroflot Russian 2331 con destino a Belgrado, embarquen por la puerta B1».

—Tenemos que embarcar —informó Erika a su padre zarandeándole del hombro.

—Gracias, hija, pero intenta no dislocarme ese hombro, que es precisamente el que utilizo para compensar las deficiencias de esta cadera mía. Por cierto, debes tener muy presente que a partir de este momento somos más alemanes que una salchicha de Frankfurt con mostaza Löwensenf de Düsseldorf. Ni una sola palabra en español, ¿de acuerdo?

—Vale, papá —dijo en alemán—. Ya te he dejado descansar, como me pediste. En realidad, eres el único que lo ha hecho. Todos los demás estábamos huyendo del oso siberiano que merodeaba por el aeropuerto. Algunos, incluso, se estaban organizando para cazarlo...

—Exageras tanto que parece que hubieras nacido en el sevillano barrio de Triana y no en el Mitte berlinés —expuso Carapocha frotando sus saltones

ojos de color gris acero.

—Me alegro de que lo menciones. Precisamente, ese es el punto desde donde quiero que me cuentes mi historia; sin aderezos ni saltos en el tiempo. Necesito saber todo lo que os sucedió a mamá y a ti. Lo necesito de verdad.

El psicólogo criminalista se giró para mirar a su hija y la agarró del cuello con ternura. Parecía que hubiera envejecido tres años en tres segundos.

—Lo sé. Dame solo unos minutos para que me refresque. Ve poniéndote en la cola. ¿Cuándo te has tomado el Plenur^[23]?

—Durante tu festival de ronquidos. No hace falta que me controles, llevo haciéndolo yo solita desde los dieciséis años.

—¿Hace falta recordarte que...?

—No —le interrumpió—, no hace falta.

Erika cogió aire e hizo lo que le había dicho su padre.

Recordaba su infancia como extrañamente feliz a pesar de que le tocó nacer un mayo de 1982^[*] en la RDA y crecer durante la última fase de la Guerra Fría, una época en la que los regímenes comunistas comenzaban a tambalearse y a resquebrajarse. Ella sabía que la desahogada situación económica de sus abuelos maternos había ayudado, y mucho, en los primeros años de su niñez, pero también recordaba las discusiones entre su madre y el abuelo por diferencias ideológicas. Ella, comunista convencida, trabajaba para un gobierno que, según su abuelo Albert, no había hecho otra cosa que mentir al pueblo y exprimir a los pocos empresarios que resistían en aquel lado del muro. Su padre pasaba largas temporadas fuera de casa y, cuando todo el sistema se vino abajo en noviembre de 1989, su madre se desmoronó con él. La joven Erika pasaba cada vez más semanas en casa de los abuelos escuchando las mil y una formas de justificar la ausencia de sus padres. Pasaban casi todo el verano en la casa de Rügen, y fue allí, durante un mes de julio en el que llovió más de lo habitual, donde la abuela Gretchen se desmayó con el teléfono en la mano. Todavía se estremecía cada vez que recordaba al abuelo tratando de explicarle que mamá se había ido para siempre.

—Podría distinguir a un serbio entre un millón de chinos —aseguró Carapocha fijándose en los rasgos faciales de los que estaban esperando para embarcar.

—Y viceversa —completó Erika.

El colmillo del psicólogo se asomaba por unos labios que trataban de sonreír.

—No sé por dónde empezar, todo esto supone para mí pisar un terreno pantanoso que mi subconsciente siempre trata de evitar.

—Bueno, pues le dices a tu subconsciente que tu hija, que está medio dormida pero muy consciente, le va a pegar una gran patada en las pelotas si no se monta en un todoterreno y arranca de una vez.

Carapocha inspiró profundamente antes de enseñar las tarjetas de embarque y los pasaportes suizos a nombre de Eric y Erika Wurlf. Hasta que no estuvieron sentados en las plazas 11A y 11B, no comenzó a hablar. El ruso se arrancó con la mirada perdida en el pasillo del avión.

—Tu madre y yo nos conocimos en Moscú durante las olimpiadas de 1980. Yo llevaba dos años destinado en Berlín y me encomendaron la tarea de «dar soporte» o, dicho de otra forma, proteger y controlar a la delegación de nuestros hermanos de Alemania Oriental. Erika Eisenberg, tu madre, era la segunda de a bordo en la seguridad de los deportistas y, el 17 de julio, cuando llegaron a la villa olímpica, ya estaba yo para recibirles. Era una mujer que llamaba muchísimo la atención; primero, por su carácter, y después, por su escarpada belleza. ¿La recuerdas?

—Sí, recuerdo muy bien cómo me miraba. Además, guardo muchas fotos tuyas. Nunca sacó conmigo ese carácter del que hablas; al menos, no lo recuerdo.

—No, contigo no. Bien. Tras un primer reconocimiento del lugar, se empeñó, aduciendo razones de seguridad, en que los edificios en los que se iban a albergar no estaban a la altura. No conseguí hacerle cambiar de opinión a pesar de que lo intenté con todas mis fuerzas. Así, nos tocó desalojar de sus instalaciones a las delegaciones de Bulgaria, Rumania, Polonia y Hungría para reubicar en ellas a la de la RDA, con todo lo que eso suponía a solo dos días de la ceremonia de inauguración.

—¡Esa era mi madre!

—En efecto. Era muy raro que no consiguiese cualquier cosa que se propusiera. En mi vida he conocido a muy pocas personas con tanto carisma, fuerza de voluntad y orientación al logro. Era muy obstinada. Al margen,

como te decía antes, también era una mujer preciosa, terriblemente sensual y con mucho más estilo que el que cualquier mujer occidental podría llegar a tener aun viviendo mil vidas. Dominaba a la perfección cada gesto, cada palabra y cada mirada.

El psicólogo tuvo que parar unos instantes en el momento en que el avión empezó a despegar de suelo ruso.

—Esas cualidades están vivas en ti, y por eso me resultó tan complicado y tan necesario poner distancia entre nosotros. Se me rompía el corazón cada vez que te miraba. Me avergüenza confesarlo, pero es la realidad. No tuve coraje para enfrentarme a mi hija.

—Papá, te he pedido que no des saltos en el tiempo. Ya sé cómo os conocisteis, me lo contó mamá y tú me lo has repetido al menos cuatro veces. También estoy al corriente de los motivos de tus ausencias. Lo que necesito saber es lo que nunca me habéis contado ninguno de los dos, eso que los abuelos se esforzaban tanto en ocultar.

—Cuando yo te pida que me cuentes la historia de tu vida, empiezas donde y como quieras, pero en la mía decido yo —afirmó con tono conciliador—. Tenemos por delante seis horas de vuelo hasta Belgrado, así que haz algo de provecho y dile a esa azafata pelirroja que se acuesta con el piloto de rasgos árabes que nos traiga la carta de comida basura. De ese modo, podrás practicar el poco ruso que he conseguido enseñarte.

—Te empeñaste en enseñarme español —refutó ella.

—El ruso se lleva en la sangre, no hace falta aprenderlo. Sigo en las olimpiadas de Moscú. Tu madre y yo teníamos que organizar muchas cosas juntos, y yo hacía todo lo posible para pasar las horas junto a ella. Con el paso de los días, descubrí que, bajo la coraza de Erika Eisenberg, se escondía un corazón tan tierno como apasionado. Quería descubrir el Moscú que el régimen se empeñaba en ocultar y yo se lo mostré durante nuestras escapadas nocturnas. Ya no recuerdo las veces que la llevé al teatro Bolshói y los paseos por el Kremlin durante los que mantuvimos conversaciones que nunca he logrado mantener con otro ser humano. Su capacidad me tenía francamente cautivado. Cuando terminaron los Juegos Olímpicos, nuestros respectivos países se repartieron el medallero y nosotros compartimos la cama. Aquellas dos semanas solo fueron el principio de una relación que ambos decidimos

prolongar, sin compromiso alguno, en Berlín.

—Te agradezco que hayas omitido los detalles picantes.

—Algo me dice que no tengo que contarte nada relacionado con las artes amatorias...

Erika quiso cambiar de tercio.

—Voy a pedir yo para los dos, no sea que vuelvas a desviarte de la historia.

—Gracias, pequeña, solo asegúrate de que mi cerveza esté muy fría.

—Descuida, lo estarán las dos.

El aullido de Carapocha se amplificó en el interior del avión. Un hombrecillo dos filas por detrás del psicólogo identificó al hombre que acababa de interrumpir su sueño como el mismo que no le había dejado dormir en la sala de embarque con sus terribles ronquidos. Cerca estuvo de pedir a su acompañante, que ocupaba dos asientos, que le aplastara el cráneo, pero se tragó las ganas deseándole en albanés la peor de las muertes.

—Yo estaba destinado en Berlín —retomó el psicólogo—, dentro del marco de colaboración de la Unión Soviética con los países del Pacto de Varsovia en materia de seguridad. Mi función principal consistía en fomentar el desarrollo de las comunicaciones del Estado, es decir, la vigilancia de los ciudadanos de la República Democrática Alemana, y apoyar algunas operaciones de contraespionaje. Por aquel entonces, tu madre dirigía el Comité para el Desarrollo del Deporte, pero en solo un año y gracias a que hablaba y escribía la lengua de Lenin, hice que le ofrecieran un puesto en Normannenstrasse^[24], en la Administración Central de Coordinación. Su cometido no era otro que ser uno de los muchos enlaces del Gobierno central con los agentes soviéticos destinados en Berlín. Así, pasó de proteger a los atletas a salvaguardar la vida de decenas de espías; eso hizo que tu abuelo me condenara definitivamente.

—¿Por qué?

—Tu abuelo provenía de una familia adinerada de Dresde que había hecho fortuna durante generaciones en el sector textil. Dieron su gran salto durante la Gran Guerra confeccionando los uniformes del ejército alemán. Tu bisabuelo, como buen empresario que era, invirtió las ganancias obtenidas en ampliar factorías y talleres. Su hijo, el abuelo Albert, hizo lo propio en la

Segunda Guerra Mundial, pero sus fábricas quedaron en el lado oriental en 1945, y terminaron siendo nacionalizadas con la llegada del comunismo. Él nunca se opuso abiertamente al régimen de la nueva Alemania, pero ver cómo su patrimonio se iba reduciendo con el paso de los años y que su hija participaba activamente en todo aquello le pudría por dentro. No le culpo, pero me hacía responsable directo de su distanciamiento con Erika.

—Y tú ¿qué hiciste al respecto?

—Ella veía a su padre como la viva representación de las reminiscencias del capitalismo alemán. Lo único que yo podía hacer era tratar de limar asperezas entre ellos, y te aseguro que lo intenté en muchas más ocasiones de las que me pedían mi sentido común y mis convicciones políticas. Albert era un hombre muy testarudo, como su hija, pero ideológicamente estaba en la otra orilla.

—¿Y la abuela? ¿No había nada que hacer con ella?

—Gretchen era una mujer a la sombra de su marido, aunque trató de acercar posturas dentro de sus posibilidades. No obstante, tuvo el mismo éxito que yo. Ella sabía que compartíamos un piso cerca de Alexander Platz en el que tu madre y yo nos veíamos a diario, pero nunca se lo dijo a Albert.

—Luego aparecí yo.

—Apareciste, nunca mejor dicho. Lo cierto es que no estábamos buscando un embarazo, y menos en las circunstancias en las que vivíamos, pero ambos decidimos dar un paso adelante. Mantener una relación oculta a nuestros superiores y no aceptada por su familia nos obligaba a tomar una decisión que marcaría nuestro futuro.

Erika le miraba ávida de información.

—Esta comida que nos han dado podría haber salido perfectamente de las cocinas de cualquier Gulag^[25].

—¿Volvemos después de la publicidad? —sugirió Erika impaciente.

—No. Cuando tomemos tierra. Necesitas dormir, nos espera un día largo y, posiblemente, muy complicado. Yo tengo que revisar los documentos que me envió Goran y que son el motivo por el que estamos en este avión.

Erika aceptó el consejo de mala gana sin mediar palabra y pidió una almohada. Cuando se acercó la auxiliar de vuelo pelirroja, Carapocha la examinó y confirmó su teoría; sin duda alguna, era la amante del piloto.

*Residencia de Danilo Gaspari
Barcola (Trieste)*

Un pinchazo en el brazo me hizo volver. La cabeza me palpitaba, e intuí que debía de haber sangrado bastante dada la seca tirantez que notaba en el lado derecho de mi cara. Me encogí para tratar de aliviar el dolor, pero una grúa formada por enormes dedos que abarcaron todo mi cráneo me enderezó contra mi voluntad. Estaba atado con las manos a la espalda en la pata de la cama en la que reposaba el cuerpo inerte de Danilo Gaspari. Todavía no se percibía en el ambiente la presencia de esas partículas olorosas que emanan del estado cadavérico, lo cual me invitó a pensar que no había permanecido demasiado tiempo inconsciente. Komovi estaba en cuclillas, a escasos centímetros de mi nariz, y me miró de hito en hito tratando de leer algo en mis ojos; probablemente, descifró el miedo.

Pasaron algunos segundos o minutos, no sabría determinarlo, antes de que le viera pestañear por primera vez. Finalmente, se decidió a hablar.

—Mi nombre es Drago Obućina, tengo veintiséis años y cumpliré veintisiete para ver morir a ti y a los tuyos —se presentó en un italiano muy pobre con acento del este.

Su tono era aplacado, y la entonación, sombría. Dramatizó una pausa durante la que pude oler la represalia contenida en su aliento antes de proseguir.

—En 1994 esto fue único que dije durante las tres semanas de torturas e interrogatorios que sometieron a mí los perros muyahidines^[26] del comandante Rasim Delić, no muy lejos de Banja Luka. Me llevé este recuerdo.

Se quitó la camiseta y pude ver el cuerpo magullado de un coloso con tantos tatuajes como cicatrices. Besó la cabeza de tigre con las fauces abiertas encerrada en una cruz ortodoxa que lucía en el hombro derecho. Decidí no abrir la boca y clavar mi mirada en el techo.

—Mi nombre es Drago Obućina, tengo cuarenta y un años y cumpliré cuarenta y dos para ver morir a ti y a los tuyos —repitió señalándome con un

machete de grandes dimensiones que sacó de la parte trasera de su pantalón.

Quise humedecerme la garganta con saliva, pero se quedó en una simple tentativa.

—Como veo que gusta jugar con compuestos químicos, también gustará saber que he inyectado en brazo tiopentato de sodio. Supongo sabes qué estoy hablando y el efecto que provoca la dosis adecuada. Mientras te hace efecto, voy a contarte cómo están las cosas.

Asentí con la cabeza tratando de no exteriorizar sentimiento alguno. Me había inyectado lo que, erróneamente, suele denominarse «suero de la verdad». Decidí seguirle el juego, no tenía otra alternativa.

—Cuando sentí terrible picor en garganta, me desperté. No he dejado de beber agua desde entonces, siento como me hubiera secado por dentro. Primero quiero que me digas qué era ese gas que me has hecho respirar y efectos que provoca.

—Se trata de una mezcla de sevofluorano e isofluorano, dos anestésicos inhalatorios —reconocí.

Komovi parecía analizar cada una de mis palabras y no dejaba de escrutar mis pupilas. Me propuse hablar despacio para darme tiempo a decidir cada sílaba en italiano que salía por mi boca. Fingí dolor antes de terminar de contestar su pregunta.

—El compuesto provoca la sedación y pérdida de conciencia del sujeto que lo inhala —certifiqué en tono académico—. El picor y la sequedad de las vías respiratorias son los únicos efectos secundarios.

—¿Quién eres, dónde vienes y quién envía a ti?

Esa era una pregunta clave, no podía fallar con la respuesta. Él creería que el suero de la verdad estaría funcionando si le contaba lo que quería escuchar, así que lo hice sin pensarlo dos veces.

—Me llamo Juan Pablo Castel, soy de Colombia y me envía Don Daniele.

Komovi pestañeó al escuchar la última parte de mi contestación, pero no modificó ni un ápice su semblante.

—¿Cuál parte Colombia eres tú?

—De Barranquilla.

—¡De Barranquilla! Casualidad —fingió—. Precisamente, allí estuve

hace dos años para Nochevieja —aseguró al tiempo que yo me esforzaba por ocultar mi temor tras un telón de muecas de dolor—. Balneario Bocagrande. Paraíso. Llovió mucho, pero quedamos todo mes de enero. Disfrutando «ronsito» —pronunció tratando de imitar el acento colombiano— y vuestras estupendas mujeres.

—En enero no cae una gota de lluvia en la costa; ni siquiera en Cartagena de Indias, que es donde se encuentran la playa y el balneario de Bocagrande —corregí—. Además, las mujeres de mi país nunca se juntarían con blanquitos como tú —añadí en español tratando de forzar un acento que sonó más canario que colombiano.

Komovi diseccionó cada una de mis palabras. Me mantuve firme.

—Repítame nombre tuyo.

—Juan Pablo Castel —respondí pensando en las ínfimas posibilidades de que Komovi asociara ese nombre con el del personaje de *El túnel*, de Ernesto Sábato.

—Muy bien, Juan Pablo Castel de Barranquilla...

Forzó otro paréntesis de silencio mientras jugaba con el filo del machete.

Mi única posibilidad en aquella situación era hacerle creer que el suero me empujaba a decir la verdad cuando, realmente, el único efecto que provocaba era una liviana depresión de las funciones corticales superiores. Dicho de otra forma: no obliga a decir la verdad, sino que dificulta elaborar una mentira. Para mi cerebro, era como andar en bicicleta por un camino empedrado en vez del habitualmente asfaltado a la perfección.

Tocaba cambiar el plato y levantarse del sillín.

—Dices que envía Don Daniele.

—Así es —confirmé de inmediato.

—¿Matarme?

—No. A sedarte.

No era la respuesta que esperaba y, por primera vez, le noté algo desconcertado. Me afiancé en mi papel de protagonista: un asesino a sueldo sincero y espontáneo.

—Habla.

—Tenía que sedarte para que el viejo pudiera cortarte las pelotas y metértelas en la boca él mismo. «Nadie se folla a mi hija sin mi bendición»,

me repetía. Me facilitó los planos y me reveló el acceso a la vivienda por el único punto ciego del sistema de vigilancia. Debería parecer un ajuste de cuentas para que su niñita nunca sospechara de él. Cuando subí a confirmarle que ya estabas dormido, escuché los ruidos y supe que todo iba a salir mal. Entonces, apliqué la primera regla: «Si algo se tuerce, endereza a quien te contrató» —improvisé en español para repetirlo después en italiano—. Y eso hice, le dejé bien «derechito» —proferí en canario.

Casi podía oír los engranajes del cerebro del gigante montenegrino trabajando a pleno rendimiento. Supuse que mis pupilas debían de estar dilatadas, seguramente por efecto de la farlopa más que por el del tiopentato de sodio, pero el hecho incuestionable es que todo aquello funcionó. Komovi se levantó y empezó a deambular por la habitación articulando palabras extraídas de un exorcismo. Me juré que aprendería alguna lengua eslava, quizá todas, si salía de aquella. Mis hombros se quejaron y la columna vertebral se unió a la protesta.

Se paró en seco y volvió a colocarse en cuclillas frente a mí. Otra vez el candor de su aliento funesto me provocaba un álgido estremecimiento por respuesta. La cercanía y el tamaño de aquella cabeza cuadrada me obligaron a poner algo de distancia entre nosotros.

—Bueno, «amigo» —españolizó—. Yo tengo que cumplir mi palabra: tienes que morir.

Sonreí. No sé por qué, pero lo hice. Él me observó durante unos instantes y me devolvió el gesto. Fue sincero, lo sé. Por primera vez en mi vida creo que empaticé con alguien, si es que tal término implica conectar con un congénere. Luego, se incorporó para coger el bote de tiopentato y clavó la jeringuilla en él.

—Hasta aquí suero de verdad —me dijo señalando el número tres—, pero si cargo del todo es inyección letal, igual que aplican en muchos estados de América.

Me tragué las ganas de corregir su italiano; sin embargo, hice sonar mis nudillos contra el suelo como respuesta y mantuve la mueca de felicidad. Quizá el suero estuviera haciendo efecto, porque no fui capaz de discurrir nada para evitar que me agarrara del brazo y me inyectara la dosis. Ni siquiera le odié por aquello, estaba en su derecho. Era tan lícito como

procedente. Con la mirada, le agradecí que no se hubiera ensañado con mi cuerpo. De alguna forma, noté que él también me respetaba. Proporcionarme una muerte digna le honraba. Anticipé lo siguiente que habría de ocurrir: en unos segundos, me quedaría dormido antes de que se me parara el corazón. Una muerte dulce, como atrapado eternamente en una nube. Komovi había ganado la partida. Ahí se terminaba todo.

Séneca me ayudó a aceptar el tránsito: *Post mortem nihil, ipsaque mors nihil*^[27].

Noté que mi ritmo cardíaco se hacía más lento mientras me sumergía en una especie de letargo. Inspiré profundamente por última vez. Me entregué a mi destino con cierta repudia y absoluto pundonor. Su rostro se fue difuminando hasta desaparecer por completo.

Mi último pensamiento positivo fue para mi padre.

Sin embargo, fue su imagen, que era la mía, lo último que vi antes de morir.

Sobrevolando Belgrado

El avión acababa de iniciar el descenso hacia el aeropuerto de Nikola Tesla. Carapocha miraba por la ventana cuando cogió la mano de Erika, que seguía dormida apoyada en el hombro de su padre. Cientos de pensamientos ajados se remendaron en la retina del psicólogo como si de un mal sueño se tratara. Reconoció el perfil de los rascacielos que emergen junto a otros edificios en el distrito Novi Beograd, en la orilla izquierda del río Sava. El recuerdo de la Torre Ušće^[28] en llamas se diluyó en la voz entumecida de Erika.

—¿Ya estamos?

Carapocha asintió absorto en la urbe.

—¿Cuánto he dormido?

—Lo que te ha reclamado el cuerpo legítimamente.

Erika besó a su padre en la mejilla.

—¿Estás bien?

—Pensaba que nunca reuniría el valor suficiente para volver a Belgrado.

—Una vez, te escuché decir que hay ciertos lugares a los que se está ligado de por vida y que, antes o después, siempre se termina volviendo.

—Me refería a los bares —bromeó Carapocha.

Erika consideró que había llegado el momento adecuado y se decidió.

—¿Cuándo me vas a decir a qué hemos venido?

Carapocha se giró para aclarar su garganta y eludir el enfrentamiento visual.

—A saldar una deuda.

Erika le rogó sin mediar palabra.

—Ratko Mladić, el carnicero de Srebrenica y el responsable de la muerte de tu madre. No —rectificó—, el responsable de la muerte de tu madre soy yo. Él solo decidió asesinarla.

El psicólogo se volvió hacia la ventanilla para evitar que Erika se diera cuenta de que sus ojos se estaban humedeciendo. No lo consiguió, por lo que su hija le apretó fuertemente la mano antes de tomar tierra.

En cuanto bajaron del avión, Carapocha buscó en su agenda a Goran Jerčić, un bosnio de padre croata y madre islandesa afincado en Liubliana; un viejo camarada. Su mujer, Svetlana, de origen serbio, y sus gemelos, Mira y Miran, debían su existencia a aquel ruso de extraño aspecto e imprevisible comportamiento. Tras veinte minutos de conversación y con solo una mochila por equipaje, salieron de la moderna terminal para buscar un taxi que les llevara a la ciudad. La azafata pelirroja y el piloto de rasgos árabes habían subido al anterior de una forma un tanto apresurada. Sin esperar la pregunta, Carapocha se explicó.

—Cuando subimos al avión, me fijé en que ella se esmeraba intentando tapar con el pañuelo una marca de su cuello que, sin lugar a dudas, era fruto de la pasión. Esperando para embarcar, vi pasar a la tripulación del vuelo y pude leer en los labios de nuestro piloto decir a un colega suyo «Es una fiera» en un perfecto ruso capitalino.

—Cada día tengo más claro a quién debo agradecer mi enfermedad... Y, ahora, ¿dónde vamos? —Quiso saber Erika.

—Ya te lo he dicho mil veces: todo lo malo me lo debes a mí y todo lo bueno a tu madre; incluso, tu enfermedad. Vamos al Hotel Moskva.

—Como no podía ser de otra forma.

—Mi casa. Tu madre también lo disfrutó durante una temporada. Es el mejor situado de todo Belgrado y todavía conserva el sabor de la arquitectura europea oriental.

—¿Has reservado?

—Tu padre no necesita reserva en ese hotel.

—No sabía que fuese hija de una celebridad —observó ella irónicamente.

—No, solo de un buen cliente al que más de uno le debe un favor en esta ciudad —aseguró el psicólogo mientras se sentaba con dificultad en el taxi.

—¿Cuándo te vas a revisar esa cadera?

—Cuando termine todo esto. Te lo prometo. «Fotel moscma» —pronunció el psicólogo.

—¿Eso es serbio?

—Sí. Para un ruso, no es difícil entender cualquier lengua eslava. Si, además, has vivido durante diez años casi ininterrumpidos en los Balcanes, chapurrear serbio, croata, esloveno, macedonio y búlgaro no tiene mucho mérito. El serbio es de los pocos idiomas que se escribe como se habla y se lee como se escribe. En el Centro nos prepararon para ello: alemán, inglés, francés y castellano. Realmente hay muy pocos rincones de nuestra vieja Europa en los que no consiga hacerme entender en su lengua materna. Bueno, sí, hay uno: el País Vasco.

—¿Por eso te refugiaste allí?

—Quizá. ¿Quién entiende la mente humana? —se cuestionó con causticidad.

Sin cruzar palabra, ambos miraban por la ventanilla el paisaje arbolado que se dibuja en el trayecto desde el aeropuerto hasta la ciudad.

—Tenemos unos veinte minutos hasta el hotel. Luego termino de contarte toda la historia; aquí entienden el alemán muchos más de los que lo aparentan. Entretanto, para que no te aburras, voy a presentarte a esta que llaman la ciudad blanca, aunque yo la teñiría más bien de rojo por la sangre que se ha derramado en sus cimientos. Lo primero que has de saber es que se trata del asentamiento urbano más destruido y reconstruido de cuantos existen sobre la faz de la tierra. Esto se explica por su situación geográfica, en la confluencia del Danubio y del río Sava, siendo así la puerta de entrada y salida de las dos Europas. De hecho, esta zona se conoce como el avispero de

Europa. Fue habitada por celtas, hunos, ávaros, romanos, griegos, turcos, húngaros, alemanes y, finalmente, por los eslavos. ¿Quién sabe qué bandera ondeará mañana en la ciudadela de Kalemegdan?

—Intuyo que no vamos a poder hacer turismo, así que daré rienda suelta a mi imaginación para dibujar todos los lugares que mencionas.

—Fíate de tu intuición incluso cuando creas que estás en lo cierto, solo las mujeres tienen la virtud de interpretar esta gran verdad. En fin..., no me distraigas, que me pierdo en mis propias soplapolleces.

Erika hizo un gesto de complicidad y su padre disfrutó con ello. El taxista buscó el reflejo de sus pasajeros en el retrovisor sin mover el cuello.

—Sigo con la clase de historia. Durante la época romana, esta zona era la frontera entre el mundo civilizado y el bárbaro, y tras la división del imperio, se trazó el límite entre Oriente y Occidente justo aquí. Luego, los Balcanes cayeron bajo el poder otomano, librándose intramuros la eterna batalla entre la cruz y la media luna. Desde entonces, no ha pasado un solo siglo en el que no sufriera algún otro conflicto bélico de importancia. Pero no fue sino hasta mediados del XIX cuando comenzaron a fraguarse los movimientos nacionalistas de los pueblos eslavos en su lucha por la independencia. Aquello cristalizó en las guerras balcánicas de principios del siglo XX; con la primera, terminó la hegemonía de los turcos en la zona y, con la segunda, Serbia salió tan fortalecida que incluso empezó a mirar con desafiante desdén al Imperio austrohúngaro.

—Y ese fue el germen de la Primera Guerra Mundial.

—Efectivamente. Un nacionalista serbio llamado Gavrilo Princip quiso reivindicar el territorio de Bosnia para la Gran Serbia asesinando al archiduque de Austria, Francisco Fernando, y a su señora. Los austríacos exigieron efectuar una investigación sobre el terreno, a lo que Serbia se negó con el apoyo de sus primos del norte: la gran Rusia zarista. El Imperio austrohúngaro declaró entonces la guerra a Serbia, y Rusia movilizó su ejército. Alemania, como un felino asustado, sacó las uñas y declaró la guerra a Rusia. Los franceses, cuya idiosincrasia no les permite quedarse al margen de ninguna fiesta, hicieron lo propio con Alemania y, a los pocos días, también se sumó Gran Bretaña como salvaguarda de la nueva Europa que pretendía liderar con la ayuda, por supuesto, de sus amiguitos del otro lado

del Atlántico —añadió con acritud—. Con el paso de los meses, la guerra se extendió como un virus por todos los continentes y, cuatro años después, el resultado fue más de ocho millones de muertos y otros tantos desaparecidos. Así nos las gastamos los humanos.

—Bueno, pero no creo que sea justo culpar a los serbios de todo aquel desastre —apuntó Erika.

—Yo tampoco lo creo, pero es un hecho que esta zona ha estado en conflicto permanente a lo largo de la historia. Es como el niño malo del cole, siempre metido en todos los líos; algunas veces es por su culpa y por la de terceros muchas otras, pero al primero a quien mira la profesora cuando pasa algo es a él.

—Me siento identificada.

—Y yo.

Ambos sonrieron.

—Mira, este es el distrito de Surcín, y esta carretera nos mete de lleno en pleno Novi Beograd, que es la parte de la ciudad que creció al norte del río Sava en los años cincuenta y que casi engulle al peculiar barrio de Zemun. En apenas cuarenta kilómetros cuadrados, se agolpan más de doscientas mil personas en enormes bloques. Hay tres puentes que cruzan el río hacia la parte antigua de la ciudad, Stari Grad, donde está nuestro hotel. Toda esa zona está compuesta por otros barrios que se han ido cimentando sobre las ruinas anteriores, y es donde se concentra la mayor parte de la población. Son Savski Venac, Vračar, Rakovica, Čukarica y Zvezdara.

—No pretenderás que me aprenda esos nombres, ¿no?

—A gusto del consumidor. Sigo. El de Palilula está situado al noreste, en ambas márgenes del Danubio. Algunas calles de Belgrado están repletas de historia, envueltas por un siniestro encanto difícil de explicar. Te aseguro que nunca encontrarás gente más alegre y con tanto aprecio por la vida como los belgradenses; han vivido tantas desgracias generación tras generación que ellos sí saben disfrutar del tiempo.

—¿Todavía quedan huellas de la guerra?

—Por supuesto. La herida es demasiado reciente como para que haya cicatrizado, y es algo que puedo decir en primera persona. Aquello fue una barbarie, una auténtica locura alimentada por rencillas históricas entre etnias

con distinto idioma, cultura y religión. Unos pocos arrastraron a muchos consiguiendo arrancarse el traje a medida que habían diseñado para ellos en Versalles bautizado como Reino de Yugoslavia, palabra que literalmente significa «tierra de los eslavos del sur»; un harapo confeccionado con una serie de retales de tejidos diversos muy mal cosidos entre sí. Las costuras empezaron a romperse durante la Segunda Guerra Mundial, cuando solo los militares serbios del ejército de Yugoslavia hicieron frente al Tercer Reich. Ya sabes que los croatas y eslovenos son católicos y germanófilos; los serbios, rusófilos y ortodoxos, y por último, los bosnios son mayoritariamente musulmanes.

Erika asintió.

—En Zagreb, la población recibió a los nazis con los brazos abiertos y muchos aprovecharon para ponerse del lado alemán, conseguir sus pretensiones de independencia y, de paso, liquidar alguna que otra deuda pendiente con los serbios. La Ustacha^[29] tomó el mando de la situación en los Balcanes, y los serbios sufrieron. Pero al finalizar la contienda, los partisanos, en su mayoría serbios apoyados desde Moscú, se tomaron cumplida venganza contra los colaboracionistas. Pasados unos años, se estableció la nueva Yugoslavia socialista al mando del mariscal Tito, recompuesta por una serie de repúblicas que no tenían más nexo de unión entre ellas que sus raíces eslavas. Se empeñaron en remendar un traje que ya estaba hecho jirones.

Carapocha centró su atención en el exterior y golpeó el cristal de la ventanilla con su dedo índice.

—Estamos en el bulevar Arsenija Čarnojevića, que cruza todo Novi Grad. Ahora, podrás ver a tu izquierda el Arena de Belgrado, donde viven intensamente su pasión por el deporte; fútbol, baloncesto y balonmano, por ese orden. ¡Oye, amigo! —increpó al taxista en serbio—. ¿Por qué no has girado en Antifašističke Borbe?

El taxista no se inmutó.

—¿Vas a llevarnos a dar un bonito paseo por Stari Grad?

—El puente de Brankov es una trampa mortal a esta hora —dijo al fin—, pero doy la vuelta y lo comprobamos si lo desea.

—No. Sigue, *loj*^[30] —murmuró el ruso.

—¿Conoces bien la ciudad?

—Fueron unos cuantos años moviéndome por estas calles con mi Yugo GV; de color rojo, por supuesto. Un «alarde» de ingeniería automovilística de aquí, de la tierra. Una auténtica castaña sobre ruedas que dio lugar a la proliferación de cientos de talleres por toda Yugoslavia. Era la máxima expresión del minimalismo motorizado, pero si se pretendía pasar desapercibido lo mejor era tener uno. Muchos de ellos terminaron sirviendo como barricadas durante la guerra.

—Si ves uno, dímelo.

—Cuenta con ello. Mira, vamos a pasar por la zona de las embajadas. Aquí se concentraban los movimientos de protesta prebélicos a finales de los ochenta. Luego, todo ocurrió muy rápidamente. En mayo de 1990, poco antes de las elecciones convocadas por Franjo Tuđman para respaldar la autodeterminación croata, se disputó un partido de fútbol en Zagreb entre el equipo local, el Dínamo, y el Estrella Roja de Belgrado. Como era de esperar, se produjo una serie de incidentes entre ambas aficiones durante el partido. Los serbios empezaron a destrozar los asientos y a tirarlos contra los croatas, y estos saltaron al campo para llegar hasta la zona en la que estaban los seguidores del Estrella Roja. Cuando la policía, en su mayoría serbia, decidió intervenir, cargó con mucha dureza contra los aficionados del Dínamo. Un jugador croata que con el tiempo llegó a convertirse en una estrella mundial, Boban, agredió a un policía convirtiéndose así en el símbolo de la resistencia patria. Hubo cientos de heridos.

—Odio el fútbol.

—Bueno, también ocurrió algo similar en baloncesto. Durante la celebración del Mundial de Argentina, en el que Yugoslavia se impuso rotundamente, Vlade Divac, serbio de nacimiento, increpó a un aficionado que había saltado al campo con la bandera de Croacia diciéndole que el triunfo era de toda Yugoslavia, no solo de Croacia. Los medios de comunicación croatas supieron aprovechar aquel hecho y encontraron a su antagonista en la otra estrella del equipo: el croata Dražen Petrović; era la figura que estaban buscando para alimentar el enfrentamiento deportivo.

—Sí, me acuerdo de Petrović.

—Habían sido grandes amigos antes de aquello, pero la presión de sus

respectivos medios de prensa les separó de por vida. Más tarde, coincidieron en la NBA, pero nunca se reconciliaron y Petrović murió años después en un accidente. La verdad es que había tanto odio en aquellos momentos que cualquier evento era una buena excusa para alimentar el conflicto. La situación era tal que me atrevería a decir que podría haber ocurrido alguna masacre incluso durante un concierto de música clásica de Ödön Mihalovich^[31] en Belgrado —lucubró el psicólogo—. Ahí están la plaza Nikola Pašić y el parque Pionirski, al fondo tienes el edificio del Parlamento de Serbia. Impresionante, ¿verdad? Ya estamos llegando.

—Todo esto te traerá muchos recuerdos.

—Demasiados.

El teléfono de Carapocha emitió un doble pitido.

—*Chert voz'mi!!*^[32] —exclamó.

—¿Qué sucede?

Carapocha volvió a leer el mensaje.

—Le han localizado.

—¿A quién?

—*Blyad!!*^[33] Ahora no.

Clavó sus ojos grises en los de su hija sin articular palabra.

—¿A Augusto? ¡¡Mierda!! ¿Dónde?

—No muy lejos de aquí, en Trieste.

—¿Trieste?

—La ciudad situada más al este de Italia, a pocos kilómetros de la frontera con Eslovenia.

—Sí, ya sé dónde está Trieste, era una pregunta retórica. ¿Y ahora qué? ¿Cambio de planes?

—De ninguna manera, Augusto tendrá que esperar. Primero le toca a Mladić.



Cuando no haya más que perder

Residencia de Danilo Gaspari en Barcola (Trieste)

14 de abril de 2011, a las 15:40

En algún momento, pensé que podría estar vivo. O eso parecía. Intenté activarme, pero no pude. No me importó. Agucé el oído para no escuchar nada más que mis propios latidos. Lentos y agostados, aunque cadenciosos, tratando de despegarse de la galbana como quien afronta un día de lluvia: con desgana. Mi respiración transitaba por el cauce ordinario; ahora bien, apurada en la inspiración y vacilante en la espiración. El tiempo pasaba a regañadientes y, tratando de purificar mis pensamientos, me invadió una melodía que reconocí al instante: *Nada*, de Zoé.

En mi interior, sonó la reptilétrica voz de León Larregui; inconfundible.

*Transfusión, mi magia pura para el corazón,
rímel de miel pa' corregir la tristeza.
Tattoo mental para marcarse la imaginación,
tragos de luz para alegrarse la vida.*

Bunbury entraba en escena:

*Televisión para borrarse de la transmisión.
Revólver sexual para la ruleta rusa.*

De nuevo, la voz del mejicano:

*Y no sé tú ni qué dirás,
pero no hay nada mucho que pensar.*

Bunbury desveló la clave:

La oscuridad me acecha incrédula.

Y León Larregui me indicó el camino:

*Nada que pueda perder,
nada que no pueda hacer,
algo que te alivie,
algo que me cure.*

Bunbury insistió:

*Nada que pueda perder,
nada que no pueda hacer,
algo que te alivie,
algo que me cure.*

Luego, intercambié las voces y los textos y llegué a la misma conclusión: realmente, estaba vivo. Entonces, sí. Abrí los ojos y pude reconocer formas envueltas en una suerte de halo blanquecino. Tenía la cabeza apoyada sobre mi hombro derecho. Di la orden de levantarla, pero no obtuve respuesta. No me alarmé. Reconocí mis zapatillas negras con suela de goma. Traté de humedecer la garganta, pero mis glándulas salivales no estaban preparadas ni

dispuestas. Abrí la mandíbula para despegar la lengua del paladar. Velcro.

Me centré en mi entorno y me ubiqué en el dormitorio de Danilo Gaspari. Reviví la escena y un impulso me recorrió la espalda provocando que enderezara el cuello. La punzada fue terrible y supuse que llevaría en aquella postura no poco tiempo. Esposado a la pata de la cama, intenté moverme. No sentía el lado derecho de mi tren superior y entendí que habría sido la parte agraciada en el reparto del peso durante mi período de inconsciencia. Me decidí, por tanto, a recuperar las extremidades inferiores; primero moví los pies, luego las piernas. Empecé a salivar, aunque la necesidad de ingerir algún líquido estaba muy por encima de la capacidad de producción de mis glándulas. Me regalé unos segundos y creo que sonreí. Me pregunté qué hora sería. Tenía que escapar de aquella casa y busqué una salida. Traté de girarme hacia la ventana que estaba a mi espalda; un relámpago estalló en el coxis y el trueno salió mudo por mi boca. Quise soltarme, pero no sabía con certeza qué era lo que me tenía atadas las manos. No eran ni esposas metálicas ni cuerda ni cinta adhesiva. Minimicé la incógnita y llegué por descarte a la única solución: levantar la cama del suelo y pasar las muñecas por debajo de la pata. Me concedí un poco de tiempo antes de focalizar mis escasos recursos en los músculos de las piernas, doblé las rodillas y apoyé mi espalda contra el somier. Agarré con los dedos la pata de la cama y apreté los dientes. Logré incorporarme a ritmo de gruñido. Las piernas me temblaban. Tocaba entonces aguantar el peso con la cadera para poder acercar las muñecas lo máximo posible al extremo de la pata. Decisión y esperanza. Debía simultanear la suelta de la cama con un único movimiento de escapismo de mis manos.

Cogí aire y lo expulsé en pequeñas ráfagas, animoso.

La cama hizo más ruido del que esperaba al caer justo encima de la primera falange del dedo anular de mi mano izquierda. Quise gritar de pura rabia, pero me contuve de forma espartana. Un afilado dolor refinado que ganaba en intensidad con cada latido se apoderó de mí. Intenté reprimir la necesidad de liberarlo por la boca para evitar alertar a los vecinos, pero fue algo efímero. Abrumado, chillé con toda mi alma y, aunque no aplacó el suplicio, surtió cierto efecto calmante. Aguardé unos minutos para analizar el motivo del fallo e investigué otro camino. Por suerte, la pata era lo

suficientemente larga como para que pudiera extender los brazos y sentarme sobre el colchón. Sentí que se me desencajaban los hombros, pero pude pasar las piernas entre los brazos. Busqué la mejor posición desde la que ejercer más fuerza para contrarrestar el peso de la cama y el cuerpo de Don Daniele. Tenía que ser más rápido con los brazos, esa era la clave. Inspiré lentamente y me incorporé. Las rodillas me temblaban y me escocían las muñecas. Agarré la pata casi por su extremo y conté:

—¡Un, dos, tres!

Hotel Moskva (Belgrado)

La recepción no era digna de aquel magnífico edificio. Había sido construido antes de la proliferación de bloques propios de la arquitectura brutalista, una corriente que coloreó de gris hormigón el paisaje urbano de toda Europa del este. La fachada, en piedra blanca y con detalles en verde regio, lucía esplendorosa en la plaza Terazije, como una esmeralda solitaria abandonada en el tuétano de la capital serbia. Cuando bajaron del taxi, una lluvia muy fina les dio la bienvenida.

—El calabobos de Belgrado..., casi me había olvidado de él —susurró el psicólogo.

Erika se encaminó con calma hacia la puerta del hotel mientras su padre pagaba al taxista los nueve euros de tarifa desde el aeropuerto. Este se despidió de forma cortés con un casi imperceptible *Спећно*^[34]. En cuanto Carapocha cruzó la puerta, se paró para hacer un recorrido visual de aquel extemporáneo espacio. Al reconocer las pronunciadas facciones de Marija Grbić, la jefa de recepción, se estremeció. La mujer debía de tener más de cincuenta años, pero mantenía intacta su belleza de corte oriental. Cuando se cruzó con la fría mirada del psicólogo, se llevó la mano a la boca haciendo ininteligible el «Armando» con acento eslavo que trató de pronunciar. Carapocha se acercó a ella procurando corregir al máximo la deriva a la que su maltrecha cadera le empujaba. Se detuvo a un metro de la mujer.

—¿Creías que no volverías a ver a este hijo de la madre Rusia? —musitó

en alemán.

—No hasta el momento de cruzar las puertas del infierno. ¡¡Maldita sea, ven a dar un abrazo a esta vieja amiga!! —exclamó ella en serbio saliendo de la recepción.

El abrazo se prolongó al tiempo que Erika observaba la escena.

—Veo que la vida te ha pateado bien el culo —observó Marija—. Ya era hora de que se cobrara venganza contigo.

—No te creas, estoy peor por dentro que por fuera —respondió él—. Sin embargo, se ha portado más que bien contigo, bruja. Estás realmente estupenda, aunque me gustabas más con el pelo largo. Pero, dime, ¿cómo están Vesna y Rado?

Ella dio un paso atrás, se le descompuso el semblante y cogió aire antes de retomar la conversación.

—Radovan se disparó en la cabeza el día de Pascua de 1999. Nunca aceptó tener que vivir pegado a esa maldita silla de ruedas —expresó con voz entrecortada—. Ya ves, finalmente la guerra se llevó a tu mujer y a mis dos hombres.

—¡Cuánto lo siento! Créeme. Lo siento muchísimo —repitió bloqueado.

—Gracias. Vesna se casó en 2002 con un buen chico de Vranje. Vive allí con sus dos hijas, Marija y Vesna. En el momento en el que engancho tres o cuatro días libres, me bajo en tren para allá. Es prácticamente lo único que me hace feliz.

Marija se encontró con los ojos de Erika, que seguía atenta la escena unos metros escorada a la izquierda.

—¡Santo cielo, y ahora es cuando me dices que esta preciosidad es tu Erika...!

—*Tacoe*^[35] —sonó en serbio la confirmación.

Marija no pudo contener los lacrimales antes de abalanzarse sobre la muchacha y abarcarla con todo su cuerpo.

—No me lo puedo creer. ¡Dios santo! Es una foto de su madre —aseguró Marija secándose las lágrimas con el dorso de la mano—. ¿Cómo estás, querida? —preguntó en ruso.

—Mejor en alemán —intervino su padre.

—Algo sorprendida de que una mujer se ponga tan contenta al ver a mi

padre —observó Erika.

—Querida..., este granuja habría podido arrastrarnos a más de una al fondo del mar con una sola palabra. ¡Maldito bolchevique! ¿Por qué no me avisaste de tu llegada?

—Quería darte una sorpresa. Goran me contó que seguías maltratando a los clientes desde tu trinchera.

—¡Ese mestizo! Vino por aquí hace dos semanas con su familia. Me dijo que estaba de visita, pero no soltó prenda. En cuanto vuelva a verle, voy a recordarle lo que una mujer serbia es capaz de hacer con unas pelotas musulmanas.

—Pues vas a tener suerte, vendrá a buscarnos en apenas dos horas — anunció mirando al reloj de recepción—. Por cierto, ¿tienes libre mi dúplex?

—Será el de Trotski, camarada. ¿Cuánto tiempo piensas quedarte? — Quiso saber consultando el libro de reservas.

—No lo sé. Un par de semanas, quizá más.

—¿Un par de semanas? Veamos. Mañana entra una pareja, pero ya me las arreglo para darles otra. ¿Ella se alojará en la misma habitación?

—No, búscale una individual que dé al exterior y esté cerca. No quiero que sufra con mis conciertos nocturnos.

—No hay problema, tenemos media ocupación en esta época del año. Todavía no me puedo creer que estés aquí. Por cierto, ¿qué nacionalidad estás utilizando? —le requirió en voz queda.

—La suiza.

—Entendido. Muy bien, señor Wurlf, ya tiene usted hecha la reserva — confirmó elevando el tono—. Prométeme que cenarás conmigo; si no es hoy, mañana. ¡Prométemelo, ruso cabrón!

—Te lo prometo. Tenemos muchas cosas que contarnos.

Marija asintió e inspiró profundamente por la nariz antes de seguir hablando.

—Encantada de conocerte por fin, Erika. Si necesitas cualquier cosa, cualquier cosa —insistió—, aquí me tienes.

—Y cuando dice cualquier cosa, es cualquier cosa —añadió su padre con sorna.

Mientras subían a las habitaciones, Carapocha propuso a Erika verse en

media hora en el opulento café del hotel, por el que habían pasado los personajes más ilustres de las letras y las armas de los Balcanes. Ella asintió y se quedó en la puerta viendo cómo se alejaba su padre arrastrando con ese ligero balanceo un peso del que necesitaba desprenderse.

*Residencia de Danilo Gaspari
Barcola (Trieste)*

De rodillas en la habitación, traté de recuperar energías para sobreponerme al dolor de mi falange fracturada —o, como poco, fisurada— y al entumecimiento muscular. Examiné el dedo a través de los guantes que aún llevaba puestos; se apreciaba cierto abultamiento como consecuencia de la sangre retenida bajo la uña. Relativicé el daño, la prioridad era librarme de esas esposas correderas de plástico. Me giré para echar un último vistazo al cuerpo de Danilo Gaspari: parecía una caricatura funesta de sí mismo. Indagué en mi interior buscando alguna reacción humana, pero lo único que encontré fue cierta decepción por no haber podido mantener una conversación con él sobre mi ejemplar de *Crimen y castigo*. Salí de allí lo más rápidamente que pude escaleras abajo.

Tenía que beber, y lo hice directamente del grifo como un animal sediento lo hace de una charca. Inspeccioné la cocina y me noté alterado, descompuesto. Komovi podría regresar en cualquier momento y yo no tendría ninguna oportunidad estando maniatado. Los cuchillos no me servían. Tratando de calmarme para pensar con claridad, las vi colgadas junto al microondas: unas tijeras de pescado. Coloqué la brida entre sus filos. Me aproximé a una silla y me senté encima de las tijeras gestionando mi peso hasta que escuché el chasquido. Guardé los trozos de las esposas en mi pantalón. Lo siguiente que hice fue buscar mis pertenencias y me aferré a una efímera esperanza que se desvaneció bajo el peso de la lógica: Komovi se lo habría llevado todo. Solo encontré el maldito humidificador. No había lugar para la frustración, así que exprimí los últimos vestigios de mi deslucida cordura. Palpé la llave del coche en un bolsillo lateral de mi pantalón, en la

guanteras visualicé mi teléfono y mi documentación colombiana. Me dirigí a la puerta, pero unos belicosos gruñidos me detuvieron.

Arnold y Silvester habían despertado.

Con el sabor de la bilis en los labios y el cuchillo en la mano, dejé que mi instinto se hiciera cargo del asunto. Perdí el control. Herí mortalmente al primero de los dóberman en el cuello y me ensañé con el costado del segundo. Apenas pudieron emitir sendos chillidos antes de quedar tendidos sobre el césped. Todavía trataban de respirar, pero no quise recrearme en la escena, recogí el inhibidor y emprendí torpemente la huida hasta el coche. Una vez en su interior, apoyé la frente contra el volante buscando recuperar el aliento, pero el olor de la sangre fresca de los perros me provocó un vahído y el habitáculo se redujo. Me faltaba el aire. Había luz; sin embargo, se me hizo de noche. Logré salir a duras penas y, tras dar unos pasos, encontré cobijo junto al tronco de un árbol. Allí me dejé caer. La tierra estaba húmeda y me quise agarrar a ella clavando mis dedos todo lo profundamente que pude. El dolor de mi anular fracturado no me lo impidió. Bajé la cabeza para acercar mi nariz a una cuarta del suelo e inhalé profundamente como queriendo alimentarme del sustrato, lo que provocó que algunas partículas de arena se introdujeran en mis fosas nasales. Estornudé varias veces y grité con furia mil injurias. Permanecí en esa postura hasta que alcé la cabeza para coger aire y lo retuve en mis pulmones antes de soltarlo; tan despacio como fui capaz. No quería otra cosa que respirar.

Y respiré.

Volví al coche y me busqué en el retrovisor.

En mi cabeza, resonaba el coro de *Dies irae*. Lo había escuchado cientos de veces, pero aquel día comprendí su verdadero significado: día de ira, aquel día en que los siglos se reduzcan a cenizas. Como testigos, el rey David y Sibila. ¡Cuánto terror habrá en el futuro cuando venga el juez a exigirnos cuentas rigurosamente!

Aquel día de ira que no había hecho más que empezar fue el primero de los muchos que habrían de sucederse después.

Aún no me había secado las lágrimas cuando entendí que no había lugar para las emociones. Tenía que compensar mi estado anímico con otro tipo de música: una canción para cada momento y un momento para cada canción.

Hacía no mucho que me había topado con un grupo de rock italiano de principios de los ochenta que me recordaba a la primera época de Héroes del Silencio: Litfiba. Tenía temas memorables como *Prima guardia*, *Animale di zona*, *Eroe nel vento*, *Sparami*, *Tammunia* o *Gioconda*, pero yo necesitaba otro.

La forzada risa diabólica del vocalista, Piero Pelù, con la que arranca *El Diablo* me hizo efecto de inmediato. Hice sonar mis nudillos.

Puse en marcha el coche.

Y canté de nuevo.

*Giro di notte con le anime perse.
Sì, della famiglia io sono il ribelle.
Tu vendimi l'anima e ti mando alle stelle.
E il paradiso è un'astuta bugia.
Tutta la vista è una grossa bugia.
Sì!*

*La vita dura è una gran fregatura, sì, sì.
Ma a volte uno strappo è una necessità.
A chi va bene, a me va male,
e sono un animale e sia!
Tutta la storia è una grossa bugia.
Tutte le vite per primo la mia.*

En el estribillo, elevé la voz tanto como pude. Toda aquella debacle me había enseñado una lección muy valiosa: debía aprovechar cada minuto para ser el rey de mi libertad.

*Ah, mamma mia el Diablo!
Ah, ariba, ariba el Diablo!
Ah, mamma mia el Diablo!
666!*

Di rienda suelta al entusiasmo renacido del polvo de mis cenizas. Otro polvo, el de coca, me ayudó a subir de nuevo al pedestal de mi propio cielo.

Hotel Moskva (Belgrado)

La habitación estaba demasiado recargada para su gusto, pero destilaba una atmósfera aparentemente confortable. Tiró la mochila sobre la cama y se sentó para descalzarse. Se fijó en el cartel de «No fumar» y se dio cuenta de que no había fumado desde que cogieron el avión en San Petersburgo. Decidió que era un buen momento para reencontrarse con la nicotina. Lio un Amsterdamer y le dio una calada que le supo a primera vez.

Se quitó la ropa tan despacio como pudo, preguntándose cómo era posible que, en tan poco tiempo, hubiera pasado de estar centrada única y exclusivamente en su doctorado de Psicología a recorrer el mundo junto a su padre, compartiendo su obsesión por entender y combatir la mente criminal. Quizá todo lo explicara su herencia genética, o su trastorno bipolar.

Erika Lopategui Eisenberg se había criado, principalmente, con sus abuelos. Durante ese tiempo, trató de sobreponerse a la ausencia materna y al obligado distanciamiento de su padre, a quien su abuelo señalaba con el dedo acusándole de haber llevado la desgracia a aquella tradicional familia de la Baja Sajonia. Sin embargo, su adolescencia transcurrió sin demasiados sobresaltos y su enfermedad no dio señales de vida hasta los dieciséis años de edad. Al principio, los brotes eran cortos y no muy intensos, alternándose fases depresivas con episodios de euforia y creatividad desmedida. En uno de ellos, con dieciocho recién cumplidos, estuvo segura de haber dado forma a un nuevo sistema métrico. Cuando se lo expuso a su profesor de Matemáticas, el señor Schliemann, este casi se muere de risa. Erika también quiso morir, pero de verdad, y de verdad que lo intentó a base de pastillas, pero la oportuna intervención de su abuela impidió la tragedia. El suceso se achacó directamente a las consecuencias normales de una grave inestabilidad emocional motivada por la tragedia vivida durante el comienzo de su adolescencia: la desaparición de su madre. En realidad, cualquier

comportamiento anómalo de Erika se achacaba a aquello. Su padre no se enteró del intento de suicidio hasta varios años después. El tratamiento con ansiolíticos no funcionaba. Durante sus primeros años de universidad en Berlín, las depresiones empezaron a sucederse con mayor frecuencia y tardaban más en desaparecer. En la residencia de estudiantes, la conocían como *Der wahnsinnige*^[36], y muy pocos se atrevían a compartir su tiempo con ella. Aquella soledad no hizo sino alimentar aún más el trastorno, pero a la larga la haría más fuerte. En mayo de 2001, durante uno de aquellos episodios provocado por la repentina muerte del abuelo, su padre pudo diagnosticar la bipolaridad ya sobre el terreno. A partir de ese momento, y con la ayuda del litio, consiguió controlar los brotes y llevar una vida aparentemente normal. Eso hizo que se estrecharan los lazos afectivos con un padre que nunca había tenido, un extraño que no tardó en convertirse en el único capaz de ayudarla a entender y a sacar partido de su complejo laberinto intelectual. Terminó los tres últimos años de carrera en dos, al tiempo que se dedicaba a acompañar a su padre en sus siniestros viajes. Con el tiempo, conocer y diseccionar otras mentes se convirtió en una necesidad para Erika. Afrontar el doctorado sobre el comportamiento de la mente criminal bajo la invisible y nunca declarada dirección de una eminencia como el doctor Lopategui le sirvió para obtener el *summa cum laude* y para asumir ese notable grado de dependencia hacia la figura paterna.

En marzo se habían cumplido dos años desde que se trasladó con él a Plentzia. Allí alternaba fases de estudio con investigación de campo hasta que, tras muchos intentos, consiguió convencerle para que la dejara intervenir directamente en un caso que había vivido desde sus orígenes: el de un tipo de Valladolid con tendencias psicopáticas que se hacía llamar Orestes y que su padre estaba convencido de que sería capaz de reconducir. Aquello no salió como se esperaba, pero por fin tuvo su bautismo de fuego y no estaba dispuesta a dar un solo paso atrás en esa nueva etapa de su vida; ni para coger carrerilla. En ese momento, tocaba saldar deudas de un pasado cuyas claves le habían sido ocultadas; primero por sus abuelos y luego por su padre, ese hombre a quien admiraba más que quería. «Cosas de la bipolaridad», pensó Erika.

Desnuda frente al espejo, observó su frágil silueta casi exenta de curvas a

excepción de las que se definían en los pechos y en las caderas. Giró sobre sí misma para observar el tatuaje que nacía en la nuca y recorría todo el lado derecho de la espalda hasta invadir el territorio del glúteo. Era una adaptación del cuadro *Las tres edades de la mujer*, de Gustav Klimt, que ella misma había dibujado durante un brote prolongado de euforia. Cuando esto sucedía, no lograba dormir más de tres horas y su actividad cerebral era un torbellino desatado. La escena dibujada sobre su piel representaba la figura de una madre desnuda abrazando a su hijo. El tatuaje respetaba la viveza de los colores y el estilo abstracto del original, pero estaba incompleto: faltaba perfilar los rostros. Erika se pasó la mano por el hombro como queriendo acariciar aquel pelo anaranjado salpicado de flores. Se miró de frente buscando alguna señal en el reflejo de esos fríos ojos azules casi grises, encontró un suspiro por respuesta y se metió en la ducha.

Después de ponerse ropa cómoda, bajó a la cafetería por las escaleras. La decoración era coherente con la cuidada ambientación romántica que se respiraba en todo el hotel. Convivían con soltura diversos elementos de estilo barroco moderno con toques rococó, envuelto todo en una nebulosa neoclásica en la que predominaban las tonalidades pastel y los dorados. Enormes cortinones vestían los ventanales; lámparas de araña que se descolgaban desde unos techos infinitos; grandes alfombras que proporcionaban calidez a los suelos; llamativos tapices y predominancia de muebles estilo Luis XV. A Erika todo aquello le pareció caóticamente ordenado o desordenadamente coherente. «Cosas de la bipolaridad», volvió a pensar.

Cuando entró en la cafetería, divisó el inconfundible color blanco de la cabellera de su padre y apretó el paso. Estaba apoyado en una columna hablando con un camarero al que parecía conocer.

—Hola, preciosa. ¿Qué tal esa ducha?

—Reparadora.

—Me alegro. ¿Prefieres que salgamos fuera? Ya ha dejado de llover y, así, puedes seguir matándote poco a poco con esos cigarros manufacturados.

—Me parece buena idea. ¿Sirven comida?

—Claro. Deberíamos comer algo. Dimitar, ¿nos llevas la carta? ¿Nos llevas la carta? —repitió al camarero, que tenía toda su atención puesta en

Erika.

—Por supuesto, señor Wurlf —reaccionó—, le preparo una mesa para dos fuera.

Se sentaron en una terraza en la que el verde a juego con los detalles de la fachada era el color predominante, casi único.

—Voy un segundo al servicio antes de retomar mi discurso —anunció el psicólogo.

Erika asintió con un cigarro en proceso de elaboración.

Cuando pasó al lado de las mesas del comedor, el psicólogo agarró un cuchillo de mantequilla y fue al encuentro de Dimitar. Al llegar a su altura, le agarró del brazo con mucha más fuerza de la que se le podría presuponer a un hombre de su apariencia.

—Chavalín —dijo en español para continuar en serbio—, esa belleza a la que desnudabas con la mirada es mi hija Erika. Si vuelves a hacerlo, te sacaré tus malditas entrañas con este cuchillo y las esparciré por toda la moqueta. Sabes que lo haré.

Dimitar lo sabía muy bien.

Carapocha volvió a la terraza sin pasar por el servicio.

—¡La de horas que habré pasado yo aquí sentado! —Rememoró—. Bueno, Erika, tenemos casi una hora hasta que venga el bueno de Goran. ¿Dónde nos quedamos?

—Precisamente, en el día en el que puse lo pies, o los patucos, en este mundo cruel.

—Gracias, cielo. Trece de junio de 1982, día en el que se inauguró el Mundial de Fútbol de España. Yo estaba en Málaga destinado como traductor de la selección de la Unión Soviética con el objeto de abrir nuevos contactos en la delegación de la República Federal de Alemania, que tenía su sede en Gijón, ni más ni menos. En la última fase de la Guerra Fría, los mandos del KGB estaban obsesionados por la carrera tecnológica con Estados Unidos. Nosotros carecíamos de capacidad económica suficiente para invertir en desarrollo, por lo que no tuvimos otra alternativa que robar los avances que nuestros rivales iban consiguiendo, y te puedo asegurar que tuvimos mucho éxito en esta tarea. Teníamos agentes dobles en todos los servicios secretos; sobre todo, en el MI6^[37] y en la BND^[38]. Hago un inciso: algunos meses

antes, traté de convencer a tu madre para que viniera conmigo y, de ese modo, conseguir que tú nacieras en España. Ya ves, me hacía ilusión en aquel momento, pero lo cierto es que era demasiado arriesgado y se opuso frontalmente; con buen criterio —añadió—. El caso es que, mientras tomabas tus primeros biberones, yo me pasé todo el maldito mundial subido a un avión cruzando el país de norte a sur. El día que eliminaron a Rusia, cogí un vuelo desde Barcelona a Berlín saltándome la orden que me obligaba explícitamente a esperar al día siguiente para viajar con toda la expedición a Moscú. Aquello me costó un expediente y una fuerte sanción, pero necesitaba conocerte. Tu madre ya estaba en casa de sus padres y yo confiaba en que la propia naturaleza del reencuentro hiciera que se limaran las asperezas con ellos, pero Albert me recibió de una forma tan hostil que decidí levantar otro muro entre mi nueva familia y la de tu madre. Pasamos juntos los primeros años en nuestra nueva casa, a dos pasos de Unter den Linden.

—Sí, recuerdo esa casa.

—Claro, allí vivimos nuestra mejor etapa en términos familiares. El trabajo de tu madre en Normannenstrasse le permitía pasar toda la tarde contigo y yo estaba cómodamente apoltronado en mi puesto de asesor de la Stasi, lo cual me facilitaba seguir estudiando todos los casos de asesinatos en serie que caían en mis manos. Pero tengo que admitir que no estoy hecho para la vida casera. Empecé a viajar fuera de Berlín cada vez con mayor asiduidad para intervenir directamente en varias investigaciones como experto en la materia. Es más que posible que todo aquello me afectara personalmente y, por supuesto, también en la relación que mantenía con tu madre. Y contigo —añadió.

—Es más que posible —repitió Erika soltando el humo del cigarro.

—Tráenos algo de *kajmac*^[39] y de ese *šljivovica*^[40] bueno que hacéis aquí. Luego, con un par de *prasetina* y *janjetina*^[41] vamos servidos —pidió Carapocha a Dimitar, que no se atrevió a levantar la mirada del suelo.

—No sé qué es eso que has pedido, pero puedo imaginármelo. Yo quiero una ensalada.

—¡Qué manía con comer lo mismo que con lo que se alimentan los animales, que son la comida de verdad! Tú sabrás.

—Gracias.

—Sigo. Todo aquello cambió con la llegada de la *uskoréniye*^[42] y la caída del Muro.

—¿*Uskoréniye*?

—Sí, así es como se conocía originariamente el plan reformista de Mijaíl Gorbachov después rebautizado como Perestroika por Occidente: «reconstrucción»; un término que lleva necesariamente implícita la destrucción. Si alguien me llega a asegurar que ese hombre de la mancha en la cabeza iba a cambiar el rumbo del mundo, me hubiera defecado de la risa. Le conocí personalmente durante una visita que hizo en 1966 a una granja avícola de la Alemania Oriental, ya que tuve que organizar el protocolo de seguridad de aquel secretario del PCUS^[43] de una provincia de chichinabo.

—¿Chichinabo?

—No tiene traducción literal al alemán, es una palabra española que me encanta y que define a la perfección el significado de lo insignificante.

Erika rio.

—Me la apunto.

—El hecho es que aquel hombre tardó solo dos años en deshacer la Unión Soviética, pero antes, en enero de 1990, me llamaron a Moscú para participar en la disolución del KGB, dado que siempre había permanecido al margen de los círculos de poder de Lubyanka. Tú y tu madre os quedasteis en Berlín, pero Erika ya no tenía trabajo y se le vino el mundo encima. Yo viajaba siempre que podía para veros, pero no supe, o no quise, quedarme fuera de todo aquello. Finalmente, en diciembre de 1991, dimos a luz a la SVR^[44] y a la FAPSI^[45], que se fusionaron dos años más tarde en el nuevo Servicio Federal de Inteligencia, el FSK. Conseguí seguir vinculado como agente liberado dentro de la oficina KR, encargada de la contrainteligencia. Aquello me habilitaba para establecer nuestra residencia en cualquier lugar del mundo en el que se hablara alguna de las lenguas que tenía certificadas; en aquel momento, alemán, ruso y español. Yo propuse España y Erika aceptó, aunque creo que me hubiera seguido a cualquier parte del mundo. Tú tenías nueve años cuando nos trasladamos a Plentzia, ¿recuerdas?

—Recuerdo las obras de reconstrucción de la casa, al señor Martínez, nuestro profesor de castellano, y los paseos con mamá por el puerto.

—¡¡Patxi Martínez de Zulueta!! ¡Qué personaje! ¡La paciencia que tuvo

con las dos! Siempre decía que prefería una mala resaca de chacolí a discutir con cualquiera de vosotras. Hizo un gran trabajo. ¡Y la maldita reconstrucción de aquella casa...! La finca estaba desastrosa cuando llegamos, pero tu madre se empeñó en limpiarle la cara hasta dejarla como está ahora. Invirtió años en Siberia.

—¿Por qué la llamasteis así?

—El nombre se lo puso tu madre exprimiendo el jugo a su humor ácido. Era una forma de recordarme que se sentía como desterrada. Allí tuvimos nuestras primeras discusiones, ¿recuerdas?

—Me acuerdo más de lo mal que lo pasaba mamá durante tus ausencias —le reprochó Erika mientras aliñaba su ensalada.

—No deberías echarle sal, tienes más que suficiente con la del litio. ¿No crees? —observó.

—Sí, papito —contestó forzando una ráfaga de pestaños.

—Mis ausencias —repitió Carapocha alargando un suspiro—. En marzo de 1991, estalló la guerra entre Serbia y Croacia, y como se decía en el «Centro»: en cuanto suena la música militar, los diplomáticos bailan. Ya te mencioné antes que Serbia siempre ha estado muy unida a Moscú por los lazos del idioma, la cultura y la maldita religión, así que la primera puerta que tocó Slobodan Milošević fue la nuestra. Pero en el Kremlin estaban inmersos en pleno proceso de reconstrucción —remarcó con cierta ironía—, así que la única ayuda que les ofrecieron fue la de nuestro Servicio de Inteligencia. Prueba este licor de cerezas helado que hacen estos hermanos eslavos del sur.

Erika bebió de un golpe. Luego rellenó los vasos luchando por no exteriorizar los efectos de la bebida serbia.

—¡Esa es mi chica!

—Conozco bien el desarrollo de la guerra porque me lo has contado con pelos y señales, pero no sé cómo ni por qué empezó todo.

—¿De verdad quieres que te lo cuente?

Erika le contestó con una mueca mordaz.

—Está bien. En realidad, no sabría contestarte; ni yo, ni nadie. Es verdad que ya existían tensiones entre serbios y croatas desde hacía cientos de años que se vieron alimentadas durante la ocupación alemana y el posterior gobierno de Tito en aquella Yugoslavia de comunismo artificial. Eso lo

mencioné antes. Resumiendo los antecedentes del conflicto, habría que apuntar a la política proserbia ejercida desde el gobierno central frente al ascenso de los nacionalismos de las diferentes repúblicas federales. Los serbios se habían extendido de forma pacífica más allá de sus fronteras, principalmente en las provincias autónomas de Kosovo^[46] y Vojvodina^[47], pero también, y de forma muy destacada, en la región croata de Krajina^[48] y, por supuesto, en Bosnia. En esa zona que luego bautizarían como la República de Srpska^[49].

—Bonito panorama.

—Un auténtico caos. Muchas pequeñas comunidades croatas se encontraban repartidas por Bosnia y por Serbia, bosnios en Serbia y Montenegro, eslovenos en Croacia y Serbia... En definitiva, una amalgama de etnias, culturas y religiones mezcladas y muy agitadas. Lo más curioso es que los primeros que tomaron la determinación de proclamar su independencia fueron los eslovenos, en junio de 1991. La guerra duró solo diez días a pesar de la fuerte resistencia que se encontraron las unidades movilizadas del ejército popular yugoslavo. A Milošević le preocupaba mucho más la inminente confrontación a gran escala con Croacia, donde ya se estaban produciendo las primeras escaramuzas. Por eso, trató de no abrir otro frente que desgastara sus fuerzas militares y cedió a las pretensiones de Eslovenia, donde, además, apenas había comunidades de serbios. Sin embargo, al finalizar este conflicto sucedió que muchos eslovenos, croatas, albaneses, macedonios y bosnios abandonaron el ejército, que ya estaba controlado mayoritariamente por los serbios. Milošević se frotó las manos al hacerse con el control absoluto del armamento pesado del ejército y, en agosto, dio el banderazo de salida a las operaciones bélicas contra los croatas.

Erika escuchaba atentamente las palabras de su padre, que bebió un trago largo de cerveza para humedecerse la garganta antes de proseguir.

—La superioridad del ejército yugoslavo en manos de los serbios y sus unidades paramilitares, así como la precariedad de las fuerzas croatas, les permitió avanzar muchos kilómetros por territorio enemigo en los primeros meses de la guerra, obligando a desplazarse hacia el centro del país o hacia la frontera con Bosnia a cientos de miles de croatas.

—¿Tú ya estabas allí?

—Yo llegué a mediados de noviembre para comprobar con mis propios ojos el final de los tres meses de asedio a Vukovar. En esa primera etapa, fui como observador militar de la nueva Rusia acompañado por nuestro enlace en Serbia, Sasha Munia. Nuestra misión era informar a nuestro gobierno de lo que estaba ocurriendo; siempre desde la óptica serbia, por supuesto. No tardamos en darnos cuenta de que lo que estaba sucediendo se salía de los parámetros de un conflicto militar convencional. En cuanto entramos en Vukovar después de una fuerte resistencia civil, nos percatamos de que allí solo quedaban muertos y heridos. Las mujeres —casi todas ya viudas—, ancianos y niños decidieron refugiarse en el hospital. Los paramilitares al mando de Mile Mrkšić, que por cierto nació en Croacia, trasladaron a todos a una granja de cerdos fuera de la ciudad, donde muchos fueron torturados, asesinados y enterrados en fosas comunes; casi doscientos. Precisamente allí, me di cuenta de que no hay peor asesino en serie que aquel que se siente legitimado por una bandera.

—¿Y no pudiste hacer nada para impedirlo?

Carapocha no ocultó una expresión de sorpresa que, dadas sus facciones, se desbordaba como por causas naturales.

—Erika..., nosotros no éramos más que dos pececillos nadando en un río infestado de pirañas que se estaban dando un festín; si te acercas, te devoran a ti también. No obstante, no tuvimos noticias de la masacre hasta dos días después. Me enteré por un paramilitar que, entre vodka y vodka, alardeaba de aquello. Cuando informé al Kremlin, ellos ya sabían que en los Balcanes se estaba produciendo una limpieza étnica en toda regla, pero, como te decía antes, decidieron hacer lo mismo que la OTAN: mirar hacia otro lado.

—Como siempre... ¡Qué asco!

—Así es. Sigo. Franjo Tuđman, presidente de la nueva República Independiente de Croacia, aprovechó lo sucedido en Vukovar para llamar a la resistencia a toda la población ante el exterminio serbio. Y esa fue la clave. Cada ciudad, pueblo, barrio y casa se defendió con uñas y dientes dificultando muchísimo el avance de los invasores serbios. Esto dio tiempo a los croatas a organizarse militarmente y rearmarse para su contraofensiva. En enero de 1992, llegó el alto el fuego promovido por la ONU, que fue aceptado por los serbios para iniciar los preparativos de la movilización en

Bosnia. Allí ya se estaba cocinando la guerra con la autoproclamación de la república de los serbios de Bosnia, liderada por Radovan Karadžić. Esa que luego tomaría el nombre de República de Srpska fijando su gobierno en Banja Luka. Los croatas, que mayoritariamente se concentraban en Herzegovina, hicieron lo propio con el apoyo de Zagreb, proclamando la República Croata de Herzeg-Bosnia, con capital en Mostar. Yo volví a casa durante ese alto el fuego.

El semblante del psicólogo se endureció de repente. Erika encendió otro cigarro sin desviar la atención de los fríos ojos metálicos de su padre, que, por un momento, le parecieron algo más humanos.

—Había estado solo seis meses fuera, pero tu madre parecía haber envejecido seis años. Pudimos comunicarnos muy poco durante ese tiempo, y ella estaba desesperada por las noticias que llegaban del conflicto, a las que dieron total cobertura todas las televisiones del planeta.

—Recuerdo a mamá pegada a la televisión —confirmó Erika—, apenas me dejaba ver mis dibujos animados y yo no entendía por qué.

—Tu madre no soportaba la soledad, y la incertidumbre la comía por dentro. Ella sabía que yo tendría que volver tarde o temprano, así que, semana tras semana, me fue preparando para su gran propuesta. Recuerdo perfectamente la calle en la que se paró en seco y me lo soltó de improviso: «O me voy contigo o me voy para siempre». No podía dar crédito, no me lo esperaba. Evidentemente, el plan implicaba dejarte con los abuelos en Berlín; te confieso que esa era la parte que menos me gustaba del plan. Entonces, puse todo en esa maldita balanza que siempre utilizo para sopesar mis equívocas decisiones. Yo sospechaba que la guerra se recrudecería con el paso de los meses y le hablé de todo lo que había visto y vivido en Croacia para tratar de disuadirla, pero Erika ya había tomado su decisión.

—Y se fue contigo.

—Sí, pero no resultó tan sencillo como hacer la maleta y coger un avión. Tuve que viajar a Moscú para exponer un plan que nos incluyera a los dos. El hecho de haber participado en la creación del SVR me facilitó las cosas y pude conseguir los fondos y permisos necesarios para introducirnos en uno de esos grupos paramilitares serbios que eran la vanguardia del proyecto de limpieza étnica en los Balcanes. Ya no seríamos meros observadores a ojos

de los serbios, nos convertiríamos en agregados militares rusos formando a nuestros «hermanos de sangre» en la creación de su nuevo Bezbednosno Informativna Agencija^[50] —pronunció en serbio—. Sin embargo, la misión consistía en reportar al Kremlin lo que no trascendía en los medios. Así, el gobierno de la nueva Rusia podría utilizarlo para demostrar a Occidente su intención de cambio y, por supuesto, para ganar puntos de afinidad con el mundo que en aquel momento lideraba George Bush. La CIA estaba ciega por completo, y toda la información que recibían estaba retocada o reciclada. Sabíamos que era extremadamente peligroso jugar con los paramilitares serbios, que ya habían asesinado a periodistas, políticos e, incluso, a observadores de la ONU en misión de paz.

—¡¡Hijo de la gran puta!! —gritó un hombre en alemán con los brazos levantados situado tras Erika.

Carapocha se levantó con una gran sonrisa y ambos se fundieron en golpes que pretendían ser abrazos.

—¿Qué mierda de barba de anacoreta musulmán es esa? —preguntó Carapocha al recién llegado invitándole a tomar asiento.

—Ya sabes, amigo, ahora ya casi no tenemos que ocultarnos...

—Bueno, Erika, te presento a mi buen amigo Goran Jerčić, del que ya te he hablado. Ella es mi hija.

Goran extendió la mano y se la apretó con delicada firmeza. Luego, hizo un extraño y brusco movimiento con la cabeza antes de hablar.

—Eres su vivo retrato —afirmó—. La misma mirada..., la misma. Un placer.

—Encantada —dijo Erika a la expectativa.

—¿Y bien? —preguntó Goran al tiempo que reclamaba la atención del camarero.

—Antes de que hicieses alarde de tu don natural de la inoportunidad, le estaba desvelando a Erika aquello que le he ocultado durante casi treinta años. Así pues, querido amigo, si adviertes cierta animadversión hacia tu persona no nos lo tengas en cuenta. Por cierto, no te lo había dicho —advirtió a su hija—, pero antes de que empieces a preguntarte por el extraño comportamiento de nuestro amigo, te diré que padece el síndrome de Tourette, por si no tuviera suficiente con lo suyo.

—Trastorno neurológico que se manifiesta con determinados movimientos involuntarios que comúnmente denominamos tics. Usualmente, se producen en el rostro; más concretamente, en cejas, párpados y boca — completó Erika.

—Perfecto, pero en el caso de nuestro Goran —añadió agarrándole por el hombro—, se localiza en el cuello con ese dramático meneo de la cabeza tipo remate de un delantero centro.

—Por eso me refugié tras una pantalla y un teclado. Lo tengo superado..., superado, superado —intervino Goran haciendo una demostración práctica—, y ahora solo me sucede algunas veces; normalmente, cuando tomo la palabra, normalmente.

—La historia nos ha regalado ilustres personajes con este síndrome, como Mozart, Molière, Pedro el Grande o el mismísimo Napoleón, pero nadie tan brillante como este musulmán de ascendencia croata.

—Podría ser peor, imagínate mi tic y tu cara..., y tu cara.

—Yo pagaría la entrada del circo sin pensármelo —apuntilló Carapocha.

Ambos dejaron patente su compenetración en el escenario sincronizando dos carcajadas a cual más estridente.

—En fin —dijo Goran—. Si queréis que os deje solos para que terminéis vuestra conversación, yo me voy de tiendas por Knez Mihailova^[51]..., me voy de tiendas. Verás lo contenta que se pone Svetlana y lo bien que sabrá agradecérmelo. Lo contenta que se pone, que se pone.

—¡Otra cosa que no te había mencionado! —exclamó el psicólogo volviéndose hacia su hija—, una consecuencia del síndrome de Tourette es la palilalia.

—Ya me había dado cuenta, la repetición compulsiva de algunas palabras o frases —interrumpió ella—, así como el uso frecuente de un lenguaje muy soez.

—Exacto. En su caso, gracias a su madre, que le lavó la boca con jabón, pudo limpiar su vocabulario, pero tampoco se prodiga demasiado en conversaciones absurdas, ¿verdad?

—Como esta —afirmó basculando la cabeza.

—Al margen, Goran conoce toda la historia porque la vivió en primera persona. Si no tienes inconveniente —le propuso a su hija—, sería incluso

positivo que estuviera presente por si olvido algún detalle importante.

—Por mí no hay problema —convino ella.

—Está bien. Yo bebo y escucho, que son dos de mis especialidades..., beber y escuchar, beber y escuchar —repitió Goran.

—Las únicas de las que puedes presumir junto con tus habilidades informáticas. Aquí donde le ves —explicó el psicólogo a Erika—, este tipo con pinta de domador de dromedarios fue uno de los primeros y más peligrosos *hackers* de los Balcanes. Ahora no tiene más preocupaciones que acertar con el número de bolsas de plástico cuando hace la compra en el supermercado.

—Si conocieras a mi mujer lo entenderías..., si conocieras a mi mujer —le explicó Goran a Erika.

Erika escrutó a aquel hombre. Aparentaba tener unos cincuenta años y era de talla menuda, con algunos kilos de más acumulados en su cintura. Tras sus diminutas gafas y sobre unas abultadas bolsas, reposaban dos ojos tan oscuros como exultantes de vida.

—Brindemos por el reencuentro.

—*Skål!!* —gritó Goran en islandés.

—¡Cómo quiero a este engendro croata! —exclamó Carapocha agarrándole por la barba—. ¡Por sus venas corre sangre eslava y nórdica!

Goran Jerčić rio antes de dar un trago a la cerveza. Carapocha tomó aire para continuar hablando y Erika se lio un cigarro.

—Veamos..., sí. Con todo dispuesto, te dejamos con los abuelos en mayo de 1992 y volamos a Moscú para coger otro vuelo que nos llevara a Belgrado. Nos alojamos en este mismo hotel esperando a recibir la orden de incorporarnos al Vojska Republike Srpske, el VRS. El panorama era el siguiente, corrígeme si me equivoco —pidió volviéndose hacia Goran—: los croatas de Bosnia se habían organizado en el Hrvatsko Vijeće Obrane^[52], HVO, y las Hrvatske Obrambene Snage^[53], HOS; los bosnios, por su parte, crearon el Armija Republike Bosne i Hercegovine^[54], ARBiH, que, curiosamente, no solo estaba integrado por bosnios musulmanes, también había serbios ortodoxos y croatas católicos que lucharon por sus familias en Sarajevo. A todo esto, se sumaban las fuerzas paramilitares; a saber: por la parte serbia, estaban los cruelmente famosos y temidos Tigres de Arkan, la

Guardia Serbia de Voluntarios y... ¿cómo se hacía llamar el grupo que comandaban Mirco Jović y Vojislav Sešelj?

—Beli Orlovi^[55] —apuntó Goran—, pero realmente les lideraba el malnacido de Milan Lukić.

—Cierto, digamos que Jović puso el huevo del águila, Sešelj hizo el nido y le daba de comer, pero el que salía de caza era Lukić.

—Podría decirse así. Fue responsable directo de las masacres de Sjeverin, de Štrpci y de Višegrad. —Hizo una pausa—. Para ahorrar munición, ataban a los hombres con mujeres, ancianos y niños de modo que, cuando recibieran el tiro, los arrastraran al fondo del río Drina..., al fondo, al fondo. Tres mil víctimas entre las cuales hubo más de seiscientas mujeres y ciento diecinueve niños. Tres mil. Nada les paraba. En Barimo, en 1992, asesinaron a un anciano que había nacido en 1900 y a un niño de doce años recién cumplidos, recién cumplidos.

Erika no articulaba palabra, se limitaba a escuchar a aquellos dos hombres hablando con rabia de sucesos más propios del medievo que, sin embargo, habían sido perpetrados apenas dos décadas atrás.

—Así fue, pero aunque los paramilitares actuaban por su cuenta, todos comían de la misma mano y rendían cuentas a la misma persona: Ratko Mladić —apuntó Carapocha.

—Te referirás a los perros serbios, porque luego estaban las ratas croatas del HVO, que también hicieron de las suyas, como la matanza de Stupni, la de Ahmići o la de Doljani, que me vengan ahora a la cabeza..., que me vengan ahora, ahora.

—El amigo Goran tiene memoria selectiva. Se le olvidan otros nombres, como Grabovica o Sijekovac, donde también civiles o militares desarmados fueron asesinados por los Zelene Beretke^[56], que eran muy musulmanes, o por los bosnios de la Liga Patriótica. Tampoco parece recordar la limpieza étnica de la Krajina a manos de los croatas. ¿Cuántos serbios murieron a manos de los croatas?

—Muchos —reconoció el aludido sincronizándose con su tic—. Eso también es cierto, pero si sacamos el ábaco, los serbios se llevaron la palma en Prijedor y Srebrenica. ¿No crees? Prijedor y Srebrenica.

Carapocha no respondió.

—Me queda muy claro el macabro panorama en el que os teníais que desenvolver. Ahora, por favor, cuéntame qué le sucedió a mamá —solicitó Erika con gesto severo.

—Está bien, tienes razón.

Carapocha se apretó los lacrimales y mojó los labios. Goran bajó la cabeza.

—Al principio, conseguí mantener a tu madre lejos de la primera línea del conflicto. Ella se escapaba a Berlín en cuanto podía para estar contigo, mientras yo iba y venía del campo de batalla a Belgrado. Pasé meses formando a los futuros integrantes de la BIA en contraespionaje, y lo hacía sobre el terreno con la idea de seguir en contacto con la realidad, pero el hecho es que, cuando se producían estas masacres, nunca conseguía estar en el sitio y momento adecuados. Es cierto que viví muchos episodios de violencia cometidos por todos los bandos, e incluso puedo decir que logré evitar alguno —dijo mirando a Goran, que asintió lentamente—, pero ambos coincidimos en que debíamos tratar de estar más cerca del centro de operaciones para poder conseguir el éxito que buscábamos.

—Demasiado cerca —precisó Goran—. Demasiado.

—Sí. A finales de febrero de 1993, en una de las pocas ocasiones en que nos separamos, tu madre fue testigo fortuito del secuestro de un tren de pasajeros por parte de los paramilitares de Milos Lukić cerca de Zlatibor. Separaron a los dieciocho pasajeros musulmanes del resto y los llevaron a una aldea cercana, donde fueron torturados y asesinados antes de terminar en el fondo del Drina, como otros muchos lo habían hecho antes y otros muchos lo harían después. Aquel día, tu madre empezó a obsesionarse tratando de impedir que se produjeran las masacres, pero fue en vano, como puedes imaginar. Tardaba semanas en recuperarse cada vez que se enteraba de alguna y empezó a investigar por su cuenta. Siempre se repetía el nombre Ratko Mladić y, en algún momento, tomó una decisión sin consultarme previamente.

—¿Qué decisión? —preguntó Erika con ansiedad.

—Intervenir. Hacer algo... estúpido —calificó amargamente—. A finales de ese año, el marcador de la guerra en Croacia era muy favorable para el equipo de casa. La OTAN, a través de la UNPROFOR^[57], por fin se decidió

a intervenir en el conflicto; casi tres años más tarde —precisó con acritud—. El 23 de febrero de 1994, croatas y bosnios firmaron la paz y se aliaron contra los serbios con el beneplácito de Naciones Unidas. Con el pretexto de informar a Moscú directamente, tu madre se subió a un avión y volvió dos semanas más tarde. Ella nunca me lo contó.

—¿El qué?

—Más bien, con quién.

—Papá, por favor —le recriminó Erika.

—Fue a Moscú para encontrarse con Ana, la hija de Mladić.

Erika torció el gesto.

—Así era tu madre. Tenía la esperanza de apaciguar a la bestia llegando al corazón de su hija y se enteró de que ella iba a ir a Moscú en viaje de fin de carrera. La muchacha era la preferida de papá, estudiante ejemplar de Medicina, guapa y cariñosa. Idolatraba a su padre. El caso es que Ana Mladić regresó de aquel viaje sumida en una gran depresión y, a los pocos días, se disparó en la sien utilizando el arma favorita de papá: una pistola que le regalaron sus compañeros al licenciarse como el cadete número uno de su promoción, y que guardaba celosamente a la espera de ser disparada por primera vez el día que naciera su primer nieto. Se dice que Ratko Mladić nunca aceptó la teoría del suicidio, y verdaderamente, ella no tenía motivos para hacerlo. Tampoco dejó una nota. La noticia le pilló en el frente y estuvo varias semanas sin pronunciar palabra. Tu madre confiaba en que aquella conversación hiciera cambiar a Mladić y lo logró: se volvió mucho más despiadado e implacable.

Erika resopló.

—Radovan Karadžić^[58] quiso aprovecharse de la coyuntura y, sintiéndose acorralado por la comunidad internacional, se rodeó de las personas que habían demostrado su total lealtad a la República de Srpska. No tardó en regalar a su hombre más duro una total libertad de movimientos: Ratko Mladić. Tu madre no cejó en su empeño y consiguió que ambos entráramos a formar parte del núcleo duro de Mladić, al que sus tropas veneraban y seguían como devotos religiosos de fe inquebrantable. En pocos meses, y gracias a que se sentía muy atraído por el fuerte carácter de tu madre, Erika se convirtió en una de las pocas voces a las que escuchaba. Sin

darnos cuenta, nos metimos de cabeza en la boca del lobo. Nadie sabía que éramos pareja, o eso creíamos, y yo me había ganado a muchos cargos intermedios que me facilitaban la información que necesitábamos para enviar a Moscú. En julio de 1995, la ONU estaba presionando mucho para que se levantara el cerco de Sarajevo, que ya duraba más de tres años y que tuvo como resultado casi diez mil muertos; la mayoría, civiles. Como respuesta, Mladić envió sus tropas a Srebrenica y Zepa, dos zonas supuestamente seguras y protegidas por las tropas de la ONU. Allí se habían congregado más de cuarenta mil musulmanes que habían huido de otros sitios buscando protección. El día 9, Mladić dio la orden de entrar en la ciudad arrasando con fuego de artillería las débiles posiciones defensivas bosnias. La población huyó despavorida. Muchos lo hicieron a Tuzla, pero otros veinte mil buscaron refugio en el cuartel de los cascos azules holandeses de Potočari, a unos pocos kilómetros de Srebrenica.

A Carapocha le costaba completar las frases, parecía no querer avanzar en la historia de forma deliberada. Hizo una pausa para beber y cogió aire.

—El día 11, Mladić se citó con el comandante de los cascos azules, el coronel Thomas Karremans, y pidió a tu madre que le acompañara; supongo que, entre otras cosas, para dar una imagen más civilizada ante los holandeses. Durante aquel encuentro, el hijo de puta amedrentó a Karremans con amenazas veladas a su propia seguridad y la de sus hombres. Él ya había utilizado a personal de la ONU como escudos humanos ante los bombardeos de la OTAN, y no le costó convencer al coronel para que dejara en sus manos el destino de aquellos hombres, mujeres y niños con la promesa de llevarlos a una zona controlada por los bosnios. Aquella misma noche, tu madre me dijo que estaba segura de que se iba a perpetrar una masacre y que teníamos que impedirlo por todos los medios. Ella le había oído decir a Mladić en varias ocasiones que «había llegado el momento de vengarse de los musulmanes», pero yo no hice otra cosa que tratar de quitarle esa idea de la cabeza.

—Sabes que no hubierais podido hacer nada para evitarlo..., nada para evitarlo —intervino Goran.

—Ya, pero debería haber estado junto a ella.

—¿Qué pasó? —Quiso saber Erika.

Carapocha tenía la mirada perdida y tardó en contestar.

—Al día siguiente, separaron a los hombres de las mujeres y los niños. A estos, los subieron en autobuses y los enviaron a zona bosnia. Empeñado en demostrar a tu madre que estaba equivocada, no me di cuenta de lo extrañamente sencillo que resultó que me permitieran acompañar a la expedición. Ella se quedó en Potočari.

La mandíbula le temblaba como temiendo pronunciar la siguiente frase que había elaborado en su cerebro.

—No la volví a ver con vida. Ni siquiera pudimos despedirnos —reveló Carapocha bajando la cabeza—. Tardamos doce horas en llegar a nuestro destino y, cuando traté de contactar con ella, nadie supo decirme nada. Solo entonces comprendí que algo iba mal —añadió arrugando el gesto—. Busqué desesperadamente un transporte para volver de inmediato, pero allí no había más que autobuses con órdenes muy concretas. Finalmente, me hice con un coche destartalado que, como era de prever, me dejó tirado en tierra de nadie. Estaba desesperado, pero me puse a caminar por la carretera hasta que, muchas horas después, me recogió un convoy que perseguía a la columna de refugiados de Srebrenica. El rumor de la limpieza que se estaba llevando a cabo ya circulaba entre los militares y yo seguía sin tener noticias de tu madre. Llegué a Srebrenica a las diez de la noche del día 13, e inmediatamente fui detenido por Popović, el jefe de la policía. Veinticuatro horas incomunicado y otras tantas de interrogatorios, pero en ningún instante mencionaron nada relacionado con Erika. No sé cuánto tiempo pasó, calculo que un par de semanas, hasta que un día me llevaron a algún lugar a unos cien kilómetros de allí. El propio Mladić tomó el mando para tratar de sacarme a golpes nuestra verdadera misión en Serbia. Yo solo quería saber dónde estaba tu madre. Finalmente, me miró con displicencia y me tiró su documentación a la cara. Con media sonrisa en los labios, me lo confesó.

A Carapocha se le humedecieron los ojos. Erika se contagió emocionalmente y tuvo que morderse el labio para poder seguir escuchando.

—«Ni siquiera con su miserable vida pagará por la muerte de mi estrella, pero tú vivirás para compartir mi dolor el resto de tus días», me dijo. Luego, me explicó que empezó a sospechar de tu madre cuando ella trató de impedir la matanza. Al registrar sus cosas debió de encontrar algo que le hizo relacionarla con el suicidio de su hija, su estrella, como él la llamaba. No me

dio detalles de cuándo, cómo ni dónde lo hizo, pero en aquel instante supe que fue él mismo quien la mató. Yo me vacié; no pude o no supe reaccionar y ya no recuerdo muy bien lo que ocurrió a continuación, solo sé que estuve allí encerrado unos cuantos días más hasta que, finalmente, me soltaron y me puse a buscar...

El psicólogo se apretó las sienes con las palmas de las manos.

—Pero había tantos cadáveres... —a Carapocha le costaba articular palabra—; además, tu madre estaba totalmente indocumentada y fue imposible identificar su cadáver entre tantas otras víctimas anónimas. Su cuerpo acabaría siendo incinerado junto al de muchos otros. Oficialmente, ni siquiera se la dio por muerta y sus restos no descansan en sitio alguno donde pueda ser recordada... *Blyad! Proklyati, podlii massovii istvebitel', cvoloch'!! Bud' proklyata moya jisn'!!!*^[59] —sollozó en ruso.

Goran le agarró del brazo y Erika se mantuvo inmóvil. Tras unos segundos, Carapocha hizo un sobreesfuerzo para continuar hablando. Estaba pálido, desencajado.

—Deseé estar muerto en aquel momento, pero no tuve el coraje suficiente para volarme la cabeza. A principios de agosto, no sé muy bien cómo, llegué de nuevo a Belgrado para coger un avión a Moscú. Como esperaba, me dijeron que ya sabía a lo que nos arriesgábamos y, en compensación por los servicios prestados, me retiraron con una pensión vitalicia en septiembre de 1995. Hasta diciembre, no reuní las fuerzas necesarias para ir a Berlín a decírtelo. ¿Lo recuerdas?

—Vagamente. Recuerdo tus discusiones con el abuelo.

—Nosotros no estábamos casados y tu abuelo aprovechó sus contactos políticos para conseguir tu custodia. Tengo que reconocer que yo apenas estaba capacitado para cuidar de mí mismo, ¿como para hacerme cargo de ti!, y acepté la imposición de Albert. No me arrepiento de aquello, sigo pensando que fue lo mejor.

—Ya. Eso nunca lo sabremos —replicó ella con frialdad. Su padre encajó el golpe con deportividad—. ¿Qué pasó luego?

—Volví a Plentzia y me encerré en mí mismo. Pensé en buscar a Mladić, pero no fui capaz de enfrentarme a mi culpabilidad y me refugié en mi propia cobardía. En marzo de 1996 Robert Michelson apareció en casa y, tras

muchas horas de conversación y algunos *gin-tonics*, me devolvió a la tierra. Él sabía cómo insuflarme vida de nuevo y me convenció de que le acompañara a Ucrania para intervenir en el caso de Anatoly Onoprienko. No llegamos a tiempo para evitar que un falso sospechoso muriera en los interrogatorios, pero dos semanas después dimos con él.

El psicólogo se frotó los párpados con las palmas de las manos.

—Nunca perdí el contacto contigo gracias a tu abuela, que, a espaldas de Albert, me permitía escribirte.

—Todavía guardo las cartas. Para mí, la muerte de mamá supuso prolongar vuestra ausencia de forma indefinida...

El sol del ocaso de la tarde, oculto entre las nubes, apenas calentaba y el frío empezó a planear sobre la terraza del Hotel Moskva. Carapocha apuró su cerveza y agarró la mano de su hija.

—Así perdí a tu madre. Nunca me lo perdonaré y, aunque ya nada nos la va a devolver, ahora tenemos la oportunidad de hacer justicia.

—De vengarte, querrás decir —repuso ella.

—Llámalo como quieras.

—Erika, lo tenemos localizado..., lo tenemos —interrumpió Goran ejercitando el cuello—. Según parece, vive en una pequeña población cerca de Zrenjanin, no muy lejos de aquí, pero tenemos que actuar antes de que los servicios secretos lo detengan y lo entreguen al Tribunal de La Haya..., lo entreguen a La Haya, La Haya.

—¿Y cuál es el plan? ¿Iremos allí y le meteremos un tiro en la frente? —preguntó en voz baja Erika.

Goran y Carapocha se miraron.

—No —contestó el psicólogo—. Antes de eso, tendremos una conversación con el contacto de la BIA, pero no va a ser fácil. Si no le han detenido ya es porque buena parte de la población de este país le considera un héroe de la patria. Las autoridades terminarán por entregarle si quieren empezar los trámites de entrada en la Unión Europea. No sabemos cuánto tiempo tenemos, no mucho, y no será fácil porque necesito hablar con él antes de enviarle al infierno. Ahora te toca decidir si quieres participar o quedarte al margen. Respetaré cualquier decisión que tomes.

Erika se reclinó en la silla y entrelazó las manos detrás de la cabeza.

Manteniendo esa postura y con la mirada en el cielo, aseguró:

—No pienso quedarme fuera de esto.

Carapocha esbozó una sonrisa y una lágrima le acarició la mejilla en su recorrido descendente. Se levantó de la silla para acercarse a la de su hija y se puso en cuclillas apoyando sus manos sobre las rodillas de Erika.

—No podría hacer esto sin ti.

—Sí podrías, pero lo quieres hacer conmigo para redimirte de tus «pecados».

—Amén —remató Goran de cabeza—. Ahora tenemos que ver qué hacemos con tu otro amigo de Trieste..., tu otro amigo, amigo.

—En este momento, no podemos encargarnos de él; sin embargo, tampoco podemos dejar pasar la oportunidad ahora que le tenemos localizado en Trieste. Estoy seguro de que a Sancho le gustará saber el paradero de mi querido Orestes, se lo debo.

—¿Vas a poner al inspector tras la pista de Augusto? —preguntó su hija.

El colmillo del psicólogo asomó entre sus labios y sus saltones ojos gris acero se desviaron hacia ningún sitio.

No le hizo falta contestar.



Baldosas amarillas: procedimiento

Martense Street

Brooklyn (Nueva York)

22 de octubre de 1999, a las 16:40

Me gusta este barrio.

—Sí. Es una ciudad en sí misma engullida por la vorágine de Nueva York. Por aquí les gusta decir que este condado es un hogar para cualquiera de cualquier lugar.

—Y tu apartamento ¿qué tal es? —preguntó Carapocha.

—Suficiente. Ordenado. Cada cosa en su sitio y un sitio para cada cosa — afirmó interpretando su papel.

—A veces, los objetos no tienen su sitio ni hay sitio para esos objetos; esta pseudoletanía se puede aplicar perfectamente a las personas. Mi modo de vida no admite tal conjetura ética. Mi espacio es, precisamente, en el que me encuentro en ese momento; no obstante, eso no implica desorden.

—No te sigo —reconoció Orestes.

—No importa. Solo dime: ¿adónde me llevas?

—Me dijiste que querías conocer Little Italy. Podemos ir en metro desde aquí hasta Manhattan o, si lo prefieres, andando, aunque haga algo de frío. A buen paso, atravesando por el parque y todo recto por Flatbush Avenue,

llegamos al puente de Manhattan, pero también podemos cruzar por el de Brooklyn. Se tarda un par de horas.

—Vamos caminando. A ver si reconocemos los escenarios de *El padrino*. A Orestes se le solidificó el gesto.

—Perdona, no recordaba lo de la caja de música —mintió el psicólogo.

—Es igual, vamos. Tarde o temprano, tendré que enfrentarme a mis fantasmas —interpretó.

—Eso es avanzar.

Carapocha le puso intencionadamente la mano en el hombro. Orestes reaccionó como esperaba, con rechazo.

—El contacto físico. Eso también tendrás que superarlo, como tus pesadillas y el miedo a la oscuridad.

—Lo sé —reconoció fugazmente para evitar profundizar en el asunto—. Con el tiempo.

—No deberías frivolar sobre este aspecto. Las deficiencias afectivas levantan muros que, con el tiempo —remarcó—, se hacen imposibles de salvar; pero ya tocaremos este punto en otro momento. Ahora, continuemos hablando del orden que, en términos de conducta, podría llamarse procedimiento. Procedimiento —repitió más despacio.

—¿Otro ingrediente?

—Tan importante como la planificación. Procedimiento es la forma de alcanzar el objetivo. El cómo.

—El camino a seguir.

—Exacto. Autopista o sendero, organizado o desorganizado.

—¿Como la clasificación de los asesinos en serie?

Carapocha torció el gesto.

—De las personas en general —rectificó el psicólogo.

—Sí, pero he leído que es un criterio que se utiliza para categorizarlos.

—Entre otros muchos.

—Andréi Chikatilo —se apresuró a decir—. ¿No fue ese el criterio que utilizaste en el juicio para argumentar que no era un enfermo mental?

El ruso se pellizcó el muslo a través de los pantalones. Aquel caso le había dejado una huella indeleble, pero no quiso sentar precedente eludiendo la conversación.

—Ya veo que te has documentado. Sí. Demostré que una persona que es capaz de seguir un mismo procedimiento para alcanzar su objetivo no puede categorizarse como un enfermo mental. ¿Qué más sabes del asunto?

—Solo lo que es de dominio público, pero estoy seguro de que hay muchos detalles que no han salido a la luz y me gustaría conocerlos.

—¿Por qué?

Orestes meditó su respuesta.

—Quizá me ayude.

—Sabes que eso no es cierto. Dime por qué estás tan interesado en los casos de asesinos en serie.

—Necesito saber si puedo llegar a convertirme en uno de ellos.

Carapocha se detuvo frente a él y le señaló con el dedo índice.

—Cualquiera puede convertirse en un asesino en serie, no implica mérito alguno. De hecho, según MacDonald los niños que han jugado con el fuego, maltratado animales y se meaban en la cama son asesinos en serie en potencia. ¿Quién no tiene un sobrino así? Insisto, cualquiera puede convertirse en un asesino en serie. Sin embargo, no es menos cierto que existan algunos factores que provocan la deshumanización de determinados sujetos, como en el caso de Andréi Romanovich Chikatilo —apostilló con vehemencia.

—¿Fue tu primer caso?

—No. Ni mucho menos.

—Pero fue el que te dio prestigio, ¿no?

—Podría decirse así.

—¿Cuáles eran esos factores? —insistió Orestes mordisqueándose los dedos.

—Una fea costumbre esa de alimentarte con tus propios tejidos —observó Carapocha—. Está bien. En marzo de 1984, estando destinado en Berlín, contactó conmigo un viejo conocido del Instituto Serbsky, que era la máxima entidad estatal en materia psiquiátrica del país, para que les ayudara a elaborar el perfil de un posible asesino en serie. En aquella época, en la Unión Soviética no se admitía públicamente la existencia de esos *serial killers* que actuaban en los países occidentales y que solo podían ser consecuencia del demoníaco sistema capitalista. Pero cuando se encontraron

con doce cadáveres con la misma firma en las cercanías de Rostov, decidieron utilizar los métodos de investigación americanos, que estaban a mil años luz de los nuestros. Negaré haber dicho jamás esto último; incluso, bajo tortura —aclaró.

—¿Cuál era su firma?

—Les arrancaba los ojos. Según una antigua leyenda rusa, en el ojo de las víctimas siempre queda la impronta de su asesino. Así, si se los arrancaba, eliminaba «testigos».

Orestes parecía estar grabando cada palabra.

—Me enviaron toda la documentación que tenían de las ya veintitrés víctimas, todas mujeres y niños salvajemente asesinados a cuchillo, casi todos mutilados, con severas amputaciones de sus genitales y hasta parcialmente devorados. Me llevó varios meses elaborar el perfil psicológico, que resultó ser tan acertado como ineficaz.

—¿Y cuál era? —Quiso saber con cierta precipitación.

—Varón de entre cuarenta y cinco y cincuenta y cinco años, de más de metro ochenta y complexión delgada. Nivel de estudios superiores, bien integrado en la comunidad, casado y sin hijos. Con antecedentes por abusos a menores o violación. Solo me equivoqué en una cosa: tenía dos hijos. El hijo de perra fue capaz, no se sabe de qué forma, de inseminar a su esposa masturbándose, ya que era totalmente incapaz de mantener una erección como para penetrarla.

—Y siendo tan certera, ¿por qué fue ineficaz?

—Porque asesinó al menos a otras treinta mujeres y niños en los seis años que tardaron en detenerle. Rectifico, fue detenido a finales de aquel año, pero el coronel encargado de la investigación, Viktor Burakov, decidió ponerle en la calle porque era un hombre con estudios universitarios, destacado miembro del partido comunista, esposo ejemplar y buen padre. Tenía antecedentes por abusos a menores durante su etapa como profesor, pero, como era habitual, fueron encubiertos por el director del colegio y no se supo hasta el juicio. Además, las muestras de sangre no coincidían con las de semen recogidas en los escenarios. Esta no equivalencia ocurre en contadas ocasiones, pero ocurre. Al final, le agarraron porque le habían identificado saliendo de un bosque unos días antes de que se encontrara a su última víctima en aquel

mismo lugar. A pesar de ello y dada la ausencia de pruebas concluyentes, la legislación de la época exigía una confesión del sospechoso antes de diez días para poder inculparle. Como la policía no lograba sacarle absolutamente nada, volvieron a recurrir a *Cratcherlitsó*, «cara cráter» en ruso —aclaró.

—¿Así te llamaban?

—Era más fácil que pronunciar Armando Lopategui, no les culpo. Además, la descripción es acertada. El hecho es que llegué a Rostov dos días antes de que expirara el plazo para ponerle en libertad y tenía que arrancarle una confesión detallada.

—Y lo conseguiste.

—Tras diecisiete horas de conversación ininterrumpida. Chikatilo destilaba culpabilidad. Cuando le mostramos las fotos de las víctimas, las pupilas se contraían hasta no ser más que un insignificante punto acusador, nunca olvidaré cómo aquellos mortecinos iris azules ganaban en lúgubre intensidad admirando su obra. Se fijaba en todos los detalles, disfrutaba como un pintor que firma un cuadro, pero él intuía que podría librarse de nuevo y negaba toda implicación en el asunto. Yo me presenté como un simple doctor que trataba de entender el motivo por el cual un ser humano era capaz de cometer actos tan atroces. En ningún momento puse en duda que fuera el autor, pero tampoco le acusé ni le critiqué. Solo quería entenderlo y, para ello, empecé a escarbar en su infancia. Prácticamente, no abrí la boca durante las primeras horas. Me relató cómo su madre les contaba a él y a su hermana que otro hermano mayor había sido raptado y devorado por unos vecinos durante la hambruna que asoló a Ucrania en la posguerra. Nunca existió tal hermano, pero aquello le dejó profundamente marcado. Con siete años, presencié la violación de su madre por un soldado alemán durante la ocupación de Ucrania y, fruto de aquello, nació su hermana. Casi no conoció a su padre, ya que se pasó el final de la guerra en un campo de concentración alemán y, posteriormente, fue encarcelado por Stalin como sospechoso de colaboracionismo. Así pagaba el maldito georgiano a los excombatientes de la patria. Le soltaron en 1953, enfermo terminal de pulmonía, y murió a los pocos días de regresar. Durante su adolescencia, su impotencia sexual era de dominio público gracias a que una novia suya se encargaba de pregonarlo cada vez que tenía la ocasión. De ahí el odio arraigado que sentía hacia las

mujeres. Él se sentía superior al resto, buscaba el respeto y la admiración de la gente, pero solo encontraba desprecio y burla. Cuando conseguí arrancarle toda esa información, le expliqué sus propios actos desde el punto de vista psicológico. Le conté lo que quería escuchar y conecté definitivamente con él en el instante en el que le dije que sabía que utilizaba el cuchillo para penetrar a sus víctimas. Le hice ver que había una posibilidad de salvar la vida si alegaba ser un enfermo mental y que yo le ayudaría, pero tendría que contarme los detalles para ello. Le tendí la mano y me creyó.

—¿Le engañaste?

—Digamos que sí. Conseguimos que confesara no solo las treinta y siete muertes que tenían registradas. Nos relató hasta cincuenta y tres dando hasta el más mínimo detalle.

—Y le condenaron a muerte.

—Sí, pero el juicio fue una pantomima. Chikatilo estaba enjaulado por miedo a que los familiares de las víctimas, presentes en la sala, se tomaran la justicia por su mano. Él seguía con su estrategia de aparentar que no tenía el control de sus actos, y no lo hacía mal. Durante el proceso, llegó a bajarse varias veces los pantalones para enseñarle al juez su inútil miembro y teatralizaba con gestos propios de una mente insana. Yo aproveché para volverlo en su contra esgrimiendo que fingir locura no era más que una estrategia para librarse de la pena de muerte, y que aquello era propio de una mente lúcida y organizada. Le ejecutaron en su celda de un tiro en la nuca.

El psicólogo hizo una breve pausa siguiendo con la mirada el curso del intenso tráfico de Nueva York.

—Ahora, te pregunto yo: ¿qué conclusiones sacas?

—Que un asesino que demuestra ser organizado no tiene escapatoria si le cazan, pero tiene muchas más probabilidades de que nunca den con él.

—Correcto, pero... ¿cuál era el objetivo de Chikatilo?

—Matar.

—No. Ese era el camino para alcanzar su objetivo. Piensa. Orestes no tardó en contestar correctamente.

—Conseguir el placer sexual a través de la dominación.

—¿Entiendes ahora la diferencia?

—Entiendo.

—Demuéstramelo.

—Tengo claro que hay que saber qué camino tomar para lograr un objetivo, pero eso no significa que sepa cuál es el camino correcto — argumentó Orestes.

—Bien, pues veamos qué opciones tenemos. Contrariamente a lo que la gente piensa, no existen dos únicos caminos en el ámbito del comportamiento humano, el del bien y el del mal, sino tantos como el sujeto quiera construir. Son infinitos, y es una realidad que puede alcanzarse la meta siguiendo distintas opciones, te recuerdo el ejemplo de los «Teddies». Sin embargo, siempre hay uno que es más recto que los demás. Por tanto, el primer paso para establecer el procedimiento es simplificar. ¿Cómo?

—No construyendo demasiados caminos.

—*Tochhna* —sonó «exacto» en ruso—. Y, para ello, hay que conocer el precio que me costará construir los distintos tipos de caminos. Será barato si me decido por un sendero hecho de tierra evitando los inconvenientes o accidentes naturales que voy a encontrarme hasta alcanzar el destino, pero tendrá muchas curvas, más kilómetros y no podré ir a mucha velocidad. Con total seguridad, será el más barato y el más lento. Si invierto en mejorar la calzada y en estudiar la mejor forma de solventar las dificultades que me vaya encontrando, conseguiré que sea más rápido y que tenga menos kilómetros. Por tanto, si soy una persona ordenada y tengo capacidad de inversión, léase capacidad intelectual, como es tu caso, podré construir el camino adecuado. ¿Y cuál será el precio?

—Asumir las consecuencias.

—Bien. ¿Estás dispuesto a asumir las consecuencias de tus actos para poder pagar el precio? Quiero precisarte algo, precio elevado se traduce como irreversible.

Orestes caviló la respuesta.

—Sí, lo estoy.

—Pues vete pensando en el camino que quieres construir. Evalúa todas las posibilidades antes de poner la primera piedra y dar el primer paso. Vamos, lo que tenía que haber hecho yo antes de decirte que fuéramos a pie.

Orestes rio y, dándole unas palmaditas en la espalda, dijo:

—Largo es el camino...

—Que a ningún sitio lleva —completó Carapocha sin querer hacer notar que había conseguido romper la barrera del contacto físico por vez primera.

—No te preocupes, sabré recompensar sobradamente tu sobrehumano esfuerzo cuando lleguemos a Mulberry's Bar.

—Acelera el paso entonces.



No es un paso atrás, es un paso más

*Residencia de Stefania Gaspari
Piazza Goldoni (Trieste)
14 de abril de 2011, a las 18:15*

El Emperador solía decir que un revés nunca es un paso equivocado, es un paso más en dirección opuesta a la que tienes que seguir. Relativizar los fracasos en cualquier ámbito de la vida hace que estos sean aún más difíciles de digerir. Yo solía hacerlo hasta hace no mucho tiempo, pero el proceso evolutivo en el que estaba inmerso me había llevado a descubrir una nueva vía para superar la decepción; esa víbora que se esconde bajo tantos y tantos disfraces —revancha, desquite, resarcimiento o represalia—. A mí siempre me ha gustado llamarla por su nombre: venganza.

Draco dormiens nunquam titillandus^[60].

Al regresar a casa tras el fiasco de la operación Gaspari, me metí en la bañera para tratar de relajarme y metabolizar mi furia. Wagner me ayudó a conseguirlo, y empecé a diseccionar la situación cuando me sentí algo más sosegado. Entonces, traté de recurrir a mis cualidades empáticas, esas de las que carezco, para meterme en la piel de Komovi y tratar de entender los motivos por los que se había marchado de la casa de una forma tan precipitada. Como era lógico, no llegué a ninguna conclusión, pero de forma

empírica argumenté que el asunto pudiera explicarse desde la necesidad de relatar lo ocurrido a la heredera del imperio Gaspari. El guardaespaldas no era ningún estúpido, e intuí que habría decidido que era el momento de tomar el relevo desde su posición de consorte. La ostentación de poder es el germen más vigoroso de la codicia. Para ello, tendría que dar la cara frente a Stefania y supuse que la habría citado en el nidito donde solían verse a las afueras de la ciudad. Decidí que la mejor forma de dar con la mole era mediante ella, y tenía que saber aprovechar la ventaja que suponía estar muerto.

Puede que la empatía no fuera una de mis virtudes, pero lo suplía con mi facilidad para elaborar razonamientos lógicos aunque a la postre equivocados. No habría freno que detuviera ese tren y, con las calderas repletas de negra ansiedad, un Augusto renacido de las cenizas de la determinación se pondría en marcha.

Lo siguiente era separar lo urgente de lo importante. Primero, calmar el dolor de mi dedo anular, así que busqué en Internet la forma de hacerme un vendaje inmovilizando las dos primeras falanges. Luego, bajé a la farmacia de la Piazza San Giovanni y compré Nolotil en ampollas, cuya eficacia es proporcional a su repugnante sabor. Estoy convencido de que todos los integrantes de la plantilla del laboratorio que lo fabrica son absolutamente inmunes al dolor, porque si tan solo uno de ellos lo hubiera probado alguna vez ya lo estarían comercializando hasta con sabor a sandía. Les deseé a todas aquellas ratas de laboratorio y a sus familias el peor de los finales. Más tarde llamé a Luka, mi proveedor de perico, y quedé con él en el bar Venier de la Piazza Goldoni, a cinco minutos de casa, frente al ático en el que vivía Stefania Gaspari. Me dijo que tardaría veinte minutos y aproveché para acercarme a Agraria Righi, la tienda a la que solía acudir para el mantenimiento de los cuatro bonsáis que tenía en mi apartamento de Via del Toro. Normalmente los trabajaba siguiendo el estilo *Hokidachi*, como me enseñó mi madre, con especies de troncos rectos y ramas que salen a la misma altura conformando una copa simétrica y redondeada. Todas las tardes les dedicaba unos minutos y lucían bastante bien, sobre todo las dos coníferas. Tras el fiasco Gaspari me tuve que hacer con otro kit de herramientas, y aunque los ciento veintiséis euros me parecieron excesivos para la calidad y la cantidad de utensilios que incluía, no me dolieron prendas

y lo pagué. Luka llegó puntual y le compré cinco gramos de esa coca que, según aseguraba, era pura al noventa por ciento. Lo comprobé de inmediato en el baño y me centré en lo más importante: recuperar mis pertenencias, entre las cuales ya consideraba como mío el ejemplar de *Crimen y castigo* que encontré en la casa de Don Daniele, sin olvidarme de mi Glock de porcelana.

Había llegado el momento de actuar de nuevo, pero quise darme unos minutos que invertí observando con detenimiento la Piazza Goldoni. Los triestinos más académicos proferían injurias contra los que habían tratado de hermanar el neoclasicismo de las fachadas decimonónicas con otros elementos modernistas; sin embargo, a mí me parecía un espacio arquitectónico tan rocambolesco como sublime. Miré al cielo. Las nubes se movían a gran velocidad a pesar de que no notaba viento alguno en la cara. Aquella incongruencia la consideré un buen presagio. Inspiré profundamente y me dirigí hacia el portal número 1 de Via Silvio Pellico. En esa misma calle, unos pocos metros más adelante, arrancan las escaleras que suben a la zona monumental de San Giusto, entorno en el que cohabitan la insigne basílica románica, el castillo y los restos romanos. Durante la fase preparatoria de la fallida operación Gaspari, vigilé la rutina de Stefania, y muchas noches terminaba subiendo hasta allí para contemplar aquella ciudad en perfecta armonía con el mar y la montaña. No tenía anotado ningún día en el que hubiera llegado a casa antes de las 23:00 y siempre lo hacía sola.

Empujé la puerta, que permanecía abierta hasta las 19:00 para facilitar el acceso a las muchas oficinas y despachos que albergaba aquel edificio. Su formidable fachada de color amarillo pálido lo hacía un tanto especial. Utilicé las escaleras para llegar hasta arriba sin cruzarme con nadie y analicé la situación al llegar al rellano del ático. Al ver las dos puertas supuse con acierto que se trataría de dos apartamentos independientes reformados para sumar metros en una única vivienda. Sin embargo, solo la situada frente al ascensor tenía cerradura; de lector biométrico, por cierto. Simplifiqué para dar con el camino correcto. Me las arreglé para anular el plafón que proporcionaba la luz en aquella planta y me senté a esperar tranquilamente en las escaleras. No podía escuchar música, tenía que estar muy atento al sonido del ascensor, así que recurrí a mi otro vicio: la lectura. Hacía pocos días que

había comprado *Hambre*, del noruego Knut Hamsun, en la Librería Antiquaria por 14,50 euros. Pude haberla comprado en inglés, pero decidí hacerlo en italiano siguiendo mi procedimiento habitual de perfeccionamiento de un idioma. Sus páginas me ayudarían a relajarme durante la espera. El eco de los nudillos en el rellano precedió a la apertura del libro. Recuerdo que iba por la página 202 en el momento en que oí que el ascensor se ponía en marcha de nuevo. No se había registrado movimiento alguno desde que cerraron las oficinas, y aquello alimentó mi estado de alerta: guantes, herramienta, pasamontañas y mochila a la espalda. Se paró en el tercero. Pude escuchar los tacones de una mujer, el sonido de unas llaves introduciéndose en una cerradura y el ruido de la puerta al cerrarse. Me volví a sentar y exhalé el aire que había retenido de forma inconsciente en mis pulmones. Seguía convencido de que, antes o después, Stefania tendría que aparecer. Tenía fe ciega en mis convicciones.

No había terminado el capítulo cuando volví a escuchar el ruido del motor del ascensor. Mi Hublot marcaba las 23:20. Tardaba unos tres segundos por piso desde la planta baja, pero llevaba trece y no se había parado. Tenía que ser ella. Me pegué a la pared y me sequé la mano derecha del sudor de modo que pudiera asir con seguridad el rastrillo kumade para liberar raíces de bonsáis. Aquella herramienta purificadora era, sin lugar a dudas, la adecuada: tenía un mango de madera y una triple prolongación metálica en forma de gancho rematada en punta que, aplicada sobre el cuello, causaría el efecto que buscaba. Cuando paró en el ático, me cubrí con el pasamontañas y esperé a que Stefania saliera del ascensor. Tal y como había visualizado, la hija de Don Daniele ni siquiera se percató de mi presencia en la penumbra. En el preciso momento en que puso el dedo sobre el lector biométrico y la luz cambió a verde, me abalancé sobre ella por la espalda. Le tapé la boca con la mano izquierda y le presioné el cuello con el kumade. Seguidamente, la empujé al interior de la vivienda y cerré la puerta con el pie.

—Si emites un solo sonido, te desgarraré la yugular como a un cerdo — amenacé en italiano con voz suave pero firme.

Se puso rígida y volví a saborear esa *delicatessen* de nombre poder.

Medía aproximadamente un metro sesenta y no me resultó complicado llevarla casi en volandas hasta el primer cuarto de baño que encontré. Noté

cómo temblaba y aquello reforzó mi estado de ánimo. Una vez dentro, empujé la puerta, la senté en el retrete y, sin darle la espalda, eché el pestillo. Calculé unos doce metros cuadrados en planta rectangular: cuatro de largo por tres de ancho. Desde la puerta, me quité el pasamontañas y pude ver que el miedo se reflejaba en sus retinas. Sabía que aquello surtiría efecto. El hecho de que un delincuente actúe a cara descubierta provoca que la víctima especule con la razón por la que al asaltante no le importa ser reconocido. Y no es bueno conjeturar si la integridad de uno mismo está en entredicho; en absoluto. Sin dejar de mirarla, le ordené llenar la bañera de agua. Por suerte —para ella—, no tuve que repetírselo. Desconcertada, tardó unos segundos en moverse mientras le recordaba que mantuviera la boca cerrada si quería salir indemne de aquella. Con un visible temblor de piernas, abrió el agua, puso el tapón y se volvió a sentar.

—Ahora, desnúdate.

*Residencia de Ramiro Sancho
Barrio de Parquesol (Valladolid)*

Había llovido durante toda la tarde y la noche era limpia y fresca, de esas en las que a uno le apetece verse envuelto por su oscuro manto en compañía de alguien. No era el caso del inspector Sancho, cuyo único acompañamiento en los últimos meses seguía siendo la frustración, a la que había tratado sin éxito de dejar atrás durante los cuarenta y cinco minutos de carrera. Sudando, desencantado, entró en casa justo cuando empezó a sonar el móvil; el reloj del teléfono decía que eran las 23:30. Se preguntó quién llamaría a esas horas, y al ver en la pantalla que se trataba de un número extraño, rechazó la llamada. Fue a la cocina para beber agua. Lo hizo directamente de la botella, ventajas de no compartir la vida con nadie. El móvil volvió a sonar y se fijó en el número; empezaba por +381 y, esta vez, se impuso la curiosidad.

—Sancho —contestó con voz grave.

—Ramiro, buenas noches, siento molestarte tan tarde.

El inspector se quedó paralizado, como si el mundo hubiera pisado el

freno hasta el fondo. En su cabeza pudo ver el rostro de Steve Buscemi.

—Ramiro, ¿sigues ahí?

—Aquí sigo, Armando, aquí sigo..., descompuesto y sin novia.

—Me alegra oír que sigues con eso que solo tú confundes con el humor.

—¡Hay que joderse! —jadeó—. Supongo que no me llamas después de tanto tiempo para contarme uno de tus chistes, ¿no?

—¡Vaya! Te pilló en mal momento. Quiero decir, ¡en un gran momento!

—Pues no, venía de hacer algo de deporte a ver si consigo quitarme algo de esta mala hostia que me dejaste, jodido bolchevique. A mi edad, cada vez cuesta más recuperar el aliento. Y ahora, dime, ¿me vas a contar qué se te ofrece o se trata de una llamada de cortesía? Que palabras de cortesía suenan bien y a nada obligan.

—Echaba de menos tu refranero.

—Te invito a casa para escuchar una sesión en vivo y en directo. Dime de una vez qué coño quieres.

—Está bien. —Hizo una pausa—. Se trata de Orestes.

Sancho contuvo el aliento y buscó donde sentarse. El retrete le pareció un buen sitio.

—Augusto, querrás decir.

—Para mí siempre ha sido, es y será Orestes.

—Te escucho —expresó en tono adusto, a la expectativa.

—Sigue vivo.

El pelirrojo se levantó y tensó con fuerza los músculos de la mandíbula. Notó que el corazón galopaba en su pecho y la sangre se le acumulaba en las sienes.

—¡¡¡Hijo de la gran puta!!! —vociferó—. ¡Lo sabía! ¡Sabía que le habías dejado marchar!

—Tuve que hacerlo, no tenía otra opción, pero, como te dije en su día, te daré la oportunidad de decidir lo que has de hacer conmigo.

—¡¡Sabía que le habías dejado marchar!! —repitió.

—Ramiro, te ruego que me permitas hablar. Soy consciente de que estoy cometiendo una gran imprudencia al contarte todo esto por teléfono, pero es muy importante que hagas el esfuerzo de escucharme. El asunto se me fue totalmente de las manos, lo sé, pero no podía permitir que me inculparan

como instigador y arrastrar conmigo a mi hija si quería tener la oportunidad de enmendar mis errores. En aquel instante, lo decidí así porque sabía que, tarde o temprano, daría con él. Sin embargo, no te llamo para exponerte mis razones.

—¡Me importan una puta mierda tus razones! ¿Lo entiendes? No quiero saber por qué le permitiste escapar, nunca seré capaz de entenderlo. ¡Qué hijo de puta! ¡¡Qué hijo de la gran puta!! Y... ¿se puede saber por qué cojones me cuentas esto ahora?

Carapocha invirtió unos segundos en contestar.

—Porque le hemos localizado.

Sancho volvió a sentarse; esta vez, en el sofá del salón, hasta el que se había trasladado sin saber muy bien cómo. Estaba tratando de sosegarlo cuando se dio cuenta de que algo en su interior acababa de volatilizarse. Era esa garra que le llevaba presionando el estómago desde hacía ya más tiempo del que era capaz de recordar. Ya no la sentía.

—¿Estás más calmado?

—Lo estoy intentando, maldita sea, lo intento. ¿Le habéis localizado? ¿Dónde?

—Así es, le hemos localizado —reiteró—. Tengo a más gente colaborando conmigo. Sabemos dónde está. Estamos seguros.

—¿Cómo de seguros?

—Seguros al cien por cien a día 13 de abril.

—¿Por qué debería fiarme de ti?

—Ya te demostré que no puedes, pero te aseguro que conocemos incluso en qué distrito tiene su domicilio o, para ser más exactos, desde qué lugar aproximado se conecta habitualmente a Internet.

—¿Cómo de aproximado?

—El nodo abarca unas dos mil viviendas.

—¿En qué ciudad?

—¿Seguro que quieres saberlo? ¿Qué vas a hacer, Ramiro?

—Voy a pedirte que no me toques los cojones. No tienes derecho a hacerlo. Dime en qué puto rincón del planeta se esconde ese malnacido.

—Tienes razón, te pido disculpas. Te lo pregunto directamente: si te digo su paradero, ¿irás a por él?

—Ese es el motivo, ¿verdad? Me lo cuentas para que te haga el trabajo sucio, cabrón.

—Puede ser, pero no puedo tomar la decisión sin saber qué ves cuando cierras los ojos.

—Armando, deja de tocarme los cojones.

—Está bien, amigo, siento haberte molestado. Ahora, tengo que colgar...

—¡¡¡Veo sus caras!!! —gritó—, y la tuya, y la de Martina y las de todas las víctimas. Y también me veo a mí con cara de idiota, esa que tengo desde aquel día. Apenas malduermo unas horas y no descanso ninguna. Y tú, querido amigo, ¿qué ves?

—Yo no tengo conciencia ni necesito dormir.

—Eso que ganas, cabrón.

Un silencio atronador se adueñó de la conversación. Sancho se pasó la mano por el mentón y notó que los dedos se hundían demasiado en su pelirroja barba.

—Alguien dijo una vez que tienen más importancia los silencios de los amigos que las palabras de los enemigos —comentó el psicólogo.

—¿Y en qué grupo me incluye su eminencia? —preguntó el inspector notablemente malhumorado.

—No quieras saberlo —agregó—. Augusto está en Trieste.

—¿En Italia? ¡¿Y qué coño hace en Italia?!

—Eso se lo tendrás que preguntar a él.

—¿Está en activo?

—Parece que no. Por lo menos, no se ha registrado ninguna muerte violenta en los periódicos locales desde noviembre de 2010. No obstante, estoy seguro de que volverá a matar. Lo hará antes o después.

—Pues ese futuro cadáver tendrá mucho que agradecerte a ti —dijo con saña—. Es mi turno de preguntar: ¿por qué me lo cuentas precisamente ahora?

—Como te digo, lo descubrimos el 13 de abril; es decir, ayer.

—Y tú ¿qué vas a hacer?

—Yo estoy metido en un lío del que tengo que salir antes de pensar en meterme en este otro de lleno; no obstante, te ayudaré en todo lo que esté en mi mano.

—Por supuesto, que el imbécil del policía pelirrojo te libre de este marrón. ¿Crees que no me doy cuenta de que estás tratando de utilizarme?

—Uno no utiliza a otro si el otro no se deja utilizar. La decisión es solo tuya.

—Por supuesto que lo es. ¿Qué esperas, que me quede en Valladolid de brazos cruzados? Sabías perfectamente cuál sería mi reacción y por eso me quieres involucrar de nuevo.

—Cierto, y porque te lo debo.

Sancho le regaló una carcajada nerviosa que rebotó a través del teléfono de su interlocutor por todo el bulevar Despota Stefana.

—Que una vez me manejases como a un pelele no significa que lo sea. Tú no mueves ni un solo dedo por algo que no sea en tu propio interés.

—Te equivocas, Ramiro, pero no voy a tratar de convencerte de lo contrario. Pensé que tenía que decírtelo y lo he hecho. Te brindo la oportunidad de poner las cosas en su sitio con Orestes si es que lo consideras necesario, pero, si decides no intervenir, yo mismo le daré caza más tarde o más temprano. Te digo más: cuando lo haga, me comprometo a avisarte para que puedas descansar tranquilo.

—¿Ahora el psicólogo se dedica a aplicar tratamientos a medida? —preguntó con intención.

Carapocha se pensó la respuesta.

—Echa un vistazo a la edición de hoy del *Sankt Peterburgskie Vedomosti* o a la del *Delovoy Peterburg*.

—¿San Petersburgo? Así que has vuelto a la madre patria... ¿Me llamas desde allí?

—No, ahora estamos en Belgrado. Lo comprobarás por el prefijo del número desde el que te estoy llamando. No me importa que lo sepas, estás en tu derecho si quieres venir a por mí.

—Trieste o Belgrado...

—Belgrado o Trieste, elige. Yo tengo que dejarte, pero puedes llamar a este número de teléfono, +381 112 686 255, si me necesitas. Es del Hotel Moskva; aquí, en Belgrado. Pregunta por Marija, ella te dirá cómo contactar conmigo. Buenas noches, Ramiro.

Sancho no contestó. No porque no quisiera, sino porque no supo qué

decir. Se sentó en el suelo con la atención puesta en algún objeto del salón y la mente puesta en un aeropuerto, pero sin un destino decidido: Trieste o Belgrado.

Luego se duchó, se vistió y salió de casa. Inconscientemente lúcido, sus pasos le llevaron hasta la avenida de Salamanca y siguió caminando con rumbo errático pero firme. Dejó a su derecha las obras de la plaza del Milenio y al cruzar el Pisuerga por el puente del Cubo notó que la temperatura descendía algunos grados. Encerrado en sus divagaciones aceleró el paso, como si quisiera huir del frío o escapar de la celda de sus pensamientos. Al pasar cerca del edificio Riosol no pudo evitar fijarse en la terraza del comisario Mejía; sin embargo, aquella no era su meta y reemprendió la marcha. Minutos después se plantó frente a la fachada de la iglesia conventual de San Agustín, con la mirada perdida en la calle Santo Domingo de Guzmán, justo en el lugar donde aquel día se cruzó con Augusto Ledesma. La zona estaba bien iluminada por dos puntos de luz situados a muy poca distancia en la pared contraria; sin embargo, Sancho no veía más que tinieblas y no reunió el coraje necesario para cruzarla.

Permaneció allí parado por tiempo indefinido, inmóvil, viajando con la mente en vuelo directo hacia una ciudad del Adriático.

*Residencia de Stefania Gaspari
Piazza Goldoni (Trieste)*

Stefania no se movió, juraría que ni pestañeó. Di dos pasos y le mostré el rastrillo, que, para ella, no era más que un triple gancho terminado en punta extremadamente peligroso.

—No me malinterpretes, no pienso tocarte, si es lo que estás pensando. Solo quiero que te quites la ropa y te metas en la bañera.

Tenía un cuerpo bonito y bien cuidado; saltaba a la vista que había pasado por cirugía en varias ocasiones: aumento de pecho, colágeno en los labios, dientes blanqueados, manicura y pedicura recientes, posiblemente operada de la nariz y más pinchazos de bótox que un toxicómano en el antebrazo. Por

asociación de ideas, me vino a la mente la imagen de ese desgraciado al que tuve que desfigurar y de cuyo nombre no conseguía acordarme en aquel momento. No le di mayor importancia. Noté una ligera erección y reconocí que la chica estaba muy follable, pero la violación me parecía un acto cargado de cobardía e inmundicia, muy alejado de mis intenciones y principios. De hecho, reconozco que más de una vez me había entretenido pensando en las atrocidades que le causaría a un violador.

—Muy bien, Stefania. Como te he dicho antes, no voy a hacerte daño si sigues al pie de la letra todo lo que te ordene. Métete en la bañera. Despacio.

Hizo lo que le mandé como un autómatas y, en cuanto se sentó, esposó su mano izquierda a la llave del agua caliente. No opuso resistencia, y entonces me di cuenta de que no había escuchado su voz. El terror devora la locuacidad, eso lo sabía por experiencia.

—¿Está bien la temperatura? Me ocuparé de echar más agua caliente cuando se vaya enfriando, no quiero que te resfríes. ¿Te importa que fume? Llevo sin fumar unas cuantas horas esperando a que llegaras.

Ella asintió con un casi imperceptible movimiento de cabeza.

—Mil gracias. Ahora que ya estamos más relajados, voy a contarte por qué estoy aquí y qué quiero que hagas.

Le di una calada al Moods antes de continuar hablando, retuve el humo unos segundos saboreando la nicotina y me presenté:

—Soy el hombre que ha disparado a tu padre.

De repente, el semblante contraído pero terso de Stefania se metamorfoseó en un paisaje repleto de acantilados y cráteres. Comprendí al momento que Komovi no la había informado de nada y creo que me arrepentí de habérselo dicho, aunque supe disimularlo.

—¿Cómo has dicho? —Acertó a balbucear.

Pensé bien lo siguiente que iba a decir.

—Ya veo que tu novio no ha tenido cojones para contarte todo lo que pasó anoche.

—¿Has matado a mi padre?! —exigió saber elevando la voz en un tono que no me gustó en absoluto.

—Sí. Tuve que hacerlo y te reunirás con él antes de lo que crees si vuelves a levantar la voz —le aseguré.

Stefania se cubrió la cara con las manos ahogando algo parecido a un llanto. Dejé pasar unos minutos, en los que elaboré mi nueva estrategia y seguí hablando en cuanto noté que se calmaba.

—Tu padre me contrató para matar a Drago. Se había enterado de lo vuestro y no pensaba consentir que un simple mercenario se hiciera con el trono del imperio Gaspari. Mis órdenes eran entrar en la casa, dejarle inconsciente e inmovilizarle para que, una vez despierto, él mismo pudiera ajustarle las cuentas. Luego, fingiríamos un robo con resultado fatal para su fiel guardaespaldas, pero salió mal y tuve que improvisar. Disparé a tu padre antes de que Drago me neutralizara y tratara de matarme con una inyección letal que, como ya habrás supuesto, no tuvo el resultado que tu amante esperaba. —Sonreí—. Él se ha llevado algunas de mis pertenencias y las quiero recuperar. ¿Me sigues?

Stefania asintió.

—Estupendo. Lo estás haciendo francamente bien. Lo siguiente que quiero que hagas es que llames a Komovi. Por cierto, ¿sabías que le llaman así?

—Sí.

—¿Y tú cómo le llamas? —pregunté, solo para tratar de que se relajara.

—Drago.

En ese preciso instante me di cuenta de que el temor había dado paso al odio. Lo asimilé como una respuesta natural y no se lo tuve en cuenta.

—Le vas a decir a Drago que el tipo que ha disparado a tu padre está contigo en casa y que va a matarte —le guiñé el ojo— si no me trae la mochila que me robó con todo su contenido en menos de una hora. ¿Tiene él llaves de esta casa?

—Sí.

—Lo suponía. Tienes que dejarle muy claro que te llame al móvil cuando esté en la puerta y yo le iré dando instrucciones. Si haces algo distinto a lo que te he dicho, mueres. Si él no llega a tiempo, mueres. Si no me trae mi mochila, mueres. Si no sigue mis órdenes al pie de la letra o intenta algo, mueres. ¿Hablo italiano lo suficientemente bien como para que me hayas entendido?

—Lo hablas suficientemente bien, maldito bastardo —escupió.

Aproveché ese momento para recordarle quién estaba al mando de la situación y, sin mediar palabra, sujeté el purito en la comisura de la boca para liberar mi mano derecha. No vio llegar el puñetazo, no se lo esperaba y los músculos del cuello no ofrecieron oposición alguna. El impacto hizo que la cabeza experimentara un retroceso que terminó violentamente contra los azulejos de ese baño de alta alcurnia. El chillido se solapó con el sonido hueco de la pared. Rompió a sangrar de inmediato y no sabía si echarse las manos a la cara o a la nuca. No abrí la boca, le transmití con la mirada todo lo que tenía que decirle. Aquello fue un gran acierto. No volvió a faltarme al respeto, cosa que solo sucede si alguien pierde credibilidad. Necesitaba que ella tuviera muy presente en todo momento que su vida estaba en mis manos, y, aunque pueda sonar cobarde, hizo que me sintiera bien.

—Dime dónde está el cuadro eléctrico.

—En el recibidor —respondí.

—No me obligues a golpearte de nuevo.

Efectivamente, allí estaba. Quité la tapa y desatornillé el cajetín del diferencial dejando visibles algunos cables. No necesitaba más, pero me quedé allí unos minutos haciendo tiempo y algo de ruido para que Stefania lo escuchara.

El arte del engaño consiste en hacer creer, no en engañar.

Cuando volví al cuarto de baño, me fijé en que tenía el labio superior visiblemente hinchado y que parte de la mejilla derecha, donde había recibido el impacto, estaba empezando a amoratarse. Hice como si me interesara por su estado auscultando visualmente la zona. Después, descolgué el espejo y lo coloqué en el pasillo de tal forma que pudiera ver la entrada principal desde mi posición.

—He puentado el interruptor del diferencial de potencia —anuncié—. Ya no saltará en el caso de que se produzca un pico de corriente. ¿Sabes cuándo sucede eso?

No contestó, pero supe que me había entendido perfectamente.

—Dime, ¿dónde tienes el secador? No lo veo por aquí. ¿En el baño de tu habitación, quizá?

Acerté. Recorrí la casa disfrutando lo bien decorada que la tenía y no aprecié ningún olor que me llamara la atención. No me importa admitir que

me provocó cierta envidia. Muebles modernos de corte rectilíneo ocupando los espacios de forma sensata y coherente. Cada objeto en su lugar y un lugar para cada objeto. Sin concesiones a la arbitrariedad, creando armonía en cada microambiente mediante el uso juicioso de gamas de colores: tostados y dorados en las zonas de tránsito, blancos y plateados en el salón rompiendo la horizontalidad predominante, alternando elementos dispuestos intencionadamente en vertical con columnas pintadas de negro. Su habitación era cálida y, a la vez, sintética, con la zona del vestidor diferenciada del resto empleando una acertadísima disposición de la iluminación. Pasé por la cocina para armarme con el cuchillo más intimidatorio que encontré. Por desgracia, no lucía el tamaño del que utilicé con la pareja de dóberman, pero ya me había deshecho de él junto con el humidificador y el inhibidor. Si todo salía como esperaba, no tendría que utilizarlo. También cogí un bonito pero práctico salero y volví al baño pensando que Stefania era una mujer de gusto selecto; casi me daba reparo tener que matarla.

—Aquí estoy de nuevo. Te felicito por tu casa, yo sé apreciar todo el trabajo que le has dedicado. Sobresaliente —califiqué al tiempo que enchufaba el secador y comprobaba su correcto funcionamiento.

Cuando lo encendí, Stefania encogió las piernas y trató de liberarse de las esposas haciéndose daño en la muñeca.

—Tres mil vatios... ¡¡Me encanta!! —exclamé forzando el tono—, aun sabiendo que la potencia poco interviene en la electrocución.

Completé la pantomima vertiendo por completo el bote de sal para cocinar y removí el agua con el empeño y cariño que pone una abuela en su guiso especial. Noté que ya se había templado y abrí el grifo con el punto rojo. Hice una pausa dramática mientras agitaba el agua antes de seguir hablando.

—La sal común es para conseguir que las moléculas de agua se dividan en iones y mejore sustancialmente la conductividad. Cuanta más temperatura, mejor, bueno..., peor para el que está a remojo. Espero no tener que utilizar el secador porque el problema de las electrocuciones en la bañera es que la corriente no tiene un punto de entrada y otro de salida; la electricidad circularía por tu cuerpo como la bola de un pinball antes de desaparecer a través de tu muñeca izquierda, que es la que está en contacto con la grifería.

La muerte sobreviene por parada cardiorrespiratoria en pocos segundos; prácticamente, no sufrirás, pero tu bonita y cuidada piel... —dije chasqueando la lengua justo antes de acariciar su trémulo hombro con dos dedos— se te va a chamuscar por completo. Los músculos se contraen haciendo que el cuerpo adopte una postura casi inverosímil, aunque lo peor no es eso, lo realmente desagradable es el olor —me esforcé por poner el más asqueroso y repelente de los gestos—: tejido quemado, pelo achicharrado, órganos internos cocidos..., repugnante. No es un método que suela utilizar con mucha frecuencia, pero funciona si quieres hacer daño a la familia de la víctima. Es el *súmmum* de la deshumanización. El cadáver podría parecer el de un ser humano o el de un animal, créeme.

Apagué el secador y lo dejé apoyado en el lavabo, a escasos dos metros de la bañera. Metí de nuevo la mano en esta y cerré el grifo cuando entendí que estaba suficientemente caliente. El vaho se había adueñado de la atmósfera sin yo percatarme.

—¿Estás más tranquila? ¿Crees que puedes llamar a Drago y convencerle de que haga lo que te he dicho?

Asintió y extendió la mano para coger el teléfono.

—Si se te cae el teléfono accidentalmente al agua, a mí se me caerá el secador. Puedes estar segura... —le advertí guiñándole el ojo de nuevo, luciendo hoyuelos.

Ella empezó a hablar sin dejarme terminar la frase. Afiné el oído y me cercioré de que, efectivamente, la profunda voz del montenegrino estaba al otro lado. A Stefania le temblaba la suya, pero supo explicarse como si le fuera la vida en ello. Tras unos segundos, con un *a presto*, se despidió y me devolvió el teléfono. Miré la hora; las 23:49.

—Lo has hecho muy bien. ¿Te ha dicho cuánto tardará?

Negó con la cabeza.

—Estaba conduciendo, pero no me ha puesto pegas cuando le he contado que tenía como máximo una hora. Vendrá.

—Sí, yo también lo creo.

Abrí el libro por la página 214 y encendí otro Moods. De nuevo, encontré la relajación que necesitaba en la lectura. La prosa de Hamsun era realmente prodigiosa.

A las 00:18, sonó el teléfono y me sobresalté. Era Komovi. Miré a Stefania y sonreí antes de taponarle la boca con cinta adhesiva. La adrenalina se me disparó. Rechacé la llamada y escribí un mensaje en italiano.

Bienvenido a la fiesta, amigo. Te faltó cloruro de potasio o bromuro de pancuronio para acabar conmigo. Quiero que te quites toda la ropa y esperes mis instrucciones. Si entras con algo más que mi mochila y el móvil, Stefania muere.

Me puse el dedo índice sobre los labios y me giré hacia Stefania. Encendí la luz del recibidor y pude escuchar ruido tras la puerta. Me coloqué en la zona desde la que podía ver la entrada a través del reflejo del espejo antes de apagar la luz del baño.

Entra con tu llave, quédate en la puerta y tira mi mochila y tus armas desde ahí.

Oí el sonido de la llave y pude distinguir la silueta montañosa de Komovi recortada bajo el quicio de la puerta. Aquel hombre tenía un físico imponente. Me intimidó, lo reconozco. Arrojó mi mochila a escasos centímetros de la puerta del baño y, algo más lejos, lo que intuí que debía de ser su arma por el sonido que hizo al golpear el parque.

Vuelve a salir y espera instrucciones.

Pude ver que leía el mensaje y miraba en derredor tratando de analizar la situación. No le di tiempo y volví a escribir:

Sal ya o Stefania muere.

Se giró lentamente y salió. Yo me moví de inmediato para agarrar mi mochila y su arma. Era un revólver talla XL que me metí por dentro del

pantalón. Comprobé que estaba todo, incluido mi ejemplar de *Crimen y castigo*. Mi flamante tesoro. Encajé el silenciador en mi Glock artesanal y me aseguré de que estuviera cargada. Hollywood ha conseguido que la gente crea que un disparo con silenciador suena como un leve silbido; no es así. Es cierto que un buen supresor como el mío amortiguaría bastante el ruido, pero no deja de ser un fuerte chasquido de unos ciento veinte decibelios. Similar al que producen mis nudillos, pero mucho más amplificado. Por suerte, solo había cuatro viviendas ocupadas en aquel bloque; una en el primero, dos en el segundo y otra en el tercero. Tenía que arriesgarme. Me situé a unos tres metros de la puerta de la calle y escribí:

Entra despacio, que nadie oiga tus pasos.

Abrió de nuevo la puerta y, apuntándole con el arma, le invité a entrar y cerrarla tras de sí.

El Emperador me enseñó a disparar con bala cuando le demostré que era capaz de matar a un ser vivo con cartucho. Siempre insistía en que relajara los brazos y las piernas; que el arma era una prolongación de mi mano; que apuntara a un sitio único en el que quisiera que impactara el proyectil; que acariciara el gatillo antes de apretarlo. Años después, viendo la película *El patriota*, me conmoví al escuchar los consejos que Mel Gibson trasladaba a sus hijos pequeños: «Blanco pequeño, error pequeño».

En cuanto Komovi estuvo frente a mí, me buscó con la mirada. Pude darme cuenta de que sabía muy bien lo que iba a pasar.

—*Ein kleiner Mensch stirbt, nur zum Schein...*

La onomatopeya del chasquido sonó seis veces interrumpiendo mis versos.

Komovi se llevó las manos al pecho con rabia, como si quisiera arrancarse la piel. Cayó de rodillas, apretando los dientes. Antes de desplomarse hacia delante como un árbol centenario tras ser talado, noté que el móvil vibraba en mi mano.

Deja que ella viva, te lo ruego.

*Residencia de Ramiro Sancho
Barrio de Parquesol (Valladolid)*

Apuró el segundo Jameson en menos tiempo incluso que el primero. Se notaba aparentemente sosegado, alternando el apasionado masaje del mentón con intermitentes pero cautelosos tirones de los pelos de la barba. El debate interno en el que se encontraba inmerso estaba siendo tan intenso como mortecino el balance de los últimos meses.

El inspector había centrado sus esfuerzos en que no se diera el caso por cerrado, pero colisionó frontalmente con el muro levantado por Travieso y las alambradas de espino de Pemán. Ni siquiera pudo conseguir que aprobaran un análisis comparativo del ADN de los cadáveres de Mercedes Mateo y su supuesto hijo desfigurado a martillazos. Aquello hubiera desmontado toda la trama y reabierto el caso, pero como ya predijo Carapocha, lo único que lleva a la verdad es la necesidad de saber y, precisamente de todo aquello, ya nadie quería saber nada. Como aderezo, a raíz de la muerte de Bragado, los medios de comunicación destaparon varios turbios asuntos en los que aparecía su nombre, lo cual hizo que si alguien hubiese dudado de su culpabilidad, terminara de convencerse por completo. Solo consiguió ser escuchado por la juez Miralles, pero Aurora había extinguido su crédito apoyando las erráticas teorías del inspector Ramiro Sancho. Únicamente Álvaro Peteira y Áxel Botello le otorgaron cierta credibilidad. Sin embargo, ambos le habían aconsejado aquella noche en que salieron de borrachera tras el entierro de Mejía que se olvidara de todo, que tratara de seguir con su vida. *Life goes on*, le dijo Botello al dejarle en casa. Y algo de caso sí que les hizo, pero confundió los términos y se olvidó de vivir. Las semanas fueron pasando y, para el mes de marzo, la primavera árabe y el terrible *tsunami* ocurrido en Japón se habían llevado los ya casi inexistentes comentarios sobre los asesinatos que todavía revoloteaban por las calles de Valladolid. Trabajaba todas las horas que podía para no encontrarse consigo mismo, como un autómatas, sin implicarse ni un ápice más de lo que le exigía el cargo. Nada

personal. Por las noches, raramente conseguía dormirse antes de las dos de la mañana y, cuando por fin lo lograba, transitaba errático por las capas más altas, donde los sueños no son más que inconexos y borrosos recuerdos. Había pasado de los tranquilizantes a los remedios caseros; probó con varios que le había visto preparar a su madre: leche hervida con tres dientes de ajo partidos o infusiones de hojas de lechuga fresca. Un día, llegó a mezclar ambos y no vomitó la cena porque ya no solía cenar. Luego, recurrió a los ansiolíticos, pero nada surtía efecto. Solo el Jameson conseguía parar la intrusión de aquellas imágenes cautivas en su retina. Algunas veces, también le invadían las de la casa de Carapocha, visionando una y otra vez las últimas escenas sin poder discernir si Augusto estaba realmente muerto. Otras, eran los fotogramas de las víctimas: los ojos sin párpados de María Fernanda, el olor de la casa de Mercedes, el amasijo de tejidos por la cara de aquel drogadicto o la pared de la bodega de Bragado convertida en improvisado lienzo surrealista. Pero, sobre todo, se repetía la inerte serenidad del semblante de Martina dando paso a los días que pasaron juntos para después repetirse de nuevo en un bucle infinito con las palabras de Mejía «Ese hombre se alimenta de carroña, créeme» como banda sonora. En apenas tres meses, Sancho se había transformado en un remedo de sí mismo y su resistencia estaba llegando al límite, pero todo aquello carecía de importancia en aquel momento.

Removiendo los hielos con el índice, pensaba en cómo seguir el rastro de Augusto y de Carapocha, Carapocha y Augusto; maestro y discípulo, instigador y ejecutor. Tras regresar de su paseo nocturno, buscó información en Internet sobre la ciudad más oriental de Italia y la Wikipedia le desveló la clave: allí había vivido James Joyce, autor de *Ulises* y creador de los personajes Leopold Bloom y Stephen Dedalus. Todo encajaba. La información tenía que ser cierta y, antes del siguiente trago, ya no existía otra opción que viajar a Trieste vía Venecia en el vuelo que salía el sábado a las 14:15 desde Barajas. Cuando terminó esa copa, ya tenía decidida la fórmula a seguir para arreglar su situación profesional: excedencia voluntaria por razones personales; motivos de salud, dos años. Comprobó que tenía ahorros para aguantar ese período sin cobrar y puso el cronómetro en marcha, desgranando los primeros segundos de los más de sesenta y tres millones que

se acababa de regalar para dar caza a Augusto y ajustar cuentas con Carapocha.

Metido en aquella melé de pueriles reflexiones, el espíritu irlandés volvió a ser su mejor aliado. Empezó a notar cómo su primera línea, formada por el entusiasmo, el deber y la cólera, empezaban a empujar a la de su rival, compuesta por el deterioro, la desidia y el abandono. Otro trago más y les pasaría por encima. No tardó en conseguir el ensayo de castigo, justo antes de que la somnolencia pitara el final del partido.

*Residencia de Stefania Gaspari
Piazza Goldoni (Trieste)*

No sabría decir si estuve dos décimas o dos minutos sin poder despegar la mirada de la pantalla de aquel móvil, leyendo una y otra vez el mensaje *pre mortem* de Komovi. Aquella montaña con apariencia humana acababa de hacer saltar mis planes por los aires.

—¿Y ahora, qué? —le pregunté con insistencia a Drago, que yacía inmóvil.

Una viscosa mancha de color burdeos ganaba terreno lentamente sobre el parqué del recibidor como el avance de la lava de un volcán que acaba de entrar en erupción. Maldije a aquel mercenario enamorado que había quedado tendido boca abajo con el móvil agarrado en la mano. Por muchas vueltas que le diera, nada cambiaba el hecho de que aquel hombre había dado su vida por la de otra persona; no me lo esperaba, y eso me descompuso por completo. Rompió todos mis esquemas y, paradójicamente, no supe qué hacer. Me enfadé tanto que le apunté a la cabeza.

No disparé.

Cogí aire y entré en el baño. Stefania no había presenciado la escena, pero supo lo que había sucedido al verme aparecer. Respiraba de forma entrecortada y me imploró piedad con cada músculo de su cara. Yo aún llevaba el arma en la mano y la dejé caer antes de sentarme en el suelo.

Necesitaba recolocar las piezas.

El plan no incluía dejar testigos vivos. Única norma: planificación, procedimiento y perseverancia. Ahora bien, la cuestión era dilucidar qué pasaría si, finalmente, decidía respetar la última petición de Komovi. ¿Existía alguna forma de que no me delatara? Matándola, me contesté. Tiene que haber otra forma, deseé.

—¿Tienes algo de valor en la casa?

—¿Está muerto?

—Lo está —dije con voz neutra—, pero ahora no deberías preocuparte por él, estoy tratando de salvar tu vida como me ha rogado —la informé enseñándole el mensaje—. Contéstame, ¿tienes algo de valor en la casa?

Stefania afirmó con la cabeza dejando que sus ojos se anegaran de lágrimas.

—La caja fuerte está detrás del cabecero de mi cama. Hay joyas y algún dinero en efectivo.

—¿Cuánto?

—No lo sé —repitió varias veces—. Unos cinco o seis mil euros, pero hay mucho más en joyas. Llévatelo todo, la combinación es dos giros completos a izquierda, ocho, tres a la derecha, ochenta y uno, cuatro a la izquierda, dieciocho —desveló titubeante.

—Ten muy presente que no necesito tu dinero ni tus joyas. Tengo mucho más del que puedo gastar, pero tendré que llevármelo todo si queremos aparentar un asalto con robo. Ahora bien, ¿cómo puedo confiar en que no darás mi descripción a la policía o que no lanzarás a los sicarios de tu padre en mi búsqueda?

—Yo solo quiero vivir —sollozó.

—Eso no es suficiente. Necesito una garantía.

—Me marcharé muy lejos, empezaré una nueva vida y se me olvidará tu cara.

Negué con la cabeza y emití un chasquido con la lengua. Me saqué los nudillos y llegué a la conclusión de que, necesariamente, tendría que abandonar Trieste si decidía dejarla con vida. Me sentía francamente cómodo en esa ciudad, las dos únicas arrugas de imperfección que le pude encontrar tenían que ver con la fauna que recorría sus calles y surcaba los cielos: gatos y gaviotas. Los primeros, de un tamaño formidable, tenían su centro de

operaciones en la zona portuaria y desde allí hacían sus incursiones por la ciudad con total y absoluta impunidad. Las perniciosas aves, hienas con alas, eran una auténtica plaga acústica y sanitaria, bombardeando los insignes edificios y a sus habitantes con infames excrementos. Tampoco me gustaba nada la presencia de las goliardias, equivalente a los infames tunos españoles, aunque rara vez me había cruzado con ellos. Siempre he deseado astillar una de sus malditas guitarras contra el suelo solo por disfrutar de la cara de impotencia e incredulidad de alguno de esos pseudoestudiantes disfrazados de bufones.

En líneas generales, podría afirmar que me encontraba bien en Trieste, pero quizá las Moiras estuvieran tejiendo mi destino en otra parte. Me pregunté si habría llegado el momento antes de regresar al presente.

—Stefania, tengo que marcharme.

Ella se acurrucó esperando el final.

—No puedo soltarte, pero me aseguraré de que te encuentren mañana. Dale las gracias a tu novio. Mantén viva su imagen, porque era mucho más noble que la mayor parte de las personas que habitan este maldito mundo. Haz honor a su recuerdo, yo me llevaré parte de él —le anuncié—. Estoy seguro de que él lo habría entendido.

Stefania no podía articular palabra. Le temblaba todo el cuerpo y no era precisamente por el enfriamiento del agua.

—Adiós —me despedí desde la puerta.

La lava casi llegaba a la puerta y tuve mucha precaución de no pisarla. Vacié la caja fuerte y metí todo en mi mochila; en efecto, allí había mucho dinero en billetes de quinientos euros y en joyas. A continuación, volví al recibidor, rodeé el volcán y me agaché para mirarle a los ojos. Los tenía abiertos pero sin brillo, como si los acabaran de barnizar. No sentí pena ni nada que se le pareciera, pero me hubiera gustado que las cosas no hubieran terminado así para aquel hombre. Con las tenazas de poda gruesa, le amputé la primera falange del dedo anular de la mano izquierda y lo guardé en el plástico de un paquete de tabaco que encontré en el mueble del recibidor.

Ningún artista deja su obra sin firmar.

Me coloqué la ropa y comprobé mi reloj: las 00:31, hora de bajar el telón. Cuando estaba dispuesto a salir, escuché un susurro en mi cabeza que

pronunciaba a gritos el nombre de aquel desgraciado, Mario. Los gusanos plantearon el sortilegio al tiempo que me revelaban la clave.

Me detuve en seco frente a la puerta principal.

—*Ablata causa, tollitur effectus*^[61] —dije con la entonación de quien acaba de descubrir el sentido de la vida.

Solo yo decidiría el camino.

Cerré la puerta desde el interior de la vivienda.

Lo que sucedió después solo podría explicarse siguiendo el argumentario completo de la voracidad racional.

En mi cabeza resonaba de nuevo *Dies irae*, pero esta vez del *Réquiem* de Verdi. Me puse los cascos, lo busqué y subí a tope el volumen antes de iniciar una coreografía de acciones involuntarias y orquestadas por la filarmónica de Berlín.

Los primeros movimientos, de extremo vigor, consiguieron estremecerme por completo.

Dies irae, dies illa.

Y de nuevo el viento, la cuerda, y la percusión en perfecta armonía.

Dies irae, dies illa.

*Solvat saeculum in favilla
teste David cum Sybilla.*

Las privilegiadas voces masculinas y femeninas del coro dirigían una inagotable concatenación de actos reflejos, pero meticulosamente controlados y precisos, sincronizados con el ritmo que marcaban los timbales.

Dies irae, dies illa.

*Solvat saeculum in favilla
teste David cum Sybilla.*

Algunos podrían pensar que aquello solo fue un acto macabro y cobarde, pero yo ya estaba bajo el influjo del arte, manipulado absolutamente por aquella sobredosis instrumental. Conservo el recuerdo muy fresco, aunque como si fuera la vaga evocación de un sueño vivido en primera persona.

Me fui serenando en la misma medida en la que se fueron aplacando las voces del coro, como hacía sor Crescencia en aquel orfanato. Me pregunté si todavía viviría aquella extraordinaria mujer.

Quantus tremor est futurus,

*quando iudex est venturus
cuncta stricte discussurus.*

Así fue como rematé mi primer *dies irae*.
No sería el último.



La frontera entre siempre o jamás

*Estación de tren de Santa Lucia (Venecia)
16 de abril de 2011, a las 16:15*

Sancho acababa de bajarse del taxi que había tomado en el aeropuerto Marco Polo para llegar sin contratiempos a la estación de ferrocarril de Santa Lucia. Tenía tiempo suficiente como para estar tranquilo, su tren a Trieste no partiría hasta las 17:00, pero aun así, se notaba algo nervioso. Quizá fuera por los motivos que le habían arrastrado hasta allí o por la pesadilla de aguantar con fingido gesto de interés la conversación en italiano con el taxista. El inspector no podía imaginar que se pudieran fabricar tantas palabras en los apenas veinticinco minutos que tardaron en recorrer los ocho kilómetros que les separaban del aeropuerto. No mantenía buenas relaciones con el gremio desde que, con catorce años, un taxi, que iba demasiado rápido y muy poco atento, le atropellara en el paseo de Zorrilla fracturándole la tibia. Como consecuencia de ello, no pudo jugar la final de rugby cadete del Campeonato de España en el que su equipo quedó campeón y tal afrenta fue definitiva para tachar definitivamente a los taxistas. Desde entonces, las veces que se había visto forzado a montarse en uno se contaban con los dedos de una mano; para su desgracia, aquel no sería el último. Sancho no hablaba italiano, se defendía bastante bien en inglés y los idiomas

en general no se le daban mal, pero pensaba que, siendo español, entendería mucho mejor el idioma de Dante y Petrarca. El contexto del monólogo que mantuvo con el conductor fue futbolístico, de eso no había la menor duda, pero más allá de esa certeza, no sabría decir si al taxista le gustaba o no lo que unas veces denominaba «calcho» y otras «catso». Le pagó los treinta euros y, con un castellanizado «Chao, majete», cerró la puerta del vehículo con algo más de contundencia de lo que pretendía.

Unas cuantas horas antes, le había resultado mucho más sencillo de lo que inicialmente esperaba dejar resueltos los trámites administrativos para solicitar la excedencia voluntaria. En cuanto se lo expuso al comisario provincial Travieso, este lo recibió con un momentáneo gesto de sorpresa que se diluyó de inmediato en un prolongado suspiro de alivio. No puso ninguna objeción en aprobar los diez días de vacaciones con efecto inmediato, que era el plazo en el que calculaba que tendría la resolución desde Madrid a su solicitud. Si no, ya se encargaría él de resolverlo con sus contactos en la central. Para cuando se hubieran agotado esos dos años, a Francisco Travieso le quedaría el tramo final de su particular *sprint* hacia la jubilación, y aquella noticia significaba que haría parte del recorrido cuesta abajo. No se lo pensó y, deseándole mucha suerte, le despidió prolongando sus labios con una enorme y sincera sonrisa. Sancho se imaginó que el comisario provincial estaría pensando aquello de «Tanta gloria llevas como paz dejas», a lo que él supo corresponder elegantemente con un mudo «A mamarla, hijo de puta». Después, había aprovechado el resto de la jornada para despedirse del Grupo de Homicidios. Matesanz asumió el control con carácter provisional y, aunque a todos les pilló por sorpresa la noticia, Botello y Peteira parecían los más afectados; tanto que insistieron en llevarle a Barajas al día siguiente. Con el pretexto de recorrer Europa para tratar de digerir lo acontecido en los meses pasados y tras unos abrazos, Sancho se perdió entre el tumulto de la zona de embarque, arrastrando cariacontecido una pequeña maleta azul, pero con paso firme.

La estación de Santa Lucía era un hormiguero multirracial de turistas transitando de un sitio a otro sin presencia de comunicación verbal entre congéneres. Todavía restaba más de media hora para que saliera su tren con destino a Trieste. Pasó junto a un puesto de periódicos y revistas, y pensó que

no estaría mal hacerse con algo de lectura para el viaje. Buscó entre las portadas de las revistas y localizó una de rugby: *All Rugby*. Él estaba suscrito a la revista *Veintidós* desde que salió en España y notó que tenía mono de información sobre el deporte del oval. Mientras esperaba la cola para pagar, se fijó en el titular de un periódico, *Il Gazzettino*: «*Triplice omicidio a Trieste*». Se abalanzó a por el ejemplar y siguió leyendo. *Una donna e due uomini trovati morti ieri pomeriggio: una delle vittime è il famoso industriale Danilo Gaspari, ucciso a colpi di pistola nella sua casa a Barcola, mentre la figlia e la sua guardia del corpo sono stati uccisi nella centrale Piazza Goldoni. La polizia sta seguendo la pista del triplice omicidio a fini di furto oppure della rapina finita male con spargimento di sangue.*

Sancho leyó todo el artículo y, a pesar de que había muchas palabras que no entendía, el contexto de la noticia era claro: triple asesinato en Trieste de un hombre de negocios relacionado con asuntos turbios, de su hija y de su guardaespaldas. Todos muertos a tiros aparentemente en un robo. Aquello no encajaba en el *modus operandi* de Augusto, pero anotó el nombre de la persona encargada del caso: *l'ispettore capo della Squadra Mobile della Questura di Trieste, Gracia Galo*. Con el ejemplar en la mano, se encaminó a las pantallas de *treni in partenza*, pero el suyo no aparecía por mucho que lo comprobara una y otra vez. Inquieto, miró de nuevo el billete que le había proporcionado la agencia de viajes y leyó: *Treno 1332 destinazione Trieste Centrale. Andata, sa 16.04.11, 17:00. Partenza da Venezia-Mestre.*

—«Escusi, señorina» —improvisó abordando billete en mano a una señora de unos sesenta años, que comprobó el billete tras asimilar el sobresalto.

No, no, questo è Santa Lucia, Mestre è un'altra stazione.

Sancho repitió mentalmente la última frase de la señora sin dejar de mirar el reloj de la estación hasta que finalmente pronunció alto y claro:

—¡Hay que joderse!

Las 16:38. Salió como alma que lleva el diablo en busca de otro taxi y, antes de sentarse y cerrar la puerta, le gritó al taxista en «itañol»:

—¡A la stazione di Mestre! ¡Rápido, per favore!

Cuando este se dio la vuelta, asustado, reconoció su cara. Era el mismo tipo que le había llevado.

—«¡Ma daaaai! Prendil treno dacua fino Mestre. Chi sono appena diechi minuti» —le sonó la frase a Sancho.

—No sé qué cojones me estás diciendo, pero arranca de una puta vez, que voy a perder ese tren.

El taxista se encogió de hombros y arrancó. El pelirrojo maldijo su suerte y resopló por la nariz.

—¿Arrivamos a las chincue? —preguntó de nuevo en itañol.

—*Non lo so ancora. Vediamo il ponte della Libertà* —respondió el conductor.

Sancho miró el reloj de nuevo, las 16:46 y no tenía ni idea de cuánto tiempo llevaría el trayecto. Por suerte, ambas estaciones estaban relativamente cercanas y, a las 16:55, se tiró del taxi con un «Gracie mile». No pudo escuchar el «Spañoli del catso» con el que el taxista recogió los veinte euros que habían aterrizado en el asiento del copiloto. Conquistó a la carrera el recibidor de la estación buscando directamente los andenes. Un hombre con gorra le indicó con el brazo la dirección a tomar y, en cuanto llegó, se detuvo para leer los carteles azules con letras blancas. El reloj de la estación le decía que faltaban dos minutos para las cinco. Al trote, recorrió los andenes leyendo en voz alta.

—Udine, no; Budapest, no; Roma, no; Liubliana, no...

Por fin, pudo leer Trieste y esprintó para subirse al primer vagón. Todavía con la respiración entrecortada, recorrió el tren para encontrar su asiento, que, como dictamina Murphy, estaba en el último vagón. Cuando finalmente pudo sentarse, cayó en la cuenta. Soltó una gran carcajada que llamó la atención del resto de pasajeros al imaginarse al taxista en la grada de cualquier estadio de fútbol ataviado con la ropa que había olvidado en el maletero. Meneando la cabeza, murmuró:

—Hay que rejoderse...

Barrio de Stari Grad (Belgrado)

Caminar por el empedrado de la calle Skadarlija era como haberse remontado

en el tiempo a aquellos años en que las ciudades tenían su propio aroma; su propia identidad. Olía a carne especiada, a café recién molido y la humedad del ambiente no hacía sino amplificar aquellos aromas. Los acordes de música tradicional eslava huían de cada rincón como queriendo inundar el resto de la ciudad con reminiscencias del pasado. Lo único postizo allí eran los transeúntes foráneos que deambulaban sin rumbo fijo buscando un lugar en el que reponer fuerzas. La cita era en el Tri Sešira, uno de los restaurantes típicos de Belgrado en el que podría pasar desapercibido dado que siempre estaba repleto de turistas.

Con las manos en los bolsillos y muchos recuerdos en la cabeza, Carapocha decidió romper el silencio que les había acompañado durante los últimos metros.

—Tu madre y yo solíamos venir a pasear por aquí en esta misma época del año, justo cuando anochece y empezaba a refrescar. A ella le encantaba esa terraza —señaló—, donde mantenía conversaciones banales con un camarero que ya había sobrepasado los ochenta hace diez años. No recuerdo su nombre.

—No tiene que ser fácil para ti —supuso Erika.

—No, pero caminar por estas calles me ayuda a mantener vivo su recuerdo. Me alegro de haber venido a Belgrado y, sobre todo, de poder compartir mis miserias contigo.

—Si llego a saber que veníamos a hacer turismo, me hubiera traído zapatos más cómodos; tengo los pies recocidos en estas botas.

Erika se agarró al brazo de su padre y le dedicó un gesto amable.

—Ese tal Milos... ¿es de fiar?

—Goran cree que sí —conjeturó Carapocha—. Trabaja en Inteligencia de la BIA y, según dice, es de esos serbios que culpan a los suyos de arrastrar al país hacia el odio y la destrucción. Cree que si las autoridades serbias entregan a Mladić a Europa para que sea juzgado por crímenes de guerra, no pagará ni dos gotas de toda la sangre que derramó en esta tierra.

—¿Y por qué no terminan ellos con él?

—Supongo que temen las represalias de los fanáticos que todavía les siguen hacia sus familias. Aquí, la sangre se paga con sangre. Por eso, tenemos que intervenir lo antes posible, pero con muchísima precaución.

Ratko Mladić tiene que morir para que ellos desclasifiquen toda esa información que demuestre a la historia que es uno de los mayores asesinos de este siglo. La única condición que nos pone es que tiene que parecer un accidente o muerte por causas naturales.

—Naturalmente —añadió Erika aprovechando el juego de palabras.

—Naturalmente —repitió él—. De todos modos, eso es lo que dice Goran. Yo me fío muy poco de esta gente, y menos de un tipo del servicio secreto. Supongo que no querrá vender gratis el paradero de Ratko Mladić solo por hacer justicia.

—¿Por qué no consultas a Robbie?

—No puedo involucrarle en este asunto. Hay demasiados ojos puestos en Mladić. Ahora que le mencionas, me viene a la cabeza una frase que un día me dijo el bueno de Robbie Michelson en el Moskva, entre copa y copa.

—No sabía que hubieras estado con él en los Balcanes —certificó ella.

Su padre sonrió.

—Le conocí en 1989 en Lyon, durante los actos de inauguración de su nueva Secretaría General. Algunos años más tarde, me invitaron a participar como ponente en un congreso sobre el funcionamiento de la mente criminal en Glasgow y, tras unos cuantos *gin-tonics*, él me integró dentro de su red y yo a él dentro de la mía. Podría decirse que es el responsable de que yo haya participado en tantos casos de asesinatos en serie a partir de ese año. Robbie confiaba absolutamente en mí y no tenía más que levantar el teléfono para que yo acudiera. El caso es que, en 1993, antes de que se convirtiera en jefe de la Oficina Central Nacional de Londres, tras pasar una mala racha que le hizo replantearse su vida, pidió un año de excedencia en la Interpol para trabajar en una ONG encargada de distribuir ayuda humanitaria por las zonas más calientes del planeta. Le gustaba vivir el conflicto en primera persona. Siempre he pensado que Robbie quería demostrar a su padre, que combatió durante la Segunda Guerra Mundial en uno de los comandos que Churchill envió tras las líneas enemigas, que él no era un simple hombre de despacho. Aquel año, los Balcanes estaban ardiendo y hasta aquí llegó «sir» Robert J. Michelson con sus modales exquisitos, su sonrisa perpetua y su don para atraer al peligro. A pesar de mis advertencias, viajó a Mostar justo el día en el que los serbios se empeñaron en destruir el famoso puente, símbolo de la

unión de culturas y religiones. Durante el intenso e interminable bombardeo de mortero al que sometieron a la población, cayó un proyectil de ochenta y ocho milímetros a escasos centímetros de sus pies. Fallaba uno de cada cien, pero ese no estalló. Cuando volvió a Belgrado y me lo estaba relatando, me soltó su famosa frase: «¿Sabe algo, señor? Hay una enorme diferencia entre una gran cagada y romperse el culo».

—Gran verdad —sentenció Erika—. Pero ¿qué coño significa eso?

—Nunca lo he sabido, es como tratar de encontrar explicación al hecho de que los malos siempre encerraran a MacGyver en un cuartucho repleto de herramientas. Son de esas cosas que nadie entiende pero tienen sentido.

Erika se dejó llevar por la risa.

—¿Cuándo empezó Michelson a... ya sabes?

—En el preciso instante en el que se lo pedí. Él cuenta con información a diario a la que yo no podría acceder jamás. Te puedo asegurar que es una de las personas que más contactos maneja en todos los estratos, estamentos, administraciones y gobiernos. Su tela de araña es tan profunda y extensa que, en estos momentos, solo se dedica a mantenerla tensa y esperar a que caigan las moscas. Me gustaría que le conocieras en persona algún día; me fío de él, aunque tengo que reconocer que es un hombre muy peculiar.

—Debe de serlo para considerarse tu amigo —avaló—. ¿A qué hora hemos quedado?

—Con Goran, ahora, a las 20:00, y con el agente de la BIA, a las 20:30. Ahí lo tienes, el Tri Sešira.

—Bonito lugar, pero esos tres sombreros... ¿qué pintan colgados en la fachada?

—Pues no sé, quizá todo se pueda explicar con el dicho de Robbie. Ahí está Goran, puntual. En asuntos del buen yantar, siempre le aflora la sangre británica, que será la única que no corra por sus venas.

Tras los abrazos, se sentaron en una mesa de cuatro dejando una silla vacía frente a Carapocha. El lugar podría confundirse con cualquier restaurante tradicional del este de Europa o del mundo, nada especial. Lo realmente extraordinario era lo que se servía en los platos, la esencia de la cocina tradicional serbia: carne a la brasa y verduras. Tres cervezas para la espera, Goran fue el primero en hablar tras hacer su introductorio movimiento

brusco de cabeza.

—¿Te has enterado de lo que ha sucedido en Trieste..., lo que ha sucedido en Trieste?

La mueca de Carapocha fue una negativa.

—Tres asesinatos, un traficante de armas bastante conocido por aquí, Danilo Gaspari, su guardaespaldas y su hija..., bastante conocido, conocido.

—¿Cuándo ha sido? Dime todo lo que sepas.

—La noche del jueves al viernes —remató—. Parece que el móvil ha sido el robo o un ajuste de cuentas. ¿Quién sabe? El arma utilizada fue una pistola..., el arma, el arma. Primero, acabó con Gaspari en su mansión y, unas horas después, fue a por la hija a su casa en el centro de Trieste..., fue a por la hija, la hija. Allí apareció el guardaespaldas personal de Gaspari, un exmercenario de los Tigres de Arkan, y también le mató a balazos. No hay mucha más información en Internet sobre el caso..., no hay mucha más.

Carapocha tenía el gesto serio y casi se podían ver sus neuronas trabajando a través de la fina y blanca piel de la frente.

—No encaja en la forma de actuar de Augusto —apuntó el psicólogo—, pero sí la víctima, una buena presa para él. Lo que no entiendo es por qué la hija y el guardaespaldas..., no sé. Necesitamos averiguar si está en activo de nuevo. ¿Tienes alguna forma de meterte en su equipo?

Goran ejercitó el cuello antes de resoplar como un caballo.

—Podría. Abrió una puerta en el momento en que instaló el programa. Así fue como descubrí que se conectaba a un nodo de Trieste, pero otra cosa bien distinta es que me ponga a cacharrear dentro de su disco duro, a cacharrear dentro. Desconozco qué sistemas de seguridad tiene, pero estoy seguro de que los tendrá y estaré poniendo en peligro a mi familia si me detecta..., a mi familia, mi familia. Lo que me pides es muy arriesgado.

—Me vais a disculpar, pero tengo la sensación de no manejar la información que necesito para entender de qué demonios estáis hablando —requirió Erika.

Carapocha se pasó la mano por la cara antes de contestar.

—Claro, perdona. ¿Por dónde empezamos?

—Principios de los noventa —apuntó Goran de cabeza.

—Bueno, quizá antes, pero fue en 1995 cuando ocurrió lo de tu madre y

yo me encerré en Plentzia. Quería escapar de todo y me obsesioné por descifrar el funcionamiento de la mente criminal. Podría decirse que solo tenía contacto exterior con Goran y mantuvimos interminables charlas por Internet sobre mis avances en la monomateria: asesinos en serie.

—Prácticamente era de lo único que se podía hablar contigo..., prácticamente, prácticamente —interrumpió el *cracker*.

—Cierto..., cierto, cierto —repitió intencionadamente exhibiendo su colmillo—. Un día, le hablé a Robbie sobre las habilidades de Goran y este contactó con él para que formara parte de su grupo de especialistas informáticos que operaban al margen de cualquier gobierno. Le ofreció a aquí nuestro amigo un dulce imposible de rechazar, ¿verdad?

—Yo estaba tratando de rehacer mi vida de nuevo..., de rehacer mi vida, mi vida. Lo que me ofreció no era otra cosa que seguir haciendo lo que mejor sabía desde el otro lado..., lado, lado.

—No tienes que justificarte. El tren pasó por delante de tus narices y no dudaste en subirte. Te pasaste de los malos a los buenos por un buen puñado de dólares haciendo buena tu famosa frase lapidaria: normalmente, lo que parece es simplemente eso: lo que parece que es —pronunció el psicólogo teatralmente.

—Efectivamente —confirmó de un gran remate de cabeza—, aunque esa frase no es mía, precisamente se la escuché a Michelson la primera vez..., la primera.

Carapocha no escondió la muestra de asombro.

—Lo mismo da. Bueno, concretando: años después Goran me contó que un tipo al que seguían, que se hacía llamar Orestes, le había preguntado acerca del nivel de dificultad que supondría acceder a los informes clasificados del FBI sobre *serial killers* y esto fue lo que me puso en la pista de Augusto, que por aquel entonces estudiaba en Nueva York. Creo que era el año 1997 o 1998. Goran me dijo cómo conseguir que fuera él quien llegara hasta mí, yo era un experto en la materia y no me costó llamar su atención. Así, empezamos nuestra relación virtual. Resultó ser el tipo que yo estaba buscando para mis estudios: un sociópata en ebullición. Me convertí en su confidente y viajé a Estados Unidos en septiembre de 1999 para conocerle personalmente con la excusa de fortalecer nuestros lazos de amistad. Así

empezó todo.

—Por lo tanto, ¿has estado involucrado en todo esto desde el principio?

—preguntó Erika a Goran mientras dejaba escapar el humo del cigarro.

—Se lo debía a tu padre..., se lo debía.

—¿Y por qué no me contaste todo esto en su día? ¿No confiabas en mí?
—volvió a preguntar dirigiéndose al psicólogo.

—No tiene nada que ver con eso. Te lo estoy contando porque es el momento, al igual que Goran no sabía que tú también estabas interviniendo directamente. Las células de actuación no deben conocerse entre sí, es un principio básico de seguridad. En eso, no hay discusión.

—En resumen, que aquí, el amigo Goran, tiene acceso al equipo de Augusto y tú le estás pidiendo que se meta dentro a ver si podemos averiguar algo que le relacione con esos asesinatos cometidos en Trieste.

—Exacto —confirmó su padre.

—Es altamente arriesgado, altamente arriesgado. Tengo que valorarlo concienzudamente..., valorarlo, valorarlo.

—Gracias, amigo. Dejo la decisión en tus manos.

—Ahí está nuestro hombre, nuestro hombre —remató Goran.

A Carapocha le recorrió un escalofrío por todo el cuerpo. No era la primera vez que veía a ese individuo de mandíbula cuadrada y pronunciados rasgos eslavos, pero no conseguía determinar el cuándo ni el dónde. Estaba claro que le conocía, y su instinto había hecho saltar todas las alarmas. Con el gesto más cordial que pudo fingir, le tendió la mano y esta desapareció engullida por la de aquel hombre de farragosa mirada.

Residencia de Augusto Ledesma (Trieste)

Sábado noche. Hacía tanto tiempo que no salía de fiesta que prácticamente había olvidado lo que disfrutaba durante la fase de preparativos. Aquel día, tenía motivos más que suficientes para celebrar el desenlace en el asunto Gaspari, que había supuesto el renacimiento de mi nuevo yo inspirándome de forma colosal y estentórea. Solo el hecho de pensar que podría desarrollarme

sin depender de Orestes, pero sin darle la espalda, hacía que me sintiera absolutamente radiante.

No fue hasta el viernes, a primera hora de la mañana, cuando por fin descubrieron el cadáver de Danilo. No tardaron en dar con los de Drago y Stefania. Era curioso, pero me había dado cuenta de que me gustaba referirme por su nombre de pila a las personas que iban formando parte de mi obra, y ya sumaban ocho: Marifer, Mercedes, Martina, Mario, Jesús, Danilo, Drago y Stefania. No sabría decir el motivo; quizá porque, de esta forma, conseguía dar mayor valor a mis acciones o puede que fuera por dignificar el recuerdo de aquellos que alimentaron el fuego de mi inspiración y que, a la postre, eran parte de mí mismo. Seguramente, todo pudiera explicarse por los efectos del alcohol y la cocaína, que ya empezaban a manifestarse. El hecho era que la evocación de sus nombres me hacía sentirme mucho más cercano a ellos. Indisolublemente unido.

Me tomé otro *gin-tonic* de Heindrick's, este un poquito más cargado, y me preparé con esmero y prosopopeya un par de generosos tiros antes de poner los pies en la calle para acercarme a la sala Mandracchio, uno de los pocos garitos a los que se podía ir en Trieste, situado casualmente en los bajos del mismo edificio señorial en el que se ubicaba el Caffè degli Specchi. A pesar de que en los últimos años habían proliferado los bares y las terrazas por todo el centro de la ciudad, la escasez de oferta nocturna seguía siendo el talón de Aquiles de la urbe. Los únicos que salían a divertirse eran putos niñatos: estudiantes Erasmus que montaban fiestas en sus pisos alquilados a base de cerveza eslovena y toda suerte de licores de supermercado. Luego, los que tenían algo más de capacidad adquisitiva se dejaban caer por allí haciendo de aquel garito un territorio de caza en el que, normalmente, las únicas piezas que se cobraban eran otros estudiantes borrachos. Echaba tanto de menos el Zero Café que no descartaba hacer un viaje relámpago solo por pasar algunas horas en mi guarida, charlar de trivialidades con Luis y deglutir toda la música que escupiera Paco; sin embargo, esa era una idea que Orestes se ocupaba de borrar de mi cabeza con argumentos de demasiado peso.

Me puse una camisa lisa de color naranja por fuera de los vaqueros y zapatillas cómodas. Me había dejado crecer el pelo lo suficiente como para poder despeinármelo meticulosamente.

Aquella noche, no hacía mala temperatura y decidí ir a pie desde casa. Busqué en mi iPhone, Spotify, listas, «juerga». Elegí el modo aleatorio para ver qué me deparaba la fortuna. Al primer segundo de canción, reconocí la versión más popular de *Ça plane pour moi*; la de Plastic Bertrand, de 1977. Un título muy propio para el momento que podría traducirse con nuestro «Todo va sobre ruedas para mí». Un tema muy ácido de *punk-rock* con toques al más puro estilo The Beach Boys. Un triple centro en la diana para arrancar la noche a pesar de que no entendía lo que cantaba más allá del estribillo.

Wham! Bam!
Mon chat splash.
Gît sur mon lit
a bouffé sa langue
en buvant tronc mon whisky
quant à moi,
peu dormi, vidé, brimé,
j'ai dû dormir dans la gouttière,
où j'ai eu un flash.

Hou! hou! hou! hou!

En quatre couleurs.
Allez hop!
Un matin,
une louloute est venue chez-moi
poupée de cellophane
cheveux chinois,
un sparadrap
une gueule de bois.
A bu ma bière
dans un grand verre
en caoutchouc.

Hou! hou! hou! hou!

Comme un indien dans son igloo.

Ça plane pour moi.

Ça plane pour moi.

Ça plane pour moi moi moi moi moi.

Ça plane pour moi.

Hou! hou! hou! hou!

Ça plane pour moi.

Allez hop! La nana

quel panard!

Quelle vibration!

De s'envoyer

sur le paillason,

limée, ruinée, vidée, comblée.

«You are the king of the divan!»

(Qu'elle me dit en passant).

Hou! hou! hou! hou!

I am the king of the divan.

Ça plane pour moi.

Ça plane pour moi.

Ça plane pour moi moi moi moi moi.

Ça plane pour moi.

Hou! hou! hou! hou!

Ça plane pour moi.

El tema sonaba por tercera vez cuando llegué a la puerta del local señalado con un pequeño letrero de letras corpóreas en ostentoso color oro. Había una pequeña cola para entrar y decidí no quitarme los auriculares mientras esperaba mi turno. Entré. Se podía percibir el olor de las hormonas abriéndose paso en una mezcolanza ambiental de infinitos perfumes afrutados. Pedí una copa y me dediqué a observar y... a escuchar, irremediabilmente.

Tormento musical. Puta basura.

Siempre me he preguntado qué fuerza invisible es la que empuja a las personas a mover las cabezas al unísono siguiendo el porfiado ritmo de la música o lo que sea eso que se escucha en las discotecas.

La decoración del lugar era la estándar de cualquier mierda de disco *pub* del mundo: fría y metálica, con luces de colores que revoloteaban como insectos asustados. Probé la copa y dudé entre la conveniencia de quitar la vida a la camarera que esperaba con estúpida sonrisa a que le pagara los quince euros por aquel brebaje, o al obesazo inquilino de la cabina que estaba intoxicando mi cerebro con su ominoso repertorio.

Seres insignificantes: indignos de mi currículum.

Me bebí la copa de tres tragos. No había mal ambiente y, a pesar de que la atmósfera no era la más propicia, me notaba con ganas de sexo. Me fijé en un grupo de cuatro veinteañeras parapetadas tras una columna forrada de espejos; todas cortadas por el mismo patrón: vestidos cortos y negros por defecto, maquillaje por exceso. Una vez concluido el obligado *check list* descendente —cara, tetas, culo, piernas—, clavé la mirada en la que más puntuación obtuvo esperando a cruzarme con la suya. Ver a la criatura ingerir con pajita lo que fuera de color azulado que tuviera en la copa me hizo desechar de inmediato el objetivo. La morena del pelo largo tenía un bonito trasero, pero masticaba chicle con tal avidez que hasta creí escuchar el deplorable sonido de sus premolares, molares, encías y demás piezas bucales trabajando a pleno rendimiento. Imaginé, incluso, que tendría ese sabor a sandía que tanto odio y me generó tal repugnancia que tuve que contener la basca de mi estómago para no vomitar encima de la barra. Le deseé la peor de las piorreas y pedí otra copa. Retomé el análisis de aquel oprobioso grupo de féminas, o lo que fuere aquello. Descubrí a la del pelo mal cortado con

mechas en las raíces mirándose en el espejo tantas veces y con tal desazón que pensé que no encontraba su reflejo y acababa de descubrir su condición vampírica. Pero no, en cuanto se giró, entendí que la explicación radicaba en aquel grano que le sobresalía de la barbilla. Era digno de tamaña atención, pues parecía dispuesto a explosionar en cualquier momento. Le solucionaría el problema si tuviera a mano mi tenaza cóncava fina, pero no era el caso; lamentablemente. A la cuarta no había por dónde cogerla, alta y delgada como una garza; fea como su madre, pero decorosa, de esas que no lo esconden porque quieren hacer creer a sus víctimas que su verdadera belleza está en el interior. Imposible de cubrir. Se giró quedando de perfil —quise pensar que era el malo—, mostrando una prominente nariz que le haría las funciones de pico con total seguridad. Me la imaginé pescando peces muertos en una charca pestilente y me entraron ganas de patearle la cabeza. Ahogué mis fervientes deseos en el *gin-tonic*, que no era sino agua carbonatada con alcohol de quemar aromatizado y gotas de limón exprimido. Busqué a la camarera para hacerle partícipe de mi repulsa, pero me encontré con la misma sonrisa tapizada de estúpida candidez y no pude hacer otra cosa que abonar la inconsumible consumición. Fue entonces cuando decidí salir a fumar fuera huyendo de la intensa necesidad de arrebatarse la vida al prójimo que se estaba apoderando de mí.

Encontré un lugar apartado de los grupos que compartían insípidas anécdotas de su insulsa vida estudiantil y me apoyé en la pared sin más pretensión que la de disfrutar del tabaco. Encendí un Moods y le di una intensa calada que mis pulmones agradecieron pagándome con monedas de sosiego. Alcé la mirada y descubrí una luna tan llena como solitaria; destacaba sin pretenderlo del resto de estrellas que se dispersaban, insignificantes, en la oscuridad del firmamento. Me identifiqué con ella; irremediablemente.

Hastiado, regresé al mundo terrenal y fue entonces cuando la distinguí, a escasos metros de donde yo estaba, mimetizada con un coche rojo del mismo color que su vestido. Fumaba con desgana evidenciando cierto malestar; al menos, así lo interpreté en aquel momento. Me miró y debió de ver su estado de ánimo reflejado en mi expresión antes de preguntarme en un italiano cándido y sensual:

—¿Es por la mierda de música o por la mierda de alcohol?

—Por ambas, aunque me decanto por la mierda de música, que me está taladrando el encéfalo.

Sonrió haciendo gala de unas blancas y sanas piezas dentales.

—¿Preferirías unas sevillanas?

—¡Vaya, no sabía que se me notara tanto el acento español! Contestando a tu pregunta, te diría que preferiría apagar mi cigarro y el tuyo en mis oídos antes de tener que escuchar una sevillana.

Ella mantuvo una expresión delicada y sugerente, como declinando intencionadamente su turno de réplica. Le seguí el juego.

—He cometido el error de venir escuchando buena música y el contraste, aderezado con ese pseudo *gin-tonic* para enjuague, me ha empujado hasta aquí. ¿No hay otra alternativa lúdica en esta ciudad?

—Las hay, pero no son mucho mejores. Si has venido a Trieste en busca de emociones nocturnas, te has confundido de ciudad; es más, creo que te has confundido de país.

Di una calada al purito y me acerqué con paso firme.

—Soy Juan Pablo —dije ofreciendo mi mano.

—Como el difunto pontífice —contestó con intención estrechando mi mano con sorprendente firmeza—. Yo soy Chiara.

—Como la amiguita de Heidi —respondí con un gesto de complicidad sacando todo el partido a mis hoyuelos.

—Exacto, pero sin silla de ruedas y rubia de bote.

—Si salgo de fiesta me quito el solideo, pero estos cabrones de la puerta no me dejan entrar con las sandalias del pescador.

—Y supongo que ese dedo te lo has pillado con la puerta del papamóvil, ¿no?

—No, ha sido al metérselo al portero en el ojo...

Me percaté de la fuerza que transmitían sus pronunciadas facciones cuando soltó una controlada carcajada. Grandes ojos claros, nariz recta y ancha, cejas arqueadas y boca de labios carnosos bien dibujados. Dientes alineados, manos cuidadas. No pude evitar que me asaltara la imagen de Annie Lennox.

—¿Y qué hace su santidad sin su séquito de cardenales y obispos? —

Quiso saber ella.

—He venido a comprobar en solitario cómo se corrompe nuestra juventud ante los lascivos placeres de la carne. ¿Pedro, Heidi y el abuelo?

Siempre me pregunté si el entrañable y casposo personaje de la serie animada tenía nombre o respondía solo por su condición familiar. Un enigma.

—La cena del departamento ha sido difícil de soportar con el monólogo magistral del excelentísimo catedrático —subrayó con marcada repulsa—, el señor Venza, sobre la influencia del neoplatonismo en el marinismo italiano. Solo se ha callado para engullir todo lo que le quedaba al alcance del tenedor. He tenido que reprimir las ganas de clavarle la pala del pescado en la garganta mientras sus discípulos asentían ensimismados como marionetas. Lo peor es que su eminencia ha seguido regalándonos teorías de su propia cosecha en el taxi. Tenía que coger un poco de aire antes de tomarme una cerveza de cortesía y salir corriendo a mi casa.

Algunas palabras se escapaban a mi avanzada comprensión del italiano, pero me esforcé por no exteriorizarlo. Me embelesó como a un gato hambriento que escucha el repertorio de un canario antes de meter la zarpa en la jaula. Me aseguré de no estar babeando y le interrogué prácticamente sin dejar que terminara su explicación.

—¿Y qué estudias, si me permites preguntártelo?

—Vine a Trieste desde Bolzano con el único objeto de independizarme y me matriculé en *Lingue, letteratura e spettacolo nelle culture moderne* —pronunció con su italiano meloso edulcorando mi excitación—, supongo que porque me sonaba bien el nombre, pero, sobre todo, porque me dijeron que era relativamente sencillo aprobar. Sorprendentemente, la literatura me fue enganchando y me especialicé en lengua y literatura extranjera para poder doctorarme después en literatura comparada. Pero mira, en solo un año de doctorado, este tipo está haciendo que odie cualquier cosa que se parezca a un libro.

—Si eso es cierto, merece la peor de las muertes —expuse con demasiada sinceridad—, y estaría encantado de hacerlo con mis propias manos.

Ella rio con cierta desconfianza.

—Es curioso —retomé de inmediato la conversación cambiando de tema—. Junto a la música, la literatura es una de mis grandes obsesiones. De

hecho, tengo que confesarte que estoy en Trieste por James Joyce.

Chiara elevó sus afiladas cejas sin que apenas se marcaran arrugas en su pálida tez sin maquillar. Soltó el humo por un lateral de la boca y repitió:

—¿Joyce? Un tipo con demasiadas manías.

—Como casi todos los genios.

—Sí, es posible, pero este irlandés renegaba de sus orígenes, de sus compatriotas y de sí mismo, al margen de ser un maniático con los números; de hecho, se empeñó en que *Ulises* se publicara el 2 de febrero de 1922: dos del dos del veintidós.

Escuchar aquello me dejó un tanto descolocado. No porque no lo supiera ya, sino por haber salido de una boca distinta a la mía. Era como si me estuviera arrebatando el privilegio de hablar con conocimiento profundo sobre James Joyce. Me lo tomé como una especie de reto.

—Puede ser que sufriera algún cortocircuito. Le diagnosticaron esquizofrenia a su hija Lucía, aunque él nunca lo aceptó. Es más, confiaba tanto en su clarividencia que le consultaba, aun siendo una niña, sobre importantes decisiones que debía tomar. ¿Has leído *Ulises*?

—Varias veces, aunque ninguna por placer. He de reconocer que Joyce fue un adelantado a su época, pero no consigo conectar con él.

Su comentario no me sentó mal, muy al contrario, volví a sentirme más cerca de Joyce y aquello me relajó.

—¿Y qué es lo último que te has leído? —Quiso saber ella.

—Estoy leyendo *Hambre*, de Knut Hamsun.

Pude ver cómo se iluminaba el rostro de Chiara.

—Podría estar hablando toda la noche sobre ese libro.

—¿Conoces un lugar más tranquilo? —propuse sin pensarlo.

Chiara me escrutó con cierta distancia y cautela.

—Sé de varios, pero en ninguno sirven copas. ¿Has oído hablar del Castello di Duino? —dijo por fin.

Ni siquiera contesté.

Como un ciego que sigue a su perro guía, la seguí.

Había luna llena.

Hotel Moskva (Belgrado)

Cuando le dio las buenas noches en la puerta de la habitación, Erika pudo leerlo en su cara. Detectó un comportamiento durante la cena que rozaba lo teatral y acababa de refrendarlo: su padre se mostró distante y, prácticamente, se limitó a escuchar sin hacer preguntas. Solo bebió dos cervezas, signo inequívoco de que algo no marchaba bien. Al parecer, tras dieciséis infructuosos años de búsqueda por el Tribunal de La Haya siendo uno de los mayores criminales de guerra, la BIA había conseguido localizar al general hacía algunas semanas en Lazarevo, una pequeña población cercana a la ciudad de Zrenjanin, en la provincia de Vojvodina, al norte del país. Según aseguraba el tal Milos, estaba escondido en la casa de un primo suyo, de nombre Branko, y le habían descubierto gracias a una llamada de este al móvil de otro familiar. «O bien creía que gozaba de cierta inmunidad amparado en el nada desdeñable porcentaje de la población serbia que le consideraba un héroe, o bien era más estúpido de lo que todo el mundo creía», pensó Erika mientras liaba un cigarro. El compromiso adquirido para salvaguardar al agente del servicio secreto que les había proporcionado la información, y así evitar un enfrentamiento entre partidarios y detractores del genocida, era hacerle desaparecer en un desafortunado accidente. Para ello, les había facilitado un mapa con la ubicación de la vivienda, incluidos los planos de la casa. Sabía que la operación no iba a resultar sencilla, pero no era eso lo que inquietaba a Erika; le preocupaba, precisamente, lo que no sabía.

Se encontraba algo implada y mareada, demasiada carne a la brasa o excesivo tiempo analizando la situación a golpe de licor de cerezas. Retuvo el humo en los pulmones antes de soltarlo lentamente y se entretuvo mirando cómo se extinguía fusionándose poco a poco en la microatmósfera de su habitación. Luego, buscó el frasco de sales de litio y puso dos píldoras en la palma de su mano. Eran su salvoconducto a la cordura, sus amarras al puerto de lo real. Recordó entonces la escena de *Matrix* en la que Laurence

Fishburne le ofrece a un imberbe Keanu Reeves la posibilidad de elegir entre dos caminos. Cerró los ojos para escuchar la voz de Morfeo: «Si tomas la pastilla azul, fin de la historia, despertarás en tu cama y crearás lo que quieras creerte. Si tomas la roja, te quedarás en el país de las maravillas y yo te enseñaré hasta dónde llega la madriguera de conejos». Nadie le había ofrecido alternativas a ella, solo la forma de combatir su enfermedad para aparentar ser una persona normal y sobrevivir en la cotidianidad. Se sentía como una marioneta cuyos hilos habían sido manejados primero por su abuelo y, luego, por su padre.

Miró las píldoras.

Le costaba recordar cómo era ella antes de seguir el tratamiento, pero las impresiones que guardaba no eran del todo malas.

—Ya es hora de descubrir hasta dónde llega esa maldita madriguera —se alentó.

Cuando tiró las píldoras al retrete, sintió alivio, y se vio cruzando la frontera en el momento de tirar de la cadena. Después, la embargó una extraña sensación parecida al desamparo, como si hubiese sido expulsada al país de las maravillas.



Robándoles sus almas

Questura di Trieste

Via di Tor Bandena, 6 (Trieste)

18 de abril de 2011, a las 09:30

El edificio se levantó durante los años en los que se impusieron los criterios de la arquitectura fascista y pretendía, visiblemente, desprender esa imponente aura propia del clasicismo. Construido en piedra blanca, se podía acceder a él a través de un pórtico hexástilo que daba cobijo a cinco enormes puertas rectangulares de madera noble. La estructura estaba rematada por un falso friso en el que destacaba la palabra «QUESTURA».

Sancho había empleado la jornada anterior en comprar algo de ropa y buscar alojamiento provisional. Trescientos treinta y nueve euros con cuarenta céntimos fue lo que le supuso complementar su vestuario, y setenta y nueve euros la noche, el precio que negoció para dos semanas de estancia en el Hotel NH Trieste. Más adelante, buscaría otra alternativa más económica en función del desarrollo de los acontecimientos, porque su colchón económico desaparecería mucho antes de lo previsto a ese ritmo. Sin embargo, en aquel preciso instante aquello le preocupaba más bien poco. En cuanto entró en la comisaría, no pudo evitar compararla con la de Delicias y

esbozó una sonrisa que se difuminó de inmediato devorada por el bullicio que reinaba en el recibidor. Encontrar a alguien que le indicara la ubicación de las dependencias de la inspectora jefe Gracia Galo se le antojó una tarea tan complicada como cuando quiso dar con un puesto de lencería fina en el mercado de Khan el Khalili durante su viaje de novios por Egipto. Algunos carabinieri, desbordados por lo que parecía una horda de inmigrantes sedientos de papeles, trataban de poner orden sin éxito alguno. Sancho se frotó la barba con hastío antes de decidir guiarse por su sentido común y por los carteles en italiano. Subió las escaleras hasta el segundo piso, donde parecía que la armonía ganaba algo de terreno al desconcierto. Empujó una puerta que daba acceso a un pasillo cuando alguien a su espalda le dio el alto.

—*Scusi, signore, ma dove crede che va?*

Sancho se giró. Un carabiniere de tez morena y perilla bien recortada al más puro estilo nacional le miraba con perplejidad, brazos en jarra sobre el cinturón reglamentario.

—*Buon giorno* —acertó a decir—. *Speak English?*

La cara del agente era un: «No mucho».

—Soy el inspector Ramiro Sancho —se presentó en español mostrando la placa—, estoy buscando a la inspectora Gracia Galo.

—*Spagnolo?*

—Sí.

—*Cosa vuole?*

—Parlar con Gracia Galo —españolizó.

El agente asintió con la cabeza esperando a que ese intruso le explicara qué quería de la inspectora jefe.

—Es importante —añadió el pelirrojo en tono grave que resultó convincente.

Tras unos instantes, le indicó con la mano que se sentara en una solitaria silla de madera y caminó en modo ahorro de energía hasta el final del pasillo. El inspector ojeó la copia del dossier completo sobre la investigación de los asesinatos de Valladolid: cronología de los hechos, autopsias, informes de la Científica, poemas, retratos robot e incluso artículos de periódicos. Sancho sabía que aquello no era del todo legal, pero realmente le importaba entre poco y nada. Le inquietaba desconocer la forma en la que iba a reaccionar su

homónima transalpina, así que se autogestionó para no pisar las flores de un jardín ajeno. Además, le preocupaba que su presencia allí trascendiera en la sección de Relaciones Internacionales. En Canillas^[62] le iban a despellejar vivo si transcendía que un inspector español de excedencia voluntaria estaba removiendo un caso allende fronteras saltándose todos los protocolos establecidos.

Al fondo del pasillo, no tardó en divisar la silueta de una mujer de estatura media con traje oscuro de chaqueta y pantalón sobre camiseta ajustada de color vino. Zapatos de tacón negro. Delgada. Pelo largo, negro y brillante; peinada con raya al medio y con flequillo cortado en diagonal.

Cuando estaba a unos veinte metros de él, Sancho se incorporó con la mano tendida y dio unos pasos para ir a su encuentro.

—Inspector Ramiro Sancho.

—Encantada —dijo en español—. *Ispettora capo Galo*.

—¿Habla español?

—*Certo*. Hice mi doctorado en «Barchelonna» —sonó en italiano la Ciudad Condal.

Sancho intentó no exteriorizar ningún gesto que mostrara su satisfacción por el hecho de que pudiera comunicarse con su colega en el mismo idioma.

—Verá, soy inspector de Homicidios en Valladolid —explicó mostrando de nuevo su placa— y me gustaría hablar con usted sobre este triple asesinato.

Sancho abrió la carpeta y sacó el ejemplar del periódico. La inspectora jefe, con expresión blindada, examinó detenidamente la placa.

—Podría estar relacionado con una serie de crímenes que han quedado sin resolver en mi ciudad —añadió el español con tono grave.

Sancho inició el proceso de grabación de rasgos faciales para su *gyrus fusiforme*. Rostro de corte ovalado, frente estrecha y mentón ligeramente aguzado; ojos oscuros y alargados bajo cejas finas y cortas; nariz estrecha y algo pronunciada; labios finos rematados por un solitario lunar sobre la comisura izquierda. De mirada intimidatoriamente sagaz, destilaba distinción en cada gesto.

—Acompáñeme, por favor.

La italiana tenía un despacho caóticamente ordenado que a Sancho le

recordó su propia mesa. Con los brazos sobre esta, y entrecruzando los alargados dedos de sus huesudas manos, dijo:

—Le escucho.

—Gracias. No sé muy bien cómo empezar, veamos... En enero de este año, perdí la pista de un asesino en serie que es el responsable de cinco muertes en Valladolid y, hace unos días, un... confidente, digámoslo así, me informó de que estaba en Trieste. En cuanto lo supe, hice la maleta —eludió dar más detalles sobre cómo averiguó su paradero actual— y, al enterarme por la prensa de este triple homicidio, he pensado que era demasiada coincidencia. Creo firmemente que podría tratarse del mismo hombre.

—*Allora*. Tratándose de un caso de tal gravedad, ¿me puede explicar para que yo lo entienda el motivo por el que nadie de la Europol se ha puesto en contacto con nuestro enlace?

—Sí. Me esperaba esa pregunta, inspectora.

—Inspectora jefe —corrigió.

—Inspectora jefe. Digamos que el caso está congelado y que he venido hasta aquí para darle algo de calor.

Gracia Galo escrutó sus palabras sin mover un solo músculo de la cara.

—Para ser honesto —continuó Sancho—, le diré que estoy en Trieste de forma no oficial. Únicamente pretendo proporcionarle información que le puede ser muy útil. Créame. Deje que le muestre algunos documentos y luego usted decide qué procedimiento tiene que seguir. Concédame unos minutos para explicarme, se lo ruego.

La inspectora jefe pestañeó.

—¿Coincide el *modus operandi*?

—A decir verdad y atendiendo a lo que se ha publicado, no.

—Entonces, ¿en qué se basa para pensar que podría ser él?

Gracia Galo se expresaba con un fluido castellano acompañado por la musicalidad de la entonación del italiano. Sancho pensó la respuesta.

—Tiene que ser él.

—¿Tiene? —repitió la inspectora jefe.

—¿Cuántos homicidios violentos se registran en Trieste anualmente?

—Digamos que ya hemos cumplido el cupo del año con este, pero barajamos hipótesis relacionadas con un ajuste de cuentas.

Sancho se reacomodó en la silla.

—¿Podría facilitarme más información sobre el caso? —requirió el pelirrojo.

—No, se ha decretado el secreto de sumario.

—Entiendo —dijo asimilando el revés—. Solo permítame que le pregunte algo.

—Adelante.

—¿Mutiló a alguna de las víctimas?

El semblante de la inspectora jefe, que se había mantenido impertérrito hasta el momento, mostró leves signos de desconcierto antes de contestar.

—Así es —confirmó recuperando la expresión hierática.

—Esa es parte de su firma.

—¿Parte?

—Sí, esta es la otra.

Sancho extendió los poemas sobre la mesa orientándolos hacia su interlocutora.

—Poesía.

Gracia Galo los leyó detenidamente.

—*Porca puttana* —masculló.

Levantó la cabeza y sostuvo la mirada del inspector.

Residencia de Augusto Ledesma (Trieste)

Me estaba volviendo loco. Apenas había conseguido descansar las dos últimas noches. Seguía dando vueltas a la posibilidad de dejar Trieste, continuar mi camino dando rienda suelta al nuevo Augusto. Buscar otro lugar; quizá Praga, o redescubrir Berlín. Incluso, podría establecerme en Argentina..., pero él vendría conmigo. Tarde o temprano, Orestes siempre terminaba apareciendo en mi vida. Era parte de mí, pero no es menos cierto que cada día me sentía más despegado, y era una sensación que me gustaba aunque me doliera reconocerlo. Traté de ocultarle el episodio vivido con Chiara, pero me resultó totalmente imposible. De nuevo, reprobó mi

actuación por no haberla planificado y actuar siguiendo los impulsos de mi corazón. A veces, dudo si realmente nos complementamos o simplemente somos el reflejo distorsionado del otro. Orestes me pidió que recapitara sobre mi forma de actuar a pesar de que le he demostrado en varias ocasiones la distinta naturaleza de los versos que nacen fruto de la sincera hermosura frente a los engendros paridos de la encorsetada finura. Había mucha distancia; indiscutiblemente.

Pero, a pesar de todo, el motivo principal que me había llevado a ese estado de ansiedad no era otro que lo sucedido con Chiara hacía dos noches. ¡Qué bien me hubiera venido en aquel momento mi saco para vaciarme a golpes con él! Inmediatamente, me quité la ropa y me preparé para salir a correr confiando en que eso me ayudaría a colocar todo en su sitio. Me puse los auriculares y busqué la lista de reproducción adecuada para aquel momento. El cuerpo me pedía distancia, no quería exigirme un ritmo elevado ni mirar el cronómetro. Necesitaba algo tranquilo, emotivo, y me decidí por la nombrada «indie español». Estaba en modo aleatorio desde aquella noche, y así lo dejé para que el azar fuera, de nuevo, el que me regalara los oídos. Bajando las escaleras del portal, empezó a sonar *La ciudad del viento*, de Quique González, que bien podría haber compuesto desde el Molo Audace un día de *bora*. Era perfecta para ir cogiendo ritmo mientras bajaba por Via Carducci en dirección al Viale Miramare, que discurría en paralelo al mar.

*Hay una calle que lleva tu nombre
en la ciudad del viento,
después de tanto tiempo
me harté de esperarte
y se cayó el letrero.*

Volví a la noche del sábado con Chiara.

Me propuso aparcar el coche a unos dos kilómetros del castillo y llegar hasta allí dando un paseo, guiados tan solo por la pálida luz de la luna. Accedí gentilmente. Despedazamos *Hambre* durante el camino, desmenuzando la forma en la que el personaje principal de la novela, un periodista de nombre desconocido, narra en primera persona sus esfuerzos

para sobrevivir rodeado de la mayor de las miserias. Ella estaba entusiasmada con la conversación y exprimimos una frase de la novela que Chiara tenía memorizada: «Si se lo contara a alguien, no me creería, y si lo escribiera, dirían que lo he inventado». Me la apliqué a mí mismo. Luego, enlazamos con Kafka y, en ese punto, tuvimos el desencuentro más acalorado. Ella sostenía que no era un buen escritor, que empezar *La metamorfosis* por el final no tenía ni pies ni cabeza. Yo contraataqué argumentando que el comienzo —el cual tenía tatuado en la espalda— era sublime, ya que consigue dibujar en una única frase el preciso instante en el que arranca la historia. Le recordé, además, que Kafka es considerado el padre del surrealismo literario y que, por tanto, posee un estilo propio seguido por muchos durante siglos. No llegamos a un entendimiento, pero creo que le hice cambiar de opinión por cómo la vi rumiar una frase que acuñó el autor checo: «La literatura es siempre una expedición a la verdad». También hablamos de Dante y, a raíz de aquello, abrimos un interesante juego sobre otros personajes siniestros de la literatura universal. En su listado, aparecían Dorian Gray, *Lady Macbeth*, el capitán Ahab, Edmundo Dantés, Mr. Hyde, Tom Ripley y Guy Montag, que yo recuerde. Raskolnikov encabezaba el mío, seguido por Mefistófeles, Zaratustra, Athanasius Pernath, Heinrich Faust, Kurtz Beguemot y, por supuesto, Juan Pablo Castel, al cual omití deliberadamente; algunos de ellos, titulares de mis pasaportes falsos. Aquella confrontación intelectual me dejó un tanto exhausto y totalmente absorto. He de reconocer que, por un momento, me olvidé de quién era yo y qué camino había decidido seguir.

Aumenté la cadencia de mi zancada impulsado por el estribillo de *Días azules*, de Iván Ferreiro.

*Dónde están los días y ese azul,
di un lugar donde estés tú.
Que si el azar nos va empujando hasta el final,
solo habrá casualidad.*

*La casualidad...
Nos va a alcanzar,*

*nos va a salvar.
Y a matar.*

Busqué un sentido a la letra.

*A veces creo ver,
ver cómo vendrás.
Chocando contra mí.*

*De las sombras de tu corazón,
fingiré que he sido yo.
¡Que no!
Que si al final nos va empujando sin querer,
ese azul no va a volver.*

*Ese azul nos va a alcanzar.
Ese azul nos va a salvar.
Ese azul nos va a alcanzar.
Ese azul nos va a matar.*

La cuestión era si debía dejarme llevar por esa sensación y qué consecuencias podría tener. Las secuelas. Me fijé en el destello del sol sobre el azul del mar y me esforcé por aislar de alguna forma la ficción de la realidad. Me pregunté qué era luz y qué era resplandor. Quizá, en mi inconsciente, estuviera buscando una forma de escapar de mí mismo. Decidí recuperar un ritmo más pausado y conscientemente me transporté de nuevo a Duino.

Cuando por fin llegamos al recinto del castillo, noté que me entumecía. Yo conocía su existencia por el libro de poemas de Rilke, *Elegías de Duino*, y llevaba esperando semanas, meses, para dar con el momento preciso en el que visitarlo. No pudo acontecer de mejor manera. Mientras escuchaba su exposición sobre el amor verdadero, que, según sostenía Chiara, era el tema principal de los poemas de Rilke, me di cuenta de que habíamos empezado a pisar un terreno demasiado íntimo. Solo entonces pude percibir en ella cierta

debilidad escondida tras ese carácter de mujer decidida e inteligente. A pesar de ello, nunca intenté ir más allá de las palabras con Chiara, porque supondría, inevitablemente, restar tiempo al interesante debate literario que estábamos manteniendo. Extraño, porque me seguía notando con ganas de sexo y ella estaba como para arrancarle aquel vestido rojo y hacerle un traje de saliva. Su fragilidad me atrajo y quise profundizar.

Lógicamente, a esas avanzadas horas de la madrugada no pudimos acceder al castillo y me ofreció recorrer una parte del sendero que enseguida comprendí que era algo muy especial para ella. En algún momento, le tendí la mano para evitar que resbalara en una zona arenosa; ella la agarró con fuerza y ya no quiso soltarla. Me gustó aquella sensación que refrendaba mi sospecha: Chiara necesitaba mi abrigo.

El paisaje no tenía parangón. A nuestra derecha, se recortaba la silueta del castillo, construido en el borde de un acantilado dominando todo el golfo de Trieste, frente al mar. Era como una gran mancha oscura pero muy viva, denostada apenas por el susurro de la luna en su reflejo. No sería capaz de reunir los calificativos necesarios para definir aquella atmósfera fantasmagórica. El viento agitaba las ramas de los mirtos, rododendros y pinos marítimos como queriendo reformular un hechizo. Lo leí en su mirada antes incluso de que ella lo confesara cuando la claridad empezaba a delimitar los confines entre el cielo y el mar.

Me conmoví.

Tratando de mantener el ritmo de mi respiración, empezó a sonar *La niña imantada*, de Love of Lesbian, y la letra de la canción nuevamente me invadió alimentando mis sospechas y acrecentando mi desconcierto.

*Nadie, nunca nadie, nadie excepto tú,
puede enviarme hacia el espacio y devolverme hacia su cama.
Y en las horas más oscuras, me harás levitar.
En descuidos crearemos universos, niña imantada.*

*Y ahora yo he de admitirlo.
Y ahora yo presiento que has vencido
y no hay manera humana de escapar.*

Chiara no era feliz. Necesitaba encontrar demasiadas respuestas que dieran sentido a lo inexplicable. Un laberinto con muchas salidas, pero todas cerradas con llave.

Quise ayudarla.

Tenía que rescatarla. Como ya lo hiciera Juan Pablo Castel con María Iribarne en *El túnel*.

Chiara apretó con fuerza mi mano y advertí la belleza en aquel gesto llevado a su máxima expresión. Me coloqué a su espalda para rodearla con mis brazos. La besé en el cuello y noté cómo se estremecía. Me embriagué con su esencia a fruto maduro y cacao. Acaricié su cara y me dejé conquistar por eso que otros definirían como ternura.

Se giró para encontrarse con mis labios y la besé como nunca he besado a nadie.

Me entregué por completo. Me vacié; absolutamente.

El aullido del viento me trajo otra cita de Franz Kafka: «El mal conoce el bien, pero el bien no conoce el mal».

Se separó y me miró. Detectó que algo no encajaba y creo que quiso saber qué era. Desde la distancia, podría resumirlo en una frase:

—*Ab una pendet aeternitas*^[63].

Su aflicción era imposible de calmar, tenía que inmortalizarla.

Un lugar para cada alma y un alma para cada lugar. Aquel, precisamente, era su lugar. Tenía que robársela contra su voluntad, por su bien.

Y aquellos versos en alemán en mi cabeza.

Quiero pensar que no sufrió.

Questura di Trieste

La inspectora jefe Galo le tendió la mano y su homólogo español se despidió con un esperanzado «Entonces, espero su llamada» salpimentado con un gesto que, en aquel momento, le resultó imposible descifrar. Tras algo más de dos horas de conversación con aquel barbudo pelirrojo de mirada sincera y aspecto desaliñado, se dejó caer en su silla y, siendo fiel a su procedimiento

de investigación, sacó una hoja en blanco y escribió con mayúsculas: «AUGUSTO LEDESMA». Luego, fue anotando a su alrededor las palabras que había retenido en su cabeza: sociópata narcisista, extremadamente inteligente, criminal organizado, experto en informática, falsificación documental, disfraces y seudónimos. *Modus operandi*: asfixia, martillo e inducción al suicidio. Firma: mutilación y poesía. Físico: un metro ochenta, complexión atlética, tez morena, ojos negros, rostro cuadrado. La inspectora jefe golpeaba con el bolígrafo en la mesa leyendo una y otra vez aquellas palabras, aunque ya no pensaba en ellas. Debía decidir en qué dirección tenía que dar el siguiente paso. *Il questore*, Giuseppe Padulano, le había transmitido su absoluta confianza en la pronta resolución del caso en la reunión que habían tenido a primera hora de la mañana.

En septiembre, se cumplirían cinco años desde que Gracia Galo se había hecho cargo del puesto. Todo había sido coser y cantar, a pesar de que no podía haber empezado su nueva andadura con peor pie. Llevando solo un mes como inspectora jefe, le explotó en la cara el caso Riccardo Rasman: un enfermo mental que murió tras la intervención de cuatro policías que intentaban reducirle para detenerlo. Aquello provocó un terremoto social que hizo tambalear los cimientos de la Polizia di Stato, pero los números que presentaba Gracia Galo como responsable del departamento de Homicidios eran difícilmente mejorables: un ochenta y cinco por ciento de casos resueltos. «No está mal para ser triestina, de la Juventus y madre soltera», solía decir la inspectora jefe.

Gracia Galo había nacido en Trieste en 1974. Aquel año, Italia no pasó de la primera fase en el Campeonato del Mundo celebrado en Alemania y, para colmo de males, la Lazio ganó su primer *scudetto*. Según ella, estaba condenada a vivir en aquella ciudad para el resto de sus días a pesar de los muchos intentos que había hecho por escapar de sus garras. Su infancia transcurrió sin más sobresaltos que la muerte de su madre, de origen panameño, cuando apenas tenía cinco años. Gracia no guardaba muchos recuerdos de ella, al margen de heredar su nombre, pero su padre, un teniente coronel de la Brigada Ariete del 11.º Regimiento de Bersaglieri, se había encargado de implantárselos en la cabeza para que permaneciera viva en su memoria. Con dieciocho, hizo su primer intento de huida y se fue a estudiar

Psicología a Turín. Había otras universidades más próximas, pero quería alejarse de casa y acercarse al Stadio delle Alpi. Allí descubrió que los hombres eran desmesuradamente simples, que las mujeres eran demasiado complejas y que los kilómetros no acercan ni alejan de los problemas. Aun así, no se lo pensó en cuanto surgió la posibilidad de terminar su carrera en Barcelona y, tras dos años en España, se volvió a Trieste con la *laurea* y un embarazo. A los seis meses, nació su primer y único hijo. Como no podía ser de otra forma, le llamó Alessandro en honor al mejor jugador italiano de todos los tiempos: Del Piero. El abuelo de la criatura, recién licenciado del ejército y lejos de recriminar la decisión de continuar adelante con el embarazo, se volcó en el cuidado del que sería, con toda probabilidad, su único nieto. Así, Gracia pudo prepararse para ingresar en el Istituto per Sovrintendenti della Polizia di Stato en Spoleto, cerca de Perugia y curiosamente emplazado en el Viale Trento e Trieste. Siempre Trieste. Fueron dos años duros durante los que se entregó en exclusiva a sus estudios viajando siempre que podía a casa para tratar de no perderse los primeros triunfos de su hijo, al cuidado del abuelo. Consiguió su primer destino en la Questura de Udine gracias a su situación de madre soltera, lo cual le permitía llegar a casa todos los días para bañar, dar de cenar y dormir a Sandro. Durante aquel período, no hubo más que trabajo y Sandro, en ese orden. El tiempo que le sobraba, que era más bien poco, lo dedicaba a su único vicio: el fútbol. Nunca supo si fue gracias a las influencias de su padre o a sus méritos profesionales, pero un día le comunicaron que habían aceptado su solicitud de traslado a Trieste y, en menos de dos semanas, completó el círculo volviendo al punto de partida, ese del que siempre quiso distanciarse.

La inspectora jefe se recogió el pelo en una coleta y marcó el número del *sovrintendente* Marco Fucich, un triestino del que se decía que estaba más tocado que el mítico Gianni Fucich^[64], con quien no compartía más vínculos que el apellido y la pasión por la velocidad.

—Inspectora.

—Marco, ¿tienes un minuto? Necesito que vengas a mi despacho.

—Derrapando.

La inspectora confiaba en el criterio de Fucich, quizá porque era con el único con el que podía hablar en triestino de todo su equipo, y eso les hacía

conectar muy fácilmente. O quizá, como sostenía su hijo Sandro, porque le recordaba a Topo Gigio. Cuando terminó de resumirle la conversación mantenida con Ramiro Sancho, su compañero tomó la palabra.

—No lo veo claro. Ya sabes que Padulano no se sale ni un milímetro del procedimiento, va a ser difícil que apruebe una colaboración externa no autorizada. Además, a mí me sigue pareciendo más un ajuste de cuentas que el trabajo de un asesino en serie.

—Posiblemente sea eso lo que pretende ese tipo. Demasiadas coincidencias, ¿no crees? La mutilación podría atribuirse a la firma de un sicario, pero... ¿y el poema en español?

—Hay sicarios muy formados, inspectora —expuso Fucich.

—Sí, y algunos triestinos inteligentes, pero ambos en vías de extinción. Al inspector Sancho no le he dicho que vaya a permitirle husmear en nuestra rutina, pero creo que debería hablar con Padulano sobre el asunto. ¿Qué opinas?

—Que le joderás el almuerzo.

—Pues esa ya es una buena razón para hacerlo. Sabré cómo vestírselo.

—Lo sé —apostilló—. ¿En serio que quieres investigarlo?

—Investigar, precisamente esa es nuestra razón de ser. No podemos obviar esto —aseveró posando suavemente su mano sobre el esquema que acababa de elaborar—, pero lo haremos con muchísima discreción. Por eso te he llamado a ti.

—¿Por mi discreción?

—Y por tu belleza —añadió—. Solo tú, Padulano y yo debemos estar al corriente. Que el resto del equipo siga trabajando al margen en la línea de investigación que tenemos en curso.

—No sabía que la discreción fuera una de mis virtudes.

—Tanto como la sensatez, pero aprenderás a serlo si no quieres que tus «niñas» sean pasto de las llamas.

—No serías capaz.

—Delante de ti, si es necesario.

—No puedo imaginar mayor crueldad que pegar fuego a mis Ducati, Ángela y Angélica.

—Ya me conoces, soy capaz de eso y de mayores atrocidades.

—*Va in mona*^[65]...

Gracia esbozó una ligera sonrisa sin llegar a enseñar los dientes.

—Esta es la dirección en la que se aloja Ramiro Sancho, quiero saber qué hace. Encárgate tú. Averigua todo lo que puedas sobre ese inspector. Yo conseguiré el permiso verbal de Padulano para colaborar con él sin hacer ruido. Veremos qué podemos sacar en claro de todo este *casino*.

—Muy bien, estaré pendiente del teléfono, pero ahora me voy a poner a buen recaudo a mis niñas. Todavía no me he recuperado del susto —dijo levantándose de la silla.

La inspectora jefe se aclaró la voz antes de marcar el teléfono del *questore* Padulano.



Profetas traidores con piel de cordero

Residencia de Milos Krašić (Novi Beograd)

20 de abril de 2011, a las 21:30

Decidió ir a buscar otra cerveza y meter una *pizza* precocinada en el horno durante el descanso del partido. El RK Metaloplastika no estaba jugando nada bien. El balonmano moderno tenía muy poco que ver con aquel juego al que él se había entregado en cuerpo y alma durante tantos años. Demasiadas sesiones de gimnasio, pero la escasez de corazón, sobre todo, había hecho que se perdieran los valores de lo colectivo y que primara la técnica individual. Ese era otro deporte con el cual ya solo compartía el mismo nombre, pero sin alma, como su patria. Ya no surgían jugadores con la voluntad de Veselin Vuković, el empuje de Milan Kalina, el coraje de Mirco Bašić o la magia de los hermanos Kamin, los Grosić... y, por supuesto, nada parecido al liderazgo y la capacidad de sacrificio de Veselin Vujović. Milos Krašić sabía bien de lo que hablaba. Había crecido y jugado con muchos de aquellos jugadores en su Šabac natal, aunque lo hacía con otro nombre, el suyo. En la década de los ochenta, ellos dictaron las normas y se convirtieron en el modelo del balonmano a seguir por todos los clubes europeos. Se les acumulaban los títulos en la vitrina: siete veces campeones de liga y cinco de copa en Yugoslavia, y dos veces campeones de Europa. Sin

olvidarse de las selecciones nacionales, que, tanto la masculina como la femenina, habían arrasado en los Juegos Olímpicos de Los Ángeles. Por primera vez, existía un sentimiento nacional, un orgullo colectivo, un objetivo común, pero los nacionalistas tenían que joderlo todo, no podían permitir que los serbios llevaran el timón del nuevo buque yugoslavo. Políticos y burócratas que, desde sus sillones, sembraron el odio para teñir su tierra con sangre ajena.

Murmurando «A Serbia le han robado el espíritu», buscó la postura buena para acomodar sus más de cien kilos de peso en el viejo sofá y dio un trago a la cerveza. Con toda su atención puesta en la pantalla de televisión, los nombres de Jovica Stanišić, Dragan Obrenović, Franko Simatović, Biljana Plavšić, Drago Nikolić o Zdravko Tolomir desfilaron por su cabeza. Patriotas antes admirados y ahora odiados, perseguidos por la comunidad internacional, héroes señalados con el dedo como criminales por ese traidor a la Gran Serbia, el fiscal Bruno Vekarić. Familias serbias humilladas y condenadas. ¡Traidores!

Pero con Buzdovan habían pinchado en hueso.

Las últimas detenciones de Branko Popić en Estados Unidos, de Aleksander Cvetković en Israel y de Božidar Kuvelja en Bosnia le habían hecho tomar la decisión. A él no le meterían entre rejas para que le apuñalaran tres sucios musulmanes como le ocurrió al general Krstić en una prisión de máxima seguridad de Londres. Y, mientras sus camaradas eran castigados con severidad, un perro bosnio como Naser Orić ya disfrutaba de su libertad tras dos añitos de prisión preventiva. Una pantomima.

No iban a poder con Buzdovan^[66].

El final del partido no lo pudo ver. Se había quedado dormido, como tantas noches, delante de la televisión. Ya no compartía su cama con nadie y, desde que lo maquinó todo, nada le importaba más que llevar a buen puerto aquel barco de bandera propia.

La cerveza tibia sobre su cara le hizo incorporarse del sofá.

—¿Pero qué...?!!

La silueta del psicólogo empuñando un arma que le apuntaba a la cara le paralizó en seco.

—Quédate ahí sentadito si no quieres que esparza tu cerebro por todo el

salón. Solo quiero que me respondas a unas cuantas preguntas.

—Está bien —dijo aturdido—, pero baja el arma.

—Tranquilo, que todavía no me tiembla tanto el pulso. No pienso arriesgarme a que te abalances sobre este anciano y no me dé tiempo a meterte una bala en la frente.

El agente de la BIA se puso cómodo en el sofá y colocó sus enormes manos sobre las rodillas.

—¿Qué quieres saber?

—Dime por qué quieres ver muerto a Mladić.

—Ya te lo dije, quiero evitar que su detención abra de nuevo las heridas. Mi pueblo merece descansar, y para ello tenemos que...

—Estás consiguiendo que me conmueva tanto que noto cómo me falla el pulso —interrumpió el ruso—. Si vuelves a mentirme —aseguró con tono adusto—, apretaré el gatillo. Tú no te acordarás de mí, pero yo sí he conseguido acordarme de ti gracias a mi amigo Robbie. No creas, que mi trabajo me ha costado. Tu estatura hace que seas difícil de olvidar aunque te hayas afeitado la barba y engordado unos cuantos kilos, Buzdovan.

El semblante se le oscureció a Milos Cvetković, más conocido por el nombre en serbio de la herramienta que utilizaba para dar muerte a sus víctimas: una maza con empuñadura de madera revestida de cuero y rematada con una cabeza de hierro en forma de antorcha.

—Hacía muchos años que nadie me llamaba así.

—Primer batallón de la Brigada Zvornik, los lobos del Drina. Eras el brazo ejecutor de Drago Nikolić.

Buzdovan tardó en contestar.

—Era mejor eso que ser la escoba.

—Mejor el martillo que la escoba, ¿eh?

—La mayoría eran combatientes bosnios que llevaban años asesinando serbios bajo el mando de Orić y sí, es cierto que nos llevamos por delante a otros muchos, pero te aseguro que no la cantidad que se dijo. ¿Sabías que muchos de los cuerpos recuperados en fosas comunes eran de hombres, mujeres y niños serbios? Pero eso a los cascos azules les daba igual, eran muertos y todos servían para hacer la cifra que necesitaban para justificarse. Yo solo era un soldado que acataba las órdenes de sus superiores, como lo

hacías tú o como lo hacían tantos otros.

—Eres un vulgar asesino, como tantos otros —parafraseó—. Yo estuve allí y vi cómo perseguíais a golpe de mortero a los refugiados que se dirigían a Tuzla. Había muchas mujeres y niños.

—Fueron víctimas accidentales en la persecución de una columna militar que huyó de Srebrenica. Los malditos musulmanes utilizaron a sus mujeres y niños como escudos, pero se equivocaron con nosotros.

—*Poshel na jui*^[67]! ¿¿Accidentales?! —repitió Carapocha dando un paso al frente y apuntando a la cara de Milos, que permanecía impasible—. ¿Accidentes como el que puede tener un tipo limpiando su pistola?

El serbio no contestó.

—Ahora, céntrate en la siguiente pregunta que voy a hacerte. De tu respuesta dependerá que puedas seguir emborrachándote con excusas de mierda o no. ¿Recuerdas a una mujer alemana que trabajaba para la inteligencia rusa y pertenecía a la camarilla de Mladić?

Buzdovan asintió.

—La mujer que te acompañaba —apuntó.

—¿Así que me recuerdas?

—Ahora sí —certificó el serbio sin inmutarse.

—Se llamaba Erika y era mi mujer. Dime cómo murió —exigió apretando los dientes.

Buzdovan se humedeció la garganta.

—Lo único que sé es que tuvo una larga conversación con ese traidor y que, después, se deshizo de ella. Yo tenía otras obligaciones, pero oí hablar de aquello algunos días más tarde. Puedes creerme o no, pero no tuve nada que ver en eso.

—Lo mismo me da —balbuceó, y Carapocha trató de recuperar el control—. Explícame por qué quieres que nos encarguemos nosotros de Mladić. Si me vuelves a mentir, te juro por la memoria de Erika Eisenberg que te mato aquí mismo.

—¿Es que todavía no te has dado cuenta?

—Tengo mi teoría, pero quiero escuchártelo decir a ti.

—Ratko Mladić es una rata traidora. ¿Cómo crees que ha conseguido evitar ser detenido durante tantos años? ¿Crees que las autoridades no saben

dónde se esconde? Tiene un pacto con la fiscalía desde 2001; el nuevo gobierno de Serbia necesitaba demostrar a Europa su compromiso y, para ello, tenía que acelerar el ritmo de detenciones.

—Así que el general ha ido comprando su libertad a base de nombres.

—Hombres que confiaban en él y que lo dieron todo por la causa serbia. A través de su guardaespaldas personal y jefe de su seguridad, Branislav Puhalo, ha ido filtrando la información a las autoridades, poco a poco. Mladić mantenía una red de contactos mucho más importante en Serbia que la propia BIA. Luego, le apretaron para entregar a Karadžić, y ya se sabe la simpatía que se tenían los dos gallitos. En cuanto averiguó que se ocultaba en Belgrado bajo el nombre de Dragan Dabić, se ganó unos cuantos años más de libertad.

—Pero se le están terminando los nombres.

—De los peces gordos solo queda Hadžić sin pescar, y se le perdió la pista en Rusia hace unos cuantos años ya, así que está empezando a pescar a los pececillos.

—Como tú.

—Soldados. Patriotas.

—Criminales. Asesinos —rebatió.

Buzdovan se encogió de hombros.

—Dime cómo entraste en la BIA.

—Cuando terminó la guerra, me refugié en Halberstadt, cerca de Magdeburgo, en un club en el que había jugado durante tres temporadas. Allí conservaba buenas amistades y me ayudaron a rehacer mi vida. En 2002, el nuevo gobierno necesitaba controlar a los servicios secretos, la nueva BIA, y lo primero que hicieron fue quitarse de en medio a Stanišić y a Simatović. Un familiar de Andreja Savić, encargado de organizar los centros regionales, me debía un gran favor y me encontró un puesto en el de Mačva con mi nuevo nombre. En dos años, gracias a que podía hacerme entender en inglés y alemán, pasé al departamento de inteligencia y tengo acceso directo a las más altas esferas en estos momentos. Así conseguí la información del paradero de Ratko Mladić.

—¿Es buena la información que nos has dado?

—Al cien por cien.

—Y quieres que parezca un accidente para salvar tu culo.

—No tardarán en atar cabos si se descubre que ha sido asesinado. Me hubiera encargado yo mismo si supiera cómo, pero mis habilidades nada tienen que ver con la discreción.

—Entiendo.

Carapocha sopesó todas las posibilidades antes de retomar la palabra.

—Tendría que acabar con tu existencia ahora mismo solo para hacer que este planeta fuera un lugar más habitable, pero podría echarse a perder toda la operación y no puedo arriesgarme. No dudaré en matarte si vuelvo a cruzarme contigo. Tenlo presente.

Buzdovan no gesticuló.

—Por cierto —continuó el psicólogo—, no creo que tu amigo Goran Hadžić disfrute durante mucho tiempo más de su libertad. Robbie ya está tras sus pasos y los de su camarada Zoran Mandić. Cuando traten de vender el cuadro de Modigliani, *Retrato de un hombre*, se van a llevar una desagradable sorpresa. Que, aparte de ser unos miserables asesinos, sois unos ladrones miserables. Te lo cuento porque sé que no tienes posibilidad alguna de contactar con ellos, ni directa ni indirectamente. Que tengas dulces sueños, Buzdovan.

El serbio apretó los puños justo en el momento en el que escuchó la puerta. Tuvo que tragarse el impulso de bajar al coche y agarrar su herramienta para hundirla de un único golpe en el cráneo de aquel ruso.

Pero Buzdovan había aprendido a ser paciente.

Con Buzdovan habían pinchado en hueso.



Una estampa muy goyesca

Caffè degli Specchi
Piazza dell'Unità d'Italia (Trieste)
21 de abril de 2011, a las 11:55

Sancho había llegado, como de costumbre, con algunos minutos de antelación y se había sentado en una mesa frente a un gran ventanal del que se descolgaban dos grandes cortinones de un rojo corinto. Desde allí, podía contemplar la magnífica postal de aquella singular plaza abierta al mar, la más grande de Europa. En aquel lugar de dorada atmósfera costumbrista, se mezclaban los olores a café intenso, a cuero centenario y a madera de alto linaje.

El inspector ya conocía la bora, ese viento frío y seco que recorría las calles de Trieste con fuertes ráfagas de hasta ciento ochenta kilómetros por hora. Hasta ese momento, se habían registrado velocidades que rozaban las tres cifras, pero, en el *telegiornale*, había visto que las autoridades municipales pedían precaución a los ciudadanos ante el más que previsible empeoramiento de la situación. La peor bora de la historia no era más que una ráfaga de aire fresco comparada con el vendaval anímico que se agitó en Sancho tras recibir la llamada de Gracia Galo la tarde anterior. El inspector no tenía la certeza de que fueran a permitirle colaborar en la investigación,

pero solo el hecho de recibir noticias ya era una gran noticia.

Hasta entonces, su rutina consistía, básicamente, en salir a correr a primera hora de la mañana siguiendo la carretera que discurría en paralelo al mar; dedicaba el resto del día a peinar la ciudad de forma organizada con la frágil esperanza de dar con alguna pista que le llevara a Augusto. Sabía que no podía levantar ampollas en territorio ajeno, pero, aun así, estuvo tentado de recorrer las zonas residenciales del extrarradio y de patearse el centro de Trieste mostrando el retrato robot negocio por negocio con tal de no estar de brazos cruzados. Esa misma mañana había sido algo distinta: conversó con la juez Miralles para contarle los pormenores de la situación. No alcanzaba a entender el porqué, pero aquella mujer le seguía inspirando mucha confianza. Antes de despedirse, Aurora le rogó que tuviera mucho cuidado. Sin embargo, habida cuenta de los hechos que habrían de suceder días después, podría decirse que extravió la precaución junto a su maleta en aquel taxi. También habló con Peteira para que le pusiera al corriente de la actividad en la comisaría. Por último, recibió la llamada de Áxel interesándose por su estado anímico y para anunciarle que había seguido su ejemplo: en dos semanas, se marchaba con un amigo a recorrer Tailandia por espacio de un mes.

Cuando le sirvieron el café *macchiato*, la vio pasar a través del ventanal con paso firme y gesto elegante. Iba acompañada por un tipo magro y con coleta, el mismo que le llevaba siguiendo los últimos días. Miró la hora: faltaba un minuto para las doce. Sonrió sin mover los labios.

Canal Grande di Trieste

Querido amigo, siento no haber venido a verte con más frecuencia. La verdad es que tenía pocas cosas que contarte, pero hoy sí hay algo que me gustaría compartir contigo. Una revelación: no puedo ni debo renunciar a mí mismo. Necesito ofrecirme al mundo, pero no seré capaz de hacerlo si no puedo partirme y negociar con mi otra mitad. Tengo que ser un todo único, no una suma, y muchas veces me veo matándome a garrotazos con Orestes; ambos,

enterrados hasta las rodillas. Presiento que alguien no saldrá de esta. Tengo que poner distancia con Orestes para ser más Augusto. Al igual que tú, soy especial, diferente del resto, y no pienso desviarme ni un centímetro de la ruta que tengo que recorrer. Entregarme por completo, eso es lo que necesito. Creo en mi destino, en tomar las riendas para disfrutar de todas las etapas por las que transcurra este viaje, en ir escribiendo cada capítulo, cada verso, cada estrofa. Por cierto, ya tengo decidido el tema central de mi siguiente poema: volver a los orígenes. Explorar mis raíces. Me siento en la obligación de cuidar del ecosistema en el mundo de las letras.

Supongo que te habrás enterado de los últimos acontecimientos que han marcado la historia de esta ciudad en la que, hasta nuestra llegada, el tiempo pasaba sin pasar nada. Como ves, ahora pasa. Pero no creas que no lo sé, soy muy consciente de ello. Te aseguro que no pretendo que los hombres comprendan la magnitud de mis actos, por eso acudo a ti; tú estás por encima de lo humano y sabrás ver la belleza que hay en la muerte y el coraje que implica mirarla directamente a los ojos. Es mi aliada. Soy su cómplice. Nos retroalimentamos.

Estoy escribiendo uno de los más importantes legados que el ser humano haya podido dejar a su especie, y esta ciudad que compartimos será recordada por siempre. Tengo que terminar de pintar este cuadro, y nadie va a impedírmelo.

Ofrecerse.

Ahora, tengo que irme. Cuídate mucho. Dicen que estos días soplará la bora, pero supongo que estás más que acostumbrado. ¿Verdad, amigo?

Hasta pronto.

Caffè degli Specchi

El sabor del café estaba a la altura del lugar. La inspectora jefe pidió su segundo *capo in bi*^[68] cuando le estaba terminando de contar a Sancho cómo había conseguido superar las reticencias iniciales del *questore* Padulano. Su acompañante, el *sovrintendente* Marco Fucich, con su tercer *nero*^[69] en la

mano, estaba al tanto de toda la información que Sancho le había facilitado a la inspectora jefe. Entendía el español, pero se limitó a escuchar mientras daba buena cuenta de una botella de agua mineral con gas. Las ojeras ennegrecidas y el enrojecimiento de la esclerótica eran señales evidentes de que estaba inmerso en una lucha contra la resaca. De inmediato le recordó a su fiel compañero durante la etapa de formación patrullando en el distrito madrileño de Entrevías, Paco el Rata. Tenía tantas anécdotas de aquel tipo que podría llenar varias enciclopedias; sin embargo, al inspector no le gustaba demasiado mentarle tras su fallecimiento. Sancho conectó inmediatamente con Fucich.

—Le agradezco mucho que haya peleado tanto para conseguir el beneplácito de su superior.

—Inspector, le pido que no se sienta obligado a utilizar un tratamiento tan formal con nosotros. Somos triestinos; no renegamos de la buena pasta, pero preferimos *čevapčiči*^[70] o un buen *gulash*^[71].

—*Ed andar per frasche*^[72] —completó Marco Fucich en triestino.

—Aquí somos más austroeslavos que latinos, así que preferimos prescindir de las exquisiteces mediterráneas si no te molesta. Dado que somos colegas, podemos tutearnos.

—Cojonudo —exprimió el pelirrojo en español ordinario.

—Cojonudo —repitió Gracia haciendo de la jota una hache aspirada—. Padulano me ha autorizado a compartir información, pero no puedo dejarte ningún informe ni documento. Ahora bien, voy a tener serios problemas si llega a enterarse de que estamos colaborando con un inspector español que actualmente está fuera de servicio. Y no quiero ni pensar qué sucedería si averigua que el caso está oficialmente cerrado.

—Ya veo que has hecho averiguaciones sobre mí.

—Por supuesto, ¿qué esperabas? —dijo endureciendo el tono sin esperar una respuesta.

Sancho se pasó la mano por el mentón.

—Precisamente, solicité la excedencia para poder seguir el caso por mi cuenta cuando supe que Augusto seguía vivo. Aunque quisiera, no podría desentenderme del caso. Es mi obligación.

—No voy a entrar en razones ajenas, pero sí debo pedirte que no nos

ocultes nada.

Sancho aceptó con la cabeza.

—Si vamos a colaborar, creo que sería bueno que me retirarais la vigilancia —propuso el español mirando a Marco Fucich.

—*Sta bene. Allora.* Como sabes, tenemos tres víctimas; todas asesinadas con la misma arma. Por cierto, balística no es capaz de catalogar el tipo de proyectil; dice que puede tratarse de alguno especial hecho a medida por los casquillos que han encontrado.

—¿Qué tipo de casquillo?

—De ojiva cerámica, fabricado para pistolas indetectables.

—He oído que eso no es más que una leyenda urbana.

—Pues parece que no es así, porque este tipo tiene una.

—¡Su puta madre! —farfulló con inquina.

—Danilo Gaspari fue el primero en caer —continuó la inspectora jefe—; cinco impactos. Una bala le atravesó la mano izquierda y se alojó en el cuello, tres más en la cara y otra en la frente. Todos disparos mortales. La segunda víctima fue su guardaespaldas, un mercenario montenegrino llamado Drago Obučina; seis balas en el pecho, dos de las cuales le atravesaron el corazón. La última en morir fue Stefania Gaspari, muerta de un único disparo en la cabeza realizado a muy poca distancia. Sabemos esto por las quemaduras en la frente y los restos de pólvora que encontramos. Según parece, se trata de un tirador experto.

—Como te comenté en tu despacho, Augusto no actuaba de esa forma, sino que solía asfixiar a sus víctimas. Así lo hizo con las tres primeras, mató a la cuarta a martillazos para hacernos creer que había sido obra de otra persona, y a la última la obligó de alguna forma a volarse la tapa de los sesos.

Sancho dejó la mirada perdida unos segundos y concluyó:

—Algo debió de salirle mal y buscó otra alternativa.

Ellos se miraron.

—*Pol esser*^[73] —dijo Fucich en triestino.

—Pensamos que pudo suceder de la siguiente forma: en la madrugada del 14 de abril, el sujeto neutralizó la alarma con un inhibidor de frecuencia; aunque no lo hemos encontrado, por los informes de la compañía de seguridad, donde no se registran anomalías en el servicio, intuimos que pudo

hacerlo así. Además, no es algo relevante. Sabemos que entró por una ventana que daba acceso a la bodega porque hemos encontrado una fibra de tejido y la ventana estaba perfectamente cerrada. En ese momento, creemos que Ovućina estaba en el interior de la vivienda, pero o el asaltante no lo sabía, o puede que fuera directamente a por su objetivo en la planta superior. No podemos saber qué sucedió exactamente, pero suponemos que entró y disparó sin dar tiempo a Don Daniele a protegerse más que con sus propias manos. Al oír los disparos, el guardaespaldas debió de emprender la huida, porque no hemos encontrado ningún signo de lucha en la casa.

—Mercenarios —apuntó equivocadamente Fucich.

—Ese mismo día, sobre las ocho de la tarde, el asesino acudió al piso que la hija de Gaspari tenía en el centro de la ciudad. Hemos revisado las filmaciones de las cámaras de vigilancia de la plaza, pero ese portal hace esquina y no lo recoge ninguna.

—Sí, he podido visitar la zona, pero no he conseguido entrar —interrumpió Sancho con su voz grave.

—Lógicamente. Raramente sucede algo excepcional en esta ciudad aparte de los días de bora, por lo que todo el mundo se revoluciona cuando sucede algo violento. Por ello, tenemos que asegurarnos de que ningún curioso altere la escena del crimen. La hipótesis que barajamos es que, de alguna forma, consiguió que ella le abriera la puerta, porque la cerradura no está forzada, son de esas modernas con lector... ¿cómo se dice? —se preguntó levantando el índice.

—Biométrico, lector biométrico —apuntó Sancho.

—*Ecco*. Luego, la obligó a meterse en la bañera y la maniató.

—En la bañera —repitió el inspector tirándose de los pelos del bigote.

—Así es. Por el registro de llamadas del móvil de Stefania, sabemos que llamó a Ovućina y que, además, le envió varios SMS. No encontramos el móvil de él.

—Extraño. ¿Se llevó el de él pero no el de ella?

—Tiene su explicación, que luego te mostraré.

Marco Fucich se frotó los párpados muy despacio y pidió otra botella de *acqua frizzante*. Sancho aprovechó para pedir otro café.

—*Ancora... ecco*. Pensamos que retuvo a la chica para hacer que Ovućina

acudiera a la vivienda. Le disparó en el recibidor y, unos minutos más tarde, terminó con ella disparándola en la bañera.

Sancho miró a través de la ventana. Los transeúntes caminaban con dificultad tratando de luchar contra las intensas ráfagas de viento. Frunció el ceño antes de responder.

—No entiendo por qué el guardaespaldas huyó primero de la casa del padre y, luego, regresó para salvar a la chica. No me cuadra.

—Puede explicarse por la relación sentimental que, según parece, mantenía con Stefania.

—*È così l'amore...* —aportó Fucich.

—¿Y qué hay de las mutilaciones?

—A ambos les extirpó la primera falange del dedo anular de la mano izquierda.

—¿Post mórtem?

Gracia asintió.

—Por cierto, *ispettore*, no me contaste lo que les hizo a sus víctimas en Valladolid.

—A la primera, los párpados; a la segunda, que era su propia madre, la nariz.

—*Sua madre?? Santa Madonna!!* —interrumpió Marco Fucich juntando las palmas con los dedos extendidos y haciendo el típico gesto italiano.

Gracia elevó las cejas y se mordió el carrillo por dentro antes de preguntar.

—¿Y a las demás?

—No mutiló a la tercera víctima por respeto, esto me lo contó el propio Augusto en nuestro único encuentro.

—*Scusa...* ¿Mantuviste un encuentro con el asesino?

—Es una forma de decirlo. Me pilló desprevenido y me dejó sin sentido. Me maniató y en aquel momento me desveló algunas cosas pensando en que no iba a poder contárselas a nadie. Salvé el pellejo de milagro.

—Insisto, tienes muchas cosas que contarnos todavía, *ispettore*.

—Lo haré, pero ahora sigo con el resto de víctimas. La cuarta y quinta eran parte de un montaje para cargar los muertos a otro tipo, esto sí te lo he contado ya.

—Sí.

—Bien, por eso no las mató siguiendo su ritual ni tampoco las mutiló, quería que parecieran obra de otro.

—Entiendo.

—Por eso, creo que en los asesinatos de los Gaspari, el hecho de amputarles esa falange debe de tener algún significado para él. ¿Se sabe con qué lo hizo?

—Con una especie de tenaza de pequeño tamaño.

—De jardinería, para el cuidado de bonsáis concretamente —completó Sancho—. Son sus herramientas.

Marco y Gracia volvieron a cruzar gestos de complicidad.

—Eso dicen los de la Científica —confirmó Gracia.

—Dejó un poema, ¿verdad?

La inspectora Galo asintió mientras abría la cremallera de su portafolios negro.

—*Eccolo qua*. Lo dejó escrito en el teléfono de Stefania. Y no —se anticipó—, no hay huellas en el teclado.

—¿En el móvil?! ¡La puta madre que me parió!

Sancho agarró el móvil y leyó en voz alta. Despacio.

*Aun cuando no quisiera ser aquel hombre de relleno.
Aun cuando rebosara en mis cuencas vacías el color
metálico, y saboreo en mis papilas el plasma mecánico
que se precisa en extraño rubor y falso entraño dolor.
Y querrás palpar mi anzuelo: sereno.*

*Aun así, fui leal, soy firme y seré tenaz en mi anhelo.
Aun así, serás tú quien persiga el olor de mi sombra,
mirando año tras año al inerte sol del dulce engaño
que se refleja en este bermellón baño de daño y paño.
Y querrás ver mi señuelo: obsceno.*

*Así, sin más, te darás cuenta de lo que nunca sabrás.
Así, sin más, abrirás los ojos y estarás tan ciego*

*como el borrego que mira a la soga con sosiego,
sintiendo cómo su balanceo es el ritmo del apego.
Y querrás tener mi consuelo: veneno.*

*Y seré tus lágrimas.
Y serás mi pañuelo.*

—Hay que joderse —farfulló Sancho.

—Lo hemos traducido al italiano y nuestros expertos lo están analizando junto a los que me dejaste. Yo soy incapaz de interpretarlo, y a Marco le quema en las manos cualquier publicación que no sea de motos.

—*Va in mona...*

—Suenan distintos que los anteriores. Más simbólico, menos... tangible — calificó recordando el término que utilizara Martina en su día—, pero estoy convencido de que se trata de Augusto. Como apuntabas antes, hay algunas cosas que aún no os he podido contar...

Sancho desvió de nuevo la mirada hacia el ventanal que daba a la plaza.

Se petrificó. Estaba totalmente agarrotado. Inmóvil.

—¿Qué sucede, *ispettore*? —preguntó Gracia elevando la voz.

Sancho se impulsó violentamente hacia atrás tirando la silla al suelo y, de dos zancadas, llegó hasta la puerta del local por la que, en ese instante, entraba un grupo de jubilados que taponaban el acceso. Se abrió paso a empujones como si se tratara de un *ruck*^[74].

Salió a la plaza como un Miura tras un monosabio.

Piazza dell'Unità d'Italia (Trieste)

Caminaba ufano, como todos los días, hasta la Piazza dell'Unità d'Italia y nada hacía presagiar aquel infortunio. Me sentía con fuerzas renovadas tras la conversación con Joyce, y el hecho de tener tan claro el siguiente paso me ayudó a reestructurar mi mente. Los últimos artículos firmados por Adelpho della Valle, aquellas calumnias, injurias por doquier, me hicieron tomar la

decisión definitiva. No podía pasarlo por alto bajo ningún concepto. Tocaba desmenuzar por completo los detalles de la operación, volver a los orígenes: planificación, procedimiento y perseverancia. La mejor forma de hacerlo era esperarle en su casa, pero eso conllevaba la dificultad de acertar con el momento. El tipo vivía solo, una gran ventaja que se veía contrarrestada por su promiscuidad, un riesgo a la hora de predecir sus movimientos. Anticiparme iba a resultar harto complicado.

Pero no sería quien soy si no supiera convertir las amenazas en oportunidades.

Di con la solución justo cuando ponía los pies en la plaza en dirección al Palazzo Stratti, un edificio irreplicable que da cobijo a uno de los cafés con más encanto de la ciudad, rivalizando incluso con el Caffè San Marco. Como era de esperar, no habían montado la terraza por miedo a que sillas y mesas acabaran volando por los aires en torno a la Fontana dei Quattro Continenti. Aquella circunstancia me obligaba a entrar dentro para disfrutar del café y tener que salir fuera a fumar, de pie, mi primer Moods del día. Otro día aquello me hubiera generado un gran malestar, pero aquel era distinto.

Demasiado.

Un palpito hizo que me fijara en un grupo de personas a través de los ventanales del Caffè degli Specchi.

Le reconocí. Era él. No había ninguna duda.

Quizá me detuve unas milésimas de segundo antes de lanzarme a la carrera, ese fue el tiempo que invertí en dar crédito a mis ojos. En cuanto salí de la plaza, torcí a la izquierda y, luego, a la derecha por Via Malcantón con la esperanza de que no me hubiera reconocido bajo mi gorro negro de lana.

Ya había vivido aquello anteriormente.

La estrechez de las aceras me obligó a correr por la calzada hasta que me crucé con la Via del Teatro Romano. Por aquella vía de mayor anchura, las ráfagas de viento soplaban con mucha más fuerza, así que me vi en la necesidad de esprintar con todas mis fuerzas para poner distancia de por medio. No me atrevía a mirar atrás, me faltaba coraje y me sobraba recelo. Todavía tenía fresca la imagen del inspector Ramiro Sancho a punto de darme alcance en la Bajada de la Libertad, en Valladolid. El recuerdo de aquella expresión cargada de angustia e inquina impulsaba los músculos de

mis piernas. En Corso Italia, aproveché para adaptar el ritmo de la zancada espoleado por mi instinto de supervivencia. No pensaba parar, pero tenía que saber si me perseguía y, de ser así, a cuántos metros estaba. Necesariamente, tendría que girarme.

Lo hice.

Nadie.

Seguí corriendo en dirección a Carducci para cruzarla salvando los coches y, después, recorrer los escasos metros de Via della Ginnastica en sentido opuesto al del tráfico. Cuando por fin llegué al cruce con Via del Toro, me volví de nuevo para asegurarme.

Nadie.

Doblé a la izquierda caminando rápidamente mientras sacaba las llaves del portal. Subí los peldaños de las escaleras de tres en tres y no me sentí seguro hasta que no cerré la puerta. Me senté en el suelo; no por cansancio físico, sino por la sensación de pánico que había experimentado. Empecé a darle vueltas a la cabeza. ¿Cómo era posible que hubiera dado conmigo en Trieste? Tenía que averiguarlo de inmediato. Algo no iba bien, se nos estaba escapando algún detalle importante.

Recuperé el aliento y me bebí casi un litro de agua. Algo más tarde, preparé un café y, mucho más calmado, encendí un Moods. No dejaba de repetirme que algo no iba bien cuando un fuerte ruido me alteró de nuevo. Mi corazón se disparó y me quedé inmóvil por unos instantes en el sofá. Blasfemé mucho, no recuerdo qué. El sonido había sido ocasionado por el golpe de una de las contraventanas de madera de mi habitación movida por el aire. Me levanté para cerrar la ventana y, entonces, lo vi claro.

Una ventana abierta. No había otra posibilidad.

Tenía que despertarle.

Caffè degli Specchi

Al *sovrintendente* Fucich apenas le había dado tiempo a salir del local en el momento en el que Sancho entraba de nuevo con gesto atribulado y

visiblemente enfurecido. Tenía los músculos contraídos y la mandíbula tensa. El grupo de jubilados le dedicó algunas miradas cargadas de repulsa, pero, temiendo por la integridad de sus dentaduras postizas, nadie se atrevió a abrir la boca. Antes de tomar asiento, aseguró:

—Era él. ¡¡Le he visto!! Estoy totalmente seguro.

—¿Él? ¿Augusto? —cuestionó la inspectora jefe.

—Estoy seguro —insistió el pelirrojo—. Era él. Nunca podría olvidarme de esos ojos. Iba con un gorro negro, pero le he reconocido y él a mí. Cuando he salido, ya se había esfumado por completo. He intentado perseguirle por una calle, pero ya no estaba. Era él.

Sancho se tiró con avidez de los pelos de la barba mientras era escrutado por sus colegas italianos justo en el momento en el que sonaron los primeros compases del himno de la Juventus, *Juve, storia di un grande amore*, en el móvil de la inspectora jefe. En menos de un minuto, ya había colgado.

—*Cazzo!!* Más mierda —completó—. El martes denunciaron la desaparición de una estudiante. Fue vista por última vez durante la noche del sábado. Sigue sin aparecer y la familia llega a la ciudad esta tarde. Tengo una reunión con ellos y no tengo nada que contarles. *Cazzo, cazzo!!* He revisado los archivos —retomó la inspectora jefe—, y hace casi cuatro años que no tenemos un desaparecido de más de cuarenta y ocho horas. No creo en las coincidencias.

—*Neanch'io* —coincidió Fucich.

—Vamos a hacer lo siguiente: cuéntenos absolutamente todo lo que no nos has dicho de ese tipo y yo me encargaré de montar un dispositivo en veinticuatro horas. Si está en Trieste, levantaré hasta los cimientos de San Giusto para encontrarle. Hay que meter agentes de paisano en los locales nocturnos selectos, mujeres —precisó—. Quiero que activen todas las cámaras y que todos los porteros tengan memorizada su cara. *Cazzo!* Soy capaz de organizar la feria del bonsái para atraerle como una mosca a un panal de miel.

El español se pasó la mano por el mentón antes de lanzar una pregunta al aire.

—¿Habría alguna forma de comprobar los nombres de los registrados en hoteles y pensiones?

—Solo tengo que solicitarlo, pero ¿qué nombre buscamos?

—Todavía no lo sé, aunque antes has dicho que contabais con expertos.

—Así es, en Roma —precisó.

—Augusto utiliza seudónimos de personajes de grandes obras literarias: Gregorio Samsa de *La metamorfosis*, de Kafka, y Leopoldo Blume, castellanización del protagonista de *Ulises*, de James Joyce, Leopold Bloom. Los asesinos en serie organizados se ciñen a un procedimiento, estoy seguro de que Augusto se esconde en Trieste bajo uno de estos nombres.

Gracia Galo miró a Fucich.

—Me encargo —dijo el *sovrintendente*—. ¿Desde qué fecha?

—Ocho de enero de este año.

—Entendido.

—Solicita también el registro de entradas en los aeropuertos de Trieste y de Venecia —le requirió su jefa.

Fucich asintió.

—¿Y los alquileres y compras de viviendas?

—Eso ya es más complicado. Tiene que autorizarnos el Ministero delle Infrastrutture e dei Trasporti. Tardaremos más, pero lo tendremos. *Ispettore* —la expresión de su homóloga transalpina se ensombreció de forma repentina—, creo que ha llegado el momento de que nos cuentes absolutamente todo lo que aún no sabemos.

Sancho se presionó los lacrimales y levantó tres dedos.

—*Tre birre?*



Que empieza en celofán y acaba en eco

Habitación 225 del Hotel Moskva (Belgrado)
29 de abril de 2011, a las 22:45

Erika dibujó de nuevo el plano de la planta de la casa en la que se escondía Mladić que le había facilitado el agente de la BIA; esta vez, con los ojos cerrados y a mano alzada. Puso en marcha el cronómetro del móvil: cuatro minutos ocho segundos, nueve menos que en su último intento. La risa arrastraba algo más que entusiasmo. Tiró el folio por encima del hombro. Aterrizó junto a los otros treinta y dos.

Cada vez mejor.

Más preciso.

Menos errores.

Otra vez.

—¡Vamos, Erika! Tienes que bajar de los cuatro minutos —se animó—. Cuatro minutos.

Encendió el cigarro y se lo colocó en la comisura de los labios antes de apretar con fuerza los párpados.

—Raya horizontal de catorce centímetros hacia la derecha. Raya vertical

de ocho centímetros hacia abajo. Raya horizontal de siete centímetros hacia la izquierda. Acceso principal, un centímetro. Raya horizontal de seis centímetros hacia la izquierda. Raya vertical de ocho centímetros hacia arriba.

Erika puso la mano sobre el folio alineando el meñique con la última raya vertical que había dibujado.

—Raya vertical de tres centímetros hacia abajo desde el índice. Dormitorio uno; dos ventanas, en fachada norte y fachada oeste, acceso desde el pasillo. Dos dedos. Raya vertical de tres centímetros hacia abajo desde el índice. Baño uno; una ventana en fachada norte, acceso desde el pasillo y desde el dormitorio uno y dos. Cuatro dedos. Raya vertical de tres centímetros hacia abajo desde el índice. Dormitorio dos; una ventana en fachada norte, acceso desde el pasillo. Salón; un ventanal en la fachada norte y una ventana en fachada este, acceso desde el pasillo. Dos dedos en horizontal. Raya horizontal de cinco centímetros. Tres dedos en vertical alineados con fachada este. Raya vertical de tres centímetros hacia arriba. Cocina; dos ventanas en fachada este y fachada sur, acceso desde el pasillo. Tres dedos. Raya vertical de tres centímetros hacia arriba. Baño dos; una ventana en fachada sur, acceso desde el recibidor. Recibidor. Tres dedos. Raya de tres centímetros hacia arriba. Raya horizontal de cinco centímetros hacia la derecha. Dormitorio tres; dos ventanas en fachada sur y fachada oeste, acceso desde el pasillo. Acceso escaleras al sótano. Ya.

Paró el crono y abrió los ojos. Se le cayó la ceniza sobre el folio, pero no le importó. Sopló con fuerza. Tres minutos cincuenta y dos segundos.

—¡Toma! ¡Eso es, Erika! —gritó sin quitarse el cigarro de la boca—. Ahora, tienes que bajar de los tres minutos y cuarenta y cinco segundos. Tres minutos y cuarenta y cinco segundos.

Tiró el folio al suelo y colocó otro en blanco.

—Raya horizontal de catorce centímetros hacia la derecha...

Habitación 221 del Hotel Moskva (Belgrado)

Carapocha empujó la puerta de la habitación cediendo el paso cortésmente a Marija.

—Me la esperaba aún más desordenada —observó la recepcionista.

—Pues he de decir que me he esmerado en recogerlo todo antes de salir —reconoció el ruso luciendo su colmillo.

—Quizá el significado de la palabra «esmerarse» en alemán, ruso o español sea distinto que en serbio... Bueno, veamos qué tienes para ofrecer a esta vieja amiga.

—Como si no lo supieras. No sé por qué os empeñáis en meter *prepečenica* y *kajsijevaca* si la mayoría de los huéspedes de este hotel son occidentales que vomitarían el hígado con solo olerlo.

—Te sorprenderías de lo que pueden llegar a beber algunos de nuestros ilustres visitantes. Yo me prepararé un *white russian*. Ya te habrás dado cuenta de que dejamos nata líquida y licor de café para poder hacer el cóctel.

—Los únicos cócteles que sabéis fabricar los eslavos del sur son los que os enseñó nuestro compatriota Molotov. Yo me lo prepararía con zumo de tomate, el ruso solo puede ser de color rojo, nunca blanco, pero ya veo que las zarpas del capitalismo han llegado hasta aquí —dijo mientras rebuscaba en el interior del frigorífico—. Mira, mira, mira..., esta botellita de Johnny Walker lleva grabado mi nombre.

—¡Qué bonito, un hombretón con sangre revolucionaria bebiendo el néctar de los yanquis!

—No, no, no, mi querida niña, escocés, néctar escocés. Nada que tenga que ver con los que hay entre Canadá y México violentará mi espíritu.

Marija bufó rendida. Se pusieron cómodos en un sofá frente a una pequeña mesa de madera que hacía las veces de escritorio.

—*Nasdarovie!* —brindó el psicólogo levantando la copa.

—*Zdravlje!* —respondió ella en serbio—. Y bien, ¿cuándo me vas a contar lo que te preocupa? Puedo leerlo en tus ojos, esos que siempre han anhelado tener otro dueño.

—No me extraña, me culpan por toda la mierda que les he hecho ver —reconoció con aire extenuado—. Siempre has tenido algo de bruja, lo sabes.

Carapocha inspiró lenta y profundamente.

—Se trata de Erika, no la veo bien y no sé cómo llegar a ella. No me la he ganado y, sinceramente, dudo mucho de que sea capaz de hacerlo.

—Erika te adora.

—No. Me admira —corrigió—. Es bien distinto.

—Es un buen punto de partida, camarada.

—O un punto muerto. Me encargué de poner distancia entre nosotros durante muchos años, y ahora pretendo recuperar un tiempo que no tengo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Marija endureciendo sus marcadas facciones.

Carapocha inclinó la cabeza y fijó su mirada en los zapatos rojos a juego con el vestido de Marija.

—Me lo detectaron hace un par de años a raíz de mis dolores de cadera. Ya te habrás fijado en mis nuevos andares, que, aunque hartos elegantes y distinguidos, no son forzados. Me costó ir al especialista, pero finalmente acudí al mejor en la materia, un maldito hebreo afincado en Lausana, Suiza. Tras varios estudios, dieron con la clave. Se denomina ataxia de Friedreich y, según dicen, es algo genético. Mi abuelo murió demasiado pronto para desarrollar la enfermedad. No así mi padre. Lo recuerdo muy bien y lo único que le facilitaron las autoridades sanitarias fue la silla de ruedas. Consiste en la degeneración progresiva del tejido del sistema nervioso central, pero se inicia afectando a los músculos de las extremidades. Dentro de no mucho tiempo, empezará a dañar la columna y los pies, que se irán deformando. Los músculos de mis brazos y piernas se consumirán día a día e, irremediablemente, también acabaré confinado en una silla de ruedas para terminar palmando, antes o después, de un ataque cardíaco.

Marija no pudo evitar exteriorizar su reacción ante la noticia. Carapocha lo detectó y le pasó la mano por la mejilla.

—Tranquila, que no pienso morir en esta habitación de burgueses.

—¿Se puede tratar?

—No es negociable. No moriré aquí —respondió con agudeza. La mueca de Marija, muy alejada de la risa, le hizo retomar un discurso menos jocoso—. No puede hacerse nada contra el avance de la enfermedad, pero sí hay tratamientos para hacer que la vida cotidiana sea algo mejor. La buena noticia es que su desarrollo puede tardar diez años, aunque te aseguro que no pienso

convertirme en ninguna carga para Erika. Para muñecos de trapo con los ojos saltones, ya está la rana Gustavo.

Marija cogió aire y se bebió la mitad de su *white russian* de un solo trago.

—No sé qué decir.

—Pues no digas nada. Bebamos.

Y eso hicieron.

Marija fue la primera en recortar la distancia. Carapocha reconoció las señales y se lanzó a sus labios. Sabían dulces; licor de café con nata líquida. Se investigaron mutuamente con la lengua y con las manos. Ella se levantó de forma repentina, tenía la mirada incandescente. Él se mantuvo a la expectativa, clavándose las uñas en las palmas de las manos y dejándose fundir. Marija se quitó la chaqueta y los zapatos con mucha más prisa que arte. Carapocha se incorporó y le desabotonó el vestido; solo los dos primeros botones, porque todos los demás, a partir del tercero, aterrizaron en la moqueta víctimas de la impaciencia. Le temblaban las manos, y buscó la calma en su boca. Marija se apretó con fuerza contra él. Se exploraron desbrozando todo el territorio pendiente de conquista. Ella tiró de él para subir las escaleras que llevaban hasta el dormitorio.

Ya no había ropa, solo piel.

Quizá fuera Carapocha quien decidió ceder la iniciativa o quizá fuera Marija quien se lanzó a tomar las riendas. No importaba. No tardaron en completar el ensamblaje. Ella se movía despacio, dejándose guiar por sus instintos. Él no quería perder detalle y se aplicó con las manos porque había mucho donde agarrarse. Gemidos arrítmicos. Cuando Marija abrió los ojos, conectó con el color del acero. Ella apoyó las palmas sobre su pecho y él se aferró con fuerza a sus nalgas acompasando el ritmo que marcaba con el movimiento de su cadera. Más gemidos y algún grito.

Miradas; jadeos.

Ya no había temor, solo deseo.

Marija apretó con fuerza los labios antes de dejarse arrastrar por el orgasmo. Hacía tiempo desde la última vez; demasiado. Carapocha memorizó cada detalle. No quiso cambiar de posición, se encontraba cómodo y seguro. No tenía intención de aguantar mucho. En realidad, no podía retenerlo más. Gritó.

Solo alivio y caricias.

Dos cuerpos exhaustos y todavía hambrientos.

Y complicidad durante el tiempo de recuperación. Sin prisa ni urgencia porque en realidad nada existía más allá de las sábanas.

Marija le incitó para que tomara las riendas sin necesidad de palabras. Sordo, mudo y casi ciego, Carapocha aceptó.

Habitación 225 del Hotel Moskva (Belgrado)

—Tres minutos veinte segundos. Dos segundos más. ¡¡Mierda, mierda, mierda!! ¡Vamos, Erika, tú puedes hacerlo mucho mejor!

Erika arrugó el papel haciendo una bola y lo tiró irritada contra la pared. Caminó en círculos por la habitación como un animal acosado. Paró en seco y buscó un paquete de Amsterdamer sin abrir, boquillas y papelillos. Lo ordenó todo meticulosamente encima de la mesa. Puso el cronómetro en marcha y comenzó a liar cigarros. Primer cigarro: cincuenta y seis segundos. Cronómetro en marcha. Segundo cigarro: cincuenta y dos segundos. Cronómetro en marcha. Tercer cigarro: cuarenta y nueve segundos.

Noveno cigarro: cuarenta y tres segundos.

Vigésimo cigarro: treinta y dos segundos.

Trigésimo segundo cigarro: veintiocho segundos.

—¡¡Toma!!! ¡Bien, Erika, bien!

Trigésimo octavo cigarro: treinta segundos.

—¡¡Mierda, joder!! ¡Mierda, mierda, mierda!

Se levantó y buscó la distancia más larga a recorrer dentro de la habitación desde ese punto. Repitió el trayecto ené veces. Necesitaba moverse. Abrió la ventana. Se puso otra copa que apuró de tres tragos. Se quitó la ropa como si le estuviera quemando la piel y la desperdigó por el suelo. Encendió un cigarro. Reemprendió el recorrido. Seis pasos, vuelta. Seis pasos, vuelta.

—Necesitas echar un polvo, joder. Joder, eso es justo lo que necesitas. Estás encerrada en esta mierda de jaula como un maldito hámster. Un buen

polvo es lo que necesitas, y ahora mismo. Eso es, sal a la calle, tómate unas copas y fúmate un canuto. ¡Lo que daría por poder fumarme un porro de marihuana y follarme a un tío...!

Seis pasos, vuelta. Seis pasos, vuelta. Se metió en el baño y se miró al espejo. Definitivamente, era una chica atractiva. Ella lo sabía. Dio tres caladas seguidas al cigarro. Notó cómo se calentaba la boquilla estropeando el sabor del tabaco. Abrió el grifo de agua caliente al máximo y puso el tapón. Se sirvió otra copa.

—No necesitas a ningún tío para solucionar tus problemas. Mierda de tíos. Estúpidos mononeuronales. Tú te apañas.

Se bebió la copa y terminó el cigarro. Metió la mano en el agua. Demasiado caliente. Quitó el tapón. Abrió el agua fría. La probó. Puso el tapón. Se metió en la bañera y cerró los ojos.

Se masturbó con voracidad: cinco minutos, cuarenta y dos segundos.

Habitación 221 del Hotel Moskva (Belgrado)

—Tengo que reconocer que estas bañeras están bien pensadas —apuntó Carapocha.

—¿Sabes de qué me estaba acordando antes de que rompieras el silencio con tu interesante observación?

—¿Del tercero?

—Pues no, listo.

Carapocha chasqueó la lengua.

—¿Recuerdas cuando volviste de Vukovar y te emborrachaste durante dos días?

—No demasiado, aunque guardo algunas imágenes borrosas.

—Supongo que no habrás olvidado la pelea con aquellos periodistas franceses —dijo ella abriendo el grifo del agua caliente.

—No, eso no lo he olvidado. Recuerdo muy bien la cara de aquel imbécil hablando de la guerra como si la hubiera vivido alguna puta vez. Como si no se lo hubieran contado. Como si hubiera respirado el odio a través de sus

fosas nasales. Como si hubiera visto a cuatro maestros de escuela, ancianos ya, degollados por un alumno de dieciséis años. Eso fue lo que tuve yo que ver aquella mañana. El valiente no se acercó a menos de cien kilómetros de la línea del frente, comprando material a chicos que se jugaban la cabeza a diez dólares la foto, regateando con su sangre y seleccionando solo aquellas en las que aparecían cadáveres, casas incendiadas, puentes destruidos o tanques disparando. *Sukin sin*^[75]!

—Aquel día, se acabó la guerra para él. Cogió el primer avión para París en cuanto salió del hospital. ¿Cómo se llamaba?

—Pierre Comemierd. Ya ni me acuerdo...

Marija se rio suavemente con la espalda apoyada sobre aquel saco de huesos que no dejaba de recorrer su piel con las yemas de los dedos.

—Pero sí recuerdo que me curaste el labio con vodka.

—Y te cosí la cabeza con hilo verde, que era el único que había. Te quedaste dormido en esta misma cama.

Carapocha la besó en el cuello y se entretuvo con el lóbulo de su oreja.

—Dormí a tu lado aquella noche, pero me levanté antes de que despertaras —reconoció Marija.

—Bruja.

—Siempre ha habido algo en ti que consigue atraerme, pero que me repele a la vez. No sé qué es.

—Aquello no habría funcionado. Tú no pensabas en otra cosa que en recibir la llamada de tus chicos al final del día para poder respirar durante la noche. Yo estaba enamorado de Erika y ella de mí, a pesar de todo lo que le hice sufrir.

—Sufría cuando estaba separada de ti. Dependía totalmente de ti.

Un breve pero incómodo silencio emergió de aquellas tibias aguas.

—No supe cuidarla —reconoció Carapocha—. Dejé que me la arrebataran. No estuve con ella cuando me necesitaba. Nunca podré perdonármelo.

—Tú no tuviste la culpa. En aquellos momentos, la vida valía menos que un paquete de tabaco americano. Ella quiso estar allí y sabía perfectamente los riesgos que corría. No puedes martirizarte con el pasado, porque nada te la va a devolver.

—No, pero aún puedo equilibrar la balanza.

Marija hizo un escorzo para girar la cabeza. Quería mirarle a los ojos.

—¿Así que has vuelto por eso? ¿Por venganza?

Carapocha no contestó.

—En mi país, llevamos años tratando de curar nuestras heridas —
continuó Marija en un tono más agrio—. ¿Qué crees que vas a conseguir?

Carapocha la atrajo hacia él con firme delicadeza y le susurró al oído:

—No buscar finales felices hace que disfrutemos de comienzos
prometedores y tránsitos intransitables.

Habitación 225 del Hotel Moskva (Belgrado)

—Cuatro minutos ocho segundos. Doce menos que la segunda vez.

Abrió el grifo del agua caliente y se hundió en un maremágnum de pensamientos que no eran sino el eco de su euforia encadenada.

«Tienes que demostrarle que puedes hacerlo. Debes ganarte su confianza. Incluso, podría hacerlo sola. Lazarevo solamente está a una hora de Belgrado. Calle Vuk Karadžić, tercera casa a la derecha. La de la fachada de color salmón pálido. No tiene pérdida. Mañana le dejaré una nota, cogeré el coche a primera hora y me plantaré allí. Eso harás, Erika. ¡¡Mierda!! Él tiene las llaves».

Se deslizó hacia arriba para sacar la cabeza y coger aire.

«Aunque puede que no sea buena idea. Mierda, mierda, mierda. Es posible que esté un poco borracha. ¡Joder, Erika! Céntrate, piensa con claridad. Esto no es un juego. Es un pueblo pequeño, unos tres mil quinientos habitantes y todos se conocen desde pequeños. No. No es buena idea. ¿Por qué no me avisó cuando fue a casa del agente de la BIA? ¿Por qué no ha querido contármelo? No confía en mí, está claro. De otra forma, no me ocultaría nada. ¿Por qué no confía en mí? ¡Joder! Me dijo que no podría hacer esto sin mí, pero no me cuenta que ha ido a ver al tal Milos. ¿Qué sucede? ¿No le demostré ya con Augusto que podía creer en mí? ¿Qué más quiere que haga? ¿A qué coño estamos esperando para ir a por ese cabrón?»

Mañana hablarás con él, Erika. ¡Joder, estoy harta de que me siga protegiendo como a una niñata de mierda! Le demostrarás que eres muy capaz de cuidarte solita. Mañana hablaré con él y le pondré las cosas claras».

Salió de la bañera, se secó y se puso ropa cómoda. No tenía sueño. Abrió el portátil. Buscó en Google «sudokus on line».

Se puso una copa.

Se encendió un cigarro.

Sacó el cronómetro.

Habitación 402 del Hotel NH Trieste (Trieste)

—¡¡El inspector Fog!! ¿Qué te cuentas?

—Buenas noches, Álvaro. ¿Cómo va todo?

—Me pillas acostando a las fieras. ¿Cómo estás tú por allí?

—Estoy bien. ¿Tienes dos minutos?

—Cuéntame, hombre, cuéntame.

—Necesito un arma. Dime cómo puedo conseguirla.

—Carallo, Sancho, ¿en qué lío te metiste ahora? —preguntó bajando instintivamente la voz.

—Todavía no he salido del que ya conoces. No quiero complicarte, solo dime cómo hago para conseguir un hierro.

—Dame unos días para que lo averigüe. ¿Sigues en Trieste?

—Aquí sigo.

—Bueno. No tiene que ser complicado conseguir algo al otro lado de la frontera. Dame unos días, yo te aviso.

—Muchas gracias, te debo una.

—Unas cuantas. Cuídate.



Baldosas amarillas: perseverancia

Mulberry's Street Bar

Little Italy (Brooklyn)

22 de octubre de 1999, a las 17:55

Recorrieron la última parte del camino en metro por petición expresa del psicólogo. Se pararon en Spring Station. A pesar de que el día ya rozaba el ocaso, los casi veinte grados de temperatura hacían que las calles de Little Italy estuvieran repletas de turistas que caminaban distraídos, como figurantes mal caracterizados en una película ambientada en los años de la prohibición. Parecía que, en cualquier momento, podría aparecer Sony Corleone golpeando con la tapa del cubo de la basura a su cuñado Carlo.

—Ya pueden tener Murphy's en ese garito al que peregrinamos, porque no sé qué cerveza beben los italianos, pero seguro que tiene su toquecito de orégano.

—Pocos italianos quedan ya por aquí —apuntó Orestes—. Yo diría que hay más «Chengs» y «Gonsáles» que «Capulettis» o «Montescos».

—Sí, ya me he fijado en el tipo ese negro de antes con un cartel que rezaba: *Ninjas killed my family, need money for Kung-Fu lessons*. Si John Gotti^[76] levantara la cabeza...

—Por lo menos, el mensaje era creativo... Ahí está —anunció Orestes.

—Claro, no podían faltar las barras y estrellas en la puerta. ¡Madre mía, qué despropósito arquitectónico! —se lamentó con una carcajada.

La fachada, de unos diez metros de largo, destacaba dramáticamente sobre el bloque de ladrillo rojo y la escalera de emergencia color verde botella que, como si de una enredadera metálica se tratara, ascendía rígidamente por el edificio. En la parte superior de este, una suerte de moldura del mismo color que la enredadera recogía un falso voladizo de teja negra sobre el que destacaban unas minúsculas e inútiles ventanas blancas. En el nivel inferior, carpintería de madera y una cristalera tapada casi por completo por enjambres de logotipos de distintas marcas publicitarias dispuestos de forma arbitraria y caótica. Bajo sendas gorras de los N. Y. Yankees, les dieron la bienvenida dos señores de avanzada edad que bebían cerveza sentados en sus sillas de plástico blanco que, junto a dos mesas de la misma calaña, hacían las veces de terraza.

Carapocha dedicó unos minutos a examinar el interior. Aquello era una miscelánea de elementos horteras dispuestos con tan poco criterio que le dotaban de cierto e inexplicable encanto; a saber: predominancia cromática de dorados y marrones; la barra, a la izquierda, decorada con el mismo sinsentido que las cristaleras exteriores, con cuatro tiradores de cerveza —ninguna de Murphy's—, y una camarera que lo mismo podría ser oriunda de Nápoles que de Amarillo, Tejas; pintura al óleo de considerables dimensiones representando el interior del propio bar en una época anterior; reloj de pared de madera rematado en cabeza de animal disecada de difícil identificación; una gorra de marinero; otro óleo rodeado de cuadros con fotos de personajes supuestamente relevantes. El psicólogo pensó entonces que el dueño habría seguido el manual de decoración de su acompañante: no había espacio sin elemento ornamental ni elemento ornamental sin espacio. La absoluta ausencia de orden le hizo desechar la idea de inmediato.

—¿Una pinta? —le preguntó Orestes.

—Sí, pero asegúrate de que la mía sea de cerveza con alcohol, que aquí sirven una «sin» sin preguntar a los que tienen más de treinta años, y ese sería un motivo más que justificado para ajusticiar al barman.

Justo en aquel momento, vieron un hueco libre en la parte central de la barra y, emulando a Al Pacino y a Johnny Depp en la escena de *Donnie*

Brasco que se rodara allí mismo tres años antes, se sentaron a charlar. Hablaron de todo un poco y casi de nada importante hasta que, en la tercera pinta, Orestes atacó directamente el asunto.

—Bueno, ya tenemos dos ingredientes que, resumiendo mucho, serían la planificación en la selección del objetivo y el procedimiento en el modo de llevarlo a cabo, el camino a seguir. ¿Qué más nos falta?

—Seguramente, el más importante o, mejor dicho —corrigió—, la clave, porque resulta imprescindible para la consecución del éxito.

Carapocha alargó deliberadamente una pausa antes de continuar.

—Perseverancia.

Orestes asintió algo decepcionado, como si esperara que le fuera revelado el secreto de la caja de Pandora. Carapocha se percató de aquello.

—No hablo de ser constante y decidido, hablo de no permitir que nada ni nadie te haga fracasar en el cumplimiento de tu objetivo. Eso solo se consigue con perseverancia, cuyo sinónimo más ajustado es la cabezonería. No atiendas a razones ni argumentos. No te fíes de lo moral y de lo éticamente establecido. No escuches consejos de terceros. No valores juicios externos. Si realmente quieres alcanzar la meta y tienes claro cómo llegar a ella, solo tienes que querer hacerlo. Desearlo. Y tienes que estar dispuesto a todo.

El ruso bebió.

—¿A todo?

—Eso he dicho.

—¿Aunque sea en contra de las normas o de las leyes?

—Así es. Lo único que tienes que tener en cuenta es...

—El precio.

Carapocha celebró el acierto dando un repentino golpe con la palma de su mano sobre la mesa que llamó la atención del que, todo parecía indicarlo, era el dueño del negocio. De mediana edad y pelo negro y bien peinado para atrás, el hombre se acercó muy lentamente con aire caballeroso y la mano extendida.

—Hola, soy Jimmy Valentino. Muchas gracias por visitar mi local, pero tengo que rogarles que no monten un escándalo. En este barrio, solo es necesario que una mosca se choque contra un cristal para que se líe una

trifulca de tres pares de narices.

—No se preocupe, amigo, ha sido un alarde de energía motivado por la excesiva ingesta de este néctar espumoso que sirven en su local. No se preocupe, que no volverá a ocurrir. No querría ser yo el causante de otra guerra civil en este, el país de las oportunidades.

—Se lo agradezco, señor.

Con un apretón de manos, se despidió y volvió a su observatorio: la esquina de la barra.

—Adoro a estos yanquis con su doble moral.

Orestes dio rienda suelta a la risa como no recordaba que fuera capaz de hacerlo y, con un «Tengo que mear o me lo haré encima», se fue al baño.

Carapocha no lo sabría hasta muchos años después, pero aquella tarde de 1999, en Little Italy, le regaló a Orestes mucho más que una fórmula con la que dirigir sus, hasta entonces, tan erráticos como fingidos pasos.



Hoy la puta se viste de rey

*Bar La Portizza
Piazza della Borsa (Trieste)
6 de mayo de 2011, a las 19:25*

Todido vaivén.

Maldita inestabilidad de mi ser.

Los últimos días en Trieste en nada se estaban pareciendo a los casi seis meses de progresos en materia de autoconfianza. Mi desafortunado encuentro con Sancho había provocado una ruptura absoluta en mi interior, invadiéndome una sensación de inseguridad que no había tenido hasta entonces. Y vuelta a empezar; a mayor desequilibrio, mayor acercamiento a Orestes. Él sabía bien cómo sacar partido de aquello exprimiéndome hasta el tuétano.

Lo descubrió en pocas horas. Estaba indignado por la traición. No se lo esperaba. Acordé con el casero del piso de Via del Toro, el señor Petrosino, hacerle un ingreso por valor de tres meses de alquiler para evitar mayores problemas. Lo organizamos todo en cuatro horas y nos trasladamos de forma provisional al Hotel Le Corderie, el más digno y alejado del centro que encontramos. Tengo que reconocer que me costó dejar abandonados mis bonsáis, pero era ley de vida. Me entretendría montando y desmontando la

Glock, mi último descubrimiento en materia de ocio casero. Me registré utilizando la documentación, hasta ese momento inédita, del señor Kurtz; de nombre Conrad, padre y creador del siniestro protagonista de *El corazón de las tinieblas*. Enterré, por tanto, a Juan Pablo Castel y me mentalicé para meterme en la piel de aquel personaje que había servido de inspiración a Coppola para crear el de Marlon Brando en *Apocalypse Now*.

Un acierto.

Me habría marchado de la ciudad si no hubiese sentido la obligación moral de equilibrar la balanza tras la muerte, aún sin descubrir, de Chiara. Quizá me empeñé demasiado en ocultar su cuerpo en las inmediaciones del sendero Rilke, aunque sabía que solo era cuestión de tiempo que alguien diera con el cadáver. Tenía que poner orden, confiaba en que eso me serviría para recuperar el terreno perdido en autoestima. Él lo comprendió y me soltó la correa, pero no quiso participar. Esa noche, esperaba que mis planes, debidamente estudiados y estructurados, llegaran a buen puerto. Lo necesitaba realmente. Una sesión de R. E. M. de más de dos horas antes de salir de casa me ayudó a identificar y liberar mis temores. En mis días en Nueva York solía recurrir a su música para estimular mi autoconfinamiento. El repaso empezaba por *Out of Time*, seguía por *Automatic for the People* y remataba con *Monster*. El timbre de voz de Michael Stipe y las letras de las canciones me sumían en una especie de vigilia aletargada francamente esclarecedora. Era como pasear dentro de uno mismo, evitando zonas de conflicto y áreas oscuras, truculentas. Funcionó como sedante neuronal hasta que sonó *Drive*.

Smack, crack, bushwhacked
Tie another one to the racks, baby

Hey kids, rock and roll
Nobody tells you where to go, baby

What if I ride? What if you walk?
What if you rock around the clock?
Tick-tock, tick-tock.

*What if you did? What if you walk?
What if you tried to get off, baby?*

Me desestabilicé de nuevo y me vi forzado a corregir la deriva a base de cocaína. Salí a la calle arrastrando un espíritu decisivamente irresoluto; arbitrariamente remozado.

Me senté en la barra del bar La Portizza, ubicado en la misma Piazza della Borsa, a pocos metros de donde mi vida y la del inspector pelirrojo se habían cruzado por última vez. Asumía un gran riesgo, pero era del todo necesario; aquel era el coto de caza del ínclito ya juzgado y condenado. A los veinte minutos, le vi entrar por la puerta con su aire exquisito y su porte distinguido. Adelpho della Valle, infausto columnista de la sección cultural de *Il Piccolo*, el periódico más leído en Trieste y, por tanto, potencial intoxicador del mundo del arte. Sus últimas fechorías habían consistido en quitar peso específico al movimiento expresionista alemán o sostener con rotunda ignominia que los poetas homosexuales conectaban mejor con los lectores de su misma condición alegando razones casi espirituales. Tamaña necedad tendría su adecuada respuesta. Pero, realmente, lo que me enervó sin remisión fue un artículo suyo que encontré en la hemeroteca, fechado en noviembre de 2010, en el que se atrevía a definir a Charles Bukowski como «el cartero borracho». Tuve que contenerme como el primer orgasmo de una noche de bodas.

Comenzaba la fase de observación.

No me atormenta reconocer que aquel tipo de tendencias homosexuales se había ganado cierta consideración por mi parte gracias a su refinado gusto en el vestir. Aquella tarde, resplandecía con un traje gris marengo de saco recto y corte entallado; raya diplomática y cuatro botones, todos abrochados menos el inferior; camisa blanca impoluta con gemelos de plata haciendo juego con el pañuelo que sobresalía del bolsillo superior de la chaqueta; corbata de franjas anchas y oblicuas, de color gris metálico y blanco; cinturón de cuero negro fino, delicioso; elegantes zapatos de piel, de tono negro mate, con cordones y ligeramente terminados en punta elevada. Cuando levanté la vista tras el exhaustivo análisis de su atuendo completo, colisioné frontalmente con su ojos de alimoche. No pretendo esconder que era un

hombre rabiosamente atractivo y bien parecido. Delgado, con un marcado hoyuelo en la barbilla, cuidada barba de tres días y corte de pelo para desfile de pasarela. Solo le puse una pega: tenía las cejas depiladas; algo del todo innecesario, casi ruin. Parecía envuelto en un halo de misterio, rayano en lo enigmático, que invitaba a ser revelado.

¡Vaya si lo haría!

Me había vestido con mis mejores galas, pero mi atuendo resultaba casi chabacano en comparación con el suyo; como comparar a Paquirrín con Cayetano. Aun así, levanté mi cerveza perforándole con la mirada durante unos segundos. Creo que se ruborizó. No tardó en levantarse y ocupar el taburete contiguo al mío.

—Adelpho della Valle, *piacere* —se presentó en tono sugestivo y ampuloso.

—Conrad Kurtz —respondí apretando la mano con sólida sutileza.

—¿Puedo acompañarte?

—Por favor —insistí dejando asomar una fingida mueca de satisfacción.

—Es la primera vez que te veo por aquí.

—No hace mucho que he llegado a la ciudad y me han aconsejado este sitio —mentí intercambiando el papel con Marifer, mi primer gran estreno. Volver a los orígenes, donde me encontraba cómodo, seguro.

—Es el rincón con más clase de Trieste. Fíate de mí.

—Me fío.

—¿Puedo preguntarte qué te ha traído hasta aquí?

—Negocios. Soy marchante de arte y espero cerrar una operación para nuestra galería de Johannesburgo.

—¡Qué interesante! —exclamó con sinceridad—. ¿Y se puede saber de qué pieza se trata?

—Si te lo contara, tendría que matarte.

Aquello le gustó. Incluso diría que le puso cachondo, lo cual me hizo adoptar una postura dominante durante aquella primera confrontación verbal. Funcionó y, antes de las diez de la noche, ya le tenía comiendo de mi mano. Fue tan sencillo como tonificante. A pesar de ello, no quise parecer precipitado y forcé la situación para obligarle a dar el paso definitivo.

—Creo que he llegado a mi límite de cerveza —expuse llevándome la

mano al vientre—. Tengo que ir a cambiar el agua al canario.

—No vayas a huir ahora como la Cenerentola —me advirtió con un gesto casi obsceno.

Supuse que se trataba de la Cenicienta y me quité un zapato antes de levantarme.

—Ahí te dejo mi zapatito de cristal para que puedas encontrarme.

Me dirigí muy despacio hasta el baño. Lo estaba bordando. Me divertía. Cuando regresé, ya me había enchufado un par de rayas y él había tomado la decisión.

—No me gustaría darte la impresión de ser demasiado atrevido, pero nunca dejo pasar trenes si creo que pueden llevarme a la estación que quiero.

No abrí la boca a sabiendas del modo en que iba a continuar su estudiada intervención. Le animé con un gesto.

—Quizá te apetezca continuar esta conversación con una copa bien fría de Moët & Chandon. Me han regalado una botella que tengo muerta de aburrimiento en mi nevera —arguyó—. Vivo a solo unos minutos de aquí.

—Creía que nunca ibas a pedírmelo —dije agarrando mi maletín de trabajo, que contenía las herramientas que había seleccionado para la ocasión.

Saqué mi cartera para pagar, pero ya lo había hecho él durante mi escapada al baño. Aquello no me gustó, aunque no quise exteriorizarlo e, incluso, le di las gracias por la invitación. Según salimos, saqué mi caja de Moods.

—¿Fumas? —ofrecí.

—No, mis labios están hechos para boquillas más gruesas —soltó acercándose deliberadamente. Percibí matices acres en su aliento.

No dije lo que pensaba.

Bene curris, sed extra viam^[77].

Noté cierta erección.

Me sorprendí.

Molo Audace (Trieste)

Sancho advirtió que tenía las piernas cansadas cuando se sentó en la *rosa dei venti*, que brotaba como un champiñón solitario sobre el asfalto del Molo Audace. Conmemoraba el lugar donde había atracado el primer barco, el Audace, de la flota que liberaría a Trieste del yugo austrohúngaro, un 3 de noviembre de 1918. Todavía hay triestinos que maldicen aquel aciago día.

Llevaba toda la tarde caminando, peinando la zona de San Giacomo, que era la que registraba el mayor número de inmigrantes de toda la ciudad. Sin ninguna esperanza de volver a encontrarse con Augusto, se dedicó a tratar de encajar mentalmente unas piezas que ni siquiera tenía. Pensó en contactar con Carapocha y ponerle al corriente de todo, pero no encontró la motivación suficiente como para tomar la iniciativa. Ya tenía decidido recortarse la barba, o afeitársela por completo en cuanto volviera al hotel, pero el sol estaba cayendo y quiso presenciar el ocaso desde aquella inmejorable tribuna en la que estaba sentado. La paleta del rojo nacía desde la línea del horizonte que marcaba el Adriático, y las tonalidades más oscuras iban aclarándose a medida que la vista se elevaba desde el mar hasta el cielo, pasando del violeta al más pálido de los amarillos. El cielo parecía haberse convertido en un gran óleo firmado por Emil Nolde. Ni siquiera el incesante graznido de las muchas gaviotas que se habían hecho dueñas de los cielos de Trieste desde hacía varios años podía restar belleza a aquel instante. Se dejó llevar.

La realidad y el deseo revoloteaban en la cabeza del policía como pájaros enjaulados. La realidad piaba siempre la misma tonadilla, esa que tanto odiaba y cuyo estribillo se repetía una y otra vez: «Llagas viejas tarde sanan». Era una certeza, no conseguía anticiparse al siguiente movimiento de Augusto, y se había limitado a recoger los cadáveres que había dejado hasta ese momento. Esa realidad le seguía abofeteando por las noches con recuerdos de los que no podía escapar y con preguntas a las que no era capaz de responder. Y el deseo no era mucho mejor; no. Todo consistía en poner punto final a una macabra historia que había comenzado hacía ya demasiado tiempo y, para ello, necesitaba dar primero con Augusto y, luego, con Carapocha. En realidad, el orden no le importaba si uno le llevaba al otro. La diferencia era que el tiempo que tardara en atrapar al asesino se traduciría irremediabilmente en más víctimas.

La luz disminuía y las tonalidades más vivas iban cediendo paso a los lilas, cobaltos, violetas, magentas y ocre.

Al inspector le asaltó la imagen de Gracia Galo. En los últimos días, se habían visto varias veces de forma extraoficial y tenía la certidumbre de que todos los componentes que forman una buena investigadora estaban presentes en aquella *tifosa* con inclinaciones comunistas. Era inteligente y perspicaz, decidida, casi obstinada, tenía experiencia y contaba con un método de trabajo que consistía en saltarse todo lo que se interpusiera entre ella y su meta. En Italia, la burocracia para asuntos cotidianos era mucho mayor de la que él había tenido que tragar en España, pero esa mujer sabía muy bien cómo lidiar con todo aquello y se movía con soltura entre los alambres de espino. Además, su teoría sobre el enemigo común le había calado profundamente. Podía escuchar a la inspectora jefe sosteniendo que «hoy en día, las relaciones sociales se estrechan mucho más en torno a un enemigo común que por cualquier otro vínculo afectivo. Ya en el patio del colegio, necesitamos señalar con el dedo a aquel que va a ser el epicentro de los crueles ataques de los demás. La teoría es aplicable a cualquier entorno, desde el familiar hasta la política internacional». Y, finalmente, añadió: «Ahora, tú y yo estamos unidos por un enemigo común». Sin lugar a dudas, era una buena aliada para lograr sus propósitos, e intuía que ya se había ganado su confianza. Sancho inhaló profundamente y el aire con sabor a salitre le trajo recuerdos de su etapa en el País Vasco; demasiado borrosos, casi ajenos. Su cerebro le llevó a buscar algo a lo que agarrarse: encontró la cuerda deshilachada de su familia, con su padre recién enterrado y su madre desconectada. No había hablado con su hermana Elvira desde el funeral y, antes de aquello, no recordaba cuándo habían mantenido una conversación de más de diez minutos. Se preguntó cómo estarían sus sobrinas y calculó que las mellizas Luisa y Lidia ya tendrían diez u once años; quizá trece. El inspector pensó que sería bueno escuchar sus voces y decidió buscar el momento para llamar a su hermana por teléfono.

Un día de estos.

Regresó al presente. Tenía que alquilar el coche con el que haría el viaje a Rijeka, en Croacia, al día siguiente. Peteira le había organizado un encuentro con unos tipos que iban a venderle un revólver. Desarmado, su placa no era

más que un trozo de latón fuera de las fronteras españolas, y no estaba dispuesto a volver a enfrentarse a pelo con Augusto. Apenas estaba a una hora en coche, así que confiaba en dejar todo resuelto en media jornada.

Cuando, por fin, se incorporó para marcharse, sonó el móvil. Era Gracia Galo.

—Sancho.

—Gracia Galo, buenas tardes. ¿Estás ocupado?

—No, llegando al hotel. ¿Qué sucede? —Quiso saber notando el tono alterado de la inspectora jefe.

—Hemos encontrado a la muchacha desaparecida. Muerta.

—Hay que joderse —farfulló.

—Eso digo yo. Estoy en el coche de camino hacia allá, me gustaría que nos acompañaras.

—Por supuesto.

—En la puerta de tu hotel en cinco minutos.

*Residencia de Adelpho della Valle
Via Giuseppe Mazzini, 18 (Trieste)*

Todo marchaba según lo previsto, aunque había tenido un contratiempo que estuvo a punto de estropearlo todo. Gatos. Una familia de sucios y engordados gatos callejeros habitaban en un patio interior. Al subir por las escaleras nos cruzamos con uno y mi instinto me pidió..., no, me rogó que pisara una y mil veces a aquel inmundo y hediondo animal salido de las cloacas del infierno. Amarré con fuerza las bridas para contener aquel corcel desbocado. Estábamos inmersos en la parte crítica y no debía permitirme ningún fallo. Yo era un profesional.

Como no podía ser de otra manera, su casa estaba en concordancia con su estilo de vestir: realmente sublime. Hice de tripas corazón para conseguir tragarme dos copas de champán; posiblemente, la bebida que más detesto después de los zumos tropicales.

Tenía que cambiar de estrategia.

—¿Tienes algo de música? —pregunté.

—Por supuesto. Yo soy música en estado puro, lo que pasa es que aún no te has dado cuenta —aseguró exhibiendo los primeros efectos del alcohol.

Aquel comentario alimentó mis ganas de causarle el mayor de los sufrimientos físicos. Supe entonces cómo iba a extinguir su existencia. Cogió un mando a distancia y accionó un botón. Sin que supiera muy bien de dónde procedía, empezó a sonar *More than This*, de Bryan Ferry.

Me quedé estupefacto.

—Es lo último que Bose ha sacado al mercado. Diez altavoces y caja de graves conectados a un único dispositivo controlado por radiofrecuencia —expuso mientras se movía al ritmo de la cadenciosa balada—. Reproduce audio y vídeo en todos los formatos existentes y los que vengan en el futuro. Se ecualiza solito en función de la disposición del mobiliario y la localización de los altavoces por la vivienda. Se escucha perfectamente hasta en el baño. Es algo primoroso, y se maneja todo con este diminuto tesorito.

Subió el volumen. Creo que fue la primera vez que probé su sabor, la terrible y malsana amargura de la envidia. Traté de que no se notara mucho, pero me descubrí reflejado en un espejo; acalorado, escocado.

—Tengo que ir al baño —me excusé.

Comprobar que eran ciertas sus afirmaciones sobre la calidad del audio no me ayudó; en absoluto. Era la excelencia máxima en materia acústica que jamás había disfrutado. Y el cuarto de baño era un alarde de diseño y suntuosidad; blanco y blanco roto; acero; muebles ultramodernos de corte clásico; espejos, muchos espejos en los que se reflejaba la pulcritud de aquel espacio; toallas perfectamente colocadas, esponjosas, cruelmente suaves, y la bañera..., hay familias que viven con menos espacio. Olía a pulcritud absoluta, demoledora, pero sin rastro de desinfectantes ni lejías. Puse de nuevo los pies en la tierra para centrar mi atención en la grifería. Nunca había visto cosa igual, pero valdría para mis propósitos. La tubería terminaba en una especie de plato de cristal ovalado por el que el agua se deslizaba suntuosamente hasta caer a la bañera. Sobre este, un monomando para seleccionar la temperatura del agua.

Sublime.

Todo encajaba.

Me saqué los nudillos con tanto ímpetu que casi me disloco el índice de la mano derecha. Volví al salón renovado.

—Realmente espléndido todo, Adelpho. Me gusta esa canción.

—Me encanta Bryan Ferry —apuntó él.

—Bueno, pero esta no la compuso él. ¿Lo sabías?

—¿No? ¿Phil Manzaneda?

Negué muy despacio con la cabeza.

—¿Entonces?

—Eso no puedo desvelártelo. Es un secreto. Quizá, algún día, si te portas bien... Ahora, permíteme mostrarte algo. ¿Puedo conectar mi iPhone a tu equipo?

—Claro, por bluetooth.

Lo hice.

—Esta canción también se llama *More than This*, pero es de Solar Fake, un grupo alemán de música electrónica. A ver si te gusta.

Era mi baza para encontrar de nuevo el sosiego. Me arranqué a cantar el comienzo de la canción manteniendo un tono distinguido pero discreto.

*The bonds are worn away,
the anger sleeps, the world is grey.
Can I sense what I never felt,
or did I become too callous instead.*

Adelpho no me quitaba el ojo de encima. Estaba paladeando los preámbulos del sexo, lo noté en su pantalón. Él supo que me había percatado de su excitación, pero le hice sufrir más.

Seguí cantando.

Me absorbió la música electrónica y me dejé arrastrar por el ritmo.

Estallé a bailar de pura euforia.

Solo.

*I doubt the more I ask,
these stains and marks will always last.*

*And I welcome my desire,
to drop the things I once admired.*

*And when I turned my back on you,
I thought I'm wrong, but that's not true.
I'll deal with the disease to remember everything.*

Me giré para buscarle con la mirada y, sin dejar de moverme, le dediqué la última parte de la canción.

Le atrapé como a un insecto.

*The truth is plain when thoughts are in vein,
I hate to compromise, well, I want more than this.
The fury has vented, another end in sight,
but I want more than this.
And if I fall the world's too small,
but really, I want more than this.
Your purity, a velvet sea,
your eyes are blinding me.*

Adeplho estaba a mi merced antes de que terminara.

—Me gusta la manera en que te mueves —acertó a decir.

Sostuve el envite ganando tiempo para recuperar el aliento. Supuse que estaba esperando que fuera yo quien tomara la iniciativa, pero yo nunca había tenido una experiencia sexual con un hombre. No sabía muy bien cómo actuar. No quería que notara mi bisoñez. Había dispuesto varias posibilidades para neutralizarle. Incluso, tenía Flunitrazepam para dejarle inconsciente si fuera necesario, pero decidí ir por el camino más abrupto aunque más gratificante. A la altura de mi intelecto: convencerle.

—¿Sabes? Creo que eres un tipo especial y me gustaría probar algo contigo.

El columnista abrió los ojos con extrema avidez. Parecía una araña deseando inyectar veneno en su presa antes de succionarle los fluidos. Me resistí. Di unos pasos hacia atrás y empecé a quitarme la ropa mientras él me

penetraba con la mirada. Chaqueta, corbata y zapatos. Luego, los pantalones y los calcetines. Mis calzoncillos negros ajustados atrajeron toda su atención.

Se incorporó y me siguió.

Me sentí como el flautista de Hamelin.

Sonaba *Lullaby* de The Cure. Ninguna canción podría haber encajado mejor en aquel preciso instante.

*On candystripe legs the spiderman comes,
softly through the shadow of the evening sun,
stealing past the windows of the blissfully dead,
looking for the victim shivering in bed.*

Caminó hacia mí, y yo, como una leona en celo, iba dando pasos hacia atrás con mi maletín en la mano en dirección a su habitación. Adelpho comprendió el envite y aceptó la partida. El tablero no podía ser otro que el baño.

En cuanto hizo ademán de hablar, puse mi dedo índice sobre sus labios y le empujé sutilmente. Saqué las esposas del maletín.

—Los siervos no hablan. Solo habla el amo —advertí—. Llena la bañera y desnúdate.

No sé qué me causó más estupor, si la velocidad con la que se despojó de toda su ropa, el hecho de que tratara tales prendas como si fueran trapos de cocina usados o el calibre que gastaba el columnista. Se metió en la bañera con evidentes señales de excitación sexual, lo cual me provocó cierto respeto. Evité hacer comentario alguno sobre la envergadura de su verga dura.

—Pásalas por la grifería y ciérralas, esclavo —exigí con sórdida pero dulce entonación, casi imitando la voz de Robert Smith que aún sonaba de fondo.

Le tiré las esposas y se las puso sin rechistar. Resultaba evidente que yo no era el primer amante que le pedía aquello. Empecé a relajarme cuando sonó el cierre de las esposas. Por fin, había llegado mi momento.

Me puse en cuclillas y le susurré:

—Heinrich Karl.

La viva imagen de la fogosidad y la impaciencia se tornó en la alegoría de

la interrogación.

—¿Cómo dices?

—Ese era su nombre de pila, pero supongo que ni siquiera sabes que nació en Alemania —le ilustré al tiempo que me ajustaba el guante de la mano izquierda.

—¿De quién estás hablando? ¡Me estás poniendo nervioso! —gritó alterado.

El bofetón fue sonoramente terrible; su alarido, también.

Mi mano derecha, aún desnuda, palpitaba.

—No levantes la voz, querido. Estoy hablando de Charles Bukowski, ese al que definiste como «el cartero borracho» y que, según tus palabras, no era más que un hombre enajenado cuya obra calificaste... A ver si recuerdo bien... Sí, vómito pseudointelectual.

—¡¿Quién eres?! ¡¿Qué quieres de mí?! ¡¡¡Suéltame inmediatamente!!! —vociferó.

—Solo te lo diré una vez más: si vuelves a levantar la voz, te romperé tu preciosa cara.

—¡¡¡Suéltame!!! —insistió alargando la última vocal de forma indefinida.

No me dejó otra opción. Le agarré de los pelos con la mano izquierda inclinando su cabeza hacia atrás y dejando su rostro totalmente expuesto. Sujeté con fuerza el mango de la ducha manual, que era de aluminio cromado, tipo tubo. El primer impacto fue directo a la boca, y distribuí el resto como buenamente pude mientras repetía: «¡¡Heinrich Karl!!».

Perdí la cuenta de los golpes; Adelpho, el conocimiento.

Me hubiera gustado pegarle con el puño, pero no quería que se resintiera de nuevo mi dedo anular, en pleno proceso de soldadura. He de admitir que el frenesí con el que le golpeé me generó placer; mucho placer.

Necesitaba taparle la boca, así que utilicé sus calzoncillos. Eran de la marca Calvin Klein, como los míos.

*Castello di Duino
Duino-Aurisina*

La inspectora jefe Galo condujo a mayor velocidad de la que marcaban las señales de tráfico y mucho más rápidamente de lo que aconsejaba el sentido común. Durante el trayecto, compartieron semblante adusto y muy pocas palabras. Lo único que se sabía es que había sido encontrada por un turista despistado de su grupo durante una visita programada al castillo y que el cadáver estaba en bastante mal estado.

Noche cerrada. La luna no era más que una estrecha rasgadura blanca sobre una tela negra de mortecino augurio.

La inspectora tuvo que sacar la linterna del coche para iluminar el sendero que nacía antes de llegar a las murallas de Duino; se abría paso serpenteando entre la espesa vegetación del lugar en su difuminado discurrir. Apenas podían distinguirse los troncos de los árboles que, como incontables columnas de un templo, parecían sostener un pesado e inexistente techo. Soplaban un aire turbador. No era frío, ni siquiera fuerte, pero a Sancho le resultaba altamente molesto. A unos ciento cincuenta metros en dirección a la espesura, vieron un baile de luces de linternas que, como luciérnagas asustadas, revoloteaban alrededor de los focos de posición.

—Allí es —señaló Gracia Galo.

La zona ya estaba acordonada. Sancho distinguió el atuendo de los de la Científica, que ya estaban trabajando sobre el terreno. El *sovrintendente* Marco Fucich les salió al encuentro con aspecto de cama deshecha.

—Mierda de noche —saludó—. Se me han jodido los planes de subir a Samatorza con la *goliardia dei gufi*. Buenas noches, inspector —pronunció en español.

—¿No eres un poco mayorcito para andar disfrazado de juglar tocando la pandereta?

—Me posee el espíritu de Romano Prodi, nunca encuentro el momento para dejarlo.

—¿Qué tenemos? —solicitó ella cortante.

—Hemos encontrado su documentación. Se trata de Chiara Trebbi, no hay ninguna duda. Su descripción física coincide, así como la de la ropa que llevaba la última vez que fue vista.

—Recuérdame sus datos personales, por favor —solicitó la inspectora jefe.

—Chiara Trebbi, de veintisiete años, estudiante con buenas calificaciones. Natural de Bolzano, aunque, como ya sabemos, llevaba viviendo en Trieste desde el 2004. Sin antecedentes registrados de ningún tipo. El cadáver se encuentra en avanzado estado de descomposición, por lo que creemos que lleva muerta al menos dos semanas.

—¿Tenemos localizada la causa de la muerte? —preguntó ella.

—En la primera inspección ocular, *il dottore* Turone piensa que ha podido ser por asfixia.

Sancho y Gracia intercambiaron gestos parecidos antes de examinar visualmente el cuerpo. Se encontraba tendido boca arriba, visiblemente desfigurado por la hinchazón que provocan los gases post mórtem. Sus extremidades inferiores estaban totalmente rígidas, y tenía los brazos en cruz.

—No obstante —siguió explicando Fucich—, Turone dice que tenemos que esperar a la autopsia para estar seguros.

—*Il dottore* no se arriesgaría a emitir un juicio antes de abrir el cadáver aunque hubiera sido testigo ocular de la muerte —sentenció la inspectora jefe.

—No tiene la culpa de apellidarse así^[78].

—¿Quién sabe?

—¿Podemos hablar con él? —solicitó Sancho.

Gracia asintió.

—*Dottore*, le presento a Ramiro Sancho, un colaborador externo de la investigación. Le gustaría hacerle algunas preguntas. Es español. Si no entiende algo, yo le traduzco.

—*Avanti* —respondió algo sorprendido ajustándose las patillas de las gafas.

—*Grazie*. ¿Asfixiada?

—Creo que sí, aunque es difícil concretarlo dado que el cadáver se encuentra en la fase enfisematosa, en un avanzado estado de putrefacción. No se aprecian otras heridas externas severas, pero, como digo, prefiero ser prudente.

—¿Has entendido? —Quiso saber la inspectora Galo.

—Sí, más o menos. ¿Se aprecian marcas físicas en el cuello de algún objeto con el que pudiera haber realizado la estrangulación? ¿Pulgares? —

concretó Sancho.

—No, ninguna —respondió tajantemente.

—¿Podría tratarse, por tanto, de una estrangulación antebraquial?

—Es probable, sí.

—¿Se aprecia alguna mutilación?

—No a simple vista, pero tendremos que esperar a examinar el cuerpo y la escena a la luz del día; con luz artificial, lo que parece suele terminar no siéndolo.

Sancho frunció el ceño y se le revolvió el estómago cuando Gracia le tradujo la última frase.

—*Grazie*. Solo una cuestión más: no han movido el cuerpo, ¿verdad?

—Por supuesto —respondió algo ofendido—. Nadie lo ha tocado. Se encontraba en esta misma posición: decúbito dorsal.

—Perfecto, solo quería asegurarme. Muchas gracias, *dottore*.

Turone elevó las cejas a modo de despedida y se ajustó las gafas arrugando la nariz.

—¿Cómo lo has sabido?

—Augusto mató así a su primera víctima, otra chica de parecida fisonomía. No tengo ninguna duda, se trata de él.

—*Porca puttana* —pronunció entre dientes Gracia Galo con la mirada perdida.

Sancho se rascó la barba y torció el gesto.

—Y la posición del cuerpo...

—*Certo*. Yo también me he dado cuenta. Lo colocó así por algún motivo, o puede que no la asesinara aquí y la trasladó tirando del cuerpo por las axilas —aseguró.

—Eso es fácil de comprobar —dijo Fucich ajustándose unos guantes.

Se agachó y levantó una pierna para mirar el talón de las botas altas que vestía la víctima.

—Efectivamente. Se aprecian rozaduras en la parte posterior. La arrastró hasta aquí. La chica debía de pesar cincuenta kilos, no creo que le supusiera mayor esfuerzo.

—Veremos si podemos seguir el rastro de esas huellas por la mañana —señaló Gracia—. Hay que acordonar toda la zona. Mañana no hay visitas al

castillo de Duino, que los turistas hagan un *picnic* en Miramare.

—Su móvil. ¿Lo habéis encontrado? —preguntó el pelirrojo.

—Sí. Estaba sin batería. Lo ha cogido la gente de Turone. Según parece, lo tenía en la mano —contestó el *sovrintendente* Fucich.

—¿En la mano?

—Como diría un... antiguo colega —calificó Sancho a bote pronto—: me juego tus riñones en salmuera a que ahí encontramos la poesía —le apostó a Fucich.

—¿*Che cazzo è* «riñones»?

—Esas dos bolsitas que tienes hechas mierda en la espalda —dijo ella en triestino llevándose las manos a los costados—. Aquí tenemos poco que hacer ya. Espero que tengan un sustituto con tu arte y destreza —comentó emprendiendo la marcha—, porque me parece que vas a tocar muy poco la pandereta esta noche.

Residencia de Adelpho della Valle
Via Giuseppe Mazzini, 18 (Trieste)

El secador estaba en uno de los cajones del impoluto mueble blanco de madera del baño. Comprobé que funcionaba. Finalmente, decidí no recurrir a la electrocución con Stefania; seguramente, ni siquiera mereció morir y mucho menos que ultrajara su cuerpo. Sin embargo, el columnista «calumnista» con autoproclamada patente de corso se lo había ganado a pulso.

Estaba llamado a satisfacer mi curiosidad.

Tenía que favorecer las circunstancias propicias para obtener el resultado que estaba buscando: la carbonización total. Solo tenía que seguir tres sencillos pasos.

Uno, disminuir la resistencia del agua con sal común y una temperatura elevada. Fácil, gracias al monomando. La superficie de exposición era más que suficiente con el nivel del agua llegando hasta prácticamente el esternón.

Dos, garantizar un tiempo suficiente de exposición a la corriente o, lo que

es lo mismo, puentear el diferencial. El cuadro eléctrico se encontraba en el recibidor. Quité la tapa y dejé al descubierto los cables. Circuito estándar. Abajo tensión.

Cable marrón que entra en la parte superior del diferencial con cable marrón de la parte inferior. Misma operación con el cable azul. Arriba tensión.

Tres, arrojar al agua el secador de 1800 vatios encendido.

En esas condiciones, tendría que alcanzar casi un amperio circulando en modo «barra libre» por todo su cuerpo. Así de simple. Reconozco que tenía mucha curiosidad por presenciar en directo los efectos de la tetanización^[79]. La muerte le sobrevendría a los pocos segundos por parada cardiorrespiratoria, lo cual está por debajo del umbral del dolor que debería hacerle pasar a Adelpho. Pero claro, él no sabría valorar esto debidamente.

No habrían pasado ni cinco minutos desde que le di el primer golpe y su cara ya se había transformado en un mapa en relieve, con su parte izquierda prácticamente irreconocible. Tenía el párpado de ese lado visiblemente hinchado a pesar de que brotaba abundante sangre de la ceja. La nariz estaba partida y revirada hacia la derecha, como un mástil que hubiera cedido ante una tormenta, pero la boca fue la zona peor parada; un cataclismo. Distinguí dos piezas dentales en el fondo de la bañera, aunque, seguramente, algunas más reposaban acomodadas en el calzoncillo dentro de la boca. El volumen de los labios había aumentado un treinta o cuarenta por ciento.

Con todo dispuesto, había llegado el momento de despertar al exbello durmiente. Abrí la ducha y, con agua fría, le apunté a la cara. No calculé bien la presión, por lo que la sangre que se había acumulado salpicó los blancos azulejos de la pared.

—Bonito cuadro —aprecié.

Causó un efecto inmediato. Recobró el sentido. Agitó la cabeza y miró en derredor horrorizado por las salpicaduras. A pesar de la hinchazón de los párpados, abrió tanto los ojos que pensé que iban a terminar flotando en el agua. Introduje la mano.

Más agua caliente.

Acerqué una banqueta a la bañera y me senté.

—Adelpho, ¿puedes oírme? —le pregunté en voz baja y calmada.

El «calumnista» emitió un sonido que me recordó a los de mi difunta madre bajo la bolsa de plástico. No me preocupé por ello.

—Lamento haber tenido que golpearte, pero te lo advertí. No quiero tener que hacerlo otra vez, tienes que creerme. Si consigues relajarte un poco, te quitaré el calzoncillo de la boca para que contestes a algunas preguntas que quiero hacerte. Luego, me marcharé y no volverás a verme.

Tuve que mentirle. Una persona que tiene la certeza de que va a morir actúa de forma muy imprevisible. Necesitaba acaparar toda su atención.

—¿Estás preparado? Bien, vamos allá. Recuerda: si gritas, te destrozaré esa carita por completo.

Pude leer en su rostro que me había creído. Cuando tiré del calzoncillo, otros dos dientes se sumergieron en el agua como dos minúsculos terrones de azúcar. Sollozó.

—No te preocupes por eso, te los arreglarán, es solo cuestión de dinero. Y a ti no te falta, ¿eh? Si lo ves muy mal, puedes vender tu maravilloso equipo de sonido...

Adelpho empezó a gimotear.

—No, no, no... Ahora no es momento de lamentaciones. Ya tendrás tiempo de lloriquear cuando me haya marchado.

—¿Quién eres? —pronunció con dificultad.

—Eso no importa. Digamos que soy un defensor de la cultura en general y de la literatura en particular, y tú, con tus artículos cargados de veneno, te has convertido en mi archienemigo.

—Es mi trabajo.

—¿Es tu trabajo calumniar a los genios que se han ganado la inmortalidad? —pregunté sin esperar respuesta alguna—. ¡¡No!! ¿Quién eres tú para permitirte el lujo de criticar su obra? Nadie. No eres nadie, y te lo voy a demostrar. Empecemos por Bukowski. Dime, ¿podrías citar tres obras suyas? Me da igual que sean novelas, ensayos o poesías.

Adelpho ni siquiera hizo el esfuerzo por recordar.

—Lo imaginaba. No has leído nada de Bukowski, pero tienes los santos cojones de insultarle, y tampoco le conociste en vida para poder emitir tal juicio. ¿Verdad, querido?

—Simplemente di mi opinión sobre lo que he leído de él.

—Lo que he leído de él... —repetí imitando su deficiente pronunciación por el mal estado de su boca—. ¿Piensas que es criterio suficiente para manchar su nombre?

—Me pagan por generar polémica.

—Eso es. Ejerces la prostitución, pero no poniendo tu culo, sino aprovechándote del de los demás. Debería arrancarte tu impúdica lengua y hacértela tragar. Eres una especie de proxeneta de la cultura. ¡¡Alcahuete de la literatura!! —exclamé en español.

Adelpho hizo una mueca de extrañeza que, enseguida, se tornó en otra de dolor. Agachó la cabeza. El grifo de agua caliente seguía abierto y la temperatura ya debía de estar por encima de los cuarenta grados.

—Seguimos. ¿Puedes enumerarme algunos autores del expresionismo alemán? Me vale cualquier campo de las artes: arquitectura, pintura, escultura, novela, poesía, música, cine, teatro..., cualquiera —concluí recuperando el aliento—. Tres me valen. ¡¡Tres!!

—Lo único que yo pretendía era desmitificar el expresionismo como corriente que influenciara, como dicen otros, a tantos y tantos artistas de principios del siglo XX —reconoció.

—George Grosz, Otto Müller, Erich Heckel, George Büchner o Frank Wedekind y otros cientos de grandes artistas de todo el mundo son desmitificados de golpe y plumazo por un ignorante periodista proxeneta cuyo criterio es superior al de los grandes eruditos que han estudiado a fondo el expresionismo. Me hubiera bastado que citaras a Kandinski, Kokoschka, Otto Dix, Rilke, Kafka o, incluso, a tu compatriota Modigliani. No vales una puta mierda. ¡Una puta mierda! —repetí liberando todo mi desprecio entre dientes.

—*Fottiti, stronzo!!* —gritó.

—No —le dije con calma moviendo el dedo—; *ars longa, vita brevis*^[80]. Te jodes tú. ¡Que empiece el viaje ya!

Alargué el brazo para alcanzar el secador y, entonces, ocurrió lo inesperado.

Algo totalmente extraordinario.

Analizando aquello *a posteriori*, detecté que había cometido dos errores importantes: uno, subestimé la fuerza de un hombre acorralado, y dos, no

calibré la ínfima resistencia de la grifería de diseño.

De dos fuertes tirones con sus brazos, consiguió desencajar el plato ovalado, con monomando incluido, liberando así las manos.

Reaccioné con inmediatez.

Expeditivo.

Me abalancé sobre él agarrándole la cabeza con ambas manos y, empleando toda mi energía, pude sumergírsela en el agua. Oponía mucha resistencia. Tanta que me vi metido en la bañera buscando una posición más óptima.

El agua estaba muy caliente, y se desbordó. Un esfuerzo más, me exigí.

Pataleaba y trataba de girar sobre sí mismo, pero el peso de mi cuerpo y la fuerza que ejercía con todo mi tren superior se lo impedían.

Ein kleiner Mensch stirbt, nur zum Schein.

Wollte ganz alleine sein.

Rammstein me inyectó adrenalina. Seguía moviéndose, pero sabía que los pulmones del «calumnista» Adelpho estaban empezando a llenarse de agua caliente con sal en aquel momento.

Das kleine Herz, stand still für Stunden.

Sus movimientos eran cada vez menos bruscos, pero seguía luchando por su vida.

So hat man es für tot befunden.

De repente, cesaron de emerger burbujas a la superficie y dejó de moverse; terminé los dos últimos versos elevando el tono.

Es wird verscharrt in nassem Sand.

Mit einer Spieluhr in der Hand.

Salí de la bañera como pude, arrastrando una sensación extraña a medio camino entre el éxito y la frustración. Miré el reloj del baño: faltaba un minuto para las doce de la noche. No quise secarme con ninguna toalla para evitar dejar restos de mi ADN en la casa. Volví a sentarme en la banqueta para poder pensar con más frialdad. Mirando el cadáver de Adelpho, concluí que estaba ante la misma esencia de la belleza; me embargó un torrente brutal de control y poder que me empujó a arrebatarle su instrumento para la calumnia; apenas sangró. Luego hice pequeños trozos con la tijera de poda gruesa. No quería que los gatos se atragantaran con el bocado, por muy repugnantes que me parecieran. Reconstruí todo lo que había hecho desde que entré en la casa, y lo limpié todo a conciencia. La tarea me llevó más tiempo del que hubiera deseado, pero así lo dictaba el manual. Experimenté algo tan gratificante que dejé que circulara por todo mi cuerpo. Podía sentir cómo aquello corría por mis venas y me quedé un buen rato inmóvil, disfrutando de mi obra. Era imprescindible que pusiera en negro sobre blanco lo que estaba sintiendo. En Trieste, había comprobado que el néctar de mi poesía era mucho más dulce, fluido y veraz cuando exprimía la fruta fresca. Solo necesitaba un poco de ambiente. Justo entonces, me asaltó una de las canciones de Depeche Mode que había escuchado aquella tarde antes de salir de caza. *Black Celebration*.

Cerré los ojos.

Era perfecta. No pude evitar tararearla y encender un purito para zambullirme en su letra.

*To celebrate the fact
that we've seen the back
of another black day.*

*I look to you
and your strong belief,
me, I want relief.
Tonight.*

Consolation

*I want so much
want to feel your touch.
Tonight.*

*Take me in your arms,
forgetting all you couldn't do today.*

*Black Celebration
I'll drink to that.
Black Celebration
Tonight.*

Cogí su móvil y empecé a teclear. Absorto en la música y todavía sin vestir, desnudé mi mente de todo ruido. Antes de las tres de la mañana ya había rematado la última estrofa. Me regalé los oídos.

Minotauro

*Abrazando conciencias,
queriendo llegar a entender la diferencia.
Cuando nunca está ni estuvo; cuando ni la habrá ni la hubo.*

*Y de repente surge un nuevo yo; irreconocible,
pisando aquellas flores, centenares, miles.
Regando rastrojos, segando jardines,
haciendo mías sus causas más viles.*

*Arropando violencia,
buscando el candor de aquella inocencia.
Cuando siempre quiso; cuando guiso el guiso.*

*Y vuelta a empezar, mirándome al espejo,
reconstruyendo lo nuestro, ya neutro, en punto muerto.
Plantando columnas, cimentando cielos,
haciendo tuyas mis causas, mis miedos.*

*Arrastrando existencias,
como anhelando salir del laberinto de las consecuencias.
Cuando, a veces, soy Dédalo y, a veces, Teseo.*

Me sentí tan pletórico y ufano que tuve que masturbarme con extrema pulcritud antes de dejar aquel piso.



Y en el vaivén de planes sin marcar

Hotel Continental

Rijeka (Croacia)

7 de mayo de 2011, a las 11:25

Durante la hora de viaje que le llevó hasta la ciudad con salida al mar más importante de Croacia, la cabeza de Sancho trabajaba a pleno rendimiento. En realidad, no había parado de hacerlo en toda la noche, y la falta de descanso era patente en la cara del inspector; la coloración amoratada de sus párpados inferiores era su rasgo facial predominante.

Encontró sitio para aparcar el Opel Astra que había alquilado a primera hora de la mañana frente al Hotel Continental, situado a orillas del río Rječina. Se sentía cansado y la luz le molestó en los ojos en cuanto bajó del coche. Encontró refugio tras sus gafas de sol. Antes de cerrar la puerta del vehículo, buscó su móvil y pudo visualizarlo sobre la mesilla de la habitación del hotel, conectado al cargador; en su retina, no encontró la escena en la cual se viera cogiéndolo. Maldijo en castellano antiguo, pero relativizó rápidamente el problema: en un par de horas, estaría de regreso en Trieste para tratar de dormir antes de ir a la *questura* en busca de novedades sobre el caso.

Según le había indicado el subinspector Álvaro Peteira, debía preguntar en recepción por un tal señor Kapllani. La transacción se haría en una habitación del hotel. La cosa era sencilla: entre quinientos y seiscientos euros por un treinta y ocho especial o un Magnum 357.

La recepcionista parecía recién salida de la portada de una revista de moda. Medía más de metro ochenta, rubia platino, ojos de color azul turquesa y facciones delicadas; sin embargo, no era del todo guapa. Sancho se reactivó en el preciso instante en que ella le recibió con una monumental sonrisa. Se fijó en el nombre que lucía en la solapa de su chaqueta corporativa: Brigita.

—Buenos días —saludó en inglés—. Estoy buscando al señor Kapllani.

A Brigita se le difuminó el gesto amable.

—Le están esperando —respondió con voz trémula y acento eslavo señalando con la mano por encima del hombro del inspector.

Sancho se volvió lentamente y pudo ver a un hombre con una cabeza descomunal, subrayada horizontalmente por una abultada ceja que delimitaba una estrecha frente con su multifracturado tabique nasal. Tenía la mirada flemática, como un sapo justo antes de proyectar su lengua pegajosa contra la presa. Su barba era tan espesa y frondosa que la del inspector parecía la de un quinceañero imberbe, virgen de cuchilla. Estaba totalmente encajonado en un sillón de orejas tapizado de flores que parecía formar parte de él. Sancho se acercó con las manos en los bolsillos sin quitar la vista de aquel híbrido entre oso y humano. Cuando se encontraba a unos metros, el plantígrado se apoyó en los reposabrazos del minúsculo sofá y se incorporó con dificultad. No era mucho más alto que Sancho, pero sobrepasaría los ciento treinta kilos de iniquidad a buen seguro. Estaba embutido en una cazadora de cuero negro de los años setenta y pantalones de loneta de color inclasificable, sucios y raídos.

—Guamirro Shanjo —pronunció sin apenas mover los labios.

Sancho asintió con la cabeza. El hombre hizo un movimiento fugaz con la mano y se arrancó a andar hacia los ascensores. Sus andares eran pausados y toscos, lo cual hizo pensar al inspector que la tensión a la que tendría sometidas a sus rodillas sería mayor que la que se vive en Gaza y Cisjordania el último día del Ramadán. Sancho podía notar cómo su cuerpo empezaba a producir adrenalina. Entró detrás de él en la cabina del ascensor y pudo

encontrar su espacio en un rincón tras esquivar con cierto repudio a aquel oso en bípedo. Cuando este puso su dedo pulgar sobre el número siete, el policía no pudo evitar fijarse en una uña que poco tenía que ver con la de un ser humano en cuanto a tamaño e higiene. No tardó en demostrarle que, entre otras funciones, también le servía para vaciarse la nariz, momento en el que Ramiro Sancho se vio forzado a desviar su atención hacia el display, donde los números parecían haberse congelado en el tiempo. Antes de llegar al segundo, llegó el bofetón en forma de olor. Difícil de describir, imposible de soportar.

El cerebro del inspector dio orden de suspender con efecto inmediato cualquier tipo de operación que implicara compartir el aire de aquel habitáculo, pero ya era demasiado tarde. Las partículas olorosas estaban indisolublemente adheridas a sus epitelios nasales, y no le quedó más remedio que diseccionar aquel tufo para su análisis y archivo: cuero viejo mojado, naftalina de corral, pelo graso chamuscado y boca enferma en cuarentena. El ascensor ralentizó su ascenso dramática y misteriosamente; parecía no querer subir. Sin despegar la mirada del número dos de color rojo, supo cuál sería la atmósfera que, seguramente, reinaría en las ciénagas del infierno. En el tercero, Sancho se mordió el labio superior, pero hubiera preferido masticar sus propias gónadas a cambio de un soplo de aire fresco. A punto estuvo de romper a sangrar. Llegando al cuarto, agradeció primero y maldijo después el hecho de no estar armado. Luego trató de distraerse fijándose en el extraño pelaje de la criatura e imaginó la pluralidad de parásitos, hongos, líquenes, chinches y toda suerte de gérmenes a los que daría cobijo aquella maleza. Así consiguió superar el quinto piso. En el sexto, se imaginó a sí mismo en la floristería Loraldi, de San Sebastián, rodeado de rosas recién cortadas, azucenas frescas y cientos de ramos de jazmines; de esa forma, consiguió amarrar la necesidad de descargar su estómago en la nuca de la quimera pantanosa.

El pitido del ascensor le sacó del trance.

Quiso empujar a la bestia como si estuviera en un *maul*^[81] a cinco metros de su línea de ensayo en el último partido de su miserable existencia, pero, con el aire retenido en sus pulmones, no se sintió con las fuerzas necesarias y desistió de intentarlo. Cuando se abrieron las puertas, se metió en la piel de

Moisés frente a las aguas del mar Rojo y puso los pies en la moqueta del pasillo con paso dubitativo: su Tierra Prometida. Soltó el aire amortiguando el sonido e inhaló vida a la vez que notaba cómo una lágrima se deslizaba acariciando su mejilla derecha.

El prodigio abisal golpeó una puerta con la zarpa izquierda; dos golpes seguidos y, luego, un tercero. Desde una distancia prudencial, Sancho apostó a que la madera se habría resquebrajado como una caña de bambú si hubiera habido un cuarto impacto. Acto seguido, sacó la tarjeta de la habitación, que parecía la microsim de un teléfono móvil de juguete entre aquellos dedos. Empujó la puerta y le invitó a pasar con la mano. Sancho inspiró antes de atravesar a pecho descubierto aquel corrompido espacio.

La habitación se encontraba completamente enmoquetada de rojo guinda, y contaba con dos estancias. El salón, justo al frente, estaba bien iluminado por dos grandes ventanales a pesar de tener las cortinas perfectamente cerradas. El mobiliario de color caoba se componía de una mesa y dos butacas enfrentadas delante del mueble de la televisión. En una de ellas, reposaba un hombrecillo estrábico con forzada expresión amistosa. A la izquierda, pudo ver una puerta cerrada que, a todas luces, debía de ser el dormitorio. La criatura cenagosa se apostó en la entrada con los brazos cruzados.

—Soy el señor Kapllani —se presentó el hombrecillo sin levantarse en un inglés de irreconocible acento.

—Ramiro Sancho —respondió tendiéndole la mano con la incomodidad de no saber a qué ojo mirar. Le recordó a Sara, «la tragona», su primera novia formal, natural de Castrillo de la Guareña, cuando apenas tenía quince años. El joven Ramiro tuvo que romper después del verano por lo violento que le resultaba mantener cualquier tipo de conversación con ella. Nunca pudo averiguar el porqué de aquel mote.

El hombrecillo declinó estrechársela y le indicó que se sentara con un gesto versallesco. Le observó durante unos segundos antes de retomar la palabra.

—¿Qué podemos hacer por usted, señor Shansho?

A pesar de lo desfavorable de la coyuntura, Sancho se sintió extrañamente seguro y calmado.

—Creo que ya sabe a lo que he venido.

—Claro que lo sé, pero quiero que me lo diga.

El inspector masculló en idioma original un lacónico «Hay que rejoderse» y un «Me cago en mi puta vida» muy sincero. Luego se pasó la mano por el mentón haciendo patente su rechazo.

—Señor Klapani —pronunció mal intencionadamente—, no he venido hasta aquí para andarme con juegucitos de mierda. Usted tiene un arma para mí y yo tengo su dinero. Me da el arma, le doy su dinero y me marcho por donde he venido. No hace falta ni que nos abracemos en la despedida.

—Señor Kapllani —recalcó—. Esta es mi casa y, aquí, los negocios se hacen a mi manera. ¿Entiende, «amigo»? —le dijo en español.

Sancho evaluó la situación. Su ojo derecho apuntaba en diagonal hacia la izquierda mientras que el izquierdo se mantenía en posición frontal; firme, tenaz. No era momento de ponerse nervioso, y torció la boca dibujando una famélica sonrisa.

—Claro, «amigo» —repitió.

—Así me gusta.

El hombrecillo le hizo una señal a la bestia fangosa, que, en la distancia, parecía un descomunal muñeco de cera recién robado de la sala del terror. Con extrema lentitud y de unas pocas zancadas, llegó hasta la puerta del dormitorio. Agarró un minúsculo maletín metálico que reposaba bajo la cama y, como por arte de magia, se hizo gigante cuando se lo entregó al hombrecillo. El *Homo plantigradus* regresó a su posición original a la misma velocidad de crucero, con aceleración negativa.

—Veamos lo que tengo para usted. El género ha sido comprado esta misma mañana en el mercado de Kragujevac^[82].

Puso el maletín sobre la mesa y lo abrió. Sancho se inclinó hacia delante. En el interior del mismo, pudo distinguir una pistola semiautomática de marca desconocida. Volvió a su postura anterior con expresión neutra.

—¿Qué coño es eso? —señaló con profundo desdén.

—Es una Zastava EZ9, lo último en tecnología de los Balcanes, «amigo». Semiautomática de doble acción, calibre nueve milímetros parabellum. Es igualita a la Sig Sauer P228, pero con armazón de aluminio, más ligero. Diseño ergonómico y de raíl táctico por debajo del cañón. Cójala, se sentirá

como Chuck Norris: pelirrojo y con barba.

—Mire, señor Campani, yo he venido a buscar un revólver, no una semiautomática de juguete que me saltará en pedazos en la puta cara al primer disparo. ¿Tiene mi treinta y ocho o no?

El señor Kapllani empezó a impacientarse y elevó el tono de voz.

—No. Hoy no estaban frescos en el mercado. Además, «amigo mío», cuestan mucho más. No va a encontrar por aquí ningún arma corta mejor por el precio al que voy a venderle esta nueve milímetros.

—¿De qué precio estamos hablando?

—De mil euros españoles —precisó pretendiendo hacer un chiste.

—Tengo quinientos de la república independiente de mis pelotas, que viene a ser lo mismo al cambio, así que trato hecho.

Al hombrecillo se le desbocó el ojo malo. Sancho se sorprendió a sí mismo por la forma en la que estaba llevando aquella negociación. Entretanto, el mastodonte pestilente seguía inmóvil en su guarida, hibernando.

—Muéstreme el dinero.

Sancho sacó un sobre doblado por la mitad del bolsillo trasero del pantalón.

—Aquí están mis quinientos euros, pero estoy pensando que, para comprar un arma de juguete, mejor voy a invertirlos en columpios y toboganes. Hoy no hará ningún negocio conmigo, señor Castrati —dijo el inspector levantándose de la butaca.

—¡Vuelva a sentarse! —exigió el hombrecillo.

Sancho se giró y reconoció de inmediato el arma con la que le apuntaba a la cara: un Colt Anaconda calibre 44 Magnum, considerado por muchos el mejor revólver jamás fabricado.

El inspector analizó la situación unas décimas de segundo.

—¿Cuánto? —preguntó Sancho señalando al revólver y sin moverse de su sitio.

En la cara del hombrecillo se pintó una mueca difícil de descodificar. Aquel revólver tenía un pasado del que nunca podría desprenderse.

Kapllani siempre deseó tener uno desde que vio *Harry el sucio* con veinte años. Pero el Smith & Wesson modelo 29 del calibre 44 Magnum que

popularizó Clint Eastwood no era apto para ser manejado por un hombre con una constitución física como la suya. Algunos años después, se enteró de la existencia de un modelo semejante fabricado por la competidora Colt, cuya mejora principal consistía en la drástica reducción del retroceso; en ese instante juró hacerse con una algún día. A mediados de los ochenta, el señor Kapllani no había hecho más que arrancar su carrera delictiva, todavía no tenía el tratamiento de «señor» y ni siquiera se apellidaba así. Integrado en una banda de tres al cuarto en su Tirana natal, su cometido principal consistía en extorsionar a los propietarios de los negocios situados en los céntricos barrios de Mujos y Pazari. En aquellos años, el comunismo se estaba resquebrajando y Albania miraba de reojo a Occidente. El sueldo medio rondaba los doscientos *lekë* y, a pesar de que él ingresaba el doble de esa cantidad, la cifra era desoladora. Con lo que costaba un Colt Anaconda en el mercado negro —unos mil doscientos dólares—, tardaría casi cuatro años en poder conseguir uno. Tenía que buscar un calibre más pequeño o aumentar considerablemente sus ingresos. Optó por la segunda vía y buscó su sitio en una organización con más posibilidades. Así, se trasladó a Durrës, que era el principal puerto del país en los años en que empezaba a abrirse al exterior. En doce meses, y gracias a su determinación, ya era el lugarteniente del que llamaban «el interruptor del puerto» —porque decidía cuándo se encendía y se apagaba todo— y que, años más tarde, se convertiría en su socio. Podría pagar el Colt Anaconda solo con la parte que le correspondía al mes por el contrabando de tabaco, pero se empeñó en tener uno especial, un modelo que le diferenciara del resto. Terminó pagando casi dos mil dólares por aquel Magnum 44 de color titanio y culata de nogal. Para el señor Kapllani, simbolizaba su mayor cualidad, esa que le había hecho alcanzar un estatus de poder al cual ya nunca renunciaría: la determinación. No había un arma en el planeta con más valor que la suya, ni siquiera esa Glock de porcelana que había vendido a aquel colombiano recientemente y con la que sacó más de tres mil euros limpios. Su Anaconda no tenía precio. Cada vez que lo empuñaba, le recordaba cómo había llegado a ser quien era. Ese revólver y él eran uno solo.

—He de reconocer que los tiene muy bien puestos, «amigo», pero acabamos de regresar después de cerrar importantes negocios con nuestros

hermanos del Báltico, que son mucho más duros que sus matadores de toros.

—Ya, pero ellos no son los vigentes campeones del mundo de fútbol — argumentó el pelirrojo.

Kapllani forzó la carcajada.

—Usted no me impresiona lo más mínimo. Ahora mismo podría abrirle un boquete en el pecho y quedarme con su dinero. Luego, Rudiger le desmembraría en la bañera y le cubriría con hielo hasta que llegara el doctor. Sacaríamos mucho más por sus órganos que por la venta de esta pistola de juguete, y le aseguro que si algún día dan con sus restos en el fondo del Rječina, no sabrán distinguirlos de los de otros tantos imbéciles que han intentado joderme.

—Mis órganos no valen una mierda. ¿Cuánto por el Anaconda? —insistió Sancho.

Kapllani inspiró lentamente y se secó el sudor de las palmas de las manos en el pantalón; primero la izquierda y luego la derecha. Sancho se fijó en que le costaba sujetar el revólver con una mano.

—Verá, «amigo», esta maravilla tiene un gran valor sentimental para mí, pero será suya por cuatro mil si insiste —valoró sin intención alguna de vendérsela, solo por saber si aquel incauto había llevado semejante cantidad—. Enséñame tus euros o probarás en tus carnes lo bien que funciona esta maravilla.

Sancho puso en marcha la coctelera. Ingrediente primero: hombrecillo estrábico del ojo derecho apuntándome a la cara con un Colt Anaconda. Distancia, unos tres metros. Ingrediente segundo: coloso desplazándose lentamente a mi espalda. No va armado, él es el arma. Distancia, unos ocho metros. Ingrediente tercero: en el sobre no hay más que quinientos euros en billetes de cincuenta. Ingrediente cuarto: no existe posibilidad de escapatoria. Conclusión primera: un solo disparo certero sería fatal a esa distancia. Conclusión segunda: si tardo en reaccionar, Rudiger puede partirme el cráneo como a una nuez. Conclusión tercera: no puedo alargar más la negociación. Conclusión cuarta: solo existe la posibilidad del enfrentamiento. Receta: cerrar el trato para ganar confianza y tiempo. Neutralizar primero al hombrecillo aprovechando su debilidad física y su estrecho campo de visión. En función del resultado, improvisar para anular al mastodonte.

—Trato hecho. Aquí tienes tu dinero —dijo Sancho con voz grave.

El inspector dio un paso y le lanzó el sobre obligando al hombrecillo a girar la cabeza hacia su derecha para poder seguir la trayectoria del dinero con su ojo sano. Instintivamente, alargó el brazo derecho para coger el sobre, teniendo que empuñar el revólver únicamente con una mano. En esa décima de segundo, Sancho salió de la línea de fuego y aprovechó para abalanzarse sobre él. El objetivo era tratar de arrebatarse el arma. El movimiento provocó la inmediata reacción de Kapllani, que apuntó de nuevo al inspector con su mano izquierda.

Un trueno.

Questura di Trieste

La inspectora jefe Galo volvía a su despacho con un pseudocapuchino de máquina cuando sonó el teléfono.

—*Pronto.*

—*Pronto.* Soy Paolo Abruzzo, del CED^[83]. Me han dado su nombre. Soy el encargado de cruzar la base de datos proporcionada por ustedes con el catálogo de autores obtenido de la Biblioteca Nazionale Centrale. Hay una coincidencia.

—Le escucho.

—Se trata de Juan Pablo Castel, personaje protagonista de la novela *El túnel*, de Ernesto Sábato. Pues bien, tenemos un pasajero colombiano con ese nombre que llegó a Venecia el día 9 de enero de 2011 en el vuelo Lufthansa 1445 procedente de Múnich.

—¡Excelente! Realmente excelente —repitió mientras anotaba el nombre —. Muchas gracias, Paolo, muchísimas gracias.

Gracia Galo colgó el teléfono y buscó su móvil para llamar a Fucich.

—*Pronto.*

—Marco, ¿has terminado ya de comer?

—Justo me estaba sacando el palillo de la boca.

—Estupendo. Necesito que te acerques de inmediato al ayuntamiento y

consigas el registro de alquileres y venta de pisos en el municipio de Trieste desde el 9 de enero de este año hasta hoy.

—¿Ha llegado ya la autorización del ministerio?

—No, pero no podemos esperar. Tengo un nombre, anota: Juan Pablo Castel. Pasaporte colombiano. Yo me ocuparé de cruzarlo con los de los alojados en hoteles y pensiones, que nos llegaron el martes.

—Anotado. Voy a tener que pegarme con el funcionario de turno para conseguirlo, ya sabes cómo son.

—Te autorizo a abrir fuego si es necesario, pero tráeme ese maldito registro antes de que vuelva a sentarme en mi silla. Yo hablaré con Padulano.

—Muy bien, inspectora jefe, voy quitando el seguro de la pistola.

—Marco, llámame en cuanto lo tengas en tu mano.

—Cuenta con ello.

Gracia cerró los ojos y empezó a tamborilear con los dedos en la mesa. Agarró de nuevo el móvil y marcó el número de Ramiro Sancho. Le había llamado por la mañana para comunicarle que habían desbloqueado el teléfono de Chiara Trebbi, y que allí estaba el poema, tal y como esperaban. Que el informe de la autopsia confirmaba sus sospechas sobre el mecanismo de la muerte: asfixia antebraquial. Pero saltó el contestador y le dejó el mensaje. Al cuarto tono, dijo entre dientes:

—Vamos, vamos, vamos, inspector..., coge el teléfono.

Este es el servicio contestador de Ramiro Sancho. Deje su mensaje después de oír la señal. *Piii*.

—Inspector, soy Gracia Galo. Necesito que trates de localizarme lo antes posible. Tu idea ha dado resultado, tenemos una coincidencia. Vamos, inspector, ¡es lo que estábamos esperando! Espero que escuches este mensaje. Llámame.

Colgó.

—*Porca puttana Eva!!*

*Hotel Continental
Rijeka (Croacia)*

El retroceso del Anaconda hizo que se golpeará con violencia en el pómulo dejando al hombrecillo seriamente aturdido. Para Sancho, fue como quitarle un caramelo a un niño. Golpearle con la culata de madera de nogal en la sien fue un acto reflejo; al menos, el primer golpe, el resto fue puro vicio. Cuando se acordó de Rudiger, ya era demasiado tarde, pero se giró igualmente para encañonarle. Lo comprendió al instante: el disparo efectuado por el estrábico le había alcanzado en el hombro y allí estaba el gigantesco humanoide tirado en el suelo, retorciéndose de dolor sin emitir sonido alguno. Sancho se acercó a él lentamente y le apuntó a la cara.

Rudi conocía muy bien la expresión de un hombre que ya ha tomado una decisión y al que nada ni nadie impediría apretar el gatillo. Ni siquiera intentó protegerse, y se entregó a su destino. Él sabía que, tarde o temprano, de una forma u otra llegaría su final, pero nunca imaginó que aquel español pelirrojo fuera el tipo que acabara con él. El coloso apretó los dientes y se concentró en el rostro de su madre primero y en el de la madre Teresa de Calcuta después. Pero el inspector bajó el arma y caminó de espaldas hasta la mesa. Agarró el maletín con la Zastava de nueve milímetros y recogió su sobre con el dinero sin perder de vista a Rudiger, que se había apoyado contra una pared presionándose la herida con algo que sujetaba con la mano derecha. Sancho analizó la situación y supo que no iba a moverse. Registró a Kapllani en busca de su cartera, que localizó en el bolsillo interior de su chaqueta; demasiado grande y abultada para un hombre tan diminuto. Solo cogió el dinero —un buen fajo— y la arrojó a los pies del todavía inconsciente hombrecillo. Finalmente, fue al baño, agarró una toalla y se la lanzó al herido. Luego, le guiñó un ojo, se guardó el revólver en la parte trasera del pantalón y desapareció.

Rudi Gervigan había oído hablar de ello antes de que perdiera su propio nombre y le conocieran como el Ogro, pero nunca había tenido la oportunidad de presenciar un acto que fuera digno de ser calificado como tal: compasión.

Para él, había sido una palabra vacía hasta aquel día.

Dos horas más tarde, Sancho subió a su habitación empapado en una sensación tan extraña que parecía extraída de otro e inyectada por vena en su carácter. Le recordó a un Sancho más joven, incauto, resuelto y dispuesto a

todo. Se buscó en el espejo y se encontró con aquella expresión renovada. Se gustó. No obstante, había algo que no encajaba y no conseguía saber de qué se trataba. Justo en el preciso instante en el que iba a darse cuenta de que era la barba de ayatolá lo que no le cuadraba, un bulto en el bolsillo trasero de su pantalón reclamó su atención: el dinero de Kapllani; en total, mil seiscientos cuarenta euros que le iban a venir estupendamente para sufragar su nivel de gastos. Lo consideró incautado, porque Ramiro Sancho no había robado en su vida. Esa cantidad, más lo que se había ahorrado en la nueve milímetros y el Anaconda, hizo que su eufórico estado de ánimo se consolidara. Entonces, se acordó del móvil. Allí seguía, reposando encima de la mesilla y enchufado al cable del cargador. Siete llamadas perdidas, casi las mismas que todas las que había recibido desde que aterrizó en Trieste. «Murphy cabrón», pensó. Cuatro eran de Álvaro Peteira, dos de Gracia Galo y una de Áxel Botello. Escuchó los mensajes en el contestador. En los tres que le había dejado el subinspector, le informaba de que acababa de recibir una llamada de su contacto advirtiéndole que la gente con la que iba a hacer el negocio no era de fiar. Que tuviera mucho cuidado. Cada mensaje, más dramático que el anterior. Sancho esbozó una mueca cargada de afectuosa malicia. Áxel no dejó ningún mensaje, y los de la inspectora eran excelentes noticias. Cuando escuchó el segundo, se le aceleró el corazón.

Tenía la idea de dormir un par de horas, el cuerpo se lo exigía. Miró la hora del móvil, las 16:12, y se dijo a sí mismo:

—Tiempo dormido, tiempo jodido.

Bajó a recepción para pedir espuma de afeitar mientras devolvía las llamadas; primero, a Gracia Galo, luego, a Peteira.

—Inspector Sancho, por fin das señales de vida —contestó con cierta acidez.

—Lo siento, tuve que salir esta mañana temprano del hotel y me dejé el móvil cargando como un imbécil. He oído tus mensajes. ¿Dónde nos vemos?

—Tengo novedades, pero las cosas están empezando a ponerse realmente feas por aquí. Acaban de avisarnos: han encontrado otro cadáver. Un tipo en su domicilio, en su bañera.

—¿Otro? ¡Hay que joderse! ¡Putra madre que me parió!

—Toma nota de la dirección, yo voy directamente para allá.

Sancho se pasó la mano por la barba.

—Quizá otro día —pensó en alto saliendo ya por la puerta del hotel.



El legado es dramático

Ciudadela de Kalemegdan (Stari Grad)

7 de mayo de 2011, a las 13:15

Tu madre siempre decía que cualquier día encontraría la tumba de Atila entre estas piedras y que nunca desvelaría el secreto.

—¿Está enterrado aquí? —cuestionó Erika.

—Se dice que le enterraron en la confluencia del Danubio y el Sava, junto a una gran fortaleza, pero son simples rumores. Siguiendo la tradición de los hunos, hicieron matar a todos los que intervinieron en el sepelio para evitar que sus restos fueran exhumados y ultrajados por sus enemigos. A los belgradenses les encanta alimentar esta leyenda.

—¿Cómo murió?

—La teoría principal apunta a que fue por una hemorragia nasal durante la celebración de su noche de bodas, otros dicen que murió fornicando con su nueva esposa, y algunos que fue envenenado por esta. ¿Quién sabe?, ¿qué importa? Esto mismo sucederá dentro de quinientos años cuando alguien pregunte cómo murió Bin Laden.

—No hace falta que pase tanto tiempo, hace cinco días que le mataron y todavía no se sabe nada a ciencia cierta.

—Pero... ¿le han matado? —preguntó irónicamente el psicólogo.

—¿Quién sabe?, ¿qué importa? —Parafraseó Erika intencionadamente.

Carapocha emitió un sonido parecido a una carcajada que no tuvo en su hija el efecto de contagio que esperaba. El ruso retomó la palabra.

—Mira, desde aquí se puede ver el barrio de Dorćol. Toda aquella zona a su derecha es Stari Grad, que ya conoces, y lo de allá atrás es el barrio de Kosančićev Venac. ¿Ves aquel edificio de allá? —señaló Carapocha.

—Sí.

—Allí estaba la antigua Biblioteca Nacional, que fue totalmente destruida en 1941 por las bombas alemanas. El ser humano está convencido de que destruir la cultura de otros pueblos es el camino más fácil hacia su dominación. Lo llevamos haciendo durante siglos.

Erika no se inmutó, Carapocha se giró y la agarró de la barbilla con delicada firmeza para enfrentarse con sus ojos.

—¿Cuándo has dejado de tomar la medicación?

Erika se zafó y se tomó unos segundos antes de contestar.

—No sé. Hace unas semanas.

—*Blyad!* ¿Por algún motivo en especial?

—No. Simplemente quería dejar de tomarla.

—¿Y qué conclusiones sacas?

Erika resopló con desgana.

—Que mi enfermedad forma parte de mí y que no quiero seguir escondiéndola.

—No se trata de esconderla, se trata de controlarla, pero eso es algo que solo tú puedes decidir. Solo pensé que querrías consultarlo conmigo antes de tomar esa decisión. ¿Creías que no me iba a dar cuenta? Tus ojeras por falta de sueño, la cuenta del minibar, tus salidas nocturnas a escondidas... ¿Se puede saber dónde vas? ¿Qué estás buscando? Ten clara una cosa: puedes vivir sin la medicación, pero vivirás peor.

—¿Y cómo sabes eso? ¿Lo dices porque lo has leído en tu «Manual del buen padre psicólogo» o en «Cómo recuperar a una hija en dos semanas»?

Carapocha trató de digerir las palabras de su hija antes de hablar.

—Erika..., no seas tan cruel conmigo.

—¿Cruel? No tienes ni idea de cómo me siento. ¡Ni te importa! Únicamente te interesa lo que tiene que ver con tu maldito cuaderno. ¿Cruel?

—Está bien, Erika. Cálmate, por favor.

—No. No me da la gana calmarme. ¡No puedo ni quiero! Te he seguido hasta aquí. Te he demostrado que puedo estar a la altura. ¡Estoy preparada!

—Lo sé, hija, pero ahora tienes que tranquilizarte. Confía en mí.

—¡¡Confianza!! —bramó—. ¡Precisamente de eso se trata, de la jodida falta de confianza! ¡¿Por qué no empiezas tú por aplicarte la receta?! Veamos, ¿por qué estoy aquí?

—Tú insististe, si no recuerdo mal.

—Sí, pero para que me hicieras partícipe, no para ser espectadora de lujo de las hazañas de mi padre, el cazador de asesinos en serie. Ni siquiera me has contado por qué dejaste marchar a Augusto. ¡¡Ni siquiera eso!!

—Cálmate, Erika, te lo ruego —insistió su padre bajando el tono de voz.

Erika se arrodilló y escondió la cara tras sus manos. Carapocha se sentó en un sillar que emergía del suelo y que, algunos siglos atrás, había formado parte de la muralla de la fortaleza.

—¿De verdad quieres saberlo? —cuestionó pasando la mano por la nuca de su hija.

—Necesito entenderlo —susurró.

—Está bien, tienes razón. Veamos. Creo que ya te he contado con detalle nuestros encuentros en Nueva York, Berlín y, el último, en Vizcaya.

Erika hizo un leve movimiento afirmativo con la cabeza.

—Bien. Para entonces, yo tenía claro que estaba tratando con un potencial asesino en serie, y eso era algo que nunca antes había logrado tras muchos años de estudio. Vivir en primera persona la evolución de sus mentes... Sabía cómo actuaban y por qué lo hacían, pero no tenía ni idea del camino que seguían hasta que tomaban la decisión de matar. Estaba convencido de que, en algún momento de ese recorrido, podría reconducirse si pudiera detectarse. Sin embargo, no solamente estaba equivocado en mi teoría. En el caso de Orestes, me di cuenta de que era aún peor. No solo le acompañé en el camino, sino que le dirigí e incentivé de forma inconsciente para que diera el paso definitivo.

—No entiendo.

—Fue una brutal negligencia por mi parte que tiendo a justificar por el estado anímico en el que me encontraba tras la desaparición de tu madre.

Todo me importaba nada.

El psicólogo se tomó un respiro antes de proseguir. Tragó saliva y se pasó la mano por su pelo perfectamente cortado a cepillo.

—Esto es algo que nunca he contado a nadie, ni siquiera a tu madre. No me dio tiempo —precisó—. En Lubianka, bautizamos al método como «la semilla», aunque luego sería Robert Oxton Bolt quien se hiciera famoso con la cita que, seguramente, has leído muchas veces en tus manuales de psicología.

—Claro: «Una creencia no es simplemente una idea que la mente posee, es una idea que posee a la mente» —recitó Erika.

—Exacto. Nosotros fabricábamos creencias. Empezamos durante la Segunda Guerra Mundial. Principalmente, lo usábamos con individuos de credo comunista o con personas fácilmente corruptibles a las que se les asignaba un jardinero que conociera bien el terreno, como denominábamos a la mente del sujeto seleccionado. Teníamos distintas semillas que, una vez implantadas en su mente, únicamente había que abonar y regar. Solo había que esperar a que el individuo aceptara esa idea como propia y, así, se convirtiera en una creencia: una certeza absolutamente incuestionable. Después, creábamos la figura del segador, un enemigo que le amenazaba con cortar esa flor. El miedo les convertía en títeres que controlábamos a nuestro antojo. Los casos de Klaus Fuchs, George Koval y Julius Rosenberg fueron algunos de los éxitos más notables del método, aunque hubo otros muchos que nunca llegaron a descubrirse. También es cierto que tuvimos sonados fracasos, ya que solo funcionaba si la semilla se sembraba en un terreno favorable.

—Entiendo —dijo sin levantar la vista del cigarro que estaba manufacturando.

—En 1977 ya estaba trabajando en el 8.º Alto Directorio. Allí, cayó en mis manos toda la documentación sobre el método y, como psicólogo recién licenciado, me puse a trabajar en su perfeccionamiento. Me centré en la fase de preparación del terreno cuando no nos era favorable. Tras varios meses, llegué a una conclusión evidente: si no se podía plantar en el terreno, había que cambiar toda la tierra o, dicho de otra forma, modificar los principios básicos en los que se asientan las bases morales del individuo.

—Te sigo, pero ponme un ejemplo —solicitó Erika.

—No es fácil. Simplifico. Si el individuo pensaba que la fidelidad era la base para crear una familia, nosotros le abríamos las puertas del placer sexual para que, por sí mismo, terminara por arrancar a mordiscos las malas hierbas y nos permitiera sembrar la semilla. Ahora bien, a partir de ese momento, difícilmente podría llegar a formar una familia, ya que él mismo había destrozado los pilares sobre los que se asentaba el concepto; en este caso, la fidelidad. Si el sujeto era un católico convencido, llenábamos su cabeza con casos de abusos sexuales cometidos en nombre de la cruz para que él mismo la rompiera en pedazos; daba igual que fueran ciertos o no. El proceso era largo y tedioso en ocasiones, pero si se conseguía la germinación, esta era muchísimo más vigorosa.

—¿Y tú eres el responsable de todo aquello?

—Solo de la parte teórica. Como sabes, me trasladaron a Berlín poco después y mis obligaciones fueron otras. No obstante, tengo que admitir que, en aquel instante, me sentí muy orgulloso de haber mejorado el método, y del reconocimiento que eso me proporcionó en el Centro. Eran otros tiempos, estábamos en plena guerra con un enemigo muy poderoso que nos aventajaba en casi todo. Casi todo —recalcó Carapocha.

—Pero te surgió la oportunidad con Augusto —quiso completar Erika soltando el humo del cigarro.

—No. En realidad, no me surgió. Yo estaba buscándola desde hacía años, pero nunca conseguía llegar a tiempo y aquello me estaba desgastando, consumiendo. Cuando intervenía en un caso, el individuo siempre acababa detenido o muerto, o peor aún, no dábamos con él. Necesitaba entrar en la mente del criminal durante su fase de actividad. Robbie me dio la idea: «Si tú no llegas a ellos, que ellos lleguen a ti». Internet bullía a mediados de los noventa, así que aproveché la coyuntura y, con la ayuda de Goran, creé un espacio en la red con un nombre falso. En él, relataba algunas experiencias personales vividas durante mi participación y estudio de los casos más siniestros de asesinos en serie de toda clase y condición; un panal de pura miel para las mentes perversas, siempre ansiosas de información. Así, facilité que pudieran contactar directamente conmigo. La mayoría eran simples curiosos en busca de detalles morbosos, pero una noche mantuve una larga

conversación con un tal Orestes que, a la postre, resultaría ser nuestro Augusto. Noche tras noche, acudía a mí y yo le fui desnudando poco a poco. Me relató los malos tratos sufridos durante su infancia, recuerdas lo de las agujas que te conté, ¿verdad? Su escabrosa adolescencia, oculto siempre tras sus libros y su música; la ansiedad por escapar de lo cotidiano; sus miedos; la necesidad de demostrar su enorme valía; su imposibilidad de vivir en sociedad; el deseo de buscar culpables y de enfrentarse a ellos... En fin, todas las incógnitas de una ecuación cuyo resultado es el crimen.

—Me puedo imaginar el resto de la historia. En Nueva York, preparaste bien el terreno; en Berlín, plantaste la semilla y, luego, solo tuviste que regarla y abonarla —apuntó con sabor a reproche—. El ser humano, en general, reacciona de la misma forma ante determinados estímulos concretos. Es un comportamiento aprehendido en la sociedad en la que se desarrolla el individuo y cuyos límites están establecidos por las leyes morales y las punitivas. Esto te llevó a pensar que, teniendo el control de los estímulos de Augusto, podrías anticiparte y dirigir su comportamiento. ¿Me equivoco?

Carapocha regaló a Erika una mueca cargada de orgullo antes de retomar la palabra.

—Así fue. No solo me gané su confianza en Nueva York, sino que generé un vínculo de dependencia hacia mí. En Berlín, estudié qué semilla era la que tenía que sembrar y acerté. Las fases de abono y riego fueron relativamente sencillas, solo había que cuidar de que no se encharcara el terreno. Todo estaba saliendo a pedir de boca, pero cometí un gran error, algo en lo que no se puede fallar.

Erika sostuvo su mirada.

—El diseño de la figura del segador. ¡Que despropósito! Mi intención era guiarle para que se diera cuenta de que su segador era él mismo o, mejor dicho, su álter ego. El plan consistía en que, una vez hubiera florecido la creencia...

—¿Y cuál era esa creencia? —interrumpió algo alterada.

—Cierto, no te lo he dicho: perpetuarse en el tiempo con su obra poética.

—Todo va encajando.

Carapocha asintió.

—Tenía que hacerle ver que el jardín, su obra, corría peligro si no

terminaba cuanto antes con su otra mitad.

—¿Y qué falló?

—Que sembré la semilla en una parte del terreno controlada por Orestes, su parte siniestra, y, allí, su único abono, es decir, su única motivación era la confrontación. Necesitaba demostrarse a sí mismo que estaba por encima del bien y del mal, que las leyes establecidas no iban con él. Solo eso haría florecer el jardín.

—Entiendo, él hizo que la sociedad al completo fuera su segador y, por tanto, tenía que luchar contra ella. ¿Cómo? Demostrándole que estaba muy por encima de sus normas, de las leyes. ¿Y cuál es la ley más importante de toda sociedad? El derecho a la vida. Saltarse esta ley le demostraría que era un ser superior y, precisamente así, conseguiría perpetuarse en el tiempo.

—Exacto.

—Dime, ¿cuándo te diste cuenta de que no había funcionado?

—En un encuentro que tuve con él en el restaurante Milagros. Llevaba varios años sin seguirle debido a que me reclamaron de nuevo en Rusia por el caso de Aleksandr Pichushkin, y tuve que dedicarme en cuerpo y alma a aquello. Además, las noticias que tenía de él me hacían pensar que había conseguido mi objetivo; incluso convivía con una chica. Fue durante esa conversación cuando me di cuenta del error que había cometido y de que ya era imposible corregirlo. Las malas hierbas habían devorado a todas las flores.

—Y decidiste aprovecharte de la coyuntura.

—Yo no lo diría así —expuso con cierto rubor—. En aquel momento, decidí que lo más provechoso era seguir de cerca la fase de actividad del sujeto para extraer conclusiones que me llevaran a entender la estructura de una mente criminal como la suya. Pensé que podría descubrir aspectos que nadie conocía y que podrían ser aprovechados en el futuro. Los continuos fracasos que acumulaba me llevaron a la desesperación, y esto no lo digo para justificarme, es un hecho. Por otra parte, creo que todavía albergaba la esperanza de poder dirigir sus pasos o, por lo menos, orientarlos.

—Ya, un experimento. ¿Y qué salió mal?

—Todo.

Su hija bajó la mirada abochornada.

—No. Mírame.

Erika accedió.

—Cuando descubrí que había empezado su obra, contacté con Orestes para tratar de ganarme su confianza. Necesitaba que me diera acceso a su mente y así poder recorrer a mis anchas el laberinto, pero solo me dejó pasar hasta la entrada. Él ya sabía lo que yo pretendía y jugó conmigo.

—¿Por qué no cortaste de raíz?

Al psicólogo le tembló la voz. Era la primera vez que Erika veía a su padre dando muestras de debilidad.

—No pude... o no quise, lo mismo da, pero lo cierto es que Orestes se percató de aquello y acabamos intercambiando los papeles. En ese momento, yo pasé a ser el títere. «El jardinero nunca corta su mejor rosa», me dijo. Tenía razón. Él era mi mejor rosa, y no me atreví a cortarla. Pero lo peor es que ni siquiera hoy puedo asegurar que si se repitiera la situación actuaría de distinta forma; por eso necesito que otra persona lo haga por mí.

En la cara de Erika se notaba que le estaba costando masticar todo aquello entre calada y calada.

—Diría que todo esto te ha superado.

—Pero es que aún hay más. Su mente es tan compleja que se me escapó un «pequeño detalle sin importancia» —reconoció con dramática ironía—. El esquema estructural sobre el que yo siempre había trabajado estaba basado en los llamados espejos neuronales. Seguro que lo has estudiado.

—Sí, el reflejo distorsionado de uno mismo.

—Eso es. Yo estaba convencido de que Orestes era el reflejo distorsionado de Augusto, y que este solo aparecía en el momento en el que sus neuronas respondían a determinados estímulos que son interpretados como amenazas por la parte siniestra. Pero no, el desorden es mucho más profundo y no me di cuenta hasta nuestro último encuentro en el Milagros, hace apenas unos meses. ¡Después de cientos de horas de sesiones! —Matizó abochornado—. No podía dar crédito. Su cerebro está en continua evolución.

—Trastorno de identidad disociativo —se adelantó Erika.

—Dos personalidades que han evolucionado siguiendo caminos distintos dentro de una única persona: aquel niño que sufrió malos tratos. Augusto es el amante de las artes; Orestes, de las ciencias. Augusto es sensible; Orestes,

impasible. Augusto es ímpetu; Orestes, control. Entre ambos, suman uno. Orestes planifica y Augusto ejecuta, pero con una característica extraordinaria: hay comunicación entre ambos.

—Lo cual es poco frecuente en estos casos, ya que el trastorno está normalmente asociado a una pérdida de la conciencia. Es decir, cuando el individuo adopta una u otra personalidad, no tiene conocimiento ni recuerdos de ello.

—En su caso, es obvio que no es así. De alguna forma, ha conseguido encontrar espacio en su mente para desarrollar ambas personalidades. Por eso es tan eficaz. Tan peligroso —puntualizó.

—Y se siente legitimado por el hecho de ser distinto. Un ser superior por encima del bien y del mal. Además, ha hecho un máster contigo. Conoce de primera mano cientos de casos que tú has compartido con él, en los que has intervenido directamente y tantos otros que has estudiado en profundidad. Domina a la perfección el proceso de investigación criminal y sabe muy bien cómo llevar a cabo sus acciones. Es un superdotado que sabe aprovechar como nadie su capacidad intelectual. Lo tiene todo planificado. ¡Joder, tú le enseñaste a hacerlo! —dijo Erika sin carácter acusador—. Lleva muchos años preparándose. Tiene las herramientas para lograr ser el asesino en serie más importante de la historia. No en cantidad, no. Él busca la calidad, diferenciarse del resto. Por eso, no mata mendigos, niños, ancianos o prostitutas. Eso lo hace cualquiera. ¡No! Él necesita víctimas a su altura. ¡Claro! Personas que destaquen, que sean dignas de formar parte de su legado, de su obra, como él dice. Un muerto, un poema; un muerto, un poema... —repitió cerrando los ojos y apretándose las sienes con las palmas de las manos.

—Erika...

—Es terrible. Tu responsabilidad es casi macabra.

—Lo sé. Lo tengo asumido.

—¿Y de qué sirve eso? Debemos detenerle.

—Ahora no podemos.

—¿No podemos?

—Tenemos que honrar la memoria de tu madre y el tiempo va en nuestra contra. Orestes puede...

—¿Esperar?! —interrumpió elevando la voz—. ¿Esperamos a que siga mejorando sus números o es que crees que se va a tomar un descanso de repente? ¿Unas vacaciones?

—Eso ya lo ha hecho —rebató Carapocha—, pero acaba de retomar su actividad y no va a parar. No podría aunque quisiera, pero te pido que estés junto a mí y te prometo que iremos a por él en un máximo de dos semanas.

Erika caminó en círculo hasta que se paró frente a su padre.

—Dos semanas.

—Dos semanas, te lo prometo. Confía en mí por esta vez.

—Confianza...

—Hija, necesito tu ayuda para poner punto final a la muerte de tu madre antes de enfrentarnos de nuevo con él. No podría plantarle cara si no obtengo el descanso que necesito. Me come por dentro. Erika, tienes que tratar de entenderme. Para ello, debes estar en plena disposición de tus facultades, y no creo que abandonar la medicación sea lo más acertado. Ahora, tu cerebro está en una fase que tú percibes como creativa, pero se verá compensada a la larga con una depresión que podría durar muchos meses. No habrá pastilla que te saque si caes en ella; lo sabes.

—Lo sé, pero quiero afrontarlo. Estoy decidida.

Carapocha apretó con fuerza los párpados.

—Tan cabezota como tu madre —susurró—. Ven.

Erika encontró mucho más que amor paternal en aquel abrazo. Se apretó con toda la fuerza que le proporcionaron sus brazos. Lo alargó tanto como pudo. No consiguió evitar que las lágrimas brotaran. Su padre, tampoco.

—¿Tienes hambre?

—Sed —replicó ella.

—Yo también. Vamos a solucionarlo de inmediato. Por cierto, ya tenemos el informe de Goran, pero hasta el lunes no vamos a poder vernos. Hemos quedado con él en Novi Sad, es la capital cultural del país y su centro histórico es realmente bonito para pasear. Te gustará. ¿Qué te parece si, hasta entonces, nos olvidamos de todo y tratamos de disfrutar juntos del fin de semana? Creo que todavía no te he contado la batalla del cabo de Machichaco desde el peñón de Gaztelugatxe, no dejaré pasar la ocasión.

—Una gran idea —afirmó aferrándose al brazo de su padre.

—Ahora dime, ¿qué cojones haces durante tus escapadas nocturnas?

—Seguirte.



Baldosas amarillas: el jardinero

Café Wintergarten in Literaturhaus

Fasanenstrasse 23 (Berlín)

23 de septiembre de 2000, a las 17:05

Aquella cafetería se había ganado un puesto de relevancia dentro del escenario cultural de la capital alemana. Con bastante frecuencia, se organizaban charlas y conferencias en las que los propios autores acudían a diseccionar su obra ante los asistentes delante de una buena taza de café. El otoño se estrenaba aquel día, pero la temperatura todavía rozaba los veinte grados y el jardín ya estaba lleno a rebosar de berlineses en busca de los últimos rayos de sol antes de encarar la llegada de los meses fríos.

Carapocha conocía bien el sitio, aunque no era, ni mucho menos, uno de sus preferidos en la ciudad. Sin embargo, citó allí a Orestes, que hacía poco más de un mes que había llegado a Berlín para estudiar un posgrado de diseño gráfico en la Freie Universität. No se habían visto desde la última sesión en Nueva York, pero el psicólogo sabía que él buscaría la forma de estar cerca de la única persona ante la que había sido capaz de desnudarse. El psicólogo había dilatado el encuentro intencionadamente para forzar a que se estableciera solo y diera sus primeros pasos sin tener que ir cogido de su mano. Estaba francamente orgulloso de los progresos que podían apreciarse

en Orestes desde aquella primera sesión en la ciudad de los rascacielos, hacía ya dos años.

Pensando en que no debía estrechar demasiado el vínculo afectivo con su «paciente», atravesó el interior del local para acceder a la zona ajardinada. Enseguida divisó a Orestes, que le hacía señas con la mano desde una mesa situada bajo una enorme sombrilla. Carapocha le devolvió el saludo con cierta indiferencia y volvió a meter las manos en los bolsillos para llegar al encuentro de forma pausada.

—Buenas tardes —saludó el psicólogo en alemán.

—Buenas tardes —devolvió el saludo Orestes en el mismo idioma.

—¡Coño, tienes una buenísima pronunciación para llevar aquí tan poco tiempo! Ya quisiera yo tener esa pronunciación en español.

—Gracias. Me he empeñado en aprenderlo bien. Quizá podamos mantener una de nuestras conversaciones en el idioma de Goethe algún día.

—Para eso, vas a tener que salir de casa mucho más de lo que es habitual en ti. Por cierto, ¿qué tal tu piso?

—Muy bien. Es un ático de dos habitaciones en Potsdamer Platz, pero no pienso encerrarme en él como hice en el de Brooklyn.

—Muy buena zona, aunque no debe de ser barato.

—No, barato no es, pero quería estar en el meollo de la ciudad y no sabes cómo disfruta el Emperador contándoles a sus amigos políticos que su hijo adoptado, tras licenciarse en Nueva York, estudia ahora un posgrado en Berlín y vive en un ático del centro.

—Claro, claro. Lo haces por tu padre —ironizó.

—Digamos que sí...

—Ya, pues tampoco es que te pille a tiro de piedra de la universidad.

—Tardo cuarenta minutos en metro, y aprovecho para leer o escuchar música; no hay problema.

El ruso llamó la atención del camarero.

—*Eine München Dunkel.*

—¿Cerveza? ¿Ahora?

—Por supuesto. En este país, las personas que nos vestimos por los pies no bebemos otra cosa a partir del mediodía. Le he pedido esa marca porque es de Baviera y sé que por aquí les jode bastante. Por cierto, te noto bastante

cambiado, quizá sea ese nuevo corte moderno.

—La inactividad de los últimos meses en casa me ha hecho ganar algunos kilos. No podía respirar en Valladolid, me faltaba el aire.

—¿Y por qué crees que te sentías así?

—Supongo que por el mero hecho de estar en casa, el mismo entorno claustrofóbico, las mismas caras, los mismos sueños...

—¿Qué tal con tus padres?

—Con el Emperador, bien. Hemos mantenido algunas conversaciones interesantes. Con mi madre, como siempre. Algún gesto amable entre bonsái y bonsái.

—Conversaciones y gestos amables... —repitió.

—Es lo que hay.

—Odio esa frase española. Es la máxima expresión del conformismo. Normalmente, lo que hay no suele coincidir con la realidad, sino con lo que uno es capaz de sumar; de crecer. Siempre hay más de lo que uno percibe.

—En mi casa, yo me conformo con eso.

—Entonces, no busques culpables si te asfixias porque te falta el aire.

—Por eso mismo me he venido a respirar aquí, a Berlín.

—*Touché*. Y ya que estás, podías tomar un poco el sol, porque estás más pálido que Nosferatu sin maquillar.

Orestes le dedicó un guiño y encendió un cigarro antes de retomar la conversación.

—Como te decía, estoy más que dispuesto a relacionarme. Es más, en las dos semanas que llevamos de clases, me he esforzado por tratar de hablar con mis compañeros, que, dicho sea de paso, se creen todos tocados por la mano de Dios.

—Los creativos sois así...

—Cierto, pero solo unos pocos lo somos de verdad —aseguró sin inmutarse.

—No sabes las ganas que tengo de ver tu obra en el Hamburger Bahnhof^[84] junto a las de Roy Lichtenstein, Andy Warhol o Robert Rauschenberg.

Orestes chasqueó la lengua y Carapocha quiso aligerar el momento.

—Si realmente quieres conectar con los alemanes, tienes que empaparte

de algo más que de su literatura y su música. Esto es lo fundamental en su cultura —aseguró levantando la cerveza.

—Yo no estoy muy puesto en el maravilloso mundo de la cerveza —reconoció con cierta ironía—. Así pues, estaría encantado de que me ilustrara su ilustrísima.

—Toma nota, chavalín.

Orestes reprimió sus instintos.

—Lo primero que tienes que saber es que ya la bebían seiscientos años antes de que naciera al que crucificaron y que este país es el tercero del mundo en consumo de cerveza por habitante. Solo se encuentra detrás de los checos y, ¡cómo no!, de los irlandeses, que tragan cerveza cuando no están emigrando.

—¿Tienes algo contra los irlandeses? —preguntó Orestes.

—No más de lo que tengo contra los españoles o los rusos, todos estamos hechos de la misma mierda. Continúo. Te darás cuenta de que las mujeres beben tanta o más cerveza que los hombres, y no te resultará extraño ver a una anciana incapaz de vestirse por sí misma sosteniendo una pinta con firmeza. Hay más de cinco mil tipos de cerveza en Alemania, pero casi todos pueden agruparse en dos grandes familias según el tipo de levadura que utilizan para su fermentación: las de tipo Ale y las Lager. Las primeras fermentan a temperaturas más elevadas. Son las que, principalmente, toman los hijos de la Gran Bretaña y se sirven templadas. También son muy populares en la zona flamenca de Bélgica y en el sur de Holanda, aunque estos se beben todo lo que les pongan delante siempre y cuando tenga espuma. Por lo general, estas cervezas tipo Ale tienen una graduación alcohólica alta, más de cinco y medio, llegando algunas hasta los once grados y, aunque hay excepciones, suelen presentar un color tostado oscuro. Aquí, en Alemania, se conocen como las Altbier o Alt, y son muy típicas de la región de Niederrhein, en Renania, que precisamente limita con esas zonas de los Países Bajos. Así que, si algún día vas a Düsseldorf y no pides una Düsseldorf, prepárate para encajar las miradas asesinas de los allí presentes.

—Ya, como en Sevilla si no pides una Cruzcampo...

—Estamos hablando de cerveza, no de orines espumosos a baja temperatura. Hasta en Rusia hacemos mejor la cerveza.

—¿Bebéis algo distinto al vodka en Rusia?

—La sangre de nuestros enemigos y el agua que nos moja los labios en la ducha. Hoy en día, en Rusia se bebe cualquier cosa que tenga contenido alcohólico, incluida la cerveza. Has de saber, chavalín, que Baltika es una de las marcas que más producción tienen de toda Europa, solo por detrás de algunas muy consolidadas como la insípida Heineken. Pero no quiero hacer ahora alarde de patriotismo; sigo con la lección. De tipo Ale son también las Weißbier y las Weizenbier, que son de trigo y se toman mucho en Baviera. A mí no terminan de gustarme. En realidad, me gustan más las de tipo Lager, como esta.

Carapocha hizo desaparecer dos tercios del contenido del vaso mientras Orestes parecía estar memorizando cada palabra que salía de su boca.

—Veamos..., sí. Las Lager fermentan a temperaturas más bajas y se sirven frías o muy frías. En función de las mezclas de malta y lúpulo, derivan las de tipo Pilsen, que son las que soplan los checos y se consumen en la mayoría de los países sin tradición cervecera, como España. La Märzen es la que te saldrá por los ojos cuando vayas al Oktoberfest, o la Bock, que la hacen en Einbeck, en la Baja Sajonia, con una graduación alcohólica tan alta que te salen pelos en el pecho a la tercera; con una Doppelbock, es posible que puedas comunicarte con tus antepasados.

A Orestes se le dibujó media sonrisa.

—Ya sé que estás disfrutando —comentó el ruso—. Otro tipo es la Export, originaria de Dortmund, que es la típica rubia dorada con cierto regusto dulce. Y la Helles, también rubia, se toma mucho en Múnich y se sirve con mucha espuma en vaso de tubo, como las cañas en esos minúsculos vasos de leche que te ponen en los bares de toda la vida de Madrid. Seguro que me dejo muchas en el tintero, pero estas que te he citado serían las piedras filosofales que convierten el agua en néctar.

—Seguro que todo eso me será de gran utilidad.

—Certificado. ¿Y qué mejor momento para empezar que este? —sugirió haciendo el signo de la victoria al camarero con los dedos—. Además, hoy te toca pagar a ti.

—¡Qué suerte, como la última vez!

—Es que hay personas que están tocadas por la mano de Dios —expresó

guiñándole el ojo—. Ahora en serio, Orestes, me alegro de verte con ese estado de ánimo. Dime, ¿qué objetivos te has planteado en esta nueva etapa en Berlín?

—Complementar mis conocimientos de diseño y aprender alemán.

—Ya, ya..., ya..., soplapolleces. ¿Y realmente?

Orestes dejó escapar una risa nerviosa.

—Me conoces mejor de lo que pensaba.

—Mejor incluso que tú, chavalín. Contéstame.

—Sigues tratando de desestabilizarme, ¿eh? Esta vez no.

Al psicólogo le brilló el colmillo.

—En realidad, es un doble objetivo: aprender a relacionarme para pasar desapercibido y entrar en la comunidad de expertos en Internet.

Carapocha elevó las cejas y congeló el semblante antes de retomar la conversación.

—Si te parece, vamos por partes. Verás: aunque te cueste trabajo entenderlo, el mundo te ve como uno más por mucho que tú te sientas... digamos diferente.

—Soy diferente —apostilló.

—Vamos a dejar ese punto concreto para otro encuentro. Antes, tienes que explicarme bien el motivo por el que quieres pasar desapercibido. En Nueva York, me hablabas de todo lo contrario, de destacar, de dejar de ser una hoja más del árbol. ¿Has cambiado de parecer o hay algo que me he perdido?

—No sé, es posible.

Carapocha se mantuvo a la expectativa.

—Todavía no estoy preparado —continuó Orestes—. Necesito motivación para sacar lo que llevo dentro, pero antes debo aprender a ser una hoja más del árbol. Tengo que integrarme en la sociedad para que no me vean como a un bicho raro.

—Así es como te ves tú, insisto. Te recomiendo que leas *La metamorfosis*, de Kafka.

Orestes no pudo ocultar el impacto. El psicólogo esperó.

—Es curioso —contestó al fin.

—¿El qué?

—Hace muy poco que me han hablado de ese libro.

—¿Quién? ¿El Emperador?

—Así es —mintió—. Me resulta curioso que me haya leído cientos de libros y que me recomiendes uno al que todavía no me atrevo a enfrentarme.

—¿Por qué?

—Porque aún no tengo claro que vaya a ser capaz de salir de mi propio encierro.

—Si no aprendes a conocerte a ti mismo y a quererte, te aseguro que no vas a ser capaz de integrarte en la sociedad y, en consecuencia, no podrás comenzar tu obra. Afrontar los miedos personales es una de las dos formas que existen para superar un desorden emocional.

—¿Y la otra?

—Dejarse engullir. Es lo que hace la mayor parte de los humanos. Pero tú no eres como la mayoría, ¿no? —preguntó con notable sarcasmo.

—Desde luego que no.

—Pues demuéstreme que eres capaz de enfrentarte a tus miedos. Quién sabe, quizá superes incluso el miedo a la oscuridad. Lee ese libro.

Orestes calibró la respuesta.

—Lo haré.

—Muy bien. Y ahora, el segundo objetivo. Este tienes que explicármelo con más calma para que yo, que soy de otra generación, lo comprenda. A primera vista, choca frontalmente con el cumplimiento del primero.

—No necesariamente.

—Veamos. Hasta donde yo sé, convertirse en un experto requiere dedicación; es decir, horas. Muchas horas sentado delante de una máquina con teclas. ¿Es eso correcto?

—Sí, es correcto.

—Bien. Sin embargo, para poder integrarte en el tejido social, necesitas relacionarte con personas de carne y hueso, esas que normalmente están en la calle, bares, cines, teatros... No te bastará con acudir a la universidad, y no hablemos de echar un polvo por estas tierras. Para mojar en Berlín, no te bastará con tus hoyuelos y tu cara de niño malote.

—Mojar no es una prioridad.

—Eso solo lo dicen los que no se acuerdan de la última vez que la

metieron en caliente. El sexo siempre es, ha sido y será una prioridad para los mamíferos.

—Bueno, pues ahora mismo a este mamífero no le parece que echar un polvo sea algo prioritario. Es solo una cuestión de optimización del tiempo. El día tiene veinticuatro horas. Yo soy capaz de lograr ambos objetivos.

—Es decir, que no vas a dormir.

—Lo justo y necesario.

—Te pasará factura a largo plazo.

—Tengo con qué pagarla.

—No sabes el precio.

—No me importa.

—Otra soplapollez.

—Quizá, pero es mi decisión.

—Y yo la respeto. ¿Qué tal está esa cerveza?

—Me gusta.

Carapocha se volvió hacia el camarero y repitió el gesto de la victoria.



Los pasos del siguiente mortal

*Residencia de los Jerčić
Tavčarjeva Ulica, 6 (Liubliana)
8 de mayo de 2011, a las 13:25*

El domingo era un día especial para Goran Jerčić, el único de la semana en el que ni siquiera arrancaba el equipo. La mañana se la regalaba a él, y la tarde, a su familia. Nada de teclas, solo sus recuerdos, su mujer y sus hijos.

Se había levantado a las seis de la mañana para conducir en dirección norte los ochenta kilómetros que le separaban del parque nacional de Triglav, su refugio a los pies de los Alpes Julianos. Una hora más tarde, ya estaba caminando por el bosque de hayas en el que le gustaba perderse cada siete días. El sonido del follaje bajo sus pies y el redundante olor del musgo le llevaron en volandas a encontrarse con las imágenes de aquel otro domingo también de mayo, pero de 1992.

En aquellas fechas vivían en la vieja casa que su difunto padre tenía en Kozarac, muy cerca de Prijedor, en el sector de Bosnia con mayor presencia de serbios. A los dos años de enviudar su madre, de origen islandés, había regresado a su pueblo natal, Grindavík, y su mujer, Svetlana, llevaba meses tratando de convencerle para que hicieran las maletas y pusieran kilómetros

de distancia de aquella locura étnica que era incapaz de comprender. Pero aquella era la casa en la que había nacido y convivido tantos años en paz con otros niños serbios y croatas. Ortodoxos, católicos y musulmanes coexistiendo con absoluta normalidad. Goran se aferraba a una convicción tan firme como equivocada: el odio que se venía palpando nacía de las clases políticas, pero no se filtraría hacia abajo y aquello de lo que hablaban los periódicos no era más que propaganda serbia para forzar a bosnios y croatas a dejar sus propiedades. Él no estaba dispuesto a ceder al chantaje y abandonar la tierra de su padre; mucho menos, con una niña de tres años y un niño de cinco meses.

Sin embargo, llegó un día en el que se desataron todos los infiernos y el destino escribió el final para muchos de sus vecinos; familias enteras, pero no para la de Goran. Aquel domingo, se alinearon todos los astros. Tras muchos intentos fallidos, Goran logró convencer a Svetlana para pasar el fin de semana entero en el parque nacional de Kozara, ubicado a las afueras de la ciudad. Acamparon durante la tarde del viernes y, justo esa noche, empezó el bombardeo. Si cerraba los ojos, podía escuchar perfectamente el estallido de las bombas; al principio, aquello parecía una sinfonía caótica de detonaciones variadas, pero no tardarían en aprender a distinguir la melodía de cada proyectil: el silbido agudo y fugaz de las granadas de mortero ligero, el pitido grave y prolongado de las de fragmentación de mortero pesado o el estruendo seco y repentino de los obuses de ciento cinco milímetros disparados por las piezas de artillería. Por la mañana, las columnas de humo eran lo único que se levantaba en Kozarac, y el ruido intermitente de las semiautomáticas de los paramilitares sustituyó al de las bombas. Fueron limpiando casa por casa, señalados por antiguos vecinos con los que, pocos días antes, habían estado hablando en la cola de la panadería. Goran y Svetlana decidieron refugiarse en la parte más frondosa del bosque, pero los supervivientes de todos los pueblos de la zona tuvieron la misma brillante idea, y cómo no, sus perseguidores. Cuando ya caía la tarde de aquel domingo, una patrulla les capturó y les subió a un camión junto con otros refugiados. En la carretera de Banja Luka a Prijedor, el vehículo se paró y les hicieron bajar a todos con la intención de separar a los hombres de las mujeres y los niños.

Aquella fue la primera vez que lo vio. A Goran se le encogía el estómago

siempre que rememoraba aquellas escenas.

Dos soldados serbios ataviados con sus gorros chetniks comprobaban la documentación de los detenidos mientras aquel hombre de aspecto singular observaba la escena con gesto inquisidor. Cuando les iba a tocar a ellos, Goran apretó contra su pecho a Mira y agarró fuertemente la mano de Svetlana, que sujetaba en brazos al pequeño Miran. El oficial de mayor rango ordenó a Goran que entregara a Mira a su madre, pero él se negó. En el momento en el que el serbio sacó la pistola y la puso en su frente, apretó con fuerza los párpados, pero seguía sin soltar a su pequeña; estaba dispuesto a morir. Svetlana gritaba y pensaba que sus súplicas iban a ser lo último que escuchara en su vida justo en el instante en el que él intervino. Fueron segundos de confusión, imágenes borrosas en la cabeza de un padre angustiado que se negaba a desprenderse de su familia. Finalmente, el hombre de abultados ojos grises y pelo blanco cortado a cepillo se salió con la suya y les hizo subir a otro vehículo. Goran no volvió a respirar hasta que arrancaron, y no fue capaz de articular palabra alguna hasta que llegaron al Hotel Moskva, en Belgrado. Allí estuvieron tres semanas en las que aquel ruso que trabajaba para los servicios secretos serbios consiguió los papeles eslovenos y les metió en un avión que les llevaría a Liubliana. En la capital eslovena fueron recibidos por una mujer que les ayudó a instalarse en una vivienda provisional situada en las afueras de la ciudad. Meses después, se enteró de los detalles de la masacre de Prijedor, de las ejecuciones en el monte Vlasic y de los cientos de cuerpos arrojados al fondo del barranco Koricanske Stijene. Comprendió que debía su vida y la de su familia a la intervención de aquel hombre. Fue entonces cuando decidió volver a Belgrado para agradecerle en persona todo lo que había hecho. Se juró que algún día devolvería el favor a Armando Lopategui.

Lo que Goran no podía saber es que había llegado el día en el cual podría demostrarle su gratitud.

De regreso a casa tras la caminata, lo primero que le llamó la atención después de abrir la puerta fue el silencio. Normalmente, a esas horas, Miran ya habría vuelto de jugar al baloncesto y estaría arremetiendo contra su entrenador por haber perdido, como todos los domingos. Mira ya se habría recuperado de la fiesta de la noche anterior, y se habría puesto guapa para

recibir a su novio, como todos los domingos. Svetlana estaría dando voces para que pusieran la mesa antes de terminar poniéndola ella, como todos los domingos. Pero no había voces, ni siquiera olía a comida y Goran frunció el ceño.

—¡Chicos! —gritó encaminándose hacia el salón—. ¿Chicos? —repitió en un tono más quebradizo.

Goran empujó la puerta e, instintivamente, giró la cabeza hacia la zona del comedor en la que su vista perimetral había distinguido tres formas humanas.

—¡Dios santo! —exclamó al distinguir las caras aterrorizadas de su mujer y de sus hijos sentados a la mesa, maniatados y amordazados.

No había dado ni dos pasos en aquella dirección cuando una voz a su espalda le paralizó en seco.

—Bienvenido a casa..., Skuld.

Osteria Da Marino (Trieste)

Sancho ya conocía aquel sitio. Era uno de los lugares en los que, con repetida y forzada frecuencia, solía terminar sus largos paseos por la ciudad en su estéril, hasta el momento, búsqueda de Augusto. Casualmente, el dueño del negocio, que llevaba abierto desde el año 1925, era un gran aficionado al rugby; exjugador, como Sancho. El interior del local, pintado en rojo arcilla y amarillo paja, estaba totalmente salpicado por fotografías de equipos de época, camisetas, polos de distintos clubes y otros muchos elementos promocionales de la marca Guinness —cerveza negra indisolublemente asociada al noble deporte del balón oval—. Sancho se encontraba cómodo en aquel escenario y, en cuanto aparecía el dueño, cruzaba algunas palabras nostálgicas en su «itañol» que siempre eran bien recibidas y correspondidas en «espaliano».

El descubrimiento de la última víctima de Augusto, un periodista de la sección cultural de *Il Piccolo*, había esquilmado dramáticamente las horas de sueño que el inspector conservaba en la nevera y, por lo que pronto

averiguaría, también la credibilidad de su homóloga italiana. Otra víctima en la bañera, como Stefania Gaspari, pero esta vez ahogada y sin lengua. La mutilación y el poema no dejaban lugar a dudas, pero la variación en el *modus operandi* le hizo pensar que Augusto seguía evolucionando. Más de lo mismo en la escena del crimen; es decir, nada. Ni una huella, ni restos biológicos..., nada. Nada se esperaba y nada se encontró.

La inspectora jefe Galo le había llamado para trazar un plan al margen de las directrices del *questore* Padulano, que, como ya le sucediera a Sancho en Valladolid, estaba buscando apoyos en Roma. El inspector pidió una *birra alla spina* y se sentó a esperar. Faltaban tres minutos según su reloj para la cita y todavía no había podido saborear la Kilkeny cuando Gracia apareció elegantemente vestida y con gesto severo. Le saludó afectuosamente y se fue directa a la barra para pedir un vino que no aparecía en la profusa carta de más de setecientos tipos del Da Marino: *il fragolino*.

—Malas noticias —dijo nada más sentarse—. Y buenos días, o tardes. ¿Has comido?

Sancho elevó sus pobladas cejas y se mantuvo a la expectativa.

—Me acaba de llamar Fucich. *Cazzo!!* Ha hablado con el casero de la vivienda alquilada el 12 de enero a nombre de Juan Pablo Castel, un tal Giuseppe Petrosino. Nos ha dicho que el 22 de abril recibió una llamada de su inquilino en la que le explicaba que tenía que dejar el piso de inmediato.

—Un segundo.

Sancho abrió su cuaderno y dio tres golpes con el índice señalando una fecha.

—El 21 de abril fue el día que le vi. Aquí lo tengo anotado. No hay duda de que era él. ¡Lo sabía, joder! Otra vez se me ha vuelto a escurrir entre los dedos. ¡La puta madre que me parió! Al día siguiente, el muy cabrón hizo las maletas y se fue a otro sitio. Efectivamente, eso ocurrió el 22 de abril, el día que cumplí cuarenta tacos.

—Brindemos entonces por tu cumpleaños con esta maravilla —propuso Gracia levantando su copa.

—Sí, brindemos —accedió él con hastío—. ¿Qué es?

—Vino fragolino. Pero de verdad, no la basura que comercializan por ahí, que no es otra cosa que vino malo bien aromatizado y con sabor a frutas del

bosque.

El inspector aceptó la invitación.

—Bueno. Muy bueno.

—Su comercialización está prohibida en la Unión Europea. Dicen los iluminados que es por su alto contenido en metanol, pero en realidad obedece a las malditas políticas proteccionistas. Resulta que se elabora a partir de una variedad de uva que procede de Suramérica, la *Vitis labrusca*, que es la que le proporciona este sabor tan especial a fresa. Sin embargo, sí dejan producir y comercializar el lambrusco con una variedad de esta que se cultiva en Europa, la *Vitis vinifera*. *Che schifo!!*

—¿Qué asco de leyes o qué asco de lambrusco?

—Ambos. Qué asco de todo.

—Me parece que hoy vamos a terminar con las existencias de fragolino.

—Demasiado caro para mi salario.

—No te preocupes por eso..., invita Kapllani.

—¿Quién es ese?

—Olvídalo, ya te lo contaré otro día. ¿Dónde estábamos?

—Buscando a un asesino con maletas.

Sancho soltó una gran y repentina carcajada que, inicialmente, asustó a la inspectora jefe. Luego, no pudo evitar contagiarse y se dejó llevar.

—Hacía tiempo que no me reía así —reconoció ella secándose las lágrimas con el dorso de la mano—. Justo desde el día en el que te presentaste en la *questura*...

Volvieron a caer presas de las lágrimas certificando que, efectivamente, el vino fragolino poseía un alto porcentaje de metanol.

—Bueno, vamos a ver si podemos continuar —reanudó Gracia—. Como te decía, el tal Petrosino nos ha dicho que su inquilino le hizo un ingreso por los tres meses, pero, aun así, fue inmediatamente a comprobar el estado del piso. Parece que unos estudiantes españoles se lo destrozaron completamente hace unos años; te lo cuento precisamente por eso.

—Algo habría hecho el casero. Fijo que no les quería devolver la fianza o algo así...

—No sería de extrañar, porque el tipo es un *terrone*^[85]. En fin, según nos cuenta, esta vez se lo ha encontrado mucho más limpio de como se lo alquiló

y con cuatro bonsáis preciosos que ahora decoran el salón. El equipo de Turone lleva toda la mañana recogiendo muestras, pero por ese apartamento han pasado tantas personas distintas que va a ser del todo irrelevante. Además, allí no se ha cometido ningún crimen, aunque encontráramos su ADN completo no tendríamos con qué contrastarlo. Es tan increíble como desesperante.

—Ya te acostumbrarás —ratificó Sancho apurando su pinta—. Es extremadamente cuidadoso, no creo que encontremos nada incriminatorio. Sin embargo, recuerdo que el experto que nos ilustró sobre los asesinos en serie nos dijo que, con el tiempo, se vuelven más voraces y menos cuidadosos. Sabemos que el día 9 de enero aterrizó en Venecia y que el 12 de ese mismo mes alquiló el apartamento aquí, en Trieste. Sin embargo, no comete sus primeros asesinatos hasta la noche del 13 al 14 de abril. Desde esa fecha hasta el 6 de mayo, según apuntan los informes previos del forense, mata dos veces más. Es decir, tres meses inactivo y cinco víctimas en algo más de veinte días. En Valladolid, transcurrieron tres meses desde el primero hasta el último asesinato. Podría pensarse que se tomó un tiempo de descanso, como si estuviera adaptándose al medio, y retomó su actividad de forma frenética cuando lo consiguió.

—*Certo*, pero sin perder el control, a la vista de las pruebas recogidas en los escenarios.

—Sí. No podemos esperar a que cometa un error, porque puede que no lo haga —sugirió Sancho—, y lo peor es que, si ha dejado el piso, es porque se ha sentido acorralado. Es posible que haya decidido trasladar su territorio de caza a otra ciudad, como pasó en Valladolid.

—Me temo que eso lo sabremos en breve —apuntó ella—. Voy a pedir dos de estos. ¿Quieres comer algo?

—*Avanti*.

—Aquí no hay tapas, pero podemos pedir una bandeja de... ¿cómo se decía *salumi* en español?

—¿Salami? —repitió pasándose la mano por el mentón—. ¿Vas a pedir una bandeja de salami? Ya no pido jamón de bellota ni chorizo ibérico, pero que pongan, al menos, algo de mortadela con aceitunas y un poco de chópéd de pavo.

Gracia volvió a reírse.

—*Salumi* abarca todo tipo de embutidos; muy buenos, por cierto. Tenemos que repetir esto más veces —propuso la inspectora jefe.

Sancho aceptó con la mirada y Gracia se escapó de ella para llamar la atención del camarero.

—Lo que todavía no termino de tener claro es el motivo por el que mata —señaló la italiana—. Las víctimas no tienen nada que ver entre sí. En tu tierra, si no recuerdo mal, fueron una cajera ecuatoriana, su propia madre, una especialista en lingüística, un yonqui y un expolicía. Aquí, que sepamos hasta la fecha, tenemos un empresario de negocios turbios, su hija y su guardaespaldas, una estudiante de literatura comparada y un columnista homosexual de la sección cultural. Solo veo un nexo de unión en tres de las víctimas, que sería la literatura, pero ¿y el resto?

—Está claro que se siente atraído hacia la literatura de un modo especial, pero no creo que ese sea el motivo que le empuja a matar. La mayor parte de los asesinos en serie mata por placer; a algunos les provoca excitación sexual, y otros lo hacen por el hecho de la dominación. No obstante, yo diría que lo que Augusto busca es notoriedad, hacerse un hueco en el libro de los más despiadados pero brillantes asesinos en serie de la historia —expuso con cierta acidez—. Las víctimas no son más que parte del juego, digamos que son el premio.

—Nuestros especialistas afirman que necesita matar como vía de inspiración para escribir sus poemas. Asesina para alimentarse de sensaciones, pero hay algo que no termino de comprender. Si se trata de un sociópata, ¿no dicen que no están capacitados para generar ninguna emoción?

—No, eso no es así. Mi querido amigo, el psicólogo criminalista de quien ya te he hablado, me dijo una vez que sí son capaces de generar sentimientos; el problema es que no logran ordenarlos. Me puso el siguiente ejemplo: imagínate que el cerebro es una habitación repleta de distintas emociones. Cuando una persona normal recibe un estímulo, ya sea positivo o negativo, solo tiene que acudir al cajón que corresponde, identificar la prenda que toca en ese momento, ponérsela y buscar los complementos adecuados para ir a la moda.

—Entiendo, un estímulo genera una emoción y esta, a su vez, una

reacción en las personas normales.

—Que varía en función del carácter de cada individuo —completó el pelirrojo—. En cambio, un sociópata no sabe dónde buscar la prenda adecuada. Revuelve armarios, cajones e, incluso, busca debajo de la cama, pero nunca es capaz de identificar esa emoción. Por tanto, la reacción que le provoca suele ser contraria a lo socialmente establecido: o se ve totalmente desnudo y decide permanecer en la habitación, es decir, aislarse, o puede que se vista con la ropa que no corresponde. Si esto último sucede y se da cuenta de que todo el mundo se ríe de él, se convierte en un tipo peligroso.

—Entiendo. Un buen ejemplo —certificó—. Entonces, podríamos afirmar que nuestro sujeto lleva la ropa equivocada y se lo quiere hacer pagar a la sociedad, *vero*?

—Así es. En su caso, según diagnosticó el psicólogo, se añade otro componente de naturaleza narcisista. No puede pasar desapercibido bajo ningún concepto, pero le irrita pensar que los demás quizá estén riéndose de él.

—¿Por eso mata y luego deja los poemas? ¿Para tener repercusión?

—No, no mata solo por eso. Asesina buscando la sensación de dominio que ello le provoca. No hay poder más absoluto que el de decidir quién vive y quién muere. No obstante, un sociópata narcisista sabe muy bien que obtiene repercusión matando. No mata para tener repercusión; tiene repercusión porque mata, y a nuestro sujeto le gustaría ser recordado por ello a través de sus poemas. No sé si me he explicado.

—Creo que sí. Hablando de poesía, tengo aquí la transcripción del segundo poema que encontramos en el móvil de Chiara Trebbi. ¿Quieres verlo?

Sancho resopló con hastío.

—Por supuesto —dijo alargando la mano para coger el folio.

De alas y lágrimas

*Robé sus alas y comprobé que no estaban hechas sino
de crueles sentencias que adornaron mis laureles,
de brutales carencias,*

*de banales presencias,
de reales apariencias y letales creencias.
No tuve clemencia aun en este estado de demencia.*

*Todo ángel es terrible
y, sin embargo, lloré tu ausencia.*

*Robé sus alas y comprobé que no estaban hechas sino
de claveles arrancados que adornaron mis burdeles,
de sentimientos acorchados,
de argumentos abultados,
de aspavientos adornados y desalientos desbocados.
No estoy aborregado aun en este estado enajenado.*

*Todo ángel es terrible
y, sin embargo, lloro apartado.*

*Robé sus alas y comprobé que no estaban hechas sino
de fieles armaduras que adornaron mis cuarteles,
de bondadosas censuras,
de cautelosas caricaturas,
de sinuosas conjuras y suntuosas conjeturas.
No tendré atadura aun en este estado de locura.*

*Todo ángel es terrible
y, sin embargo, lloraré con amargura.*

*Robé sus alas,
pagaré con lágrimas.*

—¿Qué te transmite? —preguntó la inspectora jefe Galo.

—Ganas de disparar al autor.

—Varias veces...

Sancho volvió a leer el poema mientras se metía algo de embutido en la boca. Lo masticó despacio y, en cuanto lo tragó, emitió su veredicto.

—Me jode admitirlo, pero tengo que reconocer que me gusta cómo suena. Quizá el tema central sea el desengaño, lo cual no termino de entender cuando todo apunta a que Augusto la conoció esa noche.

—*Certo*. Todas las personas de su entorno a las que consultamos dijeron que no tenía pareja. En solo una noche, es imposible llegar al enamoramiento y al desengaño. Puede que Chiara representara para él ese «ángel terrible», el desengaño amoroso contra el que se ve forzado a luchar para eliminarlo. Parece que sufre por ello —aportó Gracia—, aunque si quiere saber lo que es sufrimiento, que asista a una reunión con *il questore* Padulano y, luego, que escriba un poema.

—Sé muy bien de lo que hablas..., en fin, sigamos. Robar sus alas es asesinarla. Parece que nos quiere decir que se ve forzado a matarla y que sufrió, sufre y sufrirá por ello.

—Ya, pero aquí hay algo que no encaja. Según lo entiendo yo, primero mata, luego comprueba, y de ahí su dolor. Por cierto, la frase que repite tanto, «Todo ángel es terrible», no es original de nuestro «admiradísimo» poeta, según dice el informe. Está sacada de la primera elegía de Rainer Maria Rilke, que forma parte del libro *Las elegías de Duino*.

—Muy oportuno...

—Sí.

—Y no es la primera vez —añadió él—. En otra de sus poesías, había un verso que, sin ser literal, hacía referencia a Miguel Hernández en su *Elegía a Ramón Sijé*.

—¿Estás puesto en literatura? —preguntó ella.

—Como en física nuclear —admitió—, pero tengo el informe de la investigación tan memorizado que podría recitarlo como un maldito juglar. Faltaría el tercer poema, el del periodista. Por cierto, ¿por qué crees que le arrancó la lengua?

—Está en manos de nuestros expertos. Me dijeron que me llegaría a lo largo del día, pero no estaba cuando he revisado mi correo. Fucich me ha comentado que el tal Adelpho della Valle era un tipo bastante polémico, de esos que les gusta hurgar y revolver la mierda de los demás. Y no le arrancó la lengua, le practicó un corte limpio en la base con una de sus herramientas.

—Es decir, que no se trata de una víctima casual, que fue a por él.

—Puede ser.

Sancho se frotó la barba y resopló con amargura. Gracia le examinó como si tratara de descubrir algo a través de esos ojos tan claros como exentos de misterio.

—Un día de estos tendré que afeitarme —murmuró Sancho practicando un vuelo raso para evitar el radar.

—¿No te gusta?

—La verdad, no lo sé. Ya no me acuerdo de mí mismo cuando me la empecé a dejar crecer, y no hace mucho tiempo de aquello.

—Las personas evolucionamos.

—¡Y tanto! Está por ver si para mejor o para peor.

—*Appunto!!*

—Gracia —interpuso Sancho levantando la copa de fragolino—, tenemos que agarrar a este cabrón.

—No va a ganar la partida.

—A mí ya me ganó la primera, pero te aseguro que esta segunda no le va a resultar tan sencillo. Tengo casi dos años para atraparlo.

—Nos lleva mucha ventaja y puede que ahora esté a mucha distancia de aquí.

—Puede.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Perseguirle por todo el planeta?

Sancho pidió otra ronda por respuesta.

—Y luego, ¿qué? ¿Irás a por el otro tipo? —insistió ella—. ¿Cómo le llamabas?

—Yo, Armando, pero se le conoce como Carapocha.

—Bonito apodo.

—Le queda como un traje a medida. ¡Menudo cabrón! Sigo sin entender por qué le dejó marchar aquel día. Tengo que conseguir comprenderlo.

Gracia masticó las palabras antes de hablar.

—¿Puedo decirte algo?

—Por supuesto que puedes —aseguró él.

—Estás jodido.

Sancho asintió con la cabeza.

—Lo estoy.

—Pues ya somos dos.

Residencia de Goran Jerčić (Liubliana)

Goran ató cabos al instante. Ese tipo de mirada siniestra que le hablaba en alemán y conocía su *nick* en Das Zweite Untergeschoss no podía ser otro que Orestes. El mismo al que llevaba años vigilando por encargo de su amigo y protector, Armando Lopategui. La situación no podría ser más aciaga: un asesino en serie tenía retenida a su familia y estaba sentado en su sofá, apuntándole a la cara con una pistola con silenciador.

—Orestes —articuló dejándose llevar por la brusquedad de su tic antes de levantar las manos por encima de la cabeza—. Te lo ruego, mi familia no tiene nada que ver, te lo ruego. Esto es solo entre nosotros, entre nosotros.

—Me gusta tu *nick* de Skuld. Mitología nórdica, ¿verdad? Me lo han explicado detalladamente: es el nombre de una de las tres nornas que, junto a Urd y Verlandi, manejan el destino de los hombres. ¿Eres aficionado a la mitología, querido?

—Realmente no —titubeó—. Lo elegí en honor a mi madre, que es islandesa. De pequeño, me contaba cuentos e historias mitológicas transmitidas de generación en generación desde hacía siglos, siglos.

—Un aplauso para tu madre, pero centrémonos en lo que me ha traído hasta aquí. Me gusta esta ciudad. ¡Todo es tan accesible...! Verás, llegué anoche y, tras localizar tu dirección, busqué un hotel por aquí cerca y di con el Grand Hotel Union. ¡Qué hotel! Una auténtica maravilla. No merezco menos. Como tú, no suelo salir mucho de casa, pero decidí ir a dar una vuelta por el barrio del ayuntamiento. Tengo que reconocer que esta ciudad me ha sorprendido. Sabía que tenía un bonito casco histórico, pero no esperaba encontrarme con esta maravilla de la arquitectura. Como en Trieste, se nota la mano de los austríacos.

Goran trataba de serenarse, pero su sistema nervioso estaba en estado de alerta máxima. En aquel momento, creyó que lo más prudente sería mantenerse a la expectativa y fijó su atención en aquellas pupilas

exageradamente dilatadas. Se volvió fugazmente para comprobar que los suyos seguían atenazados por el miedo.

Orestes continuó con su monólogo.

—Luego, estuve tentado de entrar en alguno de esos garitos de la ribera del río, pero el alcohol no me sienta bien. Me pone violento, y quería estar descansado para poder dedicaros todo el día a ti y a tu familia. He dormido de un tirón, y, aunque hacía fresco, a primera hora he estado paseando por el parque Tivoli.

Orestes se detuvo como pretendiendo que su interlocutor procesara sus palabras. El bosnio se secó el sudor de la frente con la mano mientras trataba de entender algo de lo que le estaba contando.

—Dime a qué has venido a mi casa..., a qué has venido.

—Todo a su tiempo, querido. Hansel siempre decía que eras un *cracker* excepcional pero descuidado. Que sueles dejar rastro. ¡Cuánta razón tenía! No me ha resultado demasiado difícil dar contigo, ¿sabes? Al principio, no podía entender cómo era posible que un simple inspector de Homicidios hubiera sido capaz de seguirme los pasos. ¿El azar? Imposible. ¿Mi seudónimo? Me hubieran detenido en casa. Debía haber una explicación y, por descarte, llegué al único rastro que podrían estar siguiendo: la IP, esa que solo podría desvelar un miembro del grupo que tuviera una ventana abierta en mi equipo a través de un *spyware* desarrollado por él mismo. Al principio, me negué a creerlo, pero luego recordé tu desmedido interés por ayudarnos desde un principio y tus preguntas entrometidas. Tenías que ser tú, así que le pedí a Hansel un desarrollo para que esa ventana se abriera desde ambos lados. Resultó sencillo convencerle cuando le demostré lo que había descubierto de la última versión del SpyDZU, ya sabes lo celoso que es con todo lo que tiene que ver con su anonimato. Dar con tu dirección exacta fue, como dicen en mi país, «coser y cantar». Y aquí estamos, querido compañero, en busca de respuestas. Por cierto, te encantará saber que seguí tus consejos y mis cuentas en Twitter están creciendo como la espuma. Mil gracias, compañero.

Orestes sostenía la sonrisa de un niño que acaba de salirse con la suya.

—Esto es solo entre nosotros —insistió Goran tras rematar de cabeza—. Deja a mi familia al margen, déjales al margen..., al margen —suplicó girándose de nuevo hacia ellos.

Aparentemente, estaban todos bien. Solo Miran tenía una brecha en la ceja.

Orestes entornó los ojos y una expresión confusa se dibujó en su rostro.

—Se llama síndrome de Tourette —reconoció Goran.

—¡Esta sí que es buena! Está claro que todos tenemos algo que esconder. Tú también eres un tipo especial, ¿verdad? Ahora, acomódate en esa silla — le indicó con la pistola.

Goran aceptó la orden y se sentó dando la espalda a su familia.

—Necesito que me contestes a algunas preguntas. Cada vez que me mientas, dispararé a uno de los tuyos —dijo con asepsia quirúrgica—, empezando por tu mujercita. Sabes que lo haré.

El padre de familia asintió e intentó aclararse la garganta. No encontró saliva y tragó en seco.

—¿Desde cuándo trabajas para su eminencia el doctor Lopategui?

—No trabajo para él, es mi amigo. Él nos salvó la vida. Es mi amigo, mi amigo. Nos salvó.

—¿Desde cuándo? —insistió.

—Desde el principio.

—Claro —murmuró—. Información y control. Dime qué sabe él.

—Que estás viviendo en Trieste, nada más, lo juro. Nada más.

—¿Y por qué no ha ido a por mí?

—Está ocupado en un asunto de mayor importancia, ocupado, ocupado.

El sonido de la respiración forzada de su familia alimentaba la brusquedad de su tic.

—¿Qué asunto?

—Quiere dar caza a Mladić.

Orestes frunció el ceño antes de forzar una expresión de asombro.

—¡A Mladić nada menos! ¿Por qué?

—Es el responsable de la muerte de su mujer.

Orestes se mordió las uñas tratando de masticar la noticia.

—Sabía que su amada Erika había muerto violentamente en la guerra de los Balcanes, pero desconocía que estuviera buscando un culpable. ¡Así que el bueno del doctor también sabe guardar secretos! Lo estás haciendo muy bien. Continúa.

Goran no supo qué añadir.

—O sea, que me envía al inspector pelirrojo para tenerme entretenido mientras él se encarga de la caza mayor, ¿no? —pensó desazonado en voz alta—. ¿Dónde está ahora?

El bosnio vaciló. Para Goran, era evidente que Orestes sabía mucho más de lo que parecía y no podía arriesgar las vidas de su mujer y sus hijos. Primero, tenía que salir de aquella y, luego, pensar en cómo proteger a su amigo; si es que podía.

—Estaba en Belgrado la última vez que hablé con él, pero no sé cuánto tiempo iba a quedarse allí, no sé cuánto tiempo.

—¡Qué pequeño es el mundo! Cuando quieras encontrar algo imposible de hallar, lo primero que hay que hacer es buscar en los bolsillos. ¡Claro que sí! —se animó—. Te estás portando muy bien, querido Skuld, puede que incluso te permita seguir viviendo.

—¿Qué más necesitas saber?

—Está con su hija, ¿verdad?

Goran lo corroboró.

—Y supongo que instalado en el mismo hotel en el que se alojaba durante la guerra de los Balcanes. Recuérdame el nombre.

—Hotel Moskva.

—Eso es.

Orestes no pudo evitar morderse las uñas sin dejar de apuntar a Goran.

—Ahora, compañero, la última cuestión —ironizó—. De tu respuesta dependerá que me marche por donde he venido o que deje un bonito marrón a la policía eslovena.

El timbre de la puerta sonó varias veces y todos se estremecieron al unísono. Visiblemente irritado, Orestes se levantó de su silla como una exhalación. Puso el cañón de la pistola en la sien de Goran.

—¡¿A quién cojones esperáis a esta hora?! —preguntó apretando los dientes.

—Es Peter, el novio de mi hija —contestó dejándose dominar por su tic—. Viene todos los domingos a comer, a comer, todos los domingos.

—¡Su putísima madre! —profirió en voz baja y en español—. Muy bien, muy bien, tranquilicémonos todos. Abre la puerta y haz que se una a la fiesta.

Yo estaré aquí con el arma cargada. Si algo sale mal, los mataré a todos sin dudar. ¿Has entendido? ¡A todos!

—Lo haré como dices, tal como dices. Tranquilo, por favor, tranquilo, tranquilo.

Goran se levantó lentamente y se dirigió al recibidor. Orestes se colocó tras la puerta para poder seguir los acontecimientos por la rendija y miró a sus cautivos: permanecían inmóviles con la misma expresión de pánico que se les había esculpido en la cara desde que irrumpiera en la vivienda hacía más de cuatro horas.

Goran trató de calmarse controlando su respiración y procurando fingir normalidad absoluta. No lo consiguió, pero asumió que tenía que abrir la puerta de inmediato.

—Buenos días, señor Jerčić, disculpe el retraso.

—Adelante, estamos en el salón —acertó a decir a aquel muchacho espigado y con coleta.

Peter caminó por el pasillo con paso deslucido, apocado. Algo no encajaba. Normalmente, era Mira quien salía a recibirle y el silencio era algo que nunca había experimentado en aquella casa. Tampoco percibió el olor a parrillada de carne. El muchacho se detuvo y se volvió hacia su anfitrión, que todavía no había cerrado la puerta.

—Señor Jerčić, ¿ocurre algo?

—Nada..., nada, nada —titubeó.

En aquel momento, Orestes salió tras la puerta empuñando el arma con una mano. Estaba a menos de cinco metros del nuevo invitado, pero este reaccionó como lo haría cualquier humano ante el acercamiento frontal de un peligro evidente: salir corriendo en dirección contraria, salvaguardar la coleta. Orestes estaba decidido a disparar justo en el instante en el que se encontró con la oposición de Goran, que se abalanzó sobre él buscando el arma con ambas manos. El forcejeo no duró más de dos segundos y terminó cuando el padre de familia cayó al suelo con un culatazo en la cabeza; tiempo suficiente para que Peter ya estuviera bajando las escaleras del bloque pidiendo auxilio a gritos.

Orestes desapareció tras él.

Goran se dirigió tambaleándose hacia la puerta y la empujó. Buscó la

llave en el bolsillo del abrigo que colgaba del perchero y, a duras penas, consiguió introducirla en la cerradura y echar el cierre de seguridad. Se encontraba mareado, pero sacó fuerzas para recorrer el pasillo hasta el salón. Todos estaban ilesos.

Un hilo de sangre le resbaló por la mejilla y sintió que le fallaban las piernas. Cayó de rodillas con las manos en la nuca, pero, antes de tocar suelo, ya sabía lo que tenía que hacer a continuación.

No había tiempo para lamentaciones.



Baldosas amarillas: el terreno

Tiergarten (Berlín)

8 de febrero de 2001, a las 12:35

Me alegro mucho de volver a verte, pero pasear a la intemperie con temperaturas bajo cero es tan temerario como poco inteligente.

—Sobre todo, para personas de edad avanzada y movilidad reducida —añadió Orestes mientras se frotaba las manos frenéticamente.

—Mi mente está acostumbrada a combatir el frío y la estupidez humana, chavalín.

—Hoy no vas a conseguir irritarme con eso.

—Lo lamento, tendré que ser más sutil en mis contraataques. Vamos a movernos, que mi cuerpo se está aburguesando y mis articulaciones empiezan a protestar. Te noto francamente bien. ¿Qué tienes para contarme? ¿Sigues evolucionando?

Orestes meditó la respuesta.

—Sí, así es. Pero anticipándome a tu siguiente pregunta, no sabría decirte con precisión por qué. Intervienen muchos factores. Precisamente, he salido a correr esta mañana y he pensado en ello.

—¿Esta mañana? ¿Con el frío que hacía? Desde que el ser humano descubriera las prácticas onanistas, ya no hay excusa ni justificación para

abandonar la cama y sufrir por decisión propia.

—Sí, ha caído una buena nevada.

—No me gusta la nieve, me trae malos recuerdos.

—¿De tu mujer?

Carapocha asintió pesaroso.

—A ella le encantaba.

—¿Cómo conseguiste superar su muerte?

—Nos estamos desviando de la conversación, pero no quiero eludir tu pregunta, así que te contestaré: nunca se supera, solo se aprende a convivir con el dolor. No obstante, tengo que reconocer que mi vieja amiga Marija me ayudó a aceptarlo durante los primeros días. Me sacó a rastras de mi encierro en la habitación del Hotel Moskva, en el que ella trabajaba, pero no estamos aquí para hablar precisamente de mí. Ahora, dime —insistió Carapocha cambiando intencionadamente de tercio—, ¿en qué parte has notado ese proceso evolutivo?

—Tienes razón, disculpa. Estoy empezando a aceptarme tal y como soy.

—¿Y cómo eres?

—Distinto.

—Ya te dije en cierta ocasión que eso es una soplapollez. Todos tenemos algo que nos distingue de los demás. Sé más preciso.

—Puede que estés en lo cierto, pero los componentes son idénticos, la proporción es lo único que hace que se distingan unos de otros. Los hay ignorantes y muy ignorantes.

—Te sigo —dijo notando algo distinto en la actitud de su paciente—. En tal caso, voy a formular la pregunta correctamente: ¿cuáles son esos componentes que te hacen distinto de los demás?

—Tú los conoces.

—Nómbrame alguno.

—La necesidad de confrontación.

—La necesidad de confrontación —repitió el psicólogo—. ¿Entendida como lucha?

—Eso es —aseveró Orestes.

—Curioso... La confrontación. ¿Tú crees en las casualidades?

—No —contestó fríamente.

—Yo tampoco, pero eso no quiere decir que no existan. Déjame que te cuente algo. He aprovechado los contactos que aún me quedan en esta ciudad para conseguir una entrada de la ceremonia de inauguración de la Berlinale. En realidad, es algo que me he autoimpuesto en el tratamiento que sigo para superar la muerte de Erika. El cine era una de sus aficiones, y más me valía reservar esa semana al completo para asistir al Festival con ella. Al grano. Ayer se estrenó *Enemigo a las puertas*, una película bélica que narra las hazañas de nuestro héroe patrio, el francotirador Vassili Záitsev, durante el sitio de Stalingrado. ¿Has oído hablar de él?

—Pues no —reconoció.

—Me he acordado de su nombre cuando has hablado de la necesidad de confrontación. Se trataba de un buen tirador de precisión que mandó a muchos oficiales alemanes a casa en bolsas de plástico. No tantos como los que le atribuyó el camarada Jruschov, pero los suficientes como para que le convirtieran en un instrumento de la propaganda soviética con el que animar a la resistencia del pueblo contra el invasor nazi.

—¿Y bien? —atajó impaciente Orestes.

—Si me preguntas por la película, te diré que me gustó en líneas generales. Los escenarios están bien recreados y las escenas bélicas son excelentes, aunque, como buen producto de la factoría americana, decrece hasta languidecer en un enfrentamiento entre dos hombres, tipo *Duelo al sol*, pasando por alto los más de dos millones de muertos del lado soviético; la mitad de ellos, civiles.

—También moriría algún alemán, ¿no?

—Alguno, sí. Se habla de doscientos cincuenta mil entre muertos, heridos y prisioneros. La desproporción es más que notable, teniendo en cuenta quiénes eran el invasor y el invadido —precisó el ruso—. En mi opinión, contar muertos es como perseguir palomas en una plaza: una soplapollez que no lleva a ningún sitio.

Orestes memorizó aquella frase.

—Por cierto, casi vomito hasta los recuerdos del bautismo que nunca tuve cuando vi que un soldado soviético se santiguaba..., cosas de Hollywood. Aquello no sucedió así, pero eso no es reprochable porque es posible que ni siquiera hoy se sepa toda la verdad.

Carapocha hizo una pausa para ajustarse la ropa de abrigo y cubrirse la boca con la bufanda.

—¿Me lo vas a contar o es secreto de Estado y, por tanto, tendrías que matarme?

—Otro día. Volvamos a la confrontación. Verás, yo nunca he entendido dónde reside el heroísmo en el arte de matar a distancia, y no hablo de la película de ayer, hablo de vivirlo en primera persona durante unas cuantas jornadas apostado junto a varios de estos «héroes» en la avenida de los francotiradores de Sarajevo. Recuerdo a uno de ellos, un tal Sasha. La casualidad reside en que, precisamente, ayer mismo viendo la película me acordé de él y su teoría de la confrontación. No tendría más de veinte años y alardeaba de las «piezas» que se había cobrado durante la jornada de tarde: dos hombres, una mujer y un niño. La estrategia era siempre la misma, tan sencilla como eficaz: primero hirió al niño y esperó pacientemente a que acudieran a socorrerle. La siguiente en caer fue la madre y, después, los dos hombres. El hijo de puta me contó con lágrimas en los ojos que había tenido que rematar al niño para evitar que siguiera sufriendo, pero en realidad lo hizo porque no soportaba sus gritos. Él lo justificaba todo por la propia naturaleza de la *konfrontacija*; la confrontación. «Son ellos o nosotros», repetía. Esa palabra le servía de paraguas para justificar una vida de muerte y cobardía. A los pocos días, Sasha, «el erudito», murió desmembrado al pisar una mina de fragmentación que él mismo había plantado la noche anterior. Sus compañeros se mofaron de aquello durante meses. Yo rebosaba felicidad; un asesino menos.

—No tengo ni la más remota idea de dónde quieres llegar.

—A tu naturaleza o necesidad de confrontación, ese componente que aseguras que te distingue del resto de los humanos. Como ves, otras celebridades han utilizado el mismo vaporoso argumento antes que tú. Muerte y cobardía, eso esconde la necesidad de confrontación —definió categóricamente.

Orestes calibró su respuesta.

—No soy capaz de desarrollarme en sociedad. Lo único que he hecho hasta ahora ha sido esconderme. Ahora, tengo que valorar el instante preciso de salir de la jaula y...

—Así que tú eres el león y nosotros los corderos —interrumpió el psicólogo mientras ralentizaba el paso.

—Podría ser, aunque no todos son corderos —retomó encontrándose con los ojos grises de Carapocha, que no rehuyó el combate.

—¿Y quién reparte los papeles de león y de cordero?

—Cada uno a sí mismo. Por sus actos.

—¿Y el de francotirador y madre? No, chavalín, no. Uno no puede pasar de cordero a león en un chasquido; y menos un tipo como tú.

—¡No! —Se rebeló—. ¡Yo nunca he sido un cordero, he sido un león aletargado!

—Ya, y ahora es cuando vas a decirme que ha llegado el momento de demostrar cuánto eres capaz de rugir.

—No, eso ya lo he hecho. Ahora mismo mi prioridad es hacerme fuerte antes de empezar a cazar —apuntó.

—A cazar —repitió el psicólogo con hastío—. ¿Y crees que vas a conseguir saciar tu necesidad de desarrollarte de esa forma? ¿Matando corderos?

—No. En realidad, no quiero matar corderos. Quiero matar a otros leones, pero tú eres el experto en asesinos en serie, ¿no? —preguntó con intención.

Carapocha fingió haber recibido un golpe que llevaba tiempo esperando. Lo encajó tratando de no exteriorizar su satisfacción. Se metió las manos en los bolsillos y retomó el paso. Orestes no se movió. El psicólogo se giró y le invitó a acompañarle con un sutil movimiento de su cabeza. El vaho se difuminaba a pocos centímetros sobre las cabezas de aquella pareja. Caminaron algunos metros sin intercambiar palabras.

—Así que has hecho tus propias averiguaciones.

—Bueno, he de reconocer que no lo hubiera logrado sin la ayuda de Skuld, nuestro *cracker* más cualificado en DZU. Hemos podido acceder a un antiguo expediente de la BIA fechado en 1999 en el que se refieren al doctor Lopategui como a uno de los mayores expertos en el estudio de la mente criminal en general y en la creación de perfiles de asesinos en serie en particular. Menciona todos los casos en los que las autoridades de varios países han solicitado tu intervención. No eres solo un estudioso en la materia, eres una auténtica eminencia. Te pido que seas sincero conmigo. ¿Qué

quieres de mí?

—Esa no es la cuestión. Fuiste tú quien contactó conmigo, ¿recuerdas?

—Cierto, un Orestes en busca de su Píldes. Muy sencillo de atrapar, ¿no?

—¿Eso crees?

—¡No lo sé! —exclamó exaltado—. ¡Por eso te lo estoy preguntando!

—Está bien, no nos alteremos. Yo también he hecho mis averiguaciones, Augusto —remarcó—. La realidad es que tú viniste a mí, pero es igual de cierto que enseguida me llamó mucho la atención lo que pude atisbar en la complejidad de tu laberinto mental.

—Explícate, por favor —añadió modulando el tono de voz.

—Digamos que conduces un coche de rallies y que yo soy un experto copiloto que conoce el circuito mejor que tú. Te ofrezco mis servicios a cambio de que me dejes acompañarte en la carrera. Te cantaré las curvas con la suficiente antelación como para que no te salgas del circuito y te enseñaré dónde está el freno para que puedas pisarlo cuando lo necesites.

Orestes rumió la propuesta.

—Los nazis —retomó Carapocha— enviaron a un instructor de francotiradores para formar a un equipo que hiciese frente al cada vez más numeroso grupo de Záitsev, que era el verdadero peligro para la Wehrmacht. Este tipo desconocido tardó unos pocos días en caer abatido, lo cual aprovecharon los soviéticos para inventarse la historia de la llegada del más capacitado de los francotiradores alemanes y así alimentar la leyenda del pastor llegado desde los Urales con su viejo fusil Mosin-Nagant para matar nazis. Todo era un montaje, pero el mensaje fue claro y contundente: cualquiera podía llegar a convertirse en un héroe de la patria, un inmortal; tan solo había que exterminar a muchos enemigos. Mientras todo esto ocurría, Von Paulus estaba mucho más preocupado por firmar la rendición que por desmentir el montaje.

Orestes barruntó adónde quería llegar el psicólogo y quiso anticiparse.

—Ya... Entonces, ¿sostienes que cualquiera puede convertirse en un inmortal?

—Esa, precisamente, es la moraleja del cuento. En el ser humano no reside la necesidad de confrontación como tal; sin embargo, sí existe el deseo

de perpetuarse, y no solo como especie. La única forma de alcanzar la inmortalidad es a través del recuerdo. ¿Me sigues?

—Te sigo —confirmó Orestes mordisqueándose las uñas.

—Pues volvamos al punto del procedimiento.

—Varios caminos, ¿no es así?

—Exacto, es el punto clave. Creo que puedo ayudarte a decidir el camino que tienes que seguir para ser inmortal.

—¿Como en el caso de Chikatilo? ¿Cómo sé que no me harás lo mismo que a él?

—No puedes saberlo, es una cuestión de confianza.

Orestes calibró sus palabras.

—¿Hasta dónde estás dispuesto a llegar, Píldes?

—Hasta que se te acabe la gasolina. Siempre se termina.

—Puedo repostar.

—No hay estaciones de servicio en esta carrera.

Orestes dio unos cuantos pasos e inspiró profundamente sintiendo el ardor que le provocó el aire gélido en sus fosas nasales.

—¿Cuándo empezamos los entrenamientos? —Quiso saber Orestes.

—Cuando te saques el carné de piloto. Ahora, vayamos a algún sitio caliente para preparar el teórico. La primera lección es gratis; anota: el alumno siempre paga.



Y en mitad del relámpago llegó el mal de altura

*Hotel Moskva (Belgrado)
9 de mayo de 2011, a las 10:12*

En la vetusta y casi desértica recepción del céntrico hotel belgradense, un recepcionista entrado en canas sujetaba el teléfono por encima de su cabeza y, tapando el auricular con la palma de la mano, llamó la atención de Marija Grbić.

—Marija, un energúmeno insiste en hablar contigo, dice que es cuestión de vida o muerte.

—¿Cómo dices?

—Un tal Goran Jerčić, primero me ha pedido que le pasara con la habitación del señor Wurlf y, al no encontrarlo, me ha dicho que es amigo tuyo y que necesita hablar contigo. Se le nota muy exaltado.

Marija le hizo un gesto de hastío y agarró el teléfono.

—Dime, maldito loco. ¿Qué sucede?

—Marija, no tengo forma de dar con Armando, con Armando. Ha sucedido algo y tiene que dejar el hotel, ha sucedido algo. Tengo que localizarle, pero no me coge el móvil, no me coge. ¿Tienes forma de

localizarle?

—Tengo su móvil, como tú. Pero ¿qué ha pasado?

—Llevo toda la noche llamándole, pero no me lo coge.

Marija sabía el motivo.

—¿Y a Erika? ¿Tienes el teléfono de Erika? —insistió Goran.

—Se han marchado esta mañana temprano. ¿No habían quedado contigo en Novi Sad?

—¡Mierda, sí, pero para comer! Estando a menos de una hora, tenía la esperanza de que todavía no hubieran salido, tenía la esperanza, la esperanza.

—Armando quería enseñarle la ciudad a Erika, por eso se han marchado a primera hora. ¿Qué sucede? Te noto alterado.

—No voy a ir. No puedo ir, no puedo. Tienes que decírselo tú. Debes localizarle como sea, como sea. Después de esta llamada, tiraré el teléfono para que no pueda dar conmigo.

—Goran, me estás poniendo muy nerviosa. ¿Me puedes decir qué demonios te pasa? —dijo levantando la voz y llamando la atención del hombre de gafas de pasta negra que esperaba impaciente en el tresillo rojo de la recepción.

—¡Mierda! Ahora no puedo explicártelo, no puedo. Trata de localizar a Armando como sea y dile que nos ha encontrado, que ayer estuvo en mi casa. ¡En mi casa! —repitió alterado—. Dile que me marché con mi familia, que lo siento mucho. Tengo que protegerles, protegerles. No pude llamarle ayer por la tarde, estábamos todos en comisaría, todos en comisaría. ¡¿Comprendes?! Le llamé varias veces cuando salí, pero tenía el teléfono apagado, apagado. Dile que no puedo seguir adelante, no puedo seguir, no puedo.

—Trata de calmarte, Goran, apenas puedo seguirte. ¿Quién es él?

—Eso no importa ahora. Tú no lo entiendes, no lo entiendes. Solo dile que él sabe que están alojados en el hotel. Tienen que coger sus cosas y desaparecer cuanto antes. ¡¡No!! ¡Que no pasen por allí, que no pasen! Marija, tienes que localizarle, ¿me lo prometes?

—Voy a tratar de hacerlo ahora mismo, en cuanto cuelgue.

—Habla con Armando y avísale. Es muy importante, avísale. Tengo que marcharme ya, trataré de contactarle más adelante. Dile que lo siento mucho, lo siento mucho. Adiós.

Colgó.

Marija sostuvo el teléfono en la mano y vació la mirada en el vacío de la recepción. Inmediatamente, buscó en su móvil el teléfono de Carapocha. Seguía apagado. Maldijo entre dientes, como si escupiera pétalos de rosas negras, y se mordió con inquietud el labio superior.

Exteriores del Hotel Moskva (Belgrado)

El edificio era como un recorte de una fotografía pegado en el lugar equivocado, o quizá era el entorno lo postizo, como la peluca negra, las gafas de pasta y las lentillas verdes que lucía Orestes. Con paso decidido y mochila a la espalda, se dirigió a la recepción. Trató de controlar sus pulsaciones antes de empujar la puerta, pero no resultó, así que optó por fingir estar haciendo una llamada de teléfono y se sentó en un sillón de arcaico diseño tapizado de rojo prelado. Rebobinó hasta la escena en la que se había sentido tan estúpido, parado en mitad de una calle de Liubliana con la pistola en la mano.

El simple hecho de salir corriendo de forma impulsiva a la caza de aquel imberbe novio a la fuga y de no haberse dado cuenta de lo estéril y extremadamente arriesgado de su decisión le dejó muy tocado. Trató de encontrar consuelo sobrepasando su umbral del dolor, pero fue inútil y no le quedó otra alternativa que buscar refugio en la habitación del Hotel Grand Union. Dos puritos más tarde, se percató de lo comprometido que resultaba permanecer allí y se apresuró a hacer el pertinente *check out* para conducir de forma errática por las calles de la ciudad. Perdió la noción del tiempo sumido en aquel estado de turbación antes de centrar su interés en el dedo índice de la mano izquierda; todavía tenía los dientes marcados y la articulación estaba comenzando a hincharse; le dolía. Se paró en un semáforo y no pudo dejar de preguntarse cómo había sido tan necio. Un comportamiento indigno de su intelecto. Había sido incapaz de resolver con éxito un imprevisto. Quería demostrarse a sí mismo que estaba capacitado para zanjar el asunto con aquel traidor, pero un simple contratiempo había echado por tierra todo el plan. Pensar que la policía estaría buscándole en ese preciso momento le reseco el

paladar. Orestes no conseguía entender el motivo por el que no había resuelto aquella situación de la forma adecuada. Solo tenía que haberles disparado a todos empezando por el disminuido de Skuld, los ojos y oídos de Píldes durante tanto tiempo. Tan sencillo como matarlos a todos, pero decidió salir detrás de la liebre como el más torpe de los podencos. Se repitió tantas veces lo cretino que era que casi llegó a creérselo.

Casi.

Luego, dio con la clave: no era un estúpido. Había actuado como tal, pero no lo era. Claro que no. Un majadero nunca lograría llegar al punto de desarrollo intelectual que él había alcanzado; un inepto no conseguiría burlarse de sus enemigos; un insensato no se percataría de que había actuado como tal. Orestes tenía talento, aunque la ejecución de los planes no era precisamente su mayor habilidad. Era una certeza y tenía que extraer las consecuencias positivas de aquello. Prueba y ensayo. Los genios alcanzan el éxito siguiendo el abrupto sendero del fracaso, se repitió. Tenía que aprender, no pensaba darse por vencido tan fácilmente.

Tras el análisis, consiguió serenarse y retomar el control de sí mismo. Le dolía el dedo, pero se alegró por ello; le serviría para recordar sus errores y aprender la lección. Algo más tarde, encontró un sitio para aparcar en una calle del que, supuso, sería uno de los barrios de la periferia. Los formidables edificios señoriales del centro de la ciudad se habían transformado, sin apenas darse cuenta, en una suerte interminable de bloques de hormigón. Era como si alguien hubiera bajado un telón invisible y, al subirlo, el escenario se hubiera transformado por completo. Aquella era otra ciudad bien distinta. Se mordió las uñas e hiperventiló. Ya se había enfrentado anteriormente a situaciones de ese tipo. Se tragó la ira y la dejó escapar lentamente por la boca. Solo tenía que estudiar bien la realidad de la situación, localizar correctamente los puntos conflictivos, aislarlos y encontrar las soluciones. Su talento le capacitaba para hacerlo e, incluso, le licitaba para equivocarse de vez en cuando. Lo prioritario en aquel momento era su propia seguridad, por lo que diseccionó con calma los hechos sin salir del coche. Había seguido escrupulosamente su autoimpuesto protocolo de protección personal: país nuevo, identidad nueva. Se había registrado en el Grand Union como Widel-Jarlsberg, ciudadano noruego cuyo nombre hacía honor al del misterioso

personaje de la fabulosa novela de Knut Hamsun, *Hambre*, que tanto le gustaba a Augusto. Estaba seguro de que el novio, viendo el percal, no habría parado de correr hasta la comisaría más cercana, y la policía eslovena habría acudido de inmediato a la casa. Ahora bien, no tenía tan claro que Skuld hubiese sido capaz de explicarlo todo con pelos y detalles; eso implicaba revelar sus oscuras actividades en la red y su relación con Pílates. Pensó en la posibilidad de que lo hubiera camuflado todo en un intento de robo; o al menos, eso era lo que deseaba. Después, se percató de que los del hotel no tardarían en informar de la identidad con la que se había registrado y, por supuesto, de la matrícula del Audi A6 con el que había llegado. Aquello solo les llevaría a seguir un camino equivocado. No obstante, llegó a la conclusión de que debía abandonarlo de inmediato y hacerse con otro vehículo para dejar el país. Lo limpió a conciencia, tiró la llave a un contenedor de obra y cargó con su mochila. Abrió la aplicación AroundMe y tecleó en el buscador «rent a car». El alquiler de coches más cercano al lugar en el que se encontraba estaba en el 140 de Dunajska Cesta, a menos de tres kilómetros. A continuación, buscó una tienda de ropa en el itinerario y se dirigió hacia allí caminando a buen ritmo. El cuerpo le pedía correr, pero no quería llamar la atención. Ya había cometido todos los errores permisibles en un día, con lo que se propuso no cometer ni uno solo más.

Se esforzó por pensar en positivo y focalizar sus próximos objetivos: salir cuanto antes de la ciudad y dirigirse a Belgrado. Así lo habían planificado. El hecho de no haber podido concluir con éxito la parte de Skuld no modificaba en absoluto lo establecido. Ya se lo contaría todo en cuanto encontrara el momento propicio. Repasó mentalmente las identidades completas con pasaporte, tarjeta de crédito y licencia de conducir que aún tenía sin utilizar. Solo le quedaban dos y se prometió a sí mismo que, en el preciso instante en que terminara de romper con el pasado, se daría un tiempo para reconstruir nuevamente el perímetro de seguridad. Pílates y Erika encabezaban el listado de objetivos, seguidos por el inspector Sancho, y no se olvidaba de ese sucio conspirador de Skuld, ese maldito disminuido tarado.

La tienda de ropa resultó ser solo de prendas deportivas, así que se disfrazó de seguidor del equipo de balonmano local —el RK Celje—, cuyos jugadores lucían sin mucho acierto una fusión entre el amarillo limón y el

verde lima que, lejos de atraer miradas, provocaba el efecto contrario. Una gorra con un macho cabrío bordado en ella y una cazadora parca deficientemente confeccionada le otorgaron cierta seguridad para llegar hasta el negocio de alquiler de vehículos. Se llevó una desagradable sorpresa cuando le comunicaron que no disponían de coches de gama alta, pero se tragó el orgullo y eligió un Mercedes Clase B de color gris metalizado. Para él, era como una Scenic con extras, pero ya era algo el hecho de ir luciendo la estrella de la marca alemana. Introdujo Belgrado en el navegador: autopista E70 y 530 kilómetros por delante sin paradas. Aquello no le preocupó en absoluto; Orestes sabía que, a veces, la distancia no se mide en kilómetros. Salió de Liubliana a las 17:16 y llegó a Belgrado a las 22:07 sin percance alguno para salir de Eslovenia, cruzar toda Croacia y entrar en Serbia. La ciudad le recibió con una lluvia fina pero firme e intensa, y buscó un hotel cualquiera donde pasar la noche. Se alojó en el Zira, que no era el mejor de la ciudad ni mucho menos, pero sí suficiente para descansar y relajarse: limpio, moderno y funcional. Luchó contra el apetito a base de tabaco y dando vueltas a la jornada que le esperaba el día siguiente. Eran más de las dos de la madrugada cuando se dejó arrastrar por el sueño. A la mañana siguiente, se despertó temprano, con energías renovadas. Lo primero que hizo fue planificar el asalto al Moskva. Un taxi le dejó en la puerta.

Arrellanado en aquel extravagante sofá, invirtió algunos minutos más en relajarse examinando el entorno. Se fijó en un hombre de unos cincuenta años que permanecía inmóvil viendo la vida pasar tras el mostrador. Otra mujer de parecida edad, entrada en carnes y de pronunciadas facciones, pululaba de un sitio a otro recorriendo toda la recepción. El suelo era de mármol y en él se dibujaban unas sobrias formas cuadradas en blanco y gris; en el techo técnico de pladur, se incrustaban plafones de iluminación extensiva tipo pescadería. El mostrador estaba revestido en su parte superior por un acolchado del mismo color que el sofá en el que estaba sentado.

Por fin, se vio con arrestos suficientes para interpretar su papel y se incorporó, pero entró una llamada justo en el momento en el que iba a dirigirse al recepcionista. Algo le hizo observar la escena con atención y no le hicieron falta subtítulos para descifrar lo que estaba pasando, a pesar de no entender serbio. Reconocer el nombre que figuraba en la placa identificativa

de la mujer a la que pasó el teléfono le ayudó bastante.

La voz del recepcionista, un tipo canoso, le hizo perderse el final del otro diálogo.

—Señor, ¿en qué puedo ayudarle? —preguntó en inglés.

—Sí, disculpe. Tengo una habitación reservada a nombre de Pernath, Etham.

El hombre tardó cinco segundos en comprobarlo.

—Efectivamente, aquí está —confirmó.

En el ascensor, camino de la habitación 319, ya había modificado los planes.

«Por fin, un golpe de suerte. La fortuna es para quien la busca», pensó.

Tuvo que hacer grandes esfuerzos para contener la euforia.

Dunavska Ulica (Novi Sad)

—Es una pena que el tiempo no acompañe. Cuando sale un rayo de sol, los serbios se tiran a las terrazas como si no hubiera un mañana —comentó Carapocha con el paraguas en la mano.

—¿Quién sabe?

—Siempre hay un mañana, pero eso no implica que uno lo vaya a ver. Eso es cierto.

—Tan cierto como que cada día te cuesta más andar. Te lo noto.

—Son estas calles empedradas, que no están hechas para el tránsito del ser humano. Estoy igual de mal que ayer y estaré igual de mal mañana. No te preocupes por eso.

Un hombre con gorra azul oscura, gafas de sol y manos enormes caminaba guardando las distancias con el móvil pegado en la oreja sin mantener conversación alguna. Carapocha se fijó en la hora que marcaba un reloj de agujas que sobresalía de la fachada de una joyería; las dos menos diez.

—Es raro que todavía no me haya llamado Goran. El jodido chiflado siempre llega con media hora de antelación a todos los sitios y suele llamar

para preguntar dónde está el otro.

—Un tipo curioso ese Goran, como tu forma de cambiar de tema. Muy sutil.

—No sé si «curioso» es el adjetivo que mejor le define, pero sí, es un ser humano excepcional; a la altura de mi sutileza. Ya que insistes, voy a llamarle —dijo con ironía, exhibiendo su colmillo—. ¡Joder, si lo tengo apagado... desde anoche!

—¿No disturbar? —comentó Erika con intención.

El móvil empezó a pitar nada más lo hubo encendido y el semblante del psicólogo se tornó sombrío.

—Algo no va bien. Tengo ocho llamadas de Goran, tres desde el hotel y una más desde el móvil personal de Marija.

Carapocha se detuvo en medio de la calle peatonal y devolvió la llamada al *cracker* ante la atenta mirada de Erika.

—No lo coge. Esto no me gusta.

Probó con el número de Marija. Al segundo tono, contestó exaltada:

—¡Santo Dios, Armando, ¿dónde demonios estabas?!

—Dios y el demonio en una misma frase no puede indicar nada bueno. Dime qué está pasando —solicitó con forzada moderación.

—Sobre las diez, Goran ha llamado alteradísimo para decirte que no iba a acudir a la comida, que tenía que marcharse. Quería advertirte que no vinieras al hotel, que él estuvo en su casa ayer por la tarde y que sabe que estáis alojados aquí.

Carapocha rumió las palabras aliñadas en agitación antes de regurgitar la respuesta.

—Entendido.

—¿Entendido? ¿Me vas a explicar qué está pasando? ¿Quién es él? ¡Goran parecía realmente aterrado!

Carapocha no respondió. Erika supo leer en sus abultados ojos grises lo que estaba sucediendo y su cerebro reaccionó buscando el paquete de Amsterdamer en su mochila.

—¿Estás ahí?

—Estoy. Trata de mantener la calma, te lo ruego.

—Has dicho «aquí». ¿Estás todavía en el hotel? —Quiso saber

Carapocha.

—Aquí sigo. Hasta las tres.

—Muy bien. Desde Liubliana, hay cinco horas y media por carretera. Si Goran dice que estuvo ayer en su casa, debió de llegar ayer por la noche u hoy por la mañana. Comprueba en el libro de registro los clientes que hayan llegado al hotel ayer, después de las 18:00 —precisó el psicólogo.

—Pero ¿vas a decirme quién es él?

—Eso no es importante ahora. Por favor, céntrate en lo que te pido.

—¡La madre que parió a todos los malditos rusos! Espera un segundo.

En realidad fueron cuarenta y seis.

—Total, sesenta y tres entradas.

—Bien. Sencillo. Elimina a las mujeres y a los niños.

—Quedan cuarenta y uno.

—¿Ha entrado algún grupo?

—Espera.

Erika encendió el cigarro y le solicitó información con ese conciso gesto que consiste en levantar las cejas. Su padre asintió por respuesta.

—Dos —confirmó Marija.

—Bórralos a todos de la lista.

—Quedan veintiuno.

—De acuerdo. Vamos a hacer lo siguiente, imprime ese listado y pon alguna excusa para marcharte de inmediato en cuanto termines. Vete a algún sitio público. No vayas a casa ni te quedes en el hotel. Esta noche, nos veremos en Kafana Dačo. ¿Me has escuchado?

—Sí, sí..., te he escuchado —confirmó arisca—. Cuando te vea, vas a tener que explicarme todo esto muy clarito para que yo lo pueda entender. ¿Me has entendido tú a mí?

—Es una historia muy larga, cariño.

—¡Como el tiempo que me queda por vivir! Y no me vengas ahora con tonterías, que se me van a saltar las varices.

—Está bien, te lo explicaré todo esta noche. Nos vemos a las nueve en punto.

—A las nueve en punto —repitió de mala gana.

—Marija...

El silencio se adueñó de la conversación.

—Siento mucho todo esto.

—Está bien.

—Haz lo que te he dicho, por favor.

—Lo haré.

—Gracias.

Tras colgar, un volcán de cólera contenida erupcionó de forma krakatoana y se produjo un estallido gutural irreconocible antes de que se liberaran ríos de lava en forma de viscosos e irreconocibles improperios en ruso. Aquello no era propio de la idiosincrasia de su país natal, pero él lo había heredado de su padre, y este del suyo. Reminiscencias de la sangre española que circulaba por las venas del psicólogo criminalista. Erika dio una intensa calada al cigarro para terminar con la existencia del mismo segundos más tarde contra el suelo. Luego, lo recogió y lo tiró a una papelera cercana. Detestaba ver colillas tiradas; de hecho, esa mañana ya había contado ciento setenta y cuatro.

—¿Ya? —preguntó ella.

—No. Necesito un lugar para pensar con calma. ¿Eso es un bar? —indagó señalando una calle que salía a su derecha.

—Parece.

—Pues vamos.

El hombre de las manos enormes observaba la escena a través del reflejo del cristal de un escaparate.

Carapocha y Erika reanudaron su camino sin mediar palabra. El gesto de preocupación del psicólogo contrastaba con el inexpresivo semblante de su hija. «Ciento setenta y siete», pensó. El Gerila Bar apenas tenía tres clientes tomando pintas de cerveza. El local estaba decorado todo él de camuflaje con una red por techo repleta de hojas selváticas, predominando los colores verde floresta y marrón espesura. Cuando Carapocha vio las siluetas del Che Guevara, Fidel Castro y otros irreconocibles guerrilleros revolucionarios, no pudo evitar una exagerada mueca de desprecio.

—Ernesto Guevara se revuelve en su tumba cada vez que colocan su imagen al lado de la de Fidel Castro. Un héroe audaz y un vil villano. La revolución del individuo no tiene nada que ver con que un individuo arrastre

a todo un pueblo a la revolución. El día en que se mueran estas momias del pasado, peregrinaré para orinar en las flores que, a buen seguro, adornarán sus mausoleos. En cierta ocasión, Robbie me dijo que no es lo mismo orinarse en las manos a que te salpiquen los pies de pis —lucubró sin venir a cuento—. Algún día, entenderé el significado de aquellas palabras.

—Papá..., ¿te parece que retengamos ahora nuestros orines y nos centremos en quitarnos la mierda que acaba de caernos encima?

Carapocha asintió.

—La situación es la siguiente: sin el informe de Goran, no sabemos la rutina de Mladić y, por tanto, tendremos que buscar un plan alternativo que hará todo más arriesgado; de eso, no hay duda. Esto nos va a retrasar. ¡Maldita sea, tenemos que quitarnos de encima a Orestes!

—¿Cambio de planes? —preguntó mostrando signos de inquietud.

—No queda otra.

—¿Por qué estás tan seguro de que se encuentra en Belgrado?

—Le conozco bien. Tiene la necesidad primaria de saldar cuentas conmigo... y contigo. Matarnos le provocaría un placer al que no puede dar la espalda, y si no lo ha hecho antes es porque no podía saber dónde estábamos. Ahora que lo sabe, sus impulsos le habrán llevado hasta Belgrado con total seguridad; si estoy en lo cierto, hasta el Moskva. Tenemos que anticiparnos.

—Anticiparnos —repitió ella—. ¿Pensar como él?

—Exacto.

—Si lo que quiere es salpicarnos de pis, debe tenernos delante. No aparecerá en nuestra habitación para meternos un tiro en la cabeza. Necesitará tomarse su tiempo para disfrutar del momento, esa es su debilidad.

—*Molodets, Erika*^[86]!

—Déjame seguir. Soy Augusto y tengo ganas de mear —dijo dando rienda suelta al estado eufórico propio de su bipolaridad—. Me he registrado en el hotel para estar cerca de mis objetivos, aunque es más que probable que estén alerta. He dejado con vida a Goran, y seguro que este ya les ha puesto sobre aviso. Tú me conoces y sabes que iré a por ti y a por tu hijita. Este es el punto que más me excita: intuyes que voy a por ti, pero no me importa. Ellos pensarán que mi plan consistirá en utilizar un cebo para atraer al padre, pero

yo también te conozco y sé que tratarás de anticiparte a mis movimientos. Antes o después, averiguaréis en qué habitación estoy e iréis a por mí, y allí os estaré esperando.

Erika tuvo que detenerse para coger aire. Carapocha aprovechó la pausa para intervenir.

—Es una posibilidad, pero no pienso jugarme esta partida a una sola carta. Hay que introducir variables que él desconozca.

—¿Qué variables?

—Otro jugador.

Castello di Miramare (Trieste)

No era la primera vez que Sancho visitaba el castillo de Miramare, una de las joyas más preciadas de aquella extravagante ciudad atrapada entre el Carso y el Adriático. El complejo arquitectónico había sido mandado levantar a pie de acantilado por Maximiliano de Habsburgo, archiduque de Austria y posterior emperador de México, como prueba de amor hacia su mujer, Carlota de Bélgica. Desde el mirador de los cañones, la blanca silueta almenada y mayestática de la construcción se recortaba nítidamente sobre el azul cian de un cielo totalmente despejado. La claridad del día le forzaba a entornar los ojos a pesar de llevar puestas las gafas de sol.

«Otra vez en vía muerta sin saber por dónde seguir. ¡Hay que joderse, el puto día de la marmota! Siempre dos pasos por detrás, siguiendo la estela de cadáveres que va dejando ese malnacido... Si ha abandonado la ciudad, no tendré forma de seguirle. Tengo que decidir qué hago ahora, puedo seguir colaborando en esta investigación por si somos capaces de descubrir algo o ir a Belgrado y encontrarme con Armando. Jodido Carapocha, no sé cómo voy a reaccionar cuando le tenga delante. Debería meterle un tiro en la cabeza con el Magnum 44, eso es lo que debería hacer si tuviera un par de cojones. Y luego, ¿qué? Puta mierda. ¿Seguirá en Belgrado? Podría llamarle y tratar de verle. Tengo que enfrentarme a eso. Aunque también me puedo volver a mi puta casa y dedicarme a la vida contemplativa o irme a Tailandia con Áxel,

follar todo lo que pueda y olvidarme de todo, rehacer mi maldita existencia... ¡Ojalá pudiera! Necesito dormir. Tengo que descansar y hablar con Gracia, quizá ella pueda ayudarme a tomar una decisión. Sí. Me gusta esa mujer, pero no pienso cruzar la frontera. No pienso cagarla de nuevo, pero algo me dice que se siente atraída por mí, o quizá es que le doy lástima. Tengo que afeitarme de una puta vez, ni eso consigo. Esta tarde, lo haré sin falta y, luego, iré a ver a Gracia. Quizá quiera cenar conmigo. ¿Qué día es hoy? Lunes de mierda. Tendrá que cuidar de Alessandro. Quizá un café. Eso es, llamo a Gracia de camino al hotel, me arreglo esta barba de mendigo y hablo con ella».

Se concentró tratando de identificar los sonidos. En la distancia, el inconfundible batir de las olas contra las rocas, el persistente bullicio de cientos de pájaros alborotados y el constante rumor de las hojas al ser acariciadas por las ráfagas de aire que soplaba entre las ramas.

—*Scusi, ci può fare una fotografia?* —le preguntó una voz femenina.

—*Prego* —accedió como un autómatas.

Cuando Sancho miró a través de la pantalla para encuadrar la instantánea, no pudo evitar centrar su atención en ella. Morena, de pelo largo y brillante; el flequillo rectilíneo llegaba hasta la montura de las gafas de sol con las que cubría sus ojos; en su rostro ovalado y anguloso, unos labios rojos y finos dibujaban una sonrisa distinguida; lucía un vestido negro con lunares blancos que resaltaba las curvas de su delgada y esbelta figura. En cierto modo, le recordó a Gracia. Por fin, pulsó en el icono de la cámara y quiso hacer otra en vertical. Se fijó en él, un tipo rapado al cero con un jersey liso de color naranja. No tardó en identificarle.

—Perdona. Tú eres el representante de jugadores de rugby, ¿no? ¡Joder, el amigo de Dani Navarro! ¿Verdad?

El tipo rapado se sorprendió.

—¡Coño, no te había reconocido! ¡Menuda coincidencia! ¿Qué haces por aquí? —preguntó el representante.

—Es difícil de explicar, ¿y vosotros?

—Pues tampoco es sencillo. Verás, mi chica y yo nos conocimos aquí hace quince años. Ella es Olga.

—Encantado.

La onomatopeya del beso sonó por duplicado.

—Es el inspector Ramiro Sancho, compañero de Dani Navarro.

Ella le regaló un gesto afectuoso sin apenas mover un músculo de la cara.

—¿Así que os conocisteis en Trieste?

—Así es, de Erasmus. Ella estudiaba Económicas y yo, Historia. Ambos somos de Valladolid, pero no nos habíamos visto nunca hasta llegar aquí. Llevábamos un tiempo pensando en volver a esta ciudad, pero al final vas dejando pasar los años... Ya llevamos diez casados, casi nada.

—Sin duda. Hay que aprovechar los momentos —sentenció Sancho con voz grave—. ¿Y cómo va el negocio de los jugadores?

—Negocio, negocio... no es. Es más bien un tormento. Los clubes no tienen dinero, pero quieren a All Blacks por mil euros al mes y compartiendo piso. Los jugadores se creen All Blacks y aspiran a retirarse a los treinta en las Seychelles, y nosotros, los representantes, que somos los que más sabemos de este deporte, nos matamos por hacer alguna operación a cualquier precio, aunque solo sea por quitársela a otro agente.

—Bonito panorama.

—Muy halagüeño, sí.

—¿Sigues fumando Moods?

—¡Coño, qué memoria gastas! No, me pasé al tabaco de liar, que es bastante más barato. Ahora que lo mencionas, me está apeteciendo fumarme un par de cigarrillos con una cerveza fría. Hay una terraza aquí mismo. ¿Te apuntas?

—No puedo. En realidad, ya me marchaba. Estaba alargando el momento, pero llego tarde a una cita.

—Una pena. Escucha, anota mi teléfono. Nosotros estaremos aquí un par de días más por si te apetece salir a tomar algo.

—Perfecto —expresó registrando el número—. Me vas a perdonar, pero no recuerdo tu nombre.

—César.

—Eso es. Anotado. Me alegro de verte y encantado —le dijo a ella.

—Igualmente —respondió.

Sancho se rascó la barba mientras veía alejarse a la pareja y pensó que lo mismo se afeitaría la cabeza, como el representante. Se espoleó para dirigirse

a la salida y coger el coche triturando lo extraño de aquella coincidencia. Él no creía en el azar ni en los golpes de suerte. Todo seguía el curso de lo establecido. A veces más rápido, a veces más despacio, pero casi siempre todo puede explicarse por la teoría de la causa y el efecto. Completamente seguro de tal certeza, sonó su móvil. Al reconocer el prefijo, se desplomaron los cimientos de aquella convicción.

—¡Armando! Precisamente estaba..., menuda casualidad.

—¿Acordándote de mis muertos? —completó.

—No. Más bien de ti, aunque aprovecho ahora que lo mencionas.

—¿De mí? Está empezando a apretarme el pantalón, Ramiro, no sabes lo feliz que me hace escuchar esas palabras de tu boca.

—Lo sé.

—¿Sigues en Trieste?

—Aquí sigo, recogiendo cadáveres, y no me preguntes si hay avances en la investigación porque no los hay.

—Estoy al corriente. Por tal motivo, quería plantearte algo al respecto. — Carapocha endureció el tono y Sancho lo percibió.

—¿Me siento o me ajusto el pañal?

Tras una breve pausa el ruso retomó la palabra.

—Te propongo que juntemos nuestras fuerzas para terminar con Orestes.

El sistema nervioso del inspector reaccionó como si hubiera metabolizado un gramo de efedrina. Se detuvo y distinguió a lo lejos el jersey naranja del representante, fumando y con una jarra de cerveza en la mano.

—¿Debo interpretar ese silencio como un sí? —Conjeturó el psicólogo.

—Sí —afirmó sin pensarlo.

—¿Tienes planes para esta noche?

—¿Estás en Trieste, jodido bolchevique?

—No. Sigo en Belgrado, pero necesito verte esta noche.

—¿En Belgrado?

—A cinco horas en coche. Hace no mucho tiempo, recorriste trescientos kilómetros para pedirme explicaciones. Ahora, te pido que recorras el doble de distancia para dártelas y para saldar una cuenta.

Sancho se tomó unos segundos.

—¿Augusto está en Belgrado?

—Sí, ha venido a por nosotros.

—Lo suponía. Dime sitio y hora.

El representante besó a su mujer y jugueteó con sus cabellos entre los dedos, pero Sancho ya estaba lejos, con el ceño fruncido y el espíritu azorado. Pensando en que quizá no todo pudiera explicarse por la ley de causa efecto, y que realmente la vida no fuera más que una suma de casualidades dispuestas al azar, se montó en el taxi.



Baldosas amarillas: el segador

*Restaurante Milagros
Carretera de Barrika a Sopelana (Vizcaya)
15 de mayo de 2010, a las 13:25*

Prácticamente no quedaba vestigio alguno de la lluvia caída la noche anterior. El sol había ido evaporando lentamente toda el agua que el manto verde no necesitó tragar, que la roca no pudo filtrar y que la arena no supo absorber.

La silueta de un hombre de mediana edad apenas se perfilaba sobre el cemento del mirador de la costa de Uribe. A pesar de la protección de las gafas oscuras, la luz superaba con creces la tolerancia de sus iris. Con la mirada huidiza y el gesto apagado, podía sentir cómo un mal presagio le rebotaba en las paredes del estómago. Una ráfaga le regaló la esencia del vigor cantábrico y decidió que había llegado el momento. El lugar no podía ser otro que el restaurante Milagros.

Las sesiones con Orestes en Berlín habían sido muy fructíferas. Consiguió entrar en su cabeza y detectar las zonas en las que no podía permitir que la parte siniestra asumiera el mando. Luchando contra sus miedos, lograron cortar el riego de aquella zona oscura y, aun sin tener la absoluta certeza, el psicólogo creyó que su influencia sobre la personalidad

de Augusto Ledesma se había reducido. Después, los encuentros se hicieron cada vez más esporádicos. Sin embargo, tras el fracaso en la relación con aquella chica, Paloma, notó cierto distanciamiento por su parte que no tardó en desembocar nuevamente en el mar del aislamiento. Por otro lado, el prestigio internacional de Carapocha había ido creciendo y, consecuentemente, tuvo que intervenir en otras investigaciones en las que los fracasos se impusieron a los éxitos, horadando notablemente la capacidad del psicólogo. En los dos últimos años, su prioridad había consistido en recuperar la relación con Erika, y el contacto con su paciente se limitó a breves llamadas o al intercambio de correos electrónicos para permanecer al corriente de su evolución. Pero hacía unos meses que Orestes había vuelto a dar señales de vida, más vivo que nunca a pesar de la reciente muerte de sus padres en un accidente de tráfico. Carapocha trató de retrasar al máximo el encuentro, pero Orestes nunca se dio por vencido y llegó un día en que no supo inventar nuevas excusas. Esperaba estar equivocado, pero el psicólogo sospechaba que no le quedaría más remedio que acudir a la figura del segador.

Con tal convencimiento, entró en el restaurante Milagros. Y, tras intercambiar algunas palabras con Txus —el gerente del negocio—, se encaminó hacia su mesa. Cuando Orestes le vio, se levantó efusivamente y se dirigió raudo hacia él con los brazos abiertos y la sonrisa desbocada.

—¡Amigo Pílates!

—Orestes —respondió Carapocha con menos efusividad.

—Me alegra muchísimo verte de nuevo. Gracias por acudir a mi llamada. Tengo tantas cosas que contarte... Demasiadas, ya verás. Vamos a sentarnos. ¿Qué quieres tomar?

A Carapocha no le hizo falta mirarle las pupilas para saber que Orestes estaba muy puesto de cocaína o de anfetaminas, o de ambas cosas.

—Una cerveza bien fría.

—¡Que sean dos! —gritó a la camarera.

—Siento mucho tu pérdida. ¿Cómo te sientes?

Orestes tardó en reaccionar.

—Lo afronto con entereza, ya nada puedo hacer por ellos —contestó con una frialdad pasmosa.

—Me alegro de que hayas superado el duelo tan rápidamente, pensé que la desaparición de tu padre te iba a afectar más.

—Mi padre adoptivo —corrigió—, y sí, me afectó; durante un tiempo. Pero ahora mismo no me gustaría centrar la conversación en un tema tan escabroso.

Carapocha arrugó la cara, pero accedió. Transitaron por otros asuntos intrascendentes como lo hacen dos amigos que se juntan con frecuencia y no dan tiempo a que la vida les conceda novedades dignas de ser relatadas. Justo cuando les servían el pez espada y el atún rojo, Orestes decidió dar un giro de ciento ochenta grados al diálogo.

—He decidido empezar, lo tengo todo planificado y muy claro el camino.

El ruso dejó muy lentamente los cubiertos sobre el plato y le miró fijamente a los ojos cediéndole la palabra.

—Voy a empezar mi obra, y mi fuente de inspiración será lo que tanto te obsesiona —anunció sin levantar la mirada del pez espada.

—Me parece una gran idea —comentó mecánicamente.

—¿Sí?

—Por supuesto. Si crees que ha llegado tu momento realmente, no hay razón para posponerlo. Ahora dime, ¿me has llamado para que te acompañe en el camino?

—Solo si tú quieres.

—Gracias. Para tomar la decisión, solo necesito saber qué parte de ti ha tomado la decisión.

—No te entiendo.

—Sí, me entiendes, pero seré más claro. Si el Augusto sensible y creativo es quien ha tomado la iniciativa, podré ser tu copiloto. Si la ha tomado el Augusto siniestro, cuyo único afán es el de autoalimentar su ego, no tendré sitio en el coche.

—Yo soy Orestes, pero ni siquiera me llamo así.

—Por supuesto. Tu nombre es Augusto Ledesma, nacido un 22 de marzo de 1978. Niño primero maltratado y, después, adoptado. Con graves carencias afectivas y claras tendencias sociopáticas. La forma en la que tú decidas llamarte, chavalín, es del todo intrascendente.

Orestes esbozó una sonrisa que no entraba en el abanico de posibles

reacciones que esperaba el psicólogo.

—Entonces, ¿no me acompañarás en este viaje?

—No habrá tal viaje.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Porque el conductor que has elegido no conoce la ruta, solo el destino. Te saldrás en la primera curva y pondrás fin a una obra que nunca existió. Tú eres el acelerador y el freno, ambos imprescindibles para conducir, pero no tienes ni idea del pedal que tienes que pisar en cada momento. Te estrellarás. Esta será mi última lección, y la factura de esta magnífica comida, tu último pago.

—No hay problema. Te demostraré lo equivocado que estás. Tengo el depósito lleno, el navegador listo y pienso arrancar antes de lo que piensas.

Carapocha cogió los cubiertos, cortó un trozo de atún rojo y lo mojó en la salsa de jalapeños. Antes de metérselo en la boca, le preguntó:

—¿Me avisarás cuando hayas metido el equipaje en el maletero?

—Por supuesto. Es el periplo que has deseado hacer toda tu vida y creo sinceramente que te has ganado el derecho de acompañarme.

—¿Quieres probar esta delicia? —preguntó ofreciéndole el trozo que tenía pinchado en su tenedor.

—No, gracias, me gustan los platos más cocinados.

—Como quieras.

El sabor picante de la salsa enmascaró por completo la exquisitez del atún. Carapocha maldijo por dentro mientras masticaba el bocado exhibiendo una enorme y forzada sonrisa.



Esclavo de su urgencia y su velocidad

Kafana Dačo

Barrio de Zvezdara (Belgrado)

9 de mayo de 2011, a las 21:03

Aquella taberna, que en otro tiempo fue una vivienda más del popular barrio de Zvezdara, llevaba liderando el *ranking* de restaurantes de Carapocha desde el mismo día, a principios de los años noventa, en que unos periodistas italianos que cubrían el conflicto le invitaron a cenar. Quizá no fuera por la comida, succulenta, tampoco por el lugar en sí, irrepetible, ni siquiera por el servicio, obsequioso. Seguramente, no había un porqué, ni falta que hacía, pero ese lugar tenía atrapado al psicólogo; de hecho, acudía con cuentagotas cuando estaba en Belgrado para, según él, no agotar su magia.

La parte exterior no era más que un chamizo camuflado entre la profusa vegetación y presentaba un aspecto un tanto desangelado. El lunes era el día más flojo de toda la semana y, precisamente por ello, había llamado a Ljubica para reservar su mesa. La última vez que estuvo fue un viernes noche y, para su desgracia, se lo encontró totalmente abarrotado. Desde que se empezó a decir que Kafana Dačo era el mejor restaurante de los Balcanes, los dueños —un matrimonio a punto de llegar a los sesenta— debieron tirar del árbol

genealógico para cubrir las necesidades de personal. Aquel día, tuvo que esperar una hora y media para que liberaran su mesa, y eso hizo que se le atragantara la parrillada de carne. A partir de entonces, siempre llamaba para reservar.

La agitación de su padre no pasó desapercibida para Erika a pesar de los esfuerzos del psicólogo por intentar disimularla. Tras besar tres veces a Ivica y cruzar unas frases empapadas de irrelevancia, el patriarca del negocio acompañó a la pareja hasta el fondo del local, donde ya les estaba esperando Marija. La recepcionista mudó su expresión de congoja en cuanto les vio aparecer. Carapocha la abrazó con viveza y la mujer hizo lo propio con Erika.

—Tráenos algo de vino —solicitó Carapocha a Ivica—, de ese que dices elaborar tú mismo, ya sabes, ese que te traes en contenedores de Montenegro.

—Todavía tengo los pies morados de pisar la Vranac^[87] —respondió con sorna balcánica.

—Pues eso, tráenos una frasca, pero de ese que pondrías en la boda de tu hija. No nos traigas el que enchufas a tus compatriotas para que lo mezclen con agua gaseada ni, mucho menos, con el que emborrachas a los turistas.

—Nunca le haría eso a un tipo con un pasado tan siniestro como el tuyo —replicó el hombre en serbio agarrando con firmeza a Carapocha por el hombro.

—Si conocieras mi presente, le dirías a Ljubica que me hiciera la *vaskania*^[88].

—Eso ya lo hizo la última vez que viniste y montaste aquel escándalo por haber ocupado «tu» mesa...

Marija se santiguó y Carapocha se quedó pensativo mientras Erika seguía absorta en la decoración; demasiadas admiraciones e interrogantes para su desbocado estado maniático. Paredes de papel pintado enfrentando el verde césped con el rosa pálido; suelo de madera teñido de fucsia en oposición al blanco liberador del techo. Algunos estantes y vitrinas, muebles varios dispersados sin criterio por el recinto irradiando a discreción tonalidades tan indiscretas como el amarillo banana o el verde turquesa que destacaban en aquel frenesí cromático. Cada mesa lucía un color dispar, vestidas todas en anómala comunión de mantel bordado y en compañía de sillas de distintas razas. Objetos hacinados por doquier, miles, quizá millones, todos de dudoso

origen y ninguna utilidad; fotografías de época, instrumentos de música tradicional, diversos enseres de cocina, muñecas de porcelana y otras porcelanas variadas, botellas y botellitas, recipientes y receptáculos de distinta condición.

Todo perfectamente desordenado.

Si su mente estuviera decorada, lo estaría exactamente igual.

—¿Sigues con nosotros, hija? —preguntó Carapocha.

—Diría que sí —contestó.

—Nos alegramos por ello. *Živjeli!* —brindó sin demasiada energía con sus acompañantes y bebió antes de retomar la palabra—. Vamos al lío. Marija, ¿has traído el listado?

Ella asintió y sacó del bolso un folio doblado por la mitad.

—Estupendo.

Hizo una rápida lectura de los veintiún nombres y miró a su hija.

—Tiene que ser uno de estos, pero no soy capaz de dar con él. Aquí no hay 3G ni nada que se le parezca, así que voy a pedirle a Ivica que nos deje usar el equipo que tiene en su despacho. Mientras yo cumplo mi palabra con la señora —dijo refiriéndose a Marija— y le cuento todo lo que necesita saber, tú compruebas en Google cada nombre. A ver qué sacamos.

—Claro, buscar nombres de hombres en Internet es mi pasión oculta —afirmó Erika con sarcasmo.

Alguna calle de Novi Beograd (Belgrado)

Sancho llevaba cinco horas y diez minutos con el pie pegado al acelerador del Volkswagen Polo rojo con matrícula croata que había alquilado en la oficina de AVIS del Molo 4. El encargado de la franquicia le recomendó, e incluso imploró, esperar para que le entregaran otro vehículo con matrícula serbia, pero fue inútil: el inspector no entendía de banderas ni, mucho menos, de retrasos cuando se es esclavo de la urgencia. Las paradas obligadas en los pasos fronterizos le hicieron bajar el promedio de 160 km/h con el que castigó el motor 1.4 del utilitario. Desde que llegó a la capital serbia, no había

dejado de caer una lluvia tenue pero viva, y el inspector buscaba una parada de taxis desde la que pudieran guiarle hasta la dirección que le había proporcionado Carapocha.

Durante el trayecto, había visionado distintas variantes de una misma escena: el ansiado reencuentro con aquel tipo que se la había jugado y que era el causante, a partes iguales con Augusto, del colérico estado que reinaba en su interior. Realmente, no sabía cómo iba a reaccionar, si con forzada frialdad o con espontáneo ímpetu. La expectación sobre lo que sucedería dentro de algo más de media hora se agitaba en un cóctel de malestar y entusiasmo difícil de digerir. A eso, se sumaban las dudas que le habían asaltado durante el viaje sobre si avisar o no a Gracia Galo. Finalmente, no lo hizo.

Parado en un semáforo, acertó a distinguir un taxi, dos coches detrás de él. Quitó la llave del contacto y se bajó del vehículo como si fuera a explotar de un momento a otro. De cuatro zancadas, alcanzó la ventanilla del conductor y golpeó el cristal con los nudillos con más fuerza de la que hubiera querido Sancho —pero, sobre todo, el taxista, que reaccionó asustado antes de bajarlo—. El inspector se las arregló con el idioma universal de las señas, muecas, gritos y gestos para explicarle que quería que le guiara hasta aquella dirección.

—*Da, da. Kafana datso. Da, da* —dijo por fin el taxista justo en el instante en el que empezaba la sinfonía de claxon en do mayor.

—¡Si uno tiene siempre el dedo en el gatillo, lo más probable es que se le dispare el arma! —profirió el pelirrojo subiéndose al coche—. ¡Hay que joderse con la agresividad de los yugoslavos...!

El inspector no comprendía que el escudo croata que lucía en su matrícula podría tener algo que ver con la intensidad de la reprimenda sonora.

Se obligó a calmarse y encontró el bálsamo que buscaba frotándose vivazmente la barba.

Kafana Dačo
Barrio de Žvezdara

Sorprendentemente, Marija no había interrumpido ni una sola vez a Carapocha en su prolongada explicación de los antecedentes que les habían arrastrado hasta aquel callejón sin salida. Cuando terminó, ya no quedaba líquido en la frasca de vino ni sólido en el argumentario del psicólogo.

—Nos has puesto a todos en peligro —sentenció reposadamente—. Ese tipo casi mata a Goran e incluso tu hija corre un riesgo que no merece. Eres un maldito loco inconsciente, Armando, un viejo egoísta y ambicioso al que solo le interesa salirse con la suya sin importarle el precio a pagar.

—Entiendo que pienses así de mí —adujo él— y, aunque no sea del todo como dices, no pienso tratar de convencerte de lo contrario. En este momento, lo que tenemos que hacer es pensar en la forma de... atraparle.

El ruso estaba pensando en otra palabra que omitió deliberadamente justo cuando Erika se reincorporaba a la mesa con aire inexpresivo.

—¿Ya os habéis soplado todo el vino? ¡Coño con los mayores! —exclamó—. Y, por lo que veo en vuestras caras, no os ha sentado muy bien.

—No, no muy bien —afirmó Marija.

—¿Tienes algo? —solicitó Carapocha.

—Athanasius Pernath, protagonista de *El Golem*, de un tal... —leyó el listado— Gustav Meyrink. Esta misma mañana se ha registrado un tipo con ese nombre y pasaporte de la República Checa. Está alojado en la habitación 319.

Carapocha desvió la mirada.

—Demasiado fácil.

—No tanto. No encontré ninguna coincidencia metiendo los nombres y apellidos de los veintiuno, así que empecé de nuevo introduciendo el apellido y *character literature*, y surgieron algunas coincidencias. Tras revisarlas todas, me he decantado claramente por Athanasius Pernath, un personaje oscuro de una novela siniestra. Además, la trama se desarrolla en el gueto judío de Praga a finales del siglo XIX, lo cual me pareció definitivo.

—¿Has dicho la 319? En esa habitación se alojaba Pavarotti cuando venía a Belgrado, pero eso no es más que una coincidencia, él no tiene forma de saberlo.

—Es él, estoy seguro, pero... Orestes no es tan estúpido como para

arriesgarse así, sin más. Debe de tener algo en la cabeza y tenemos que averiguar qué es. Buen trabajo —le dijo a su hija, que volvía a centrar su atención en el entorno mientras soltaba el humo del cigarrillo.

—¿Me he ganado una cerveza?

—Marija —Carapocha se volvió agarrándola delicadamente del cuello—, no quiero que te resulte violento, pero necesito que desaparezcas hasta que hayamos resuelto este asunto. En unos minutos —añadió mirando su reloj—, aparecerá por la puerta el inspector del que te hablé antes y no sé cómo va a reaccionar. Quiero estar a solas con él.

Marija no pareció tomarse a mal aquello.

—Ya he hablado con mi sobrina, me acogerá durante unos días en su casa.

—Estupendo, pero no quiero saber ni la dirección. Nos comunicaremos por teléfono. No creo que Orestes sea capaz de relacionarte conmigo —mintió—, pero prefiero no arriesgar.

—Solo te pido que lo soluciones lo antes posible. Prométemelo.

—Te lo prometo.

Marija chequeó la veracidad de las palabras del ruso. Quería creerle y le creyó.

—¿Y se puede saber qué hago yo mientras tú departes con el inspector? —intervino Erika intencionadamente—. ¿Me pongo a cantar con esos tipos? —preguntó señalando a dos músicos que estaban afinando acordeón y guitarra.

—Erika, Sancho te conoce y el color de tu pelo es un potente reclamo. Voy a pedirte que te sientes en esa mesa de ahí y que, simplemente, le señales dónde tiene que ir cuando le veas entrar. No creo que sea así, pero si viene con intención de acabar conmigo, tenerte a su espalda le quitará las ganas de hacerlo; al menos, de forma impulsiva. Más tarde, según se desarrollen los acontecimientos, te llamaré para que te incorpores a la conversación. ¿Qué te parece?

—¿Hay otra alternativa?

Carapocha hizo caso omiso a su comentario.

—Siento mucho todo esto —le susurró a Marija antes de despedirse con un abrazo—. Te llamo mañana por la mañana. Trata de descansar.

Marija se dejó querer antes de dejar, sin querer, que sus ojos se humedecieran. Algo avergonzada, se secó las lágrimas con las palmas de las manos y se marchó visiblemente airada. Erika la acompañó fuera y la metió en un taxi. A su regreso, el psicólogo lucía un semblante deslucido.

—¿Qué sucede?

—No sé si terminaré arrepintiéndome... —dudó.

Le pasó un arma envuelta en una servilleta de cuadros por debajo de la mesa.

—Es una Walther PPK. Ya sabes, quitar seguro, apuntar y apretar gatillo. Solo si es estrictamente necesario —recalcó.

Erika la colocó en su regazo.

—Entiendo. Puede que la pruebe con el primer parroquiano que se me acerque con ganas de entablar conversación o de invitarme a un trago. Me voy a mi sitio.

Se sentó donde le había indicado su padre y llamó la atención del camarero. Hacía años que no cogía un arma. Con catorce, su abuelo le enseñó a disparar, y Carapocha, con diecisiete, a acertar en el blanco. Tenía que reconocer que le atraían las armas poderosamente y, aunque hacía tiempo que no tocaba una, confiaba en que actuaría de forma intuitiva y mecánica llegado el momento.

Su padre había adoptado una postura cómoda y lucía una estudiada expresión neutra, vacía. Se preguntó qué estaría pasándole en esos precisos instantes por la cabeza, pero decidió que era mejor no saberlo. Con los dos primeros tragos de la cerveza trató de abstraerse del ciclón cromático que alimentaba su estado eufórico. Se estaba liando otro cigarro justo cuando los músicos arrancaron con su repertorio de canciones serbias.

«Momento ideal para hacer prácticas de tiro», pensó Erika.

A unos tres metros frente a ella, una vitrina de color fucsia repleta de muñecas le hizo aguzar el enfoque. Había un total de doce repartidas en tres estantes, todas ataviadas con los típicos trajes regionales. Dos eran idénticas; casi idénticas.

*Oficina de AVIS
Molo 4. Trieste*

A Franco Pečenic le habían contratado por ser de origen esloveno; de eso no había ninguna duda. Su director de oficina, un licenciado en administración de empresas con muchas ganas de ascender para marcharse de Trieste, en el marco de la batalla comercial que mantenía con Hertz, había puesto en marcha una agresiva promoción dirigida a la numerosa comunidad balcánica de la ciudad. En coordinación con las oficinas de Liubliana, Zagreb y Belgrado, había conseguido reducir un cincuenta por ciento la penalización que gravaba coger un coche en un país y devolverlo en otro. Así, muchos eslovenos, croatas y serbios podrían alquilar uno de sus vehículos durante doce horas y dejarlo en la sucursal del país de destino. El cliente se comprometía a devolver el vehículo en el plazo máximo de una semana, pero el precio final era altamente competitivo. Resultaba mucho más barato, cómodo y rápido que el tren o el autobús para varios miembros de una familia o un grupo de amigos. La oferta había tardado en arrancar, pero hacía dos meses que había empezado a dar sus frutos y el aumento de visitas de clientes potenciales a la oficina le obligó a buscar a alguien. Necesitaba a una persona con facilidad de palabra, pero, sobre todo, que pudiera entenderse con los muchos eslavos que aún no hablaban bien el italiano a pesar de llevar años en Trieste. Eligió a Franco entre más de veinte candidatos por su don de gentes y su buena presencia.

En aquel instante, con tres dientes partidos, el ojo izquierdo hinchado, la nariz rota y goteando sangre sobre las teclas del portátil, Franco Pečenic no hacía otra cosa que arrepentirse del momento en el que había aceptado aquella oferta de empleo. Mientras, bregaba con la aplicación de la franquicia para localizar por GPS un Volkswagen Polo de color rojo matrícula DU 498-FG.

—Si tardas más de treinta segundos, le diré a Rudiger que vuelva a acariciarte la cara —le amenazó el hombrecillo bizco.

Todavía le resonaba en los tímpanos el tortazo de revés al más puro estilo Nadal que le había propinado hacía unos minutos aquel aterrador gigante de brazo en cabestrillo.

—Señor, no es culpa mía, se lo juro. Es la puta mierda de conexión que tenemos en estas oficinas. ¡Se lo juro! —Vocalizó Franco haciendo efes de las eses y des de las erres.

—Que tu madre reclame la factura de la funeraria a la compañía de telecomunicaciones. Dime de una maldita vez lo que necesito saber, se me está terminando la paciencia.

—Espere, espere..., parece que ya va —expresó esperanzado—. ¡Ya está cargando!

El hombrecillo acercó la cara a la pantalla. En su lado izquierdo se podían apreciar los vestigios de haber sido golpeada recientemente.

—Eso es... ¿Belgrado?

—Eso me dijo el tipo que lo alquiló, señor.

—¿Estás seguro?

—El GPS no miente. El coche está en Belgrado.

—O ese español pelirrojo es un temerario inconsciente o tiene más pelotas que el mismísimo Ibrahim Rugova^[89]. Pasearse por Belgrado con un coche de matrícula croata es como dormir desnudo en un colchón de víboras. Solo espero que aún conserve mi Anaconda —pensó en alto el señor Kapllani—, eso es lo único que me importa.

—Ese coche está en Belgrado —certificó el muchacho señalando con el dedo la pantalla del equipo informático.

El señor Kapllani hizo alarde de la riqueza del idioma albano-kosovar en el arte de la execración antes de dar un toque en la espalda a Rudi.

—Has tenido un desgraciado accidente —le dijo a Franco—. Mañana haré una llamada a esta oficina y preguntaré por ti para que me digas dónde está exactamente el vehículo. Si avisas a la policía, tus restos y los de tu familia servirán para dar de comer a esos asquerosos peces del puerto durante unas cuantas semanas. ¿Has entendido?

Franco Pečenic asintió tapándose la boca con la mano. En cuanto les vio desaparecer por la puerta, maldijo las palabras de su padre animándole a aceptar el trabajo y las de su novia aconsejándole que se hiciera un corte de

pelo moderno para mejorar su aspecto. Visualizó con inquina la Piaggio Mp 3500 IT de color naranja que iba a comprarse en el mercado de segunda mano cuando juntara dos mil seiscientos euros. Deseó con fervor el rotundo fracaso de la carrera de su jefe, pero, principalmente, anheló con vehemencia la peor de las desgracias para aquel barbudo pelirrojo de voz grave que había decidido alquilar el único automóvil disponible para ir a Belgrado a pesar de llevar matrícula croata.

La rabia le ayudó a superar el dolor que acumulaba en la boca para liberar un encantamiento en forma de esputo sanguinolento que terminó estrellándose contra la pantalla de su ordenador. Siguiendo con los ojos el lento desplazamiento de su incisivo por el mapa virtual de Belgrado, rompió a llorar.

Exteriores de Kafana Dačo Barrio de Žvezdara

Faltaban ocho minutos para las diez. El taxista, con el brazo fuera de la ventanilla, le indicó a Sancho que habían llegado a su destino. Casi no había luz en la calle y lo único que destacaba era el letrero en cirílico de lo que parecía una casa molinera que bien pudiera haber sido trasladada hasta allí, piedra por piedra, desde Castrillo de la Guareña. En aquel momento, no le importó lo más mínimo el «plus de peligrosidad» que le cobró el taxista por guiar a un coche con matrícula croata. «Invita Kapllani», pensó. Le entregó veinte euros y se subió de nuevo al coche para encontrar aparcamiento unos metros más adelante. Miró el reloj del salpicadero. Faltaban cinco minutos, tiempo suficiente para decidirse entre la Zastava o el Colt que había camuflado en el maletero. Por razones de volumen, eligió la pistola de juguete y se la guardó a la espalda, por dentro del pantalón. Comprobó que la cazadora cubría el bulto e inspiró lenta y profundamente notando cómo se hinchaban sus pulmones antes de soltar el aire por la boca muy despacio. Inconscientemente, se retrotrajo varios meses atrás, al día en que Matesanz le levantó de la cama para ir al Instituto Anatómico Forense de Valladolid y

reconocer a la que sería la primera víctima de una lista demasiado larga. Repitió el ejercicio de relajación hasta que se notó más calmado.

La lluvia de los días precedentes había purificado el aire. Sancho creyó reconocer la esencia del tomillo y el aroma del laurel, aunque realmente se trataba de romero y estragón. Sin saber muy bien lo que le esperaba dentro de aquella casa molinera, se encaminó hacia la entrada.

El tipo del coche de enfrente, estacionado allí desde hacía más de una hora, se preguntaba quién podría ser tan estúpido como para aparcar un coche con esa matrícula en un barrio como el de Zvezdara. Se tuvo que agarrar al volante con sus enormes manos para comerse las ganas de sacar el martillo del maletero y abrirle el cráneo como si fuera un melón.

Totalmente ajeno al peligro, Sancho comprobó que no había nadie en el patio, pero enseguida distinguió otra puerta a su izquierda. Se podía oír la música y el barullo desde fuera. Apretó los dientes, frunció el ceño y la empujó con decisión. La música de la guitarra y el acordeón; las voces que cantaban chillando, las que chillaban cantando; el olor a carne especiada a la brasa y el repentino estallido cromático superaron con creces la tolerancia sensitiva de Sancho y le sobrevino un vahído. Tras unos segundos de adaptación al medio, buscó las características físicas de Carapocha y encontró las de Erika, que le miraba con expresión taimada desde una mesa situada al fondo del local. Extrañamente sereno y con las manos en los bolsillos, se dirigió hacia ella. La chica le dedicó una tenue sonrisa y le hizo un gesto con las cejas que acompañó del brazo para indicarle la dirección que debía seguir. El restaurante continuaba a su derecha, y allí estaba él, sentado a la mesa de la esquina más alejada, cariacontecido y con las manos bien visibles sobre el mantel. Encontró su piel más blanca de lo normal y su pelo cortado a cepillo algo más corto que la última vez que se vieron. La mirada del psicólogo le contagió la misma sensación intimidatoria de la primera vez.

El inspector se paró a unos dos metros y se pellizcó los muslos a través de la tela de los bolsillos.

—Bienvenido a Belgrado, Ramiro.

Sancho permaneció inmóvil auscultando las posibles señales de su sistema nervioso. No se disparó ninguna alerta, así que alargó el brazo para agarrar el respaldo de una silla de color verde esmeralda haciendo gala de una

flema que no le correspondía. Se sentó sin despegar sus ojos de los del psicólogo.

—Aquí me tienes —dijo al fin.

—Diez en punto. Lo tuyo es enfermizo.

Sancho esbozó una sonrisa irónica.

—Hay que joderse, Armando, hay que joderse —reiteró—. Enfermizo dices...

—¿Cómo te sientes?

—¿Me has pedido que conduzca desde Trieste hasta Belgrado para psicoanalizarme?

—No, solo quiero saber si estás en plenitud de condiciones o si es tu sed de venganza lo que te ha guiado hasta aquí.

—Entonces, déjame que te conteste, maldito cabrón —solicitó solícito—. Ya habrás leído en mis ojeras que acumulo mucha falta de descanso, por lo que seguramente has deducido que no me encuentro muy bien. Pero voy a ser más explícito. Antes de que me llamaras para desvelarme el paradero de Augusto, me sentía como un incapaz, atenazado por la rabia, la incertidumbre y el puto abandono. Rabia provocada por mi incapacidad para convencer a mis superiores de que reabrieran el caso, incertidumbre causada por no saber dónde cojones estaba y hacia dónde cojones tirar, y abandono al encontrarme solo para enfrentarme a mi fracaso. Tenía la sospecha, o mejor dicho, la esperanza de que Augusto estuviera vivo, pero no tenía forma de comprobarlo a pesar de revisar todos y cada uno de los casos con resultado de muerte que se dieron en España durante aquel período. Cuando «tuviste a bien» —enfaticó con sarcasmo— confesarme que me habías engañado como a un idiota fingiendo la muerte de Augusto y que le habías localizado en Trieste, ya ni siquiera sabía lo que sentía. Más rabia, ira y resentimiento, pero envuelto todo en una especie de hálito de esperanza imposible de entender para una mente tan limitada como la mía. En cierto modo, creo que te estaba agradecido por haberme salvado el pellejo y hasta por no haberle matado. Así, yo tendría mi oportunidad. Pero se me volvió a escurrir entre los dedos en Trieste, y me di cuenta en ese momento de que los muertos también eran responsabilidad tuya. Al menos, en parte. Fue cuando pensé en cambiar de objetivo. Y ahora, me llamas proponiéndome que trabajemos juntos para

terminar con él y me preguntas cómo me siento...

—No me has respondido. ¿Cómo te sientes?

—Con ganas de apretar el gatillo.

—Bien. Pues dejémonos de soplapolleces y pongámonos manos a la obra. Ahora dime, ¿qué quieres comer?

Recepción del Hotel Moskva (Belgrado)

Un hombre de unos treinta y cinco años vestido de traje y corbata, con gafas de pasta negra y ojos verdes esperaba a ser atendido por el recepcionista de pelo cano y sonrisa amable.

—¿En qué puedo ayudarle, señor? —preguntó en un inglés con marcado acento eslavo.

—Mire, me ha surgido un problema y querría saber si usted puede ayudarme. Preciso trabajar en un documento que tengo en este *pendrive*, pero el puerto USB de mi portátil no funciona. Necesito que trate de abrirlo y me lo envíe a mi dirección de correo electrónico.

El recepcionista dudó.

—Es de vital importancia para mi empresa —añadió con rotundidad el ejecutivo anticipándose a la más que posible excusa del recepcionista.

—Muy bien, señor. Vamos a intentarlo.

El ejecutivo se lo agradeció con una sonrisa que era igual de postiza que su indumentaria.

Kafana Dačo Barrio de Žvezdara

Tras un breve pero irritante silencio, Sancho decidió probar el vino de la casa y el queso de oveja. El ruso le preguntó:

—¿Cómo está ese queso?

—Preferiría Flor de Esgueva curado, que es el que yo compro, y ya puestos, con un poco de vino de la Ribera, pero supongo que en la carta no tendrán Protos, Pesquera, Emilio Moro, ni Pago de Carraovejas..., ¿no? Dejémonos de chorradas y cuéntame para qué me has hecho venir. ¿Qué sabes?

—Sé que todos vamos a morir con absoluta certeza, pero que debemos hacer lo posible para que Orestes lo haga antes que nosotros —dijo a modo de introducción—. Antes de empezar, si no tienes inconveniente, te quería pedir que Erika se uniera a esta conversación. Ella es parte del plan y sabe tanto como tú; es decir, nada.

Sancho se giró antes de contestar para cruzarse con la mirada de la hija de Carapocha.

—No hay problema —aseguró.

El ruso le hizo un gesto casi imperceptible y Erika tomó asiento al lado de su padre.

—Hola, inspector —saludó ella.

—Erika.

—Esto es lo que sabemos: esta misma mañana, Orestes se ha registrado en el Hotel Moskva con el nombre Etham Pernath. Erika se encargará de comprobarlo con las grabaciones de recepción.

—¿En el mismo hotel que vosotros? —cuestionó Sancho masajeándose el mentón.

—Así es.

—Su puta madre...

—Muerta —completó Erika acertadamente.

—Sigo. Que esté registrado no significa que se aloje allí. No tenemos idea del motivo por el que lo ha hecho; seguramente, para ponernos sobre aviso. Quiere desafiarnos y esta es su forma de empezar la partida. Me juego tus pelirrojas pelotas a que ni siquiera ha entrado en la habitación o que, si lo ha hecho, es para prepararnos una bonita trampa. Y poca más información podemos darte, Ramiro.

—No es mucho.

—No. Tampoco importa, esa no es la pregunta que tenemos que hacernos.

Sancho y Erika se intercambiaron interrogantes.

—Tenemos que preguntarnos qué sabe él de nosotros para tratar de anticiparnos a su siguiente movimiento. Veamos, Orestes está al corriente de lo que Goran le contó.

—¿Quién es Goran?

—Eso no importa ahora —rehusó—, desviaría nuestra atención. Sabe que Erika y yo estamos alojados en el hotel preparando la operación contra Ratko Mladić.

Sancho frunció el ceño, pero decidió no interrumpir.

—Al escapársele vivo, habrá supuesto que Goran nos ha avisado y, por tanto, sería lógico pensar que hemos volado de allí. Pero, a buen seguro, él estará razonando de igual forma, llegando a la conclusión de que no hay lugar más seguro para nosotros en todo Belgrado que el Moskva. Nos espera allí, y querrá tenernos controlados de cerca.

—Mi proceso mental es más de andar por casa. A ver si me aclaro. ¿Dices que Augusto está alojado en el hotel? E insisto, ¿quién cojones es Goran?

—Tu cabezonería es tu principal defecto y tu única virtud. Goran Jerčić es un buen amigo mío que, además de ser uno de los mejores *crackers* del panorama internauta mundial, es miembro del grupo de *hackers* que lidera nuestro querido Orestes.

—No soy bueno recordando nombres, pero este es especial: ¿se trata del tipo que acuñó la famosa frase? ¿Ese al que salvaste durante la guerra?

—Hace poco me dijo que la frase no es suya, pero sí, ese es Goran. Me ha tenido al corriente de sus actividades en la red, y fue él quien localizó a Augusto en Trieste. ¿Ya estás satisfecho?

—No. Todavía estoy muy lejos de estarlo, pero importunarte me hace momentáneamente feliz. Y dime: ¿está Augusto alojado en el hotel o no?

—A la vista de los acontecimientos, sería lógico pensar que sí —contestó el ruso.

—Pero la lógica no tiene nada que ver con su forma de actuar, ¿no? —objetó Erika.

—*Tochno*^[90]!

—Entonces, ¿no está en el hotel? —volvió a preguntar el inspector con

hastío.

—No. Se alojará en otro sitio, pero intentará cazarnos a todos allí utilizando un cebo.

—No sé si soy capaz de seguir vuestros putos cerebros privilegiados.

—Ramiro, te noto perdido y desorientado, como un jubilado sin obras que visitar.

—Puede, resulta que no estoy yo a estas horas para mucha joda psicológica. ¿Crees que Augusto sabe que estoy aquí?

—Con total seguridad. Si te vio en Trieste, habrá supuesto que yo te avisé, y no hay razón que le impida pensar que ahora no haya hecho lo mismo. Simplemente, por una cuestión de lógica.

—No me jodas, Armando..., ¿no hemos dicho que no piensa con lógica?

—Sí, pero eso no quiere decir que sea estúpido. A esos se les reconoce enseguida; suelen llevar la cara a juego.

Sancho agarró el vaso de vino y se lo bebió de un trago.

—¡A la mierda con los Lopategui! —concluyó.

Habitación 525 *Hotel Zira. Belgrado*

Para un experto como Orestes, entrar en el programa de gestión del Hotel Moskva, una vez que el SpyDZU ya campaba a sus anchas por la red local, resultó francamente sencillo. Lo primero que hizo fue buscar las habitaciones de sus rivales. Tal y como esperaba, no encontró nada en el directorio de huéspedes, pero le llamó poderosamente la atención las dos habitaciones casi contiguas con el mismo apellido: Wurlf. La 221 a nombre de Eric y la 225 a nombre de Erika. Todo un alarde de talento, pensó. No obstante, no era aquello lo que estaba tratando de averiguar.

Cuando entró en los maestros y accedió a los cuadrantes de turnos de recepción comprobó que solo había dos posibilidades. En cuanto contrastó las edades, sonrió satisfecho.

La siguiente vuelta de tuerca sería más complicada, pero eso era lo que

realmente le motivaba y tenía toda la noche por delante.

Kafana Dačo
Barrio de Zvezdara

Tres frascas de vino después, Carapocha logró hacerse entender y, a pesar de que aquello parecía sacado de un guion de los hermanos Marx, el inspector se comprometió a participar. Era tan grotesco que hasta podría dar resultado. Según lo expuesto por el psicólogo, la clave del éxito radicaba en ganar la batalla de las percepciones y, para eso, solo él podría conocer el plan en toda su extensión mientras que únicamente haría partícipes a Sancho y a Erika de la parte que le correspondía a cada uno. El inspector se preguntaba si le tocaría interpretar el papel de Harpo o de Chico en aquel aciago vodevil, ya que estaba claro que Carapocha se había autoasignado el de Groucho. No sabía si era fruto del vino del país, del largo viaje o de la tensión del reencuentro, pero sus neuronas empezaron a parpadear como lo hacen las bombillas justo antes de fundirse definitivamente. El psicólogo se percató de ello.

—Ramiro, creo que lo más prudente en estos momentos es que todos nos vayamos a descansar. Nosotros dormiremos en casa de un viejo amigo —le informó faltando a la verdad—. ¿Dónde irás tú?

—No lo había pensado. No es que haya tenido mucho tiempo para planificar el viaje por agencia, pero he visto un hotel que tenía buena pinta cuando venía para acá. Zira, creo que se llamaba —recordó justo antes de que se le quemara el filamento.

—Sí, sé dónde está. Es un hotel moderno y confortable, te vendrá bien el reposo —especuló Carapocha antes de levantarse de la mesa.

Ya en el exterior, Sancho declinó la oferta de Carapocha para guiarle hasta el hotel y Erika se despidió de él con una mirada incierta, dejando a los hombres a solas.

—Ramiro, supongo que una disculpa a estas alturas no arreglará nada entre nosotros, pero, igualmente, quería pedirte perdón por la manera en que

sucedieron las cosas en Valladolid.

—Tienes razón. No arregla nada, pero se agradece. Solo quiero pedirte una cosa: no vuelvas a tratarme como si fuera un estúpido.

—No lo haré.

Mantuvieron sus posiciones hasta que Carapocha decidió tenderle la mano. Sancho se la estrechó sin modificar su consumida expresión.

—Gracias por haber venido —se despidió el psicólogo antes de tomar la misma dirección de Erika.

Sancho se quedó parado observando el deslucido caminar del ruso en busca de algún sentimiento hacia aquel hombre, pero su bombilla ya estaba fundida y no registró ninguna actividad hasta que distinguió los daños de su coche alquilado: ruedas rajadas, lunas rotas e incontables abolladuras. Los cimientos del cielo se tambalearon. Le vino a la cabeza aquella campaña de Peugeot en la que un indio destrozaba su coche deliberadamente para convertirlo en un 206. Parado en la calle, execró a voces contra todos los serbios, pero los pocos oídos que pudieron escucharle no le entendieron. Con cuidado de no cortarse con los cristales, abrió la guantera para coger la documentación del vehículo y buscó en el maletero el Colt Anaconda. Por suerte, allí seguía. Cargó con todo en su mochila antes de encaminarse hacia ningún sitio. La exasperación espoleó al inspector a pesar de la fatiga física y del agotamiento mental. Le llevó algo más de media hora llegar a una avenida en la que, tras ocho intentos, consiguió parar un taxi, dos menos de los que empleó para hacer entender a su conductor que quería que le llevara al Hotel Zira. En aquella moderna recepción, Sancho aguantó estoicamente la noticia de que estaban completos. En el momento en el que se subía en el siguiente taxi, un tipo a lo lejos creyó estar volviéndose loco cuando le pareció distinguir al inspector pelirrojo a la puerta de su hotel. Atribuyó aquella visión a los efectos del alcohol y las drogas, y decidió borrarlo de su mente.

Con otros diez euros menos y algunos minutos más tarde, se dejó caer vestido en la cama de un hostel de nombre desconocido hasta el que le llevó el último taxi.

Ni siquiera le dio tiempo a terminar el «Hay que joderse» con el que se acunó.

Residencia de Gracia Galo
Quartiere di San Vito

La inspectora jefe Galo acababa de tirarse en el sofá. Había llegado a casa con el tiempo justo para bañar a Alessandro y darle la cena. Como era de esperar, la primera tarea había requerido mucho más esfuerzo que la segunda, pero estaba en la cama por fin, y no pensaba en otra cosa que en comerse ese asqueroso yogur de macedonia mientras las imágenes de la televisión la obligaban a desconectarse de la realidad; si los ronquidos de su padre desde el sofá se lo permitían. Llevaba todo el día reunida con Padulano y aquella cuadrilla de «expertos» *rompicoglioni* llegados de Roma. Su capacidad de aguante no daba para más. Ni siquiera se había podido despojar del traje de chaqueta en el que se había embutido hacía ya más de quince horas.

Antes de meterse la primera cucharada en la boca, sonó el móvil.

—Marco, te juro que, como no sea algo de vital importancia, lo primero que haré mañana será sacarte los ojos con esta cucharilla que tengo en la mano.

—Me temo que sí, inspectora jefe.

El tono del *sovrintendente* Fucich no dejaba lugar a dudas.

—¿Otra víctima?

—No. Es posible que tengamos un sospechoso.

—¿Sí? Maldita sea, Marco, eso es justo lo que necesitaba: una buena noticia. ¿De quién se trata?

—Será mejor que vengas aquí y te lo explique detalladamente. Al estar ocupada toda la tarde, no he podido informarte...

—*Cazzo, Marco!* Al grano.

Fucich le dio la dirección.

—Pero ¿no es ahí donde...?

—Así es —interrumpió él.

—*Porca puttana!* Dame diez minutos.

Al dejar sobre la mesa el yogur de macedonia —con mucha más fuerza de la aconsejable—, el contenido se elevó como un géiser para terminar decorando el mantel. El sonido de la puerta al cerrarse fue lo siguiente que se

escuchó en casa de la inspectora jefe Galo.



Cae sobre ti la bomba universal

Residence Apartments

Barrio de Zemun

10 de mayo de 2011, a las 21:45

Erika congeló la imagen.
Frunció el ceño.

—¿Qué demonios? —expresó en voz alta.

Llevaba más de nueve horas revisando el material de las dos cámaras de seguridad de recepción que Marija les pasó al final de su jornada laboral. Le escocían los ojos de mirar a la pantalla de su portátil, pero su inconsciente parecía pedirle más alimento en forma de imágenes. El hotel disponía de otras ocho cámaras más, pero no tenían recursos para visionarlo todo y, en realidad, solo querían corroborar que Augusto se había registrado bajo el nombre del protagonista de *El Golem*. Eso había resultado sencillo. En el maestro de la aplicación del hotel bautizado como Check-in, se recogía la hora exacta en la que lo hizo, por lo que no tuvo más que avanzar hasta ese momento de grabación: las 10:12. La unidad de grabación 06 estaba situada detrás del mostrador, enfocando hacia fuera con un plano medio que recogía el rostro del cliente con bastante detalle. La 07 se ubicaba en la zona de los ascensores, y cubría toda la entrada. La resolución de las imágenes no era

excelente, pero no tenía ninguna duda de que aquel tipo con esa ridícula peluca y gafas de pasta negra era Augusto; los hoyuelos que se le formaban al forzar esa sonrisa mientras esperaba eran tremendamente acusadores. Unos segundos antes, se le veía sentado en un sofá examinando cuanto le rodeaba antes de dar el primer paso. Le extrañó notarle tan nervioso, pero hasta cierto punto lo entendió como algo normal.

A las 12:11, la cámara 07 volvía a mostrarle cruzando la recepción de forma casi atropellada en dirección a los ascensores, pero la imagen que tenía congelada en aquel momento era otra. Captada por la 06 a las 22:37, se apreciaba perfectamente cómo Augusto, vestido de traje y con corbata, hablaba con el recepcionista y le entregaba algo. Luego, se le veía esperando sin perder de vista la entrada principal y la zona de los ascensores durante un minuto y veinticuatro segundos. Transcurrido ese tiempo, recogía aquello que le hubiera dado al recepcionista y salía del plano. Este estaba más alejado en la 07, imposibilitando la identificación del objeto. Sin embargo, había algo más que no le encajaba, pero no conseguía dar con ello.

Lio un cigarro y llamó la atención de su padre, que estaba en su habitación con la luz encendida.

—¿Qué pasa? ¿Qué has visto?

—Mira.

Tras analizar la escena dos veces, Carapocha sonrió.

—Así ha entrado en el sistema. No es importante saber qué le entrega, lo que tenemos que averiguar es por qué necesita tener acceso al sistema.

—¿Por el mismo motivo que nosotros?

—¡Claro!

El psicólogo dejó escapar sus ruidosas y molestas carcajadas.

—*Klass!* ¡Esa es mi chica! Por supuesto que sí, quiere acceder de forma remota a las cámaras del hotel para tenernos vigilados sin tener que estar allí.

La mirada de Carapocha se posó lentamente en el techo.

—Lo que no me termina de encajar —continuó— es que realmente crea que no sabemos que se ha registrado. O quizá sí..., ya no sé ni qué pensar. ¡Putá mierda de psicología inversa!

Erika soltó el humo con gesto contrariado.

—¿Qué pasa, hija?

—No sé. Tengo una alerta de incendio en la cabeza parpadeando sin cesar, pero no consigo saber dónde está el maldito fuego.

—Lo sabrás cuando huelas el humo. Hasta entonces, no te desgastes con ello. Por cierto, deberías descansar, mañana tenemos una bonita jornada por delante.

—Aplicáte el cuento.

—Yo soy un venerable anciano que no necesita dormir.

—Marija te lo agradecerá —respondió sin pretender ser hiriente.

—Me acabas de dar una idea. Buenas noches.

Carapocha le dio un beso en la mejilla y se fue a su habitación.

Erika concentró toda su atención en la pantalla y amplió la cara de Augusto.

«¿Qué es, maldita sea? ¿Qué es?».

Algunos minutos más tarde, haciendo caso omiso del consejo de su padre, salió a diluir su frustración en la agitada noche belgradense. No tardaría en arrepentirse.

En algún punto de la E-70 Croacia

Sus padres no le llamaron así, pero su hermano mayor, Ismail, le rebautizó con un juego de palabras no falto de ingenio: con el propósito de aislar el término *vigan* —«ogro» en albanés—, se le ocurrió añadir a su nombre la primera sílaba de su apellido. Así, de forma sutil por si acaso despertaba la bestia, pasó a llamarse Rudiger; Rudiger Vigan. Con el tiempo, sus «clientes» le conocerían solo por el apellido y por su leyenda negra.

Mientras su jefe, el señor Kapllani, dormía plácidamente, Rudi Gervigan se dejaba arrastrar por las dudas que habían ido ganando terreno en su conciencia desde aquel día en el que, contra todo pronóstico, un tipo pelirrojo le permitiera seguir viviendo. La fea herida del hombro no le dejaba olvidarse de aquello a pesar de los esfuerzos que hacía por borrar todo de su memoria. Tuvo que esperar seis horas hasta que el «doctor», ese viejo carnicero más

acostumbrado a extraer órganos que a suturar heridas de bala, hiciera lo propio con la que le regaló su jefe.

Con mucho cuidado de no despegarse de la raya blanca continua, no le pareció mala idea sumergirse en su pasado; de esa forma, quizá podría dar con la respuesta que lo explicara todo.

Siendo el último de cinco hermanos varones en el seno de una humilde familia católica albanesa dedicada a las labores del campo, su llegada al mundo no fue muy celebrada. Todos sabían que aquella criatura recubierta de pelo no haría sino empeorar la ya maltrecha situación económica de los Gervigan. A principios de los setenta, en Elbasan, a orillas del Shkumbin, los niños tenían pocas opciones para el esparcimiento fuera de las obligaciones cotidianas, que solían incluir escuela y trabajo a partes desiguales. En el caso de Rudi, su fuerza física y la debilidad mental de su madre le condenaron a realizar las labores más duras, siendo estas incompatibles con la lectura y la escritura. Así, con diez años, ya era objeto de las burlas de sus hermanos — que sí podían asistir a la escuela por la mañana—, vecinos, conocidos y desconocidos. Con doce, era capaz de cargar más sacos de escombros que cualquiera de los de su cuadrilla y canjeó por paciencia todo el orgullo que se había tragado hasta entonces. Porque si algo sabía hacer Rudi era esperar. Con quince, ya le llamaban Rudiger en su propia casa y, a los dieciocho, no le pareció mala idea marcharse a Tirana para buscarse la vida. Solo quiso despedirse de su madre llevándose muchas lágrimas, escasos buenos recuerdos y una estampa de Teresa de Calcuta —de origen albanés—, a quien ella profesaba gran devoción. A los demás, los masacró de su memoria como haría físicamente con tantos otros en las calles unos años más tarde.

La aguja marcaba ciento treinta kilómetros por hora, estaba cansado y, a pesar de que había logrado liberarse del cabestrillo, solo podía agarrar el volante con una mano. Giró la cabeza para encontrarse con la persona a la que había acompañado durante casi toda su vida. Él conocía sus limitadas capacidades intelectuales, pero nadie podía decirle lo que era cierto, o no, en cuestión de sentimientos. Si de algo estaba seguro Rudi Gervigan en aquel momento era de que las certezas empezaban a no encajar en su interior. Fijó de nuevo la atención en la carretera.

Su vista ya no era tan aguda como cuando, tan solo unos meses después

de llegar a Tirana, vio claro dejar su trabajo en aquel almacén de productos de limpieza de las afueras de la capital para aceptar la propuesta de un hombre de reducido tamaño y tamaño determinación. Un hombrecillo a quien muy pocos conocían en persona, pero al que todos temían. Además, lo único que tenía que hacer por él era llevarle de un sitio a otro en uno de esos coches que solo salían en las películas americanas y estar muy atento por si detectaba algo raro. Ganaba más dinero del que podía gastar, y todavía le daba para enviar algo a su madre.

Corría el año 1996, y en Kosovo decidieron seguir el rebufo de las corrientes independentistas que habían acabado imponiéndose en Eslovenia, Croacia y Bosnia; eso sí, siempre fieles a la tradición balcánica de resolver los conflictos a sangre y fuego. A Rudi Gervigan no le pareció mala idea trasladarse con el hombrecillo a Pristina y, en pocos meses, se ganó el derecho a ser su hombre de confianza dentro de la cada vez más numerosa guardia personal del que todos conocían ya como el «comandante». Poco le importaban los principios del UÇK^[91] y, mucho menos, los métodos que utilizaban, pero se sintió respetado y temido por primera vez en su vida durante aquellos años; y aquello le gustaba. Las técnicas básicas de *dim mak*^[92] que aprendió de un mercenario israelí y su propia naturaleza le convirtieron en un arma letal en sí mismo. Cuando terminó la guerra, regresó a casa para visitar a su madre, pero, transcurridos dos meses, no le pareció mala idea volver al lado de su comandante, al que un día, sin saber muy bien por qué, empezaron a llamarle señor Kapllani. Rudi no sabría decir con certeza si fue él mismo quien se cambió de nombre, porque nunca conoció el anterior.

Con la entrada del nuevo milenio, el señor Kapllani puso en marcha un complejo tinglado junto con un tipo que resultó ser su antiguo jefe y excamarada del UÇK, Haradin Murtezi. Este todavía mantenía muchos contactos de la época en la que ostentaba el control absoluto de todo lo que entraba por Durrës, el principal puerto marítimo del país. Tras deshacerse de toda la competencia local, lograron desarrollar su compleja organización de tráfico de armas, la cual comenzó a proporcionarles pingües beneficios en muy poco tiempo. Cuando Murtezi fue detenido, en 2002, y sentenciado por el Tribunal de La Haya a trece años de prisión por crímenes de guerra,

Kapllani tuvo que enfrentarse solo a los chacales que querían hincar el diente a un negocio que era una máquina de hacer dinero. Y el ogro, con su don natural para la limpieza, fue una pieza clave para conseguirlo. Nadie le había enseñado cómo hacerlo, pero el nuevo trabajo de Rudi le resultaba tan sencillo como aquel en el que tenía que cargar sacos de escombros. Simplemente, le decían dónde estaba la basura, iba, la limpiaba y se deshacía de ella. Era diestro con el machete y manejaba con pericia todo tipo de armas de fuego, pero normalmente no utilizaba más herramientas que sus propias manos para completar con éxito los encargos. Algunos asfixiados —la mayoría, con el cuello partido—, pero todos sin excepción desmembrados y metidos en una maleta para, finalmente, reposar en el lecho de algún río cercano.

Así limpiaba el ogro y, gracias a él, el señor Kapllani había conseguido mantener su estructura hasta que, a mediados del año 2009, varias incautaciones importantes y muy seguidas en el tiempo hicieron tambalear los cimientos del palacio. De inmediato, empezó a buscar culpables en los pasillos de la corte, y la situación se tornó tan peliaguda que requirió la intervención a fondo de su peludo especialista en limpieza. Rudi se puso manos a la obra y no fue sino en el momento en que se deshizo del último mando intermedio de la organización cuando se dieron cuenta de que solamente quedaban ellos dos y que ya no había negocio que mantener. Nunca supieron con certeza cuál de todos ellos había sido el chivato, pero ya poco importaba. Las autoridades aduaneras empezaron a perseguir otros objetivos más importantes y, tras un período de estancamiento, Kapllani tiró de determinación para empezar la reconquista junto a su ogro particular. Y a Rudi no le pareció mala idea seguir a su lado.

Lo cierto era que la reconstrucción iba mucho más lenta de lo que Kapllani estaba dispuesto a soportar, y el cofre que tantos años le había costado llenar comenzaba a vaciarse. Sin embargo, algo inesperado había ocurrido pocas semanas antes: la trágica y misteriosa muerte de un importante competidor de la zona, Danilo Gaspari. Aquello le proporcionaría nuevos horizontes hacia los que cabalgar, y lo consideró un punto de inflexión. No tenía ni la más mínima idea de quién le habría hecho ese favor a su jefe, pero de lo que sí estaba seguro era de que no estaba dispuesto a

consentir que un llanero solitario pelirrojo le restara un ápice de credibilidad. Tenía que darle caza cuanto antes y despellejarle vivo para que todos recordaran cómo se las gastaban Kapllani y su ogro.

Los kilómetros iban cayendo y Rudi seguía sin encontrar la respuesta; al menos, la que estaba buscando. El señor Kapllani era lo más cercano a la figura del padre que nunca había tenido, pero no encontraba una sola razón que explicara por qué se había ganado su afecto incondicional. Era una sensación extraña, tanto como el dolor de su hombro, pero aun así, no le pareció mala idea acompañarle para ajustar las cuentas a aquel español.

—¿Cuánto queda? —dijo entornando el ojo sano.

—Unas dos horas.

—No te he preguntado por el tiempo, maldito estúpido, quiero saber cuántos kilómetros restan para llegar a Belgrado.

—Ciento ochenta y cuatro —precisó.

—Pues eso es hora y media como mucho. Acelera, que pareces una vieja con cataratas.

Rudi se molestó, pero no quiso dar muestras de ello y apretó el acelerador a fondo.



Puede que el viaje sea largo

*Barrio de Voždovac (Belgrado)
11 de mayo de 2011, a las 09:25*

«**T**orcemos de nuevo a la derecha. Seis segundos. Semáforo. Se escucha mucho tráfico».

La fina lengua de luz que se colaba en el maletero le permitía distinguir sus manos, fuertemente atadas entre sí; como los pies. Tenía tapada la boca con varias capas de cinta adhesiva; notaba cierta tirantez en los labios, y la garganta seca. El habitáculo era grande y su cuerpo, de escasas dimensiones, le permitía girar sobre sí misma. No parecía que fuera a faltarle el aire.

Al haber aterrizado como un saco de harina en el maletero, sentía un ligero dolor en el hombro izquierdo que se manifestaba en forma de agudos e intermitentes pinchazos, pero lo que realmente le dolía era su orgullo. No había sido capaz de ofrecer resistencia alguna; todo ocurrió en apenas unos segundos y, antes de darse cuenta de lo que estaba pasando, se encontró maniatada como un ternero en un rodeo. Fue tan repentino que ni siquiera pudo verle la cara. No hizo falta. Le reconoció por el tamaño de las manos.

«En marcha de nuevo. Trece segundos. Giramos a la izquierda. Cuatro segundos. Otra vez izquierda. Ocho segundos. Semáforo. Motor de autobús. Seguimos en el centro».

Erika no estaba asustada, pero no conseguía entender el motivo por el que el agente de la BIA que les proporcionó la información sobre Mladić la había asaltado en la calle a plena luz del día. ¿Qué podía querer? ¡Mierda! ¿Qué habría pasado? Concluyó que debía ser consecuencia de aquella visita que le hizo su padre hacía unos días, y no se equivocaba; al menos, en parte.

Milos Cvetković, alias «Buzdovan», conducía sin mover un solo músculo de la cara. Llevaba sin afeitarse desde que aquel exagente ruso se atreviera a amenazarle en su propia casa. Aquello lo había cambiado todo. No podía permitir que nadie le arrancara una careta que había tardado años en confeccionar y a la que tanto le había costado acostumbrarse. Casi había logrado habituarse a la insípida vida de Milos Krašić, agente solitario de la BIA, sin otra preocupación que la de llegar puntual a la oficina para salir a la hora y tener siempre suficiente cerveza fría. Nada más. Cuando necesitaba aliviarse, llamaba a alguna chica que le permitiera llevar a cabo sus sórdidas prácticas sexuales, pagaba el extra y hasta el día siguiente. Pero todo corría peligro por culpa de aquel marido en busca de venganza que creía poder agarrar de los huevos a Buzdovan y marcharse de rositas. Estaba muy equivocado. No tenía ni la menor idea de con quién estaba tratando. Ya encontraría la forma de cerrar la boca al traidor de Ratko Mladić, pero primero tenía que evitar que todo se fuera a pique taponando la vía abierta en el casco. Tenía que hacer desaparecer de la faz de la tierra a aquel entrometido y a su dulce hijita como había hecho con tantos otros; ahora bien, antes se divertiría de lo lindo con la zorrita que llevaba en el maletero. En el momento en el que la vio salir sola de noche, se dio cuenta de lo mucho que echaba de menos aquellas largas sesiones con las sucias musulmanas. En otro tiempo, oírlas gritar antes de correrse le provocaba tanto placer como escuchar el crujido de sus cráneos. La erección que le provocó pensarlo le hizo pisar el acelerador de su Fiat Línea; quería llegar cuanto antes a la cabaña para enseñarle a esa pequeña golfa lo que era capaz de hacer una buena polla serbia.

«Aumentamos la velocidad. Hemos salido de la ciudad. ¡Mierda, mierda! Tengo que mantener la calma. Tengo que tratar de pensar con claridad. ¡Joder! Si no hubiera salido anoche... No podía estar ni un minuto más encerrada, necesitaba respirar y tomarme unas copas. Ese polvo de mierda me

va a salir caro. ¡Menudo inútil el tipo de los ojitos tristes! Debí suponerlo, pero el deseo me nubló la vista. ¡Menuda mierda! Este hijo de puta debió de seguirme hasta el piso del inútil y esperó a que saliera para atraparme como a un conejo. Soy una niña estúpida, una auténtica idiota. ¡Mierda! Tengo que pensar. Eso es, pensar. No hay tiempo para lamentarse. ¡Vamos, Erika, piensa! Muy bien. Deben de ser las nueve y media. Cuando mi padre llegue a casa y no me vea en mi habitación, sospechará que me ha sucedido algo. Atará cabos. No. No seas ingenua, Erika, eso es como confundir el agua con la sal, imposible. Creerá que he salido algo más temprano. No se imaginará que anoche decidí romper el protocolo de seguridad y que, después de follarme a un incapaz, el cabrón del agente de la BIA me ha metido en el maletero de su coche y me lleva no sé dónde para quién sabe qué. ¡Mierda, mierda! No debíamos comunicarnos hasta las tres de la tarde. Estoy bien jodida. Tengo que solucionarlo yo solita, nadie vendrá a rescatarme. ¿Qué coño querrá este cabrón? Todo se puede ir al garete por mi culpa. ¿Y si ahora intenta algo Augusto? Jamás me lo perdonaré si le pasa algo a Marija por mi culpa. ¡Mierda, mierda!».

Quince minutos más tarde, el sufrimiento de la suspensión del coche dejó más que patente que habían abandonado la carretera asfaltada.

«Hemos entrado en un camino. Estaremos llegando. Ha disminuido la velocidad. No tengo mucho tiempo. Tengo que mantener la cabeza fría. Estoy sola».

Tras el tercer giro, Erika se encontró en una extraña postura y al volver la cabeza lo vio. Tuvo que forzar la vista para distinguir aquel volumen rectangular: un pequeño maletín de herramientas que descansaba tumbado en un lateral. No podía alcanzarlo desde su posición, por lo que volvió a girar sobre su eje y se encogió en un dramático escorzo para pasar las manos por encima de su cabeza. Se dejó guiar por el tacto de sus dedos para localizar las pestañas; no tardó en abrirlo y seguidamente empezó a palpar su contenido. Cuando la imagen del objeto que estaba tocando se dibujó en su cerebro, paró de buscar. Justo en el instante en el que notaba que el coche se detenía lo ocultó sin problemas dentro de su bota izquierda. La complicación se presentó en el momento en el que quiso volver a la posición inicial y cerrar de nuevo el maletín. Su corazón se desaceleró al escuchar el chasquido de las

pestañas al cerrarse.

El sonido *in crescendo* de las pisadas sobre la gravilla hizo que contrajera todos sus músculos. La luz la cegó y solo pudo advertir cómo una mano la agarraba por detrás del cuello y otra por las rodillas, elevándola sin apenas esfuerzo como un padre sujeta a un recién nacido. Tras acostumbrarse a la claridad, se vio transportada al interior de una cabaña visiblemente destartalada. Olía a humedad añeja, carcoma y hierbabuena.

—Bienvenida a mi humilde morada —le dijo en inglés con voz rauca—. Supongo que sobran las presentaciones.

La descargó sobre un viejo sofá de lo que debía de ser el salón principal. Mientras examinaba el entorno, el agente de la BIA colocó una silla frente a ella, a unos dos metros de distancia. En cuanto se sentó, la madera protestó con un prolongado crujido.

«La estancia tendrá unos veinte metros cuadrados. Algo menos. Planta rectangular. Cuatro ventanas, dos a mi izquierda y dos a mi derecha. No la habita con regularidad, hay muchísimo polvo y el aire está enrarecido. No se escucha actividad en el exterior. ¡Mierda! Muebles viejos. Esa puerta seguramente da acceso a un baño y aquellas escaleras suben hasta las habitaciones de la primera planta y bajan a alguna bodega o trastero. Tengo que aparentar cierta tranquilidad. No creo que pueda llegar muy lejos atada de pies y manos. Lo primero que he de hacer es averiguar lo que quiere. No me gusta su forma de mirarme. No me gusta una puta mierda».

—¿Dónde está tu papaíto? —inquirió Buzdovan.

Erika se encogió de hombros.

—¿Aún duerme? Yo necesito dormir. Llevo varios días sin pegar ojo más de dos o tres horas, pero creo que el esfuerzo merecerá la pena —auguró con mirada lasciva llevándose conscientemente la mano a la entrepierna.

A Erika se le disipó el espíritu y su corazón golpeó con violencia en el pecho como queriendo desertar. Notó que le costaba respirar. Encogió las piernas contra su abdomen y se las arregló para rodearlas con los brazos. En aquella posición, parecía una niña de doce años asustada. Buzdovan se creció.

«Hijo de puta. Va a violarme. Hijo de puta. No, no, no, no. No, por favor. No. Eso, no. Que me mate, pero que no me toque. ¡Mierda, mierda! No, por

favor. Hijo de puta. Que no me toque, por favor. Que no me toque».

—Mira, niña, tu padre me reconoció y fue a mi casa para darme una lección. Me pilló desprevenido y no pude hacer nada, pero si pensaba que iba a quedarme cruzado de brazos es que es más estúpido incluso que su difunta esposa. Te voy a ser sincero. Yo ni siquiera intervine. Dicen que se la cargó el general, aunque yo diría que la rata se marchó lejos de Srebrenica tras ordenar la limpieza. Era una estúpida entrometida, creía que su vida valía algo solo por ser mujer y trabajar para los rusos. Ella se lo buscó. Cuando el traidor dio la orden de separar a los hombres de las mujeres, ya sabíamos que tendríamos que cargarnos a todos esos desgraciados. No era la primera vez, pero... ¡Joder, nunca tanta cantidad! No sabíamos ni cómo hacerlo, pero a ninguno nos tembló el pulso. Éramos patriotas.

Erika fue encajando las piezas de ese puzle enmarcado por el pánico. Odió a su padre por haberle ocultado que conocía la verdadera identidad de aquel hijo de puta. Odió a su madre por entrometida y maldijo el día en el que se conocieron. Se dio cuenta de que le temblaba la cabeza, pero ni siquiera trató de controlarlo. Estaba aterrada.

—Cuando Goran me habló de tu padre, creí que podría ser la solución perfecta para quitar de en medio al viejo. ¿Sabías que el maldito traidor está comprando su libertad con nuestros nombres? No podía permitir que siguiera haciéndolo, no podría vivir con la idea de que se presenten en mi propia casa cualquier día y me lleven preso para ser juzgado como un criminal. Soy un patriota, ¿sabes?

Buzdovan hizo un mueca extraña que Erika, en su bloqueo, no supo interpretar.

—Tu padre me ha obligado a cambiar de planes. Te diré lo que va a pasar. Primero, me voy a divertir un rato contigo. Luego, llamarás a papaíto para que venga a rescatarte y, según aparezca, le aplastaré el cráneo con esto —la amenazó blandiendo la maza—. En cuanto a ti, todavía no lo tengo decidido; según cómo te portes. Ya buscaré la forma de cerrar la boca al general, y lo haré yo mismo. Eso es lo que va a pasar.

«Mierda, mierda. Tengo que hacer algo. No pienso dejar que este animal me toque. Me va a reventar. ¡Mierda! No, por favor. No. No».

El serbio se incorporó muy despacio y se desabrochó el cinturón. Erika no

era capaz de articular palabra, tenía los ojos extremadamente abiertos y negaba con la cabeza.

—Yo, en tu lugar, trataría de relajarme un poco. Te dolerá menos.

Cuando se inclinó sobre ella alargando los brazos, Erika trató de apartarle con las piernas. Buzdovan sonrió.

—Eso es, niña, defiéndete. Resístete.

La levantó sin apenas esfuerzo y la llevó en volandas hasta la mesa del comedor. Tirando con ambas manos, partió la cinta que sujetaba los pies. El chasquido hizo que Erika se estremeciera. Notó entumecidas las piernas cuando puso los pies en el suelo y Buzdovan se colocó a su espalda.

Con su mano izquierda en la nuca, la forzó a apoyar la cara contra el tablero; con la derecha, le desabrochó torpemente el pantalón y tiró de él hacia abajo con brusquedad. Después, colocó su pierna entre las de ella obligándola a separarlas. El hombre clavó la mirada en aquel diminuto trasero que tenía delante. La erección fue inmediata y quiso demostrárselo restregándose contra ella. Respiraba como un animal. Sus movimientos eran bruscos y descontrolados.

Ella notó su excitación y cerró con fuerza los párpados.

—Voy a disfrutar mucho contigo, niña.

Erika no conseguía vencer el empuje que la obligaba a permanecer totalmente expuesta. Una lágrima de impotencia rodó por su mejilla. Apretó los dientes de pura rabia. Aquella mano abarcaba todo su cuello y podía notar su enorme pulgar haciendo presión sobre la nuez^[*]. Deseó caer desmayada, pero inhaló profundamente de forma instintiva provocando que el polvo de la mesa se le introdujera por la nariz. Estornudó, y eso desató una carcajada de su agresor. Le temblaban las piernas y le tiritaba el alma.

Sin ceder en la presión, Buzdovan se bajó los pantalones y los calzoncillos hasta los tobillos liberando su miembro. El serbio tuvo que ganar algo de distancia respecto a su objetivo.

—Verás, niña. Verás cómo al final te va a gustar —murmuró con voz entrecortada antes de tirar con fuerza del tanga para quedarse con él en la mano.

El grito de Erika quedó ahogado dentro de su boca.

Buzdovan subió la camiseta de Erika para dejarle al descubierto la

espalda y agarrarla con fuerza de los pechos. Le pellizcó el pezón derecho. Ella chilló más por angustia que por dolor.

—Bonito tatuaje, preciosa —observó jadeando.

Se escupió en la mano para lubricarse el glande, lo iba a necesitar para penetrar en esa estrechez. Hacía años que no estaba tan excitado y se mentalizó para no dejarse llevar por el ímpetu. No quería correrse rápidamente; prefería disfrutar de ese juguete, aunque luego pensó que podría repetir tantas veces como quisiera. Era su muñeca.

A Erika le dolía el cuello y la mitad derecha de la cara, que tenía aplastada contra la mesa. Podía notar el movimiento de la mano de aquel animal, masajeándose. Apretó los labios cuando le rodeó el muslo para llegar a su sexo. Primero, lo tocó por fuera, pero, inmediatamente, uno de sus enormes dedos se introdujo bruscamente dentro de ella. Se movía con extrema violencia.

Ella sintió náuseas, pero no le quedó otra opción que abrir más las piernas. Necesitaba hacerlo para llegar a su tobillo.

—Eso es, nena, déjate llevar. ¿Te gusta esto?

El serbio dejó de tocarla para agarrarse el miembro y dar unos golpecitos en la puerta por la que pretendía entrar. Erika supo interpretar las intenciones de su agresor y no esperó más. Justo en el momento en el que empezó a sentir la presión, estiró los brazos para buscar a tientas el mango del destornillador. Tenía los ojos cerrados, pero no necesitaba ver.

—Relájate, nenita, allá vamos.

El alarido fue ensordecedor.

Kafana?
Kralja Petra, 6 (Belgrado)

Llegué a aquel lugar de la mano del caprichoso azar.

Aciago de nuevo el destino.

Había seguido a aquella mujer de abultadas carnes hasta su lugar de trabajo en la embajada francesa, un curioso edificio ubicado frente a la

entrada sur del parque de Kalemegdan. Tras más de dos horas de espera en el coche, necesitaba recargar mi cartuchera vacía de paciencia. No sabía con seguridad a qué hora terminaría su jornada laboral, pero seguro que, entrando a las 08:30 de la mañana, no concluiría antes de las doce del mediodía. Caminé unos metros y me fijé en el símbolo de interrogación que aparecía en el letrero principal. Como actuaría un gato que escucha el sonido de un cascabel, mi olfato me empujó a entrar en la taberna. No tardaría en entender por qué era una de las más famosas de Belgrado. El camarero no perdía cualquier ocasión que se le presentara para explicárselo detenidamente a los turistas, y yo era uno de ellos muy a mi pesar.

La casa fue construida en 1823 y, tras pasar por varias manos, se reconvirtió en una *kafana*, que es como llaman en los Balcanes a las tabernas de toda la vida. Esta solía ser frecuentada por los gentilhombres de la época, como Vuk Stefanović Karadžić, padre de la moderna lengua serbia. A finales del siglo XIX, durante el litigio que mantuvieron el nuevo propietario del negocio y la Iglesia ortodoxa sobre el nombre que debía tener el local, el dueño decidió poner un letrero con un signo de interrogación, que, al dilatarse la resolución del conflicto en el tiempo, terminó por identificar a la taberna. Pero lo realmente asombroso de aquel lugar era que se mantuviera fiel al diseño original tras ciento ochenta años de existencia, como podía comprobarse por las muchas fotografías de época que decoraban sus paredes. La carpintería exterior, suelos, techos y barra, era toda de madera noble oscurecida con el paso de los años. Contaba con una sala principal repleta de mesas redondas y taburetes que parecían haber sido tallados hacía un siglo. Por una puerta lateral, se accedía a un pequeño comedor que empezaba a recibir, pese a la hora, a sus primeros clientes. Turistas nórdicos, supuse. Me fijé en una cocina de tipo bilbaína que descansaba en la esquina opuesta a aquella en la que me senté. Pedí una pinta de cerveza y encendí un Moods que me supo a calurosa bienvenida.

En aquella tesitura, nada podía hacerme presagiar lo que estaba a punto de acontecer.

Yo estaba eufórico y no me costaba reconocer que gozaba de aquel estado de ánimo gracias a Orestes; otra vez. Porque él había salido de nuevo al encuentro de Augusto para sacarle del abatimiento en el que se encontraba

sumido. Rescatado por enésima vez. Y, por supuesto, tomó el mando. Él era brillante en su parcela; Augusto, en la suya. Había elaborado un plan cargado de ingenio y talento, estructurado y minuciosamente detallado. Desmenuzó cada detalle y razonó los porqués siguiendo una única fórmula: «Averigua cómo piensa tu rival para anticiparte y llevar siempre la iniciativa». Había trazado una estrategia agresiva que, sin lugar a dudas, nos llevaría a imponernos en esta penúltima partida que acababa de empezar. Era un hecho irrefutable que Orestes había subido otro par de peldaños de su particular escalera evolutiva y, como no podía ser de otra forma, su entusiasmo arrastró a Augusto. Entre las muchas decisiones que adoptó, la más importante fue la de no recurrir a DZU; por motivos de seguridad, trataría de conseguir sus propósitos por sí mismo.

¡Y vaya si lo había logrado!

Debíamos buscar la forma por la que nuestro rival viniera a nosotros y, para ello, teníamos que buscar un buen cebo. El primer día de vigilancia, nos llamó poderosamente la atención que la amiguita del psicólogo siguiera acudiendo con normalidad a su puesto de trabajo en el hotel, lo cual nos hizo sospechar que nuestra presa, en realidad, era su carnaza. A Marija la dejaban diariamente en la puerta del Moskva a las ocho menos cinco de la mañana, y se bajaba de un Skoda Fabia de color azul conducido por una mujer corpulenta y de pelo rubio. Descubrimos que el vehículo pertenecía a una empresa de renting y que su matrícula pertenecía al parque móvil de la embajada francesa. Tener acceso remoto a los circuitos cerrados —interno y externo— de cámaras del hotel nos otorgaba cierta ventaja y mucha seguridad. Sin embargo, cuando terminaba su turno, Marija siempre se marchaba en compañía de algún compañero de trabajo. Al comprobar que ella no dormía en su domicilio habitual, tomamos la decisión de cambiar de objetivo y nos centramos en averiguar quién era aquella mujer del Fabia azul.

Entonces, Augusto saltó al escenario.

Desde que llegué a Belgrado, me había estado preparando a conciencia tanto física como mentalmente para estar a la altura de las circunstancias. Tenía que recuperar mi buena forma para tratar de dominar mi desbocado y variable comportamiento. Volver a la rutina haría que se fortaleciera mi entorno de seguridad personal. Así pues, salía a correr a primera hora de la

mañana o a última de la tarde dependiendo de mis obligaciones del día y, a pesar de no encontrarme en mi mejor momento, aguantaba casi una hora a un ritmo más que digno. También traté de reconquistar el tono muscular que había perdido durante los meses que me dejé llevar en Trieste y me encerraba durante horas en la moderna, aunque rudimentaria, sala de pesas del hotel. Todo ello, para compensar mis cada vez más habituales salidas nocturnas por la zona de garitos conocida como Silicon Valley —por la cantidad de mujeres con implantes que frecuentan sus bares y restaurantes—. El Imsomnia y el Soho eran mis locales predilectos. En ambos, la música no era del todo ofensiva y las copas se podían beber, aunque he de reconocer que el motivo por el que los frecuentaba con tanta asiduidad era para coincidir con Magda, una de las personas más interesantes con las que he tenido la suerte de cruzarme en esta vida. Se trataba de una singular trotamundos afincada en Ámsterdam que rondaría los cincuenta y cinco años de edad, pero que aún conservaba vestigios de una belleza apabullante y singular. Creo que me obsesioné con la expresiva inexpressión de sus ojos, su contaminante asepsia lo decía todo. Llegué a pensar que sus facciones me resultaban familiares, pero concluí que solo podía ser fruto de mi desbocada imaginación. Podría asegurar sin avergonzarme que aquella mujer me tenía totalmente absorbido. Diría incluso que intimé intelectualmente con ella. En nuestras primeras conversaciones, yo me limitaba a escuchar sus interesantes relatos de viajes al más puro estilo Phileas Fogg, pero más tarde empezamos a intercambiar opiniones sobre otros aspectos más relevantes de la existencia. Intuí que tenía un pasado turbio, pero no quiso contarme nada que no tuviera que ver con el presente y el futuro. Envidié la forma en la que sacaba partido a su mente aun estando esta supeditada a los designios de un corazón galopante. Hablaba varios idiomas que aprendió, según sostenía ella, cuando recuperó la capacidad de hablar; de cualquier modo, no quise, o no me permitió, escarbar más en aquel pedregal. Desde que su marido falleciera, un neurocirujano holandés de renombre, Magda se había dedicado en cuerpo y alma a conocer mundo, viajando siempre sola con la única compañía de un diario y la firme intención de seguir aprendiendo o, como ella decía, de reencontrarse con su vida. Memorice una frase suya: «Todos tenemos la obligación de encontrar el lugar al que pertenecemos». Su significado empezó a obsesionarme. Magda

aseguraba que no descansaría hasta encontrar el suyo o moriría en el camino. Había estado varias veces en los cinco continentes; hacía dos grandes viajes al año a lugares lejanos que le atraían por su cultura y permanecía allí durante el tiempo que fuera necesario hasta empaparse por completo de sus costumbres. Hacía menos de un mes que había regresado de Brasil, y ya tenía los billetes para marcharse en septiembre a recorrer toda Indonesia. El resto del año, lo cubría con otras tres o cuatro aventuras más cortas; normalmente, en países europeos. Afirmaba que, desde que había comenzado a viajar, pasaba dos o tres meses a lo sumo en su casa dedicando cada minuto a sus otras dos grandes pasiones: el cine y la lectura. Me cautivó la emoción con la que me trasladaba sus vivencias y la pasión con la que afrontaba la siguiente parada en su viaje en busca de ese sitio que tenía reservado. Relacionarme con ella hizo que me planteara por momentos esa forma de vida itinerante e improvisada. Me imaginé recorriendo el planeta con una Magda veinte años más joven, y me embargó un sentimiento extraño que quise concretar como un utópico enamoramiento.

Fue algo efímero, como un sueño pasajero, pero aquella mañana, apostado frente a la embajada francesa, no dejaba de preguntarme dónde estaría ese lugar al que yo pertenecía. Solo quería que pasaran las horas para volver a verla, así que me acomodé en el asiento del coche, hasta que me dejé arrastrar por mi curiosidad entrando en aquella taberna.

Cuando terminé la segunda cerveza e iba a regresar a mi puesto de vigilancia, noté que tenía que vaciar mi vejiga. Pagué los cuatro mil doscientos dinares, unos ridículos cuatro euros al cambio, y el camarero me indicó el camino del servicio: al final del patio interior que tenían acondicionado como terraza. Una vez allí, a mi intestino le pareció un buen momento para recordarme que todavía no había evacuado aquel día. Olía a amoníaco vivo recién aplicado. Aunque cueste trabajo creerlo, era la primera vez en mi vida que lo hacía en un bar, tal era de avanzado mi proceso de adaptación al medio. Me senté tranquilamente en el retrete y cerré la puerta con pestillo. Estaba tan cómodo y tan confiado que decidí volver a escuchar *Los días raros*. El nuevo trabajo de Vetusta Morla que acababa de salir al mercado, *Mapas*, me tenía absolutamente cautivado y lo consumía en cualquier sitio de forma obsesiva.

*Ábrelo, ábrelo, despacio.
Di qué ves, dime qué ves, si hay algo.
Un manantial, breve y fugaz entre las manos.*

*Toca afinar, definir el trazo.
Sintonizar, reagrupar pedazos,
en mi colección de medallas y de arañazos.*

*Ya está aquí, ¿quién lo vio?
Baila como un lazo en un ventilador.
¿Quién iba a decir que sin carbón no hay Reyes Magos?*

*Aún quedan vicios por perfeccionar en los días raros.
Los destaparemos en la intimidad con la punta del zapato.*

*Ya está aquí, ¿quién lo vio?
Baila como un lazo en un ventilador.
¿Quién iba a decir que sin borrón no hay trato?*

*El futuro se vistió con el traje nuevo del emperador.
¿Quién iba a decir que sin carbón no hay Reyes Magos?*

*Nos quedan muchos más regalos por abrir.
Monedas que al girar descubran un perfil,
que empieza en celofán y acaba en eco.*

Con el prolongado alarde final de Pucho, el vocalista del grupo, conseguí encontrar el sentido a la letra de la canción.

Sin quitarme los auriculares abrí la puerta del baño y fue entonces cuando un terrible chasquido solapó los últimos compases de la canción.

Mi tabique nasal crujió como una rama seca.

Y todo perdió su contorno.

Difuso, absolutamente.

Cerca de la fortaleza de Kalemegdan Belgrado

El señor Kapllani llevaba días persiguiendo a una sombra.

Nada más llegar a Belgrado, tuvo que esperar varias horas para que abriera la oficina de AVIS y que el chico esloveno del ridículo corte de pelo le dijera la localización exacta del coche. Tras dar con él, se parecía a uno de los que tanto habían utilizado en Pristina para contener las embestidas de los blindados serbios. Así, no le quedó otro remedio que patearse todos los hoteles, hostales, pensiones y fondas de una ciudad sobre la que no había cesado de caer una lluvia fina y constante durante toda la jornada. Una lluvia tan molesta como el dolor de cabeza que le había provocado aquel maldito barbudo español. Cada día que el hombrecillo pasaba sin su Colt Anaconda le provocaba una amarga punzada en el corazón y, principalmente, una tremenda patada en su orgullo. Necesitaba recuperarlo y escarmentar debidamente al causante de tal afrenta.

Resultaba que, desde el momento en el que recuperó la conciencia en aquel hotel de Rijeka y consiguieron salir de allí sin levantar demasiado revuelo, no había pensado en otra cosa que en la forma de provocar el máximo dolor a aquel pelirrojo. Ese tipo había tenido las pelotas suficientes para reírse en su cara o, quizá, era tan cretino que no sabía calibrar los riesgos. Barajó varias posibilidades en su cabeza y acudió a su particular catálogo de tormentos; particularmente, al que estaba escrito con la sangre de tantos prisioneros de Lapušnik, una cárcel kosovar situada a pocos kilómetros de la frontera con Albania. Allí habían hecho cantar gregoriano a muchos albaneses y kosovares acusados de colaboracionismo. No obstante, él y su camarilla preferían a los paramilitares serbios curtidos; esos que llevaban siete años de batallas a sus espaldas; esos sobre los que pesaba la sospecha de haberse llevado por delante la vida de muchos croatas, bosnios y compatriotas kosovares. Tipos duros que habían sido entrenados para soportar la tortura y cuya lealtad al águila bicéfala de su escudo les hacía

soportar el umbral del dolor más desgarrador. Eso, durante las primeras horas; más tarde, todos acababan cediendo o morían sin importar lo más mínimo el orden en el que lo hacían.

Uno de aquellos interrogatorios lo tenía perenne entre sus recuerdos. Se trataba de un integrante de los Shakali^[93] capturado en una emboscada de la UÇK; todos los miembros de su unidad habían caído cerca de la carretera que llevaba a Glogovac y él había tenido la «suerte» de sobrevivir. A finales de mayo de 1999, todo el mundo sabía que se estaban viviendo las últimas semanas del conflicto y el desgaste moral de los serbios tras las derrotas en Croacia y Bosnia, unido a las miles de misiones de combate que la OTAN había realizado en territorio serbio, terminaron por agotar la credibilidad y el liderazgo de Milošević. Sin embargo, todavía quedaban muchos leales al dictador que seguían entregados al caduco lema del paneslavismo serbio: «Solo la unidad salvará a los serbios». Precisamente esos eran los que más le gustaban al comandante Isak Çelika, que era el nombre con el que bautizaron al señor Kapllani antes de que el Tribunal de La Haya se pusiera a rebuscar en los excrementos ajenos y se viera obligado a borrar su pasado. Desde que el comandante Çelika y su camarilla se hicieran con el control de Lapušnik, los paramilitares capturados tenían más posibilidades de salir vivos de un fuego cruzado en un campo de minas que de la sala de interrogatorios del centro. Justo aquel día, el comandante volvía de celebrar la victoria de Croacia —selección que seguía cualquiera que hubiera luchado contra los serbios— contra Alemania, por tres goles a cero, en los cuartos de final del Mundial de Francia. El hombrecillo se había bebido su peso en vodka y se incorporó al interrogatorio con ganas de seguir la juerga. El paramilitar serbio estaba madurito tras la privación sensorial y, como era menester, ya le habían aplicado las tres fases de rigor: los recurrentes golpes en la cara con el guante de cota de malla a modo de bienvenida, luego los cortes y pinchazos con machete en zonas no vitales, y como gran colofón, las clásicas corrientes. Todo ello, sin haber empezado a preguntar al detenido; porque, en realidad, ya no quedaban demasiadas cosas interesantes que averiguar. Pero aquel tipo con cara de querubín seguía sin soltar prenda y se limitaba a negar con la cabeza. Al comandante tanto alarde de estoicismo se le terminó atragantando y decidió innovar. Con una cizalla para alambre, le fueron cortando los dedos

de las manos uno a uno, amontonándolos después encima de la mesa como si se tratara de pequeños leños. Se estaban divirtiendo tanto que no se dieron cuenta de que el prisionero se estaba desangrando. No notaron que había muerto hasta que se sorprendieron de que ya no gritara cuando le amputaban los últimos dedos de los pies. Aquello le sirvió al señor Kapllani de lección: en materia de tortura, el disfrute debe ser siempre medido.

Se había mentalizado para seguir esa máxima con el pelirrojo, y ya había localizado un edificio abandonado en el que podría disfrutar del momento con absoluta tranquilidad al tiempo que daba rienda suelta a sus instintos. Tenía decidido entregarse a lo que le fuera pidiendo el cuerpo; ahora bien, todo muy pausadamente, dosificando el daño, conteniendo la vida dentro del cuerpo para alargar su deleite.

Su propia determinación fue lo que hizo grande a Isak Çelika. Nunca perdió la esperanza de encontrar al español y hacía unas horas que por fin dieron con él en aquel apartotel de mala muerte. Le siguieron a cierta distancia durante horas hasta que se detuvo cerca de la fortaleza de Kalemegdan. Ya casi podía sentir el tacto de la madera al empuñar su Colt Anaconda. En el ansiado instante en el que le divisó entrando en aquella taberna, el hombrecillo decidió que lo mejor era esperar acontecimientos.

No se equivocó.

El señor Kapllani tuvo que forzar la vista al verle salir de nuevo.

Aquello no se lo esperaba.

Servicios del Kafana? Belgrado

Sancho empuñaba el Anaconda a dos manos.

—Estaba pensando en meterte un tiro aquí mismo y terminar con todo esto de una puta vez, pero ya ves, uno no sabe cómo va a reaccionar hasta que llega el momento —expuso con voz grave y pausada mientras se aseguraba de que Augusto no llevara armas encima.

Este apenas podía distinguir nada más que la silueta del cañón que tenía a

escasos centímetros de su cara. De rodillas, aturdido y desorientado, más por la situación en sí que por la fractura del tabique nasal, intentó articular palabra sin éxito.

—Pero si me das una pequeña excusa para apretar el gatillo —continuó el inspector—, la aceptaré con mucho gusto. ¿No se te ocurre ningún juegucito de cartas ahora? —dijo el pelirrojo recordando la última ocasión en que se habían encontrado.

Augusto no entendió la pregunta y el inspector retomó la palabra.

—Te diré lo que vamos a hacer ahora. Te vas a levantar muy despacio y vas a limpiarte esa sangre de la cara. No quiero llamar la atención cuando salgamos de aquí. Tengo el coche aparcado cerca, vas a venir conmigo.

Augusto hizo lo que le ordenó. Trataba de ganar tiempo para encontrar la forma de salir de aquella, pero seguía atenazado por su orgullo y no conseguía pensar con claridad. Priorizó seguir con vida.

—¿Cómo has dado conmigo? —Quiso saber presionándose la nariz con un trozo de papel.

—Eso te lo explicará tu psicólogo. Camina y no hagas ninguna estupidez, todavía estoy valorando dejarte seco de un tiro con este 44.

Sancho cogió otro trozo de papel higiénico y se colocó tras él pasando su brazo izquierdo por la axila de Augusto hasta llegar a su nariz. Al mismo tiempo, con la mano derecha, hizo presión con el cañón del Anaconda a la altura de sus riñones.

—Inclina la cabeza hacia atrás y camina. Despacio.

Cruzaron el patio en dirección a la puerta de salida, la misma por la que había entrado Sancho unos minutos antes apretando los dientes. Daba directamente a la calle, por lo que no era necesario pasar por el local. Nuevamente, llovía con fuerza y el aire que soplaba desde el río transportaba el aroma a naturaleza viva del parque de Kalemegdan. El plan del inspector consistía en recorrer los apenas cincuenta metros que les separaban del coche, donde podría retener fácilmente a su presa y llamar a Carapocha.

El exagente del KGB y la Stasi había demostrado tener razón cuando ideó su estrategia. Supuso con acierto que Augusto buscaría un cebo para atraerle y, en ese sentido, había dos candidatas muy claras: Erika y Marija. Por tal motivo, las descartó de inmediato. Tenía que ser otra menos evidente y por

eso «forzó» a Marija a buscar refugio en casa de un familiar. La sobrina era perfecta, pero esta vez se aseguraría de protegerla las veinticuatro horas; Sancho de día y él de noche. Por su parte, Erika tenía otras funciones que solo el psicólogo conocía. El objetivo principal era evitar que Augusto tomara la iniciativa para, posteriormente, aprovechar su ventaja numérica y tenderle una trampa. Habían acordado que, en caso de capturarlo, lo retendrían hasta contactar con Gracia Galo y le pondrían bajo su custodia. Después, rendiría cuentas por los asesinatos de Valladolid.

Pero lo que no había previsto el psicólogo era que cayera en la trampa a las primeras de cambio como una mosca atolondrada. Unos minutos antes, el inspector había reconocido a Augusto saliendo de un coche y entrando en aquella enigmática taberna. Sancho tuvo que esperar unos minutos a que le bajaran las revoluciones antes de intervenir.

—Y ahora, ¿qué vas a hacer conmigo? —demandó Augusto con voz temblorosa.

Sancho contestó presionando con más fuerza el cañón de su pistola contra su espalda y apretando la nariz de Augusto, que aulló de dolor.

—Debería matarte, hijo de puta, pero creo que te estaría haciendo un favor. Prepárate, te espera un largo viaje.

El inspector buscó mentalmente el mando a distancia del coche que Carapocha le había cedido para el seguimiento diurno. Podía notarlo en el bolsillo del pantalón de su pierna derecha, lo que le obligaba a hacer una maniobra arriesgada o cambiar el arma de mano para sacarlo. El corazón bombeaba con fuerza. Se decidió por la segunda opción en unas décimas de segundo, y soltó aire en cuanto lo logró.

Accionó el mando a pocos metros del coche y empujó a Augusto para que lo rodeara y entrase en él por el lado de la acera. Volvió a cambiarse el arma de mano.

—Entra en la parte de atrás —ordenó—. Sigo buscando una excusa para dispararte.

Cerró la puerta para después ocupar el asiento del copiloto, desde donde podría seguir apuntando a Augusto y hacer la llamada a Carapocha.

A Sancho se le paralizaron todos los músculos al reconocer el sonido de la corredera de una semiautomática a escasos centímetros de su cabeza.

Las palomas que trataban de refugiarse de la lluvia bajo las copas de los árboles de Kalemegdan levantaron el vuelo al unísono cuando sonó el disparo.

Calles del barrio de Zemun (Belgrado)

Tras abandonar el Moskva, Carapocha se trasladó con Erika a unos discretos apartamentos ubicados a pocos metros de la orilla sur del Danubio, en el singular barrio de Zemun. Había sido erigido en un llano entre tres colinas y fue una ciudad independiente bajo la administración del Imperio austrohúngaro antes de ser reabsorbido por el crecimiento de la capital de Serbia. Con el tiempo, pasó a formar parte de Belgrado como un barrio más. A pesar de ello, el buen estado de conservación que presentaban sus edificios —en su mayoría, casas bajas levantadas a finales del siglo XIX— y su laberinto de callejuelas dotaban a Zemun de una identidad genuina.

El psicólogo caminaba en círculos con el móvil pegado a la oreja a los pies de la Torre de Gardoš. Decidió intentarlo de nuevo.

—¡Vamos, vamos, vamos! Coge el teléfono, Ramiro, cógelo de una vez —farfulló mirando el reloj del móvil, que marcaba las 12:23.

Algo no marchaba bien. Podría atribuir al inspector decenas de descalificativos, pero nunca los de impuntual o incumplidor. Por el sistema que él mismo había organizado, el ruso cubría la casa de la sobrina de Marija de 22:00 a 07:00, hora a la que Sancho le relevaba para protegerla durante toda su jornada. Luego, dormía hasta las 12:00 y se comunicaba con el pelirrojo. Entretanto, Erika debía seguir a Marija sin que esta se percatara de ello además de revisar las cámaras del Moskva por si a Augusto se le ocurría aparecer por allí. Hasta el momento, todos habían cumplido a rajatabla, por lo que el hecho de no poder contactar con Sancho le generó un mal presentimiento.

Diez minutos más tarde, estaba exhortando al taxista para que condujera más deprisa de lo que le permitía el intenso tráfico de la capital serbia en dirección a la embajada francesa, donde debería encontrar a Sancho en su

puesto de vigilancia. Cuando enfilaron la calle Pariska, las luces de la policía y la aglomeración de curiosos le provocaron un escalofrío que le agarrotó la espalda. Pidió que disminuyera la velocidad al reconocer su propio coche rodeado por agentes. Golpeó con la palma de la mano en el reposacabezas del conductor justo antes de que un guardia de tráfico les obligara a continuar la marcha. Le indicó al taxista que doblara a la derecha antes de apearse y de que diera comienzo un baile de cábalas y suposiciones dentro de su cabeza.

Ninguna de ellas se acercó a la realidad.

Carapocha pensó entonces en alertar a Erika. Cuando se metió en la cama esa mañana, su hija ya había salido de casa cumpliendo el horario establecido. Tenía que dar con ella, pero ocurría lo mismo que con el de Sancho: daba señal pero no contestaba. Lo intentó de nuevo y, a la cuarta vez, concentró su angustia para liberarla por la boca en forma de interminable concatenación de maldiciones y juramentos en varios idiomas.

Lucubró de nuevo.

Ni se aproximó.

Cabaña de Buzdovan, a 11 kilómetros de Belgrado

El destornillador se clavó entre los testículos.

Erika lo había conseguido con un único movimiento vertical, pasando ambos brazos entre sus piernas forzadamente abiertas. Hirió a su atacante lo suficiente como para que el dolor le obligara a encogerse agarrándose los genitales con ambas manos. Después, se giró ciento ochenta grados alzando el destornillador por encima de su cabeza. La retina de Erika grabaría para el resto de sus días la expresión que se apoderó del rostro del violador tras hundirle en su cuello los diez centímetros de metal del destornillador.

El sonido se apagó durante unas milésimas de segundo.

Rodilla en tierra y con la mirada perdida, Milos Cvetković, alias «Buzdovan», agarró el mango de color naranja y tiró de él. Un chorro escarlata surgió con fuerza. Dejó caer la herramienta y trató de taparse el boquete con la mano derecha. La sangre corría entre sus dedos y su piel

palidecía por momentos. Erika, que se había distanciado de él observando la agónica escena, se arrancó la cinta de la boca.

—¡Jódete, hijo de puta! —gritó liberando la furia y el pánico que había acumulado.

Erika dio dos pasos timoratos para resolver con una decidida patada en la cara. Buzdovan recibió el golpe sin apenas inmutarse, manteniendo estoicamente la misma posición. Trató de incorporarse, pero los pantalones bajados hasta los tobillos le hicieron perder el equilibrio y volver a la postura de origen. Erika supo que tenía que aprovechar la oportunidad. Aún con las manos atadas, se agachó ágilmente para recoger el destornillador y rodeó a su agresor para situarse a su espalda. Su objetivo era el cuello. Repitió una y otra vez «¡Jódete!» en cada estocada hasta que, por fin, el agente de la BIA se venció hacia delante. Su cuerpo quedó apoyado sobre el tórax y las rodillas, con el culo desnudo en pompa. A pesar de ser de madera, el suelo no era capaz de absorber tanta sangre.

Erika utilizó la herramienta totalmente ensangrentada para romper la cinta que rodeaba sus muñecas y se quitó la ropa sin dejar de observar aquel cuerpo inmóvil del que seguía escapándose la vida a borbotones. Totalmente conmocionada, abrió el grifo del fregadero y se frotó el cuerpo con tanto vigor que terminó doliéndole la piel. Respiró profundamente varias veces. Cogió la silla y se sentó; esta vez, no emitió crujidos ni lamentos. Alargó el brazo para coger sus pantalones; encontró su tabaco de liar en el bolsillo trasero. A pesar de que le temblaba el pulso, logró liar un cigarrillo y lo encendió.

El móvil vibró en otro bolsillo. Lo sacó y miró la pantalla, era su padre.

Tras dar la primera calada, retuvo el humo en los pulmones todo lo que pudo y, después, lo soltó muy despacio tratando de identificar el sabor. No lo logró hasta la tercera. Sabía a desconsuelo. Con la cuarta calada, Buzdovan dejó de respirar y ella de percibir sabor alguno.

Se aisló.

El móvil volvió a vibrar; esta vez ni lo miró.



Como un lazo en un ventilador

Barrio de Dorćol (Belgrado)
12 de mayo de 2011, a las 07:12

Me desperté con el cuerpo entumecido y el alma intacta, hecha pedazos. Perdí la noción del tiempo transcurrido en aquella nave abandonada en la que terminé refugiándome tras mi rauda y acobardada huida del coche. Sin embargo, algo insólito había madurado en mi interior durante mi estancia nocturna, cobijado entre fríos tabiques de ladrillo. Con el amanecer, durante el camino de regreso, decidí plantar cara a los recuerdos. Un terrible pinchazo entre los ojos me hizo transportarme de nuevo a aquel servicio, cuando el inspector me partió el tabique de un culatazo.

Del primer fotograma, solo guardaba la huella que me dejó la incredulidad. Verme arrodillado en el suelo, totalmente a su merced, me hizo saborear de nuevo el áspero sabor del miedo. Ya nunca podré olvidar sus palabras ni el bloqueo en el cual quedé sumido: como una oveja conducida al matadero, asumiendo la fatalidad del destino.

Luego vino aquella detonación tan seca como inesperada. Tardé en reaccionar; décimas de segundo, quizá menos antes de salir corriendo por la otra puerta. Me vi cruzando desesperadamente aquella avenida repleta de

vehículos, cuyos conductores miraban atónitos en dirección al lugar del que había procedido el sonido del disparo. Hui despavorido a través del parque, y ni siquiera me atreví a mirar atrás. Todo era muy confuso, pero mi instinto de supervivencia me guio hasta allí, acurrucado en los muros de la fortaleza.

Y aquella incertidumbre.

La intensa lluvia hacía que no hubiera nadie paseando por Kalemegdan. Al menos, yo no vi ni un alma, pero cabría la posibilidad de que todo fuera fruto de mi imaginación. Permanecí un tiempo indeterminado tratando de recomponerme. Me preguntaba quién cojones serían aquellos dos tipos y el motivo por el que le habrían pegado un tiro al inspector. No dejaba de palpar mi nariz rota y deseé que no estuviera muerto para poder quitarle la vida con mis propias manos. No reuní el coraje suficiente para salir de aquella improvisada guarida hasta que se fue el sol. Todavía chispeaba y se habían formado grandes charcos que ni me molesté en evitar. No sabía qué hora era, no era capaz de pensar con claridad y lo único que me importaba en aquel momento era quitarme la pegajosa sensación de pavor que podía incluso olfatear. Me temblaban las piernas y el corazón se sacudía en el pecho. No creo haberlo pasado peor en mi vida. Recuerdo que deseé *a capite ad calcem*^[94] estar recorriendo el mundo con Magda, y maldije mi existencia. Según me aproximaba al lugar donde había ocurrido todo, busqué un sitio elevado y aquella tranquilidad me puso aún más tenso. El coche del que había escapado milagrosamente ya no estaba, pero podía ver el mío aparcado en el mismo sitio en que lo dejé y valoré las ventajas e inconvenientes de ir a buscarlo. Tardaría más de una hora en decidirme; posiblemente dos. Finalmente, se impuso la idea de seguir resguardado en la frondosidad del parque frente a la posibilidad de ser sorprendido por la policía o por quién sabía qué.

Me arranqué a caminar rodeando la fortaleza hacia ningún sitio intentando ocultarme tras los árboles del parque. El olor a tierra húmeda me hizo sentir como un resucitado deambulando entre lápidas, a tientas. Quise gritar, pero me contuve. La cabeza me pedía escuchar música, pero me había quedado sin batería y eso no hizo sino enervarme todavía más. Necesitaba una sintonía que me aislara y encontré refugio en la zarabanda n.º 2 de Bach. El desgarrador sonido de un violín en re menor me acompañó durante todo

aquel errático peregrinaje. Luego, me pareció escuchar rugidos, bramidos, gruñidos, graznidos y demás sonidos propios de la fauna salvaje. Creí que mi estado mental estaba empeorando progresivamente hasta que vi el letrero del zoo y solté una carcajada a la altura de mi estado de ansiedad: desmesurada.

En ese preciso momento empecé a planteármelo.

Buscaba culpables y me puse a analizar el camino que me había llevado hasta aquella comprometida e inusitada situación mientras seguía alejándome de la zona iluminada del parque. El asalto a la residencia de Gaspari falló por culpa de la «pócima» que Orestes me propuso utilizar. Hubiera preferido utilizar el arma, pero no, eso habría sido demasiado fácil para el «Gran Maestro»; escaso de mérito. Así, como en otras ocasiones, fue Augusto el que se las tuvo que ver y desear para salir de aquel jodido embrollo. Es cierto que el episodio con Chiara fue solo mío, algo que no fui capaz de predecir y mucho menos controlar. Sin embargo, guardaba de aquello un precioso recuerdo; extraordinario. Las sensaciones que pude experimentar esa noche seguían siendo cantera de mi inspiración. Lo de Adelpho della Valle fue una imperiosa necesidad que me ayudó a reconstruir mi ego. Y la chapuza de Liubliana... ¡Joder! Augusto matándose en primera línea del frente y Orestes manejando las comunicaciones desde el cuartel general. En el campo de batalla tiene la misma utilidad que la bandera. No soy más que un precioso lazo de vivos colores atado a un ventilador, bailando cuando él lo pone en marcha.

Tenía que romper con mi otra mitad. Hice sonar mis nudillos energicamente y me encendí un Moods a pesar de lo poco que me gustaba fumar sin acompañar el tabaco con un café o un Hendrick's bien puesto.

Debía reencontrarme para tomar la decisión acertada. Él lo entendería, porque fue precisamente Orestes quien me enseñó la ruta de salida del laberinto. La decisión estaba tomada y tenía que ejecutarla cuanto antes. A esa conclusión llegué cuando me vi en una zona casi deshabitada. Levanté la cabeza para tratar de ubicarme y decidí buscar un lugar en el que poder dormir. Lo hallé en aquella nave de ladrillo rojo y puerta corredera cerca de las vías del tren. El hedor a pellejo animal y a almizcle no fue un impedimento. Por suerte, la luz de la luna se colaba en el interior arañando aquella frondosa oscuridad que tanto me amedrentaba. Me dormí entre unos

vetustos palés que ni siquiera habían sido plato de gusto para la carcoma.

En cuanto me desperté sabía muy bien cuál era la siguiente parada y, sin importarme el riesgo, me dirigí al coche. Ya en el interior, solté el aire que tenía retenido en los pulmones. Conecté mi iPhone antes de arrancar.

Por fin.

Mi antídoto: música. Busqué The Waterboys, con una de las canciones que siempre conseguían entusiasmarme: *Fisherman's Blues*. Con los primeros acordes de guitarra acústica y mandolina, centré mi atención en el salpicadero y me dejé llevar por la rasgada voz de Mike Scott y el sonido celta del violín.

Uh!

*I wish I was a fisherman tumbling on the seas,
far away from dry land and its bitter memories.
Casting out my sweet line with abandonment and love,
no ceiling bearing down on me save the starry sky above.
With light in my head, and you in my arms...*

Uh!

*I wish I was the brakeman on a hurtling fevered train,
crashing headlong into the heartland like a cannon in the rain.
With the beating of the sleepers and the burning of the coal
counting the towns flashing by in a night that's full of soul.
With light in my head and you in my arms...*

Barrio de Žemun (Belgrado)

Sentado en la cama con la mirada confusa, Carapocha trataba de encontrar la salida del laberinto.

Bajó la cabeza y se presionó las sienes con los pulgares. El hecho de

haber puesto en peligro su vida le estaba pudriendo por dentro desde que había regresado de aquella cabaña con su hija. Ni siquiera pudo encontrar consuelo alimentando su culpabilidad. Se odiaba tanto que no era capaz de superar el abatimiento. Nunca había quitado la vida a nadie con sus propias manos, aunque muchos habían muerto por su culpa. La mayoría de ellos lo merecía, pero los que estaban al otro lado de la balanza empezaban a pesar demasiado; pensar que Erika podría haber engrosado el plato de los inocentes en el que reposaba su madre hizo que se humedecieran sus ojos saltones. Cerró con fuerza los puños y tensó el maxilar.

Ella no le había dado detalles, únicamente pronunció dos palabras: «Intentó violarme». El escenario que se encontró en la cabaña le relató todo lo demás.

Tras varios intentos, logró hablar con ella por teléfono y llegar hasta allí tras pedirle el coche a Marija. Se encontró a su hija sentada en una silla, desnuda, fumando. Carapocha reconoció de inmediato los claros síntomas del estado de *shock*: reducción de la conciencia, incapacidad para recibir estímulos y desorientación extrema. Quiso abrazarla, pero Erika solo le permitió que la cubriera con una sábana. Se planteó pegar fuego a la cabaña con toda aquella basura dentro, pero comprendió que sería un gran error: la BIA ataría cabos de inmediato y, probablemente, aceleraría la entrega de Mladić a las autoridades. No, ese no era el camino. Lo prioritario era ganar tiempo para terminar de una vez con Orestes y salvaguardar la integridad de Erika. Llegó a la conclusión de que lo mejor era no tocar el cuerpo para que, en cuanto lo descubrieran, la propia BIA se encargara de tapar el asunto por lo comprometido de la situación. Limpió todo rastro que comprometiera a Erika y en el viaje de regreso hizo dos paradas: una para quemar la ropa de su hija y otra para enterrar el destornillador. No intercambiaron palabras, tan solo algún gesto neutro que el psicólogo no fue capaz de interpretar. Cuando llegaron a los apartamentos, Erika se encerró en su habitación y, desde entonces, ni ella había salido ni él se atrevió a entrar. Cada minuto que pasaba la angustia alimentaba a la rabia y esta hacía incontenible la desesperación. Aparentemente, no tenía daño físico alguno, pero no era capaz de calibrar el alcance de las secuelas psicológicas que aquel episodio le podría ocasionar. Dado el historial médico de su hija, corría serio riesgo de caer en un profundo

estado de depresión del que le costaría un mundo salir.

Carapocha se empeñó en tratar de localizar el momento exacto en el que había decidido tirar su vida por la borda, arrastrando la de cuantos le rodearan sin importarle demasiado. Tenía claro que el asesinato de su mujer no fue causa, sino consecuencia, por lo que cogió aire y se sumergió a pulmón libre en el fango de su pasado. Quién sabe si todo cambió el día en el que aceptó formar parte del KGB, o puede que fuera a raíz del sentimiento de culpabilidad que le atrapó tras su fallida intervención en el caso Dutroux. No, lo que fuera que buscara tenía que ser anterior. Visualizó los últimos días de vida de su padre, un héroe de guerra olvidado por su patria y condenado a morir en una silla de ruedas. Después, recordó el trauma que le causó el asesinato de su hermana a manos del primer asesino en serie con el que se cruzó en su vida, pero tampoco era ninguno de esos momentos el punto de inflexión que estaba buscando; por supuesto que no. Era otro.

Se levantó todo lo rápidamente que le permitió su cadera y fue a buscarlo: su oscuro cuaderno de bitácora.

Lo había bautizado así porque lo compró con la intención de que le sirviera para dejar por escrito un legado que pudiera marcar el rumbo de otros como él en el futuro. Durante muchos años, el estudio de la mente criminal fue el timón que gobernaba su nave. Recordaba el lugar exacto en el que lo había adquirido, un día de intenso frío, en el mercadillo del parque Izmailovo de Moscú. Eligió aquel entre decenas de modelos por tener las cubiertas duras y no lucir ningún motivo ni ornamento tradicional más allá de una sencilla goma para ajustar el cierre. Era totalmente negro, sin más. Tenía el tamaño justo, el peso adecuado y un gran número de páginas en blanco por escribir. Le costó ocho rublos.

Cuando lo sacó de su cartera, le invadió un profundo y extraño pesar. Hubiera jurado, incluso, que pesaba más de lo normal. Quitó la goma con la misma cautela con la que lo hizo la primera vez y buscó la fecha de la primera página. Leyó en voz alta con tono firme y mortecino:

—Veintiocho de diciembre de 1976, ese fue el maldito día en el que todo cambió. Veintiocho de diciembre de 1976 —repitió con insistencia *in decrescendo*.

El cuaderno recogía con detalle todos y cada uno de los diecinueve casos

en los que el psicólogo había intervenido directamente, con sus correspondientes anotaciones y conclusiones. El estreno no pudo ser más sonado: el destripador de Yorkshire. Ojeó algunas anotaciones que no necesitó leer para recordar que había aterrizado un 8 de febrero en el aeropuerto de Leeds acudiendo a la llamada de un colega de New Scotland Yard. Era el tercer cadáver que encontraban con la misma firma, y tenían la certeza de que iba a seguir matando. A Carapocha le asaltó el nombre de la víctima: Irene Richardson, veintiocho años, brutalmente golpeada con un martillo y posteriormente mutilada. Hizo tres viajes más a Inglaterra aquel año, uno por cada cuerpo que fue apareciendo en los meses sucesivos. Hasta 1981 no se detuvo al culpable: un esquizofrénico llamado Peter Sutcliffe.

El ruso se mojó el dedo con saliva y empezó a pasar hojas: desarrollo cronológico de los hechos, pruebas recogidas, testimonios, *modus operandi*, perfil psicológico y conclusiones del caso. Un total de diecinueve páginas para trece asesinatos. Cerró el cuaderno y apretó los párpados con fuerza. No tardó en empezar a susurrar más nombres:

—Stephan Letter, el ángel de la muerte alemán, veintinueve asesinatos; Dennis Nilsen, el necrófilo de Londres, quince muertes al menos; Norbert Poehlke, el asesino del martillo, policía, seis asesinatos, incluidos su mujer y dos hijos; Antón Khryapa, estrangulador de prostitutas, seis muertes; Marc Dutroux. Marc Dutroux —repitió—, cinco asesinatos, cuatro niñas; Manuel Delgado Villegas, el «Arropiero», cuarenta y ocho asesinatos confesados; Volker Eckert, el camionero que mataba prostitutas, diecinueve víctimas; Andréi Chikatilo, el carnicero de Rostov, cincuenta y tres víctimas, todas mujeres y niños; Thierry Paulin, dieciséis mujeres asesinadas; Roland Segsbees, el de las películas *snuff*, doce muertes; José Antonio Rodríguez Vega, el «Mataviejas» de Santander, dieciséis ancianas asesinadas; Johann Unterweger, asesino itinerante de prostitutas, doce muertes en total; Colin Ireland, homicida de homosexuales, tres demostrados; Anatoli Onoprienko, cincuenta y dos asesinatos en seis meses, y Alexander Pichushkin, mi último caso, cincuenta y tres crímenes.

Justo cuando acababan aquellas páginas, empezaba el listado con los nombres que Robert J. Michelson le había ido facilitando. Ofuscado, cerró el cuaderno y le puso la goma. Lo siguiente fueron palabras nunca pronunciadas

que se iban dibujando en su subconsciente como garabatos.

«Y todo... ¿para qué? No hay forma de cuantificar cuántas muertes se han evitado, pero seguramente puedan contarse con los dedos de una mano. Un resultado muy pobre teniendo en cuenta todo lo que he ido perdiendo por el camino. Del todo insuficiente. Ni siquiera podría equilibrar la balanza eliminando de la faz de la tierra a los que permanecen ocultos. ¡Y quedan tantos...! No puedo perder a mi pequeña. Tengo que terminar de una vez con Orestes y alejar a Erika de toda esta locura. Solo entonces podré enfrentarme a Mladić a mi manera. Más tarde, dejaré que me devoren mis recuerdos y mi enfermedad, pero me llevaré a la tumba este maldito cuaderno que ha sido mi losa y la de Erika; mi dulce Erika. Veintiocho de diciembre de 1976, esa es la fecha en la que todo comenzó. Tengo que escribir la última cuanto antes y evitar que mi pequeña termine, en el mejor de los casos, como yo, como un viejo absorbido por su obstinación y su propio ego. Mi pequeña. Y sigo sin saber nada de Ramiro... ¡Maldita sea! Confío en que sigas con vida, amigo, todavía puedo demostrarte que no estoy hecho de la pasta que crees. Solo necesito una oportunidad, solo una».

Carapocha se puso en pie y abrió la ventana. El sol se asomaba tímidamente entre las nubes, como si estuviera avergonzado. Solamente había una forma de afrontar la situación. Era altamente arriesgado y temerario, pero no tenía más opciones.

Necesitaba recurrir a Skuld nuevamente.

Hotel Zira (Belgrado)

Conduje sin rumbo durante buena parte de la mañana, seguía con mono de música y me metí una buena dosis de Muse. Necesitaba cargarme de energía antes de enfrentarme a mí mismo. Abrí la lista de reproducción y seleccioné los temas que el cuerpo me fue pidiendo. Buscando reforzar mi estado de ánimo, empecé con los más potentes. *Hysteria*, *Stockholm Syndrome*, *Assassin*, *Plug in Baby*, *Map of the Problematique* y *Uprising* me sacudieron como un vendaval. Sin embargo, me di cuenta de que lo que realmente

necesitaba era escarbar en la zona sensible. Elegí *Apocalypse Please* y encontré el efecto esperado. Le di continuidad con *Sing for Absolution* y *The Resistance*, pero no llegué al tuétano hasta escuchar *City of Delusion*.

*Stay away from me.
Build a fortress and shield your beliefs.
Touch the divine, as we fall in line.*

*Can I believe when I don't trust.
All your theories turn to dust.
I choose to hide from the all seeing eye.*

*Destroy this city of delusion.
Break these walls down.
I will avenge!
Justify my reasons with your blame.*

*You'll not rest settle for less.
Until you guzzle and squander what's left.
Do not deny.
That you live, and let die.*

*Destroy this city of delusion.
Break these walls down.
I will avenge!
Justify my reasons with your blame.*

*Destroy this city of delusion.
Break these walls down.
I will avenge!
Justify my reasons with your blame.*

Me desgarré por completo y, entonces, lo supe.

Estaba preparado.

Ya nada sería igual. Me miré al espejo retrovisor y repetí *Justify my*

reasons with your blame hasta que el estado de la nariz reclamó toda mi atención. Debía solucionar de inmediato lo de mi tabique nasal. Aparentemente no la tenía desviada, pero la hinchazón se había extendido a los párpados, que empezaban a adquirir cierta coloración violácea. Siguiendo las indicaciones de AroundMe, llegué a un centro médico cercano y, efectivamente, me diagnosticaron una fractura de tipo I. La médico era una auténtica hermosura de mujer: metro ochenta, melena ondulada de color pajizo, ojos verdes, piel tostada, manos delicadas y dientes perfectos. Despedía un aroma a lavanda con sutiles matices de vainilla. No le costó tragarse mi historia, la de un turista borracho que no sabe muy bien cómo ni por qué termina con la cara en el suelo y la nariz rota. No hizo preguntas. Agradecí que me anestesiará antes de colocarme el tabique, tras lo que drenó la sangre que se había acumulado en el tejido y taponó las fosas nasales. Por último, me colocó una férula nasal bastante incómoda que no debía quitarme en menos de cuarenta y ocho horas. Podría haber tenido alguna oportunidad con aquella belleza de nombre Raluca si hubiera dado rienda suelta a mis encantos, pero no me atreví. Memorice su nombre. Cuando salí de allí, me di cuenta de la incompatibilidad de mi estado físico con la posibilidad de consumir cocaína, y eso me alteró bastante. Contaba con ello para facilitar la tarea que debía acometer en breve.

Decidí volver al hotel y enfrentarme a mis decisiones cuanto antes. Repasé mentalmente mis argumentos. La clave estaba en el orden de las prioridades. No. La verdadera cuestión era quién determinaba el orden, Orestes o Augusto. Solo importaba aquello que implicara avanzar en nuestra obra, mi obra, la obra de Augusto. Para ello, debía permanecer con vida. Pudiera estar equivocado, pero tenía la impresión de que Orestes estaba carcomido por el deseo de venganza y eso no le permitía pensar con la claridad que necesitábamos. Augusto necesitaba aire. *Nosce te ipsum*^[95], ¿cómo podría haberme olvidado de ello? ¡Cuántas veces me lo repitió el Emperador! Pero ¿cómo iba a conocerme a mí mismo si él me manejaba? Me solapaba. Me absorbía. Era algo muy significativo. Cuanto más quería alejarme de Orestes, más me acercaba a los recuerdos de mi padre.

Notorio.

Me asaltó la duda. ¿Cómo habría sido todo si él siguiera vivo? No quise

abrir un nuevo frente emotivo y miré hacia otro lado.

Llegué al hotel cargado de razones; y de olores. Apeataba al antiguo Augusto, a pánico e incertidumbre. Durante el tiempo que pasé bajo el agua, aproveché para concienciarme de que no me iba a resultar fácil ni agradable. Me tumbé en la cama y noté que mi cuerpo pesaba mucho más de lo normal. Me quedé dormido de puro agotamiento.

Algo me despertó y, todavía sobresaltado, fui al baño. Estaba mirándome en el espejo cuando apareció Orestes.

—He estado tratando de localizarte durante toda la noche. Estaba muy preocupado. ¡Joder! ¿Qué te ha pasado? ¿Ha sido él?

—Deberías imaginártelo.

—Sabía que estabas vivo, pero necesitaba hablar contigo. ¿Qué ha salido mal?

—Todo se ha ido a la mierda y no, no ha sido tu fantasma.

Escuchó sin interrumpirme ni una sola vez. Parecía abatido, pero no porque Augusto hubiera estado al borde del abismo. Lo que realmente le dolía era que su plan «perfecto» hubiera fracasado. No obstante, yo estaba seguro de que, durante su silencio, analizó si había que atribuir las causas del derrumbe del edificio al arquitecto o al constructor. No me importó.

—Ese hijo de puta se cree que nos ha dado en la línea de flotación. Tenemos que sacar provecho de la ventaja —maquinó—. Con el inspector fuera de juego, lo tenemos mucho más fácil. Él estará pensando que vamos a dar un paso atrás, esa será nuestra ventaja. Ahora tienes que tratar de descansar un poco. Tengo una sorpresa para ti.

Orestes hizo una pausa esperando que me pusiera a dar saltos de alegría. Hablaba muy rápidamente, de forma atropellada, algo bastante impropio de él. Mantuve mi inexpresiva expresión.

—He conseguido su dirección —expuso solemnemente—, ya no será necesario que te expongas en la vigilancia ni que la sigas. Mañana estarás esperando a la sobrina en su propia casa. No ha sido nada fácil, pero encontré la forma de acceder al sistema de la embajada. Me acordé de unas palabras que Hansel me dijo una vez: «Un sistema de seguridad es una construcción, y todas tienen puertas y ventanas. Ellos las cierran, y nosotros las abrimos». Todas las embajadas trabajan con compañías de logística y, normalmente,

tratan de integrar ambas aplicaciones por cuestiones de comodidad. Esa era la puerta. ¡Ya les tenemos!

Orestes me leyó el pensamiento, por unos instantes creí ver su cara distorsionada, como si no se tratara de él.

—¿Qué pasa? No te irás a echar atrás por un pequeño traspies.

—Que casi me cuesta la vida.

—Cada uno tenemos nuestro cometido. Parcelas y especialidades complementarias. Yo no soy sin ti ni tú eres sin mí. ¿Recuerdas?

—Claro que sí, pero estamos arriesgando lo demás.

—¿Qué es lo demás?

—Mi obra.

—Nuestra obra.

—Eso quería decir.

—Pero no lo has dicho.

—No, no lo he dicho.

—Augusto, este es un paso obligatorio que tenemos que dar si queremos continuar. Tenemos que ganar esta partida.

—No. Tú tienes que ganar tu partida, y te da igual exponer a la reina si con ello consigues dar jaque mate a su rey.

Orestes se arrugó.

—¿Y qué fue de aquel, nuestro lema, que tú mismo acuñaste? ¿Cómo era?

—*Indivisa manent*^[96]. Y siempre lo estaremos, pero necesito encontrar mi espacio, ocupas demasiado sitio dentro de mí.

—¡No me jodas, parece la frase de un matrimonio fracasado! Estamos por encima de toda esa mierda. Juntos, somos un imperio; separados, dos reinos perdidos.

—¿Cómo estás tan seguro? Siempre hemos sido uno. Augusto necesita encontrar a Augusto.

—¡Augusto no es nadie sin Orestes! ¡¿Lo entiendes?!

—Te equivocas.

—¿Vas a dejarme tirado?

No me hizo falta contestar.

—No te necesito. Lo haré yo solo. Te demostraré que Orestes también es

capaz de evolucionar. Yo me encargaré de él.

—Fracasarás como fracasaste la última vez. Te conoce mucho mejor que tú a él. Te vencerá. Olvídate de una vez de tu psicólogo. Estás consumiéndote en tus propias llamas.

—¿Me vas a hablar a mí de ego? ¿Tú, que solo piensas en dejar tu fabuloso legado a la humanidad?

—Tú me empujaste a ello por tu obsesión por perpetuarte en el tiempo. Ser inmortal.

—¿Ahora te atreves a darme lecciones? ¿Ya no te acuerdas de quién te sacó del abismo en el que te encontrabas? ¿Has olvidado cómo estabas cuando te encontré y lo que me costó que te rehicieras?

—No, no lo olvidaré jamás. Solo quiero que trates de comprenderlo. Necesito volar solo o, por lo menos, intentarlo.

—Volverás a mí en cuanto te rompas un ala.

—Es posible, pero eso solo sucederá si yo lo decido.

—Puede que para entonces sea demasiado tarde... Yo no pienso renunciar a nuestro destino.

—Yo tampoco, pero estoy dispuesto a asumir el riesgo. Orestes sin Augusto no está completo.

Orestes asintió y relajó el semblante.

—Lo tienes decidido.

—Absolutamente.

—¿Cuándo te vas?

—Mañana.

—Y ni siquiera me vas a decir dónde, ¿verdad?

—Contactaré contigo cuando esté preparado.

—Está bien, está bien. Yo me encargaré de esto y empezaremos de nuevo en otro sitio. No tardes mucho en buscarme.

—Ten cuidado, Orestes. Ten mucho cuidado, tengo un mal presentimiento.

—Siempre fuiste el más débil. Desaparezco, cuídate mucho.

Orestes se esfumó.

Y nació el nuevo Augusto, otra vez.



Sed en el aire, pero boca en la tierra

En algún sótano del barrio de Dorćol (Belgrado)

12 de mayo de 2011, a las 13:35

Tení calor y sed, mucha sed. Toda la sed que se puede tener.

La cabeza le dolía con la misma intensidad con que lo haría durante la peor resaca de vodka con champán y él, precisamente, estaba recién licenciado en la materia. Trataba de no pensar en ello, pero no lo conseguía y su memoria rebobinó hasta el sonido del disparo que le perforó el tímpano izquierdo haciéndole perder el equilibrio y doblar las rodillas. Lo último de lo que logró acordarse antes de desvanecerse fue de una presión descomunal que se apropió de la base de su cráneo.

Cuando volvió en sí, no había más que oscuridad y calor. Algunas personas saben combatir con entereza el calor; el inspector Ramiro Sancho no era una de ellas. No tardó en percatarse de que se encontraba maniatado a una tubería anclada a la pared, aunque podía ponerse en pie y las ataduras le permitían cierto movimiento. Intentó liberarse, pero desistió en el empeño tras despellejarse la piel de las muñecas con la cuerda. Después, empezó a gritar con inusitado furor; no paró hasta que se le inflamaron las cuerdas vocales y ya no pudo emitir sonido alguno. Ni siquiera fue capaz de blasfemar en alto, y el hecho de no poder regalarse los oídos alimentó su

desesperación. Sumido en la más absoluta oscuridad y envuelto en el más sofocante de los silencios, procuró serenarse. Necesitaba saber dónde estaba, conocer cuanto le rodeaba, pero apenas alcanzaba a distinguir sus manos. Así, maquinó un método para obtener información sobre aquella estancia. Palpando el suelo, encontró algunas piedras de pequeño tamaño que podría lanzar contra la pared valiéndose del pulgar, de tal forma que le sería posible calcular de oído —con el derecho— la distancia entre el muro de la tubería y la pared opuesta: no más de tres metros; máximo, cinco. Necesitaba más munición para averiguar los que separaban las otras dos paredes, pero ya había agotado todo el arsenal a su alcance, por lo que nutrió sus baterías de los trozos de cemento de la pared a la que estaba anclada la tubería; los arrancaba valiéndose únicamente de sus propias uñas. Tras muchos lanzamientos, llegó a la conclusión de que podría haber unos cuatro metros; posiblemente menos o, lo mismo, un poco más. Total, unos quince metros cuadrados aproximadamente. Pequeño, demasiado pequeño.

A todas luces insuficiente.

En aquel momento, creyó que le empezaba a faltar el aire y tuvo que sentarse. Descubrió la sensación de claustrofobia. Se le disparó el corazón y empezó a respirar de forma acelerada, hiperventilándose. El sudor le escurría por la frente y sintió unas náuseas irrefrenables. No vomitó, y aquel éxito apuntaló su estado de ánimo. No tardó en darse cuenta de la cantidad de variables que podrían haber afectado a sus cálculos y se convenció de encontrarse en una habitación enorme. La autosugestión funcionó, casi podía notar la brisa marina en la cara hasta que empezó a sentir un intenso dolor apoderándose del pulgar como consecuencia de la repetición a la que había sometido al tendón. Casi le dolía tanto como los dedos en los que se había levantado las uñas.

Así se entretuvo durante las primeras horas de cautiverio; la batalla contra la sed protagonizó las siguientes.

Y la desesperación que produce la necesidad de comprender.

No sabía quién le había atrapado ni cuál podría ser su propósito. Lo único que le encajaba era la posibilidad de que Augusto tuviera un cómplice, pero no fue capaz de ponerle rostro. El tiempo pasaba muy despacio y cada vez tenía más calor. El aire parecía haber ganado en densidad en aquella estancia

y pagaba en sudor el mero hecho de respirarlo. Estaba perdiendo tanto líquido que no tardó en alcanzar los límites de la polidipsia^[97]. Para combatir la sed se lamía la exudación que podía recoger de su frente con la palma de la mano y se chupaba la sangre de las uñas, pero aquello solo le sirvió para tener un desagradable y pastoso regusto metálico adherido al paladar. Encontró la solución en la acidez de su propia orina. En un escorzo imposible, más propio de un contorsionista que de un inspector de Homicidios, conformó con sus manos un improvisado cáliz del que bebió todo lo que pudo. Le escocían las heridas, pero logró contener las crueles embestidas de la sed. De forma momentánea, eso sí, porque semejante afrenta no pasó desapercibida para sus papilas gustativas, que enviaron una inequívoca señal de venganza al cerebro codificada como repugnancia. Así, la represalia de su organismo no se hizo esperar y su bulbo raquídeo empezó a bombardear señales de auxilio al hipotálamo reclamando más líquido; agua, a poder ser, como esa que perdía a través de todos y cada uno de sus poros. Decidió que lo mejor sería romper relaciones diplomáticas con su cabeza y trató de dormirse. Se tumbó como pudo en el suelo y, con los niveles de entereza agrietados, cerró los ojos.

Un cosquilleo en la pantorrilla le sacó del letargo. El escalofrío que le recorrió la espalda al identificar la causa y la causante le hizo incorporarse de un salto. La imagen de una cucaracha hercúlea escalando por su pierna le provocó una sobredosis de adrenalina. Al tercer golpe, y a pesar de su deficiencia auditiva, pudo escuchar nítidamente el inconfundible crujir del exoesqueleto del insecto; sonó más a tostada que a galleta. Acto seguido, se puso a taconear de tal forma que hubiera arrancado un aplauso a la mismísima Sara Baras. No dejó ni un solo centímetro cuadrado sin pisar dentro de su limitado radio de acción. Cuando le pudo el agotamiento, afinó el oído para hacer un completo barrido de aquella habitación de proporciones desconocidas. En ese momento, advirtió que no recibía ninguna señal por el oído izquierdo. Trató de cerciorarse chasqueando los dedos; sin embargo, el dolor del tendón y los fuertes aguijonazos de las uñas le impidieron generar sonido alguno. Quiso poner en funcionamiento sus cuerdas vocales, pero apenas produjo un sonido similar a un leve maullido. Relinchó de angustia y solo entonces pudo certificar que su oído izquierdo, en efecto, no procesaba. Se juró quitar la vida con sus propias manos al causante de su sordera, fuera

quien fuera.

Lo que no sabía el inspector es que le surgiría la oportunidad mucho antes de lo que pensaba.

Con el paso de los minutos, encontró cierto alivio tirándose de los pelos de la barba y pensó que quizá no fuera tan mala idea dejársela crecer más. No tardó en cambiar de opinión.

No tuvo más sobresaltos.

Solo calor y sed.

Oscuridad y silencio.

Ya ni siquiera sudaba, no tenía con qué.

El ruido de unas llaves abriendo un candado alborotó de nuevo a sus neurotransmisores. Una bombilla desnuda que colgaba a la altura de su cabeza se encendió obligándole a apretar los párpados con fuerza, como si el astro rey hubiera decidido personarse en aquel lugar. Se tapó los ojos con las manos y los fue abriendo poco a poco sin levantar la mirada del suelo. Lo primero que pudo distinguir fueron los restos de la cucaracha, pudiendo certificar que no era, ni mucho menos, del tamaño que había imaginado. Otro sonido estridente le hizo levantar la cabeza. Miró en derredor para comprobar que la estancia no se parecía en nada a la que había dibujado en su cabeza.

—¡Señor «Shansho»!

Reconoció esa voz y ese acento de inmediato. No se lo esperaba.

—¿No se alegra de verme?

Erguido con porte militar y las manos a la espalda, el señor Kapllani se esforzaba por no disimular un ápice su desmesurada expresión triunfal. Llevaba una camisa de color verde pistacho que hacía tanto daño a la vista como el repentino exceso de iluminación. La siniestra silueta de su guardaespaldas se recortaba detrás de él. En ese instante, lo vio claro: eran Vizzini y Fezzik, personajes de la película *La princesa prometida*. El delirio le hizo acordarse de una frase de otro de los protagonistas, Íñigo Montoya: «Hola, me llamo Íñigo Montoya. Tú mataste a mi padre, prepárate a morir».

A Sancho se le esculpió fugazmente en la cara algo parecido a una sonrisa.

—Espero que sepa disculparme por la demora. No me ha resultado sencillo encontrar en Belgrado los utensilios que vamos a necesitar —le

indicó señalando con la cabeza hacia una camilla metálica.

Fezzik, el gigante, arrastraba dicha camilla, y sobre ella se repartía una serie de objetos. Sancho distinguió unas tenazas, un martillo, un alicate, una tijera y un cúter antes de volver a enfrentarse a los ojos vidriosos del hombrecillo.

—Pero ya verá que la espera ha merecido la pena. Tengo mucha curiosidad por comprobar hasta dónde llega el coraje que ha demostrado tener, «amigo mío» —pronunció en castellano—. Rudiger, acércasela para que pueda hacerse a la idea.

Este hizo lo que le ordenó. Sancho trató de pronunciar algo, pero de su boca solo salieron susurros incomprensibles. Se concentró para tratar de producir una pizca de saliva que le permitiera aclararse la garganta.

—¡Vaya, no sabe cuánto lamento que no pueda hablar! En unos minutos, veremos si puede gritar. Supongo que ya no puede escucharme por ese oído, ¿verdad? Era algo que nos gustaba hacer con los prisioneros del campo. Les teníamos colgados de las muñecas durante horas y, en el momento en el que se dormían, pegábamos el arma a su oreja y apretábamos el gatillo. En una ocasión, un viejo que pasaba información a los serbios se quedó seco del susto; tuvo suerte, se libró del resto de la sesión. Dicen los entendidos que el oído interno solo soporta un máximo de ciento cuarenta decibelios y que, a partir de ahí, se produce un trauma acústico que puede, o no, ser reversible. Pero yo no me preocuparía demasiado por ello si estuviese en su lugar. Le diré lo que vamos a hacer: Rudiger va a acomodarle en esa camilla para que yo pueda operar con calma y destreza.

—Agua —pareció articular Sancho.

—Hace calor, sí. Luego lo solucionamos, pero primero trate de prestar atención a lo que le estoy contando. Empezaremos con los pies. Las hemorragias son fáciles de controlar en las extremidades; así haremos que esto dure más. Me voy a quedar con sus dedos como pago del dinero que me robó y por el alquiler de mi Anaconda —señaló dándose unas palmaditas a la altura de la hebilla del cinturón—. Seguidamente, creo que continuaré con las orejas antes de volarle las pelotas. Cuando haya terminado con usted, le rociaré con ese bidón de gasolina y su cuerpo se consumirá como si jamás hubiera existido. Trocearemos lo poco que quede y lo meteremos en esa

maleta. ¿Le gusta? Es de polipiel. Es más probable que yo le ponga un tapón a Gasol a que usted vuelva a ver la luz del sol. ¿Conoce a Gasol? Seguro que sí. Usted tiene altura. ¿Jugaba al baloncesto? A mí me gustan todos los deportes. Especialmente, el fútbol, pero también sigo la NBA. Hay muchos españoles últimamente en la NBA. ¿Ha jugado alguna vez al baloncesto? — Perseveró el hombrecillo.

—Agua, cabrón —interrumpió Sancho.

Rudi dio unos pasos con una botella en la mano, pero lo que pareció una violenta reprimenda en un idioma que Sancho no fue capaz de entender le hizo detenerse a medio camino. El inspector extendió los brazos intentando encontrar la misma compasión que, un día, le regaló a aquel coloso con ojos de anfibio. Los improperios eslavos seguían retumbando en las paredes cuando abrió el tapón de la botella y se la entregó a Sancho. El hombrecillo no lo sabía, pero había cometido un grave e irreversible error: mentar a la madre de Rudi Gervigan.

Agua.

El señor Kapllani, rojo de ira, empezó a golpear con los puños en la espalda de su guardaespaldas y a soltar patadas en el trasero de su guardatraseros. Sancho logró beberse la mitad de la botella hasta que, de un manotazo, el hombrecillo se la arrebató de sus sedientos labios. Pero antes de que tocara el suelo, Rudi se giró haciendo gala de una velocidad que muy pocos podrían atribuir a un ser de sus características. Las manos del gigante silenciaron los gritos de su jefe al agarrarle del cuello. Aumentó la presión, pero se controló para no romperle el cuello como a un pollo. Quería asfixiarle. Los pies de Kapllani ya no tocaban el suelo, y su cara estaba empezando a amarrotarse cuando sonó la primera detonación. Seca y contundente, como un trueno. Rudi se contorsionó girando hacia su derecha y bajó a su presa, que todavía no conseguía respirar. Un segundo disparo le reventó el hígado. El guardaespaldas se venció hacia delante y, sin separar las manos del cuello de su hasta entonces protegido, cayó sobre él, quedando el revólver atrapado entre ambos cuerpos. Sancho hubiera dado su vida por poder ayudarle, pero no pudo hacer más que ser un espectador de primera fila.

Cuando las piernas del hombrecillo dejaron de moverse, Rudi se giró para

quedarse boca arriba en el suelo, al lado de la que sería su última víctima. Sujetaba algo en la mano derecha que apretaba con fuerza contra la herida del hígado. La sangre brotaba de su boca indicando que el estómago había sido el receptor de la primera bala del calibre 44. No mostraba expresión alguna de dolor, parecía que el rostro de aquel hombre no perteneciera al mismo cuerpo. Entonces, a Rudi no le pareció mala idea alargar el brazo izquierdo para alcanzar el arma. No parecía tan grande en su mano. Levantó el revólver con la parsimonia de quien sabe que se le está escapando la vida y apuntó al inspector desde el suelo.

Sancho se dio la vuelta instintivamente.

Rudi le guiñó un ojo antes de que su brazo cediera bajo el peso del arma.

—*Nënë*^[98] —pronunció con dificultad mostrándole algo—. *Mother, mother* —insistió.

—*Your mother?* —preguntó Sancho.

El coloso abatido asintió antes de entregarse plácidamente a la muerte.

Un extraño sentimiento de gratitud invadió a Sancho.

Se sentó en el suelo para evaluar la forma de salir de allí.

Residencia de la madre de Goran Jerčić Grindavík (Islandia)

Goran leyó de nuevo el *e-mail* de Carapocha, aunque ya sabía perfectamente qué debía contestar.

Querido amigo:

Lamento mucho tener que recurrir de nuevo a ti después de todo lo sucedido. Soy culpable, lo sé, y no contactaría contigo si la vida de mi hija no estuviera en serio peligro. Un día, yo me jugué la mía por salvar a los tuyos, hoy te ruego que me devuelvas el favor. Será la última vez.

Tenemos que vernos. Sigo en Belgrado. Tengo que explicártelo todo

en persona, te espero mañana en mi rincón preferido de la ciudad.
21:30.

Un abrazo tan sincero como mis disculpas.

Armando Lopategui

Con los codos sobre su escritorio, apoyó la frente en las palmas de las manos y cerró los ojos. Soltó el aire por la boca y apretó los dientes. Aún se estaban aclimatando a aquella localidad de menos de tres mil habitantes enclavada en la costa oeste de la isla y ni siquiera había terminado de acondicionar el sótano como su nuevo lugar de trabajo. No se le ocurrió un sitio mejor cuando les tocó salir corriendo, y, aunque ni Mira ni Miran estuvieron de acuerdo con él, terminaron aceptando su decisión. Svetlana todavía se despertaba por la noche con pesadillas y podía distinguir algo extraño en su mirada, una mezcla de miedo y comprensión.

Es posible que no hubiera un lugar más apartado en el planeta Tierra que la vieja casa en la que nació su madre, a pesar de que tan solo veinte kilómetros la separaban del Aeropuerto Internacional de Keflavík. No obstante, desde el día en que instaló la antena parabólica que les daría acceso a Internet, no había pasado ni una sola noche en la que Goran no comprobase los nombres de todos los pasajeros que habían aterrizado en el país. Por suerte, Islandia no tenía un tráfico de entrada masivo y la aplicación que desarrolló no tardaba más de una hora en extraer la información de los vuelos. Luego debía contrastarlos con la base de datos de autores y personajes literarios de más de un millón de registros, elaborada a partir de los maestros craqueados de las bibliotecas más importantes del mundo. La otra forma de llegar al país era en *ferry*, pero el único puerto de entrada estaba en Seyðisfjörður, en la costa este, lo cual le supondría alquilar un coche para cruzar la isla. Demasiados kilómetros por carreteras que desmerecían tal calificativo en muchos tramos. A pesar de ello, incorporó el registro de pasajeros del MS Morröna —único barco que arribaba a la costa islandesa— a la del aeropuerto.

Goran era consciente de que se le podrían estar escapando muchos detalles, pero era mejor eso que nada. Lo principal era proteger a su familia

de aquel monstruo, y, en realidad, lo que le estaba pidiendo Carapocha no les pondría en peligro. El *craker* pensó que probablemente, de esa forma, pudiera ayudarle a terminar definitivamente con Orestes. En cierto modo, él también era responsable de todo lo que había ocurrido. Si no hubiera dado la idea al psicólogo de crear aquella web, Orestes nunca se habría cruzado en sus caminos.

Inspiró profundamente y remató de cabeza antes de poner las manos sobre el teclado.

Cuenta conmigo. Allí estaré.

Un abrazo, amigo.

G. J.

En algún sótano del barrio de Dorćol (Belgrado)

Sancho consiguió liberarse de sus ataduras con el cúter que estaba destinado a abrir sus carnes no sin cortarse accidentalmente en antebrazos y muñecas. El inspector se hizo un vendaje compresivo de color pistacho y se agachó para recoger lo que Rudi le había mostrado antes de morir. Le costó arrancárselo de su mano inerte. Era un trozo de cartón plastificado en el que descubrió el rostro de la madre Teresa de Calcuta cuando limpió la sangre que lo cubría. Después, registró ambos cuerpos y revisó sus carteras.

«Rudi Gervigan», memorizó antes de guardar en su cartera, junto a la estampa religiosa, lo que debía de ser su documento de identidad albanés.

La del hombrecillo tenía un fajo de billetes que le quitó sin ningún miramiento. También le requisó un Zippo con la bandera de Albania, una linterna y munición para el Anaconda. Roció los cuerpos con la gasolina que estaba destinada a quemar el suyo e hizo un reguero hasta la puerta. Tenía que dejarla abierta para que las llamas se alimentaran de aire renovado. Encendió el mechero y prendió la cartera de Kapllani antes de dejarla caer en

el charco de combustible. En cuanto la llama azul emprendió su camino a gran velocidad, Sancho dedicó una última mirada al hombre que le había salvado la vida.

Buscó la salida de aquel maldito lugar, enfocó con la linterna hacia su derecha y vio que unas escaleras arrancaban al final del pasillo; corrió hasta ellas e inició el ascenso. Estaba escaso de fuerzas y se le atragantaron al tercer peldaño. Quería recobrar el aliento, pero el olor a humo le hizo cambiar de opinión inmediatamente. Totalmente extenuado, alcanzó una puerta que debía de dar al exterior, una puerta sin picaporte, de esas que solo se abren desde el lado contrario al que uno se encuentra. Trató de tirarla a patadas y cargó violentamente contra ella, hasta que se dio cuenta de que tenía que buscar otra salida antes de que el dióxido de carbono le dejara inconsciente. Se tapó la nariz y la boca con la camiseta y se preparó para deshacer el camino.

Según descendía, el humo se iba haciendo más espeso y el picor en los ojos empezó a ser más que una molestia. Corría encorvado, alumbrándose apenas los pies, buscando la mayor pureza del aire en las capas más bajas. El olor a carne quemada le revolvió el estómago cuando pasó por la puerta del cuartucho, y tuvo que protegerse la cara del intenso calor. Con el corazón asomando por la comisura de los labios y muchas injurias no pronunciadas, dobló la esquina hacia la derecha para encontrarse con otras escaleras; esta vez descendentes. Dudó, pero no encontró muchas otras alternativas más que buscar la salida hacia abajo. Tenía que escapar de allí cuanto antes, no solo por salvar el pellejo, sino también para evitar tener que dar explicaciones a la policía. Desconocía el derecho penal de Serbia, pero podía intuir que no contemplaba la incineración de los cuerpos de dos presuntos agresores como atenuante postraumático. Bajó.

Enseguida, advirtió que respiraba mejor y que veía peor; se estaban consumiendo las pilas de la linterna, como las suyas. Ya ni siquiera podía trotar, y se limitaba a caminar lo más rápidamente que podía cuando le pareció ver una claridad al final del pasillo. No le importó que fueran las puertas de san Pedro lo que hubiera delante, porque detrás dejaría su infierno particular. Casi corría. Empujó aquella puerta con rabia y la luz le cegó absorbiendo las ínfimas energías que le quedaban. Rodó por el suelo hasta

quedar boca arriba, para después permanecer durante unos minutos en esa posición disfrutando de la pureza del aire mientras recuperaba el aliento.

Tardó más de lo normal en asociar el cada vez más nítido y cercano sonido de las sirenas con el incendio que él había provocado. A duras penas, consiguió levantarse para reconocer lo que podría ser una antigua zona industrial. Se encontraba rodeado de naves abandonadas y medio derruidas. Al fondo, podía distinguirse la vía del tren. Con la desesperación como estímulo principal, consiguió llegar hasta otra nave de ladrillo rojo y puerta corredera abierta. Al entrar, notó cierto olor a matadero, pero la extenuación le forzó a buscar una esquina en la que tumbarse. Protegido tras unos palés, se acurrucó y se rindió a la fatiga.



Ya ves; lo que es no es

Barrio de Zemun (Belgrado)
12 de mayo de 2011, a las 17:10

El colmillo de Carapocha asomó entre sus labios cuando recibió el *e-mail* de Goran. Trató de repasar mentalmente las escenas que deseaba vivir en unas horas, pero la preocupación por el estado de su hija no le permitía concentrarse. Acababa de subir de la farmacia, donde había comprado algunos medicamentos con la esperanza de que Erika accediera a tomárselos. Seguía encerrada en su cuarto desde que llegaron. A pesar de que pudo contarle con detalle el plan que tenía para tratar de poner el punto final a su relación con Orestes, no consiguió sacar ni una sola palabra de su boca. No pensaba en otra cosa que en alejar a su hija de todo aquello o, dicho de otra forma, alejarla de él. No alcanzaba a entender cómo había estado tan ciego para no ver que la estaba arrastrando con él en su descenso a los infiernos. Si esa noche salía como esperaba, todo iba a cambiar.

El psicólogo se aferraba a aquella esperanza.

Se giró hacia la puerta de la habitación y un interrogante se dibujó en su cara; estaba entreabierta. Con sigilo, se acercó y trató de distinguir alguna forma. No había luz dentro y empujó suavemente la puerta.

—¿Erika?

La luz corroboró sus peores sospechas. Ella no estaba, pero sí su teléfono móvil y el arma que le había dado.

Aquella era una muy mala señal, aunque... quizá había decidido marcharse.

La incógnita le hizo golpear la pared.

Todavía le temblaba el pulso cuando salió a la calle para buscarla.

Barrio de Stari Grad

En el instante en el que vio los dos coches de policía frente a la puerta de su hostel, Sancho trató de gritar al conductor para que acelerara; sin embargo, las palabras se le cuartearon en la boca. Seguía con las cuerdas vocales dañadas, pero anímicamente reparado. Tuvo que indicarle varias veces con la mano que siguiera adelante. El taxista aceleró con una mueca de desprecio que fue respondida por el inspector con la misma receta con la que había despachado a dos ejecutivos haría un par de horas.

Tras la huida, se había despertado en aquella nave, con el cuerpo como un cubo de desechos y con un enorme boquete en el estómago. No quiso calcular las horas sin comer; aun así, el cuerpo seguía priorizando la ingesta de líquido. Salió caminando de la zona industrial en dirección a las calles más comerciales de Dorcol, el barrio con mayor concentración de restaurantes de Belgrado. Entró en una tienda y compró una botella de agua de un litro; invitó Kapllani. Sabía que debía beberla con calma, pero no lo logró. No tardó en asociar la cara de asco que le brindó la dependienta de la tienda con su aspecto físico y algo después se coló en un bar a asearse pensando que ya tendría la oportunidad de lavarse a fondo cuando llegara a su habitación. El espejo le esputó la imagen de un mendigo diez años mayor que él, con la cara ennegrecida, barba polvorienta, ojeras abisales y ojos enrojecidos. Su vestimenta estaba a la altura. Se lavó lo mejor que pudo y advirtió que las heridas de las uñas estaban empezando a infectarse, así como los tajos en los antebrazos y en las muñecas.

Necesitaba comer, curarse las heridas y darse una buena ducha —por ese

orden— antes de pensar en nada más. Solucionó lo primero en uno de los muchos puestos de comida rápida que se encontraban repartidos por la calle Francuska. Dos ejecutivos encorbatados contemplaron con más repugnancia que asombro cómo devoraba seis porciones de *pizza* prácticamente sin masticarlas. Sancho se percató de ello y les dedicó una sonrisa trufada de jamón y queso a medio masticar, que llevaba implícito un cristalino «Que os den por el puto culo, mamones de mierda»; también convidó Kapllani. Seguidamente, entró en una farmacia. Compró el botiquín más completo que tenían, con antiinflamatorios, antibióticos y el analgésico más fuerte; una vez más, subvencionado por el difunto hombrecillo. Se sentó en un banco algo apartado del parque Studentski y extendió todo el kit farmacéutico. Tragó dos pastillas de cada antes de proceder con la reparación de las uñas. Primero, recortó con la tijera las partes levantadas y limpió con agua oxigenada las numerosas impurezas que tenían adheridas. A continuación, fue generoso con el antiséptico dermatológico antes de cubrir las primeras falanges de cada dedo con gasa y esparadrapo. Dejó como postre el dedo índice de la mano derecha, que sufría las consecuencias de ser el que más trocitos de cemento había arrancado de la pared. Una fina capa amarillenta ocupaba el lugar dejado por la uña. Le dolió menos de lo que esperaba, concluyendo el trabajo de forma altamente satisfactoria. Puso el broche en la cura de los cortes. Solamente uno en la muñeca izquierda aconsejaba aplicar puntos de sutura, pero recibió el mismo tratamiento que el resto de heridas: limpieza, desinfección y vendaje. Cuando se incorporó, le sobrevino un vahído y tuvo que volver a sentarse durante unos minutos.

Una vez recuperado, buscó otro taxi que le llevara al hostel; sin embargo, ya nunca volvería a entrar en la habitación en la que tenía su pasaporte.

En el taxi, mientras se alejaba del control, se preguntaba cómo habría dado con él la policía, y no tardó en encontrar la respuesta en cuanto advirtió que no llevaba su móvil encima; tampoco su cartera. Haciendo memoria, recordó haber guardado el teléfono dentro de la guantera del coche de Carapocha, cuando trataba de comunicarle que había apresado a Augusto en aquella taberna. Durante unos segundos, se arrepintió de no haberle volado la tapa de los sesos en el baño, y se prometió a sí mismo que no lo dudaría la próxima vez que se cruzara con él. Respecto a la cartera, supuso que

probablemente habría sido pasto de las llamas; consecuentemente, estaba indocumentado.

Sancho notó que iba recuperando progresivamente la facultad de hablar, pero le dolían las cuerdas vocales cada vez que pronunciaba una palabra. El oído izquierdo seguía inoperativo por completo. Utilizando el lenguaje internacional de los gestos, se hizo entender con el taxista para que le llevara a una tienda de ropa. Le dio los tres mil doscientos veinte dinares que marcaba el taxímetro y le pidió que esperara fuera. No tardó en salir con dos bolsas en la mano con calcetines, calzoncillos, un pantalón vaquero y una camisa negra para llevar por fuera del pantalón; efectivamente, todo patrocinado por el señor Kapllani. Solo quiso conservar sus zapatos de Coronel Tapioca a pesar de su lamentable aspecto.

El siguiente paso consistía en asearse por completo y, a falta de ducha, le indicó al taxista que le llevara a algún bar cercano. Al bajar del coche, el conductor reconoció el bulto que se marcaba en la espalda de aquel pelirrojo con pinta de psicópata peligroso. No tardó en marcar el número de la policía.

Mientras, Sancho pidió una cerveza y se encerró en el baño. Se desvistió por completo y trató de asearse a conciencia, con fiereza y determinación. Se puso la ropa nueva y metió la vieja en las bolsas. El espejo del baño le devolvió una imagen de sí mismo algo mejorada y se habría afeitado la barba si hubiera disfrutado de algo más de tiempo. Cuando salió, apuró la pinta de tres tragos y dejó quinientos dinares en la barra.

Miró el reloj, las 19:55.

Solo tenía un sitio donde ir.

Splavovi de la orilla del Danubio (Belgrado)

Fue una sensación extraña, casi inédita.

Romper con Orestes había resultado menos traumático de lo que esperaba, y me veía reforzado en mis convicciones aunque arrastraba un dulce pesar.

Busqué una canción del Maestro. Solo la voz de Bunbury se ajustaba en

aquel momento precioso. Se conocía como *Cementerio en mis zapatos* o *Dos clavos a mis alas*; para mí, era la primera melodía de mi nuevo presente.

*Aquí y allá, no he buscado enfrentarme con nadie,
sé que puedo vivir unos días sin aire.
Pero es mejor respirar y así me va...,
la actitud no es moneda de cambio,
este año te dejan a un lado.
Y mañana te dejas querer.
La salud se va dinamitando sin poder evitarlo.*

*Y aun así, esperaré por un beso en la otra mejilla,
y corro el velo que todo lo olvida.*

*Y vuelta a empezar, no he buscado enfrentarme con nadie,
sé que puedo vivir unos días sin aire.
Pero es mejor respirar y así me va...,
la actitud no es moneda de cambio,
este año te dejan a un lado.
Y mañana te dejas querer.
La salud se va dinamitando sin poder evitarlo.*

*Y aun así, esperaré por un beso en la otra mejilla,
y corro el velo que todo lo olvida.*

Todavía no eran las 21:00 y ya se podía saborear el ambiente.

Era mi noche de despedida y no podía marcharme de Belgrado sin degustar por última vez la vida nocturna de una de las capitales europeas con más posibilidades en la materia. No me llevaba un buen recuerdo de la ciudad, aunque tuviera asociado el renacimiento de Augusto y el haber conocido a Magda. No podía dejar Belgrado como una hoja en blanco.

Al día siguiente, tenía previsto empezar el periplo que habría de llevarme por las ciudades más importantes de Europa de la mano de Rammstein. El grupo estaba recorriendo el mundo desde enero con su gira *Made in*

Germany, y tenía previsto terminar en mayo de 2012. El 11 de junio regresaban a Europa —concretamente, a Bratislava— tras su estancia en el continente americano, y allí estaría yo también. Zagreb, Budapest, Praga, Viena, Múnich, Berlín, Zúrich, Moscú, San Petersburgo, Helsinki, Estocolmo, Oslo, Copenhague, Londres, París, Rotterdam y Amberes serían algunos de los próximos escenarios en los que continuaría escribiendo mi obra. Pero antes, pasaría por casa. Tenía que recuperarla.

La coyuntura me generó la necesidad de escuchar al grupo alemán y me puse los auriculares.

La perspectiva no podría ser más halagüeña y, quizá, coincidiría con Magda en alguna de esas ciudades; echaba de menos las conversaciones con aquella misteriosa mujer. Me pregunté si sus vivencias habrían intervenido en mi decisión de separarme precipitadamente de Orestes y me propuse averiguarlo. ¿Era Augusto realmente tan influenciable? ¿Sería capaz de continuar con mi obra sin mi otra mitad?

Pronto lo sabría.

La zona estaba repleta de jóvenes ávidos de fiesta llegados de todos los rincones de los Balcanes y de turistas, muchos turistas. Llevaba una mochila con mis herramientas colgada del hombro por si surgía alguna oportunidad. Por supuesto, me quité el bochornoso apósito que tenía plantado en mi cara. Por motivos estéticos, sí, pero principalmente para poder meterme lo que me quedaba de la farlopa eslovena. La hinchazón había bajado y podía respirar casi con toda normalidad; prácticamente, no me dolía y hasta me gustaba ese color morado que resaltaba en mis ojos. Me noté con ánimo y traté de borrar de mi cabeza todo lo que no tuviera que ver con el propósito de aquella noche.

Empezó a sonar *Te quiero, puta* e inconscientemente me arranqué a cantar imitando la misma deficiente pronunciación en castellano que Til Lindemann.

¡Hey, amigos!

¡¡¡Adelante, amigos!!!

Vamos, vamos, mi amor.

*Me gusta mucho tu sabor.
No, no, no, no, tu corazón,
mucho, mucho tu limón.*

*Dame de tu fruta, vamos, mi amor.
¡¡Te quiero, puta!!
¡¡Te quiero, puta!! (Ahhh, qué rico).*

*¡Ay qué rico! Un, dos, tres.
Sí, te deseo otra vez.
Pero no, no, no, tu corazón,
más, más, más de tu limón.*

Querido...

*Dame de tu fruta,
dame de tu fruta, vamos, mi amor.
¡¡Te quiero, puta!!
¡¡Te quiero, puta!! (Ahh, qué rico).*

*Entre tus piernas voy a llorar.
Feliz y triste voy a estar.
Feliz y triste voy a estar.*

La letra sonaba tan irracional como el estado de ánimo en el que estaba inmerso. Gritando el estribillo recorrí las plataformas flotantes en busca de un lugar en el que poder dar el banderazo de salida a mi última noche en Belgrado.

Noté un grado de excitación sexual del que no disfrutaba desde hacía demasiado tiempo.

Aquella iba a ser una gran noche.

*¡¡Te quiero, puta!!
¡¡Te quiero, puta!! (dame más, dame más).
¡¡Te quiero, puta!!*

Entré en la primera plataforma en la que detecté el ambiente que estaba buscando: agitado pero estable. Me dediqué a observar cuanto me rodeaba delante de la primera cerveza de la noche.

Cuando la reconocí, se me iluminó el rostro.

Un excelente presagio.

Mi suerte empezaba a cambiar.

Kafana Dačo (barrio de Zvezdara)

Carapocha llegó con casi una hora de antelación a la cita.

Tenía que hablar con Ivica y, aunque no iba a darle más detalles de los que necesitaba saber, requería de su colaboración. A pesar de lo crucial de aquel encuentro, estaba mucho más preocupado por Erika que por sí mismo. La buscó durante dos horas por la calle sin ningún resultado. Deseó que su hija hubiera decidido coger un avión y se hubiese marchado muy lejos.

No era así.

En cuanto vio a Ivica, le puso la mano en el hombro.

—Amigo, hoy necesito que me hagas un gran favor.

—No me gusta ese tono con el que me lo dices, me estás preocupando.

—Estoy asustado.

—¿Tú?

—Sí, lo estoy, pero conseguiré deshacerme de todos mis problemas si me echas una mano. Vamos a sentarnos en un lugar más tranquilo —sugirió.

Splavovi frente al Hotel Jugoslavija Orilla del Danubio

A Erika le sentó bien la caminata para aclarar las ideas. Hizo una prospección previa de los *splavovi* analizando el tipo de clientela que tenían en las terrazas. Su único propósito era emborracharse.

De forma inconsciente, memorizó los nombres y el orden en el que se encontraría cada bar o restaurante en el camino de regreso hasta su primera parada. Decidió inaugurar la noche en el Cuba Bar con un mojito o dos. Seguidamente, comería algo de pescado en el restaurante Club Bahus y remataría en el Amsterdam, un garito del que le había hablado especialmente bien aquel niño que se tiró la noche del rapto. Erika no buscaba compañía, lo que realmente quería era disfrutar de unos momentos de reflexión en los que el alcohol la ayudara a terminar de desordenar sus ideas para colocarlas después.

Durante el confinamiento voluntario en su habitación, trató de dejar la mente en blanco y esconderse de aquellas imágenes acromáticas y distorsionadas que le evocaban ese olor nauseabundo. Quería borrar el eco de su voz jadeante y arrancarse la piel para eliminar las huellas de su tacto resbaladizo. Nada de eso funcionó. No tuvo más alternativa que trastear en su memoria y colocar cada fotograma; uno a uno. Lo más extraño no fue que consiguiera hacerlo sin esfuerzo, lo extraordinario resultó ser la intrascendencia con la que afrontó la escena final. No encontró ningún vestigio de alguna emoción que se pareciera al remordimiento.

Asepsia total.

Llegó a una conclusión: lo que es no es. Eso la estaba ayudando. También se le había pasado por la cabeza poner distancia con su padre o, incluso, levantar un muro infranqueable entre ellos. No obstante, lo cierto era que nunca se había sentido tan viva como en aquellos momentos.

Blindada.

Aquella tarde, Erika decidió dar un paso adelante. De alguna forma, tenía motivos para celebrarlo, o puede que necesitara emborracharse para evitar pensar en el descabellado propósito de su padre. Su última frase tañía una y otra vez en su cabeza.

«Acudiré. Estoy seguro de ello, pero le estaré esperando esta vez. No podrá resistirse. Confía en mí».

A continuación, le explicó detalladamente los motivos por los que era indispensable que ella no interviniera. No le gustó la idea, pero el razonamiento tenía tanto peso que ni siquiera pudo rebatirlo. Más tarde, cuando se despertó, Erika no sabía si hacer la maleta y marcharse tan lejos

como la llevara el primer avión que saliese de Belgrado o quedarse junto a su padre. Se había ido de casa sin tomar una decisión, pero ya lo tenía claro y se lamentó por no poder comunicársela mediante un abrazo. Quería paliar el estado de ansiedad en el que se encontraba con un mojito por vía intravenosa y aceleró el paso.

El siguiente *splavovi* era el Amphora River Caffé, cuyos clientes parecían sacados de una revista de moda. Demasiado refinado para sus pretensiones.

De repente, un olor hizo que sus neurotransmisores se desbocaran: tabaco aromatizado a vainilla. Giró la cabeza y localizó el origen. Estaba a menos de veinte metros. Le costó reconocerle, quizá porque se negaba a creerlo.

Ni siquiera pudo pestañear.

Le estaba dando la espalda, pero estaba completamente segura.

Era Augusto.

Seguía paralizada por completo mientras su cerebro registraba una actividad frenética. Volvió a las imágenes recogidas por las cámaras del Hotel Moskva.

Se mordió el labio y, finalmente, cayó en la cuenta.

Encajó todas las piezas en menos de tres segundos, pero tardó siete más en reaccionar.

—Hijos de la gran puta —farfulló desesperada.

Calculó mentalmente que no habrían pasado ni cinco minutos desde que al pasar por el casino se fijara en la hora que marcaba el reloj de la fachada: las 21:14.

Sacó un papel y escribió una nota en inglés. Se la entregó a un camarero y le indicó lo que debía hacer con ella.

Le pagó y salió disparada.

Tenía que llegar a tiempo.



Me culpas de las alturas que ves desde tus zapatos

*Kafana Dačo (barrio de Žvezdara)
12 de mayo de 2011, a las 21:36*

Sentado en una mesa en la zona de no fumadores, Carapocha trataba de esconder un torrente de emociones que estaba a punto de desbordarse en su interior. Jamás hubiera ocupado aquel sitio si no fuera decisivo en el juego que estaba a punto de empezar. Al menos, confiaba en ello. El móvil le indicó que había recibido un SMS. No lo miró, no lo necesitaba. Sabía muy bien de quién era y qué decía exactamente.

«Puntual, muy puntual», se repitió el psicólogo a sí mismo.

La idea era estar rodeado por otras mesas para hacer que Orestes no se encontrara cómodo cuando se presentara, forzándoles a buscar más intimidad en la zona del exterior. Allí fuera, había acordado con Ivica que les ofreciera las dos únicas mesas que montaría para dos personas y que mantendría sin ocupar toda la noche. El ruso dejaría que Orestes eligiera dónde sentarse para evitar suspicacias. Ahí residía el engaño, en hacerle creer que él estaba eligiendo el escenario propicio. El psicólogo había dispuesto sendas pistolas cargadas —adheridas con cinta— bajo ambos tableros, apuntando a la altura

de su abdomen. Durante la conversación, solo tenía que encontrar el momento más adecuado para simular que se rascaba la entrepierna y apretar el gatillo; varias veces. Después, saldría caminando tranquilamente y su amigo Ivica se encargaría de darle tiempo suficiente antes de llamar a la policía.

Previamente, había liquidado la cuenta del apartotel antes de marcharse y alquilado una habitación en Zrenjanin, al lado de Lazarevo, donde pondría el broche de oro a su última visita a los Balcanes. El plan estaba bien cimentado, pero tenía una grieta importante: todavía no sabía dónde estaba Erika.

Los comensales de la mesa de la izquierda ya se habían arrancado a cantar los temas más recurrentes de la *novokomponovana*^[99]. Canciones de Šaban Šaulić, Vesna Zmijanac o Dragana Mirković eran interpretadas por los mismos tres músicos de siempre. A Carapocha no le desagradaban aquellas canciones, pero en cuanto rodearon su mesa para dedicarle *Za mene si ti*, tuvo que cortarles a la mitad con un forzado gesto de agradecimiento y mil dinares. No estaba para folclores, pero tenía que aparentar normalidad absoluta a pesar de que estaba lejos de esa orilla; más bien, en la opuesta. En el Centro le enseñaron muy bien a esconder sentimientos y a fingir reacciones. Sin embargo, no hizo falta que forzara la de asombro cuando sintió la presión del cañón de una pistola contra la espalda.

—¡Buenas noches, querido Pílates! No hagas ninguna estupidez o te volaré las piedras del riñón aquí mismo —le susurró al oído.

Orestes le rodeó por detrás con su brazo izquierdo haciendo como si le abrazara mientras le registraba en busca de algún arma. Con la mano derecha, sujetaba una pistola dentro del bolsillo de la sudadera.

—Me voy a sentar contigo. Si no te importa, claro —murmuró—. ¡Qué ilusión volver a verte! —aseguró con sinceridad.

Carapocha decidió no contestar para alargar, esta vez sí, un fingido revés inesperado.

—Enséñame esas bonitas pantorrillas rusas —exigió sin dejar de sonreír—. ¡Vamos, cojones —le azuzó entre dientes—, que no tenga que repetirte las cosas dos veces!

Hizo lo que le exigió.

—¿Estás desarmado? ¿No esperabas verme esta noche? ¿Qué te ha parecido la forma de pillarte desprevenido? Me ha salido por dos mil dinares de mierda...

La cara del psicólogo era el reflejo de un enigma.

—Es lo que pagué a los músicos para que rodearan tu mesa por ese lado y, entonces, aproveché para entrar y meterme directamente en el servicio. Desde allí, era sencillo sorprenderte por la espalda. Genial. ¿No se lo parece a su eminencia?

—Te mereces mucho más que una ovación —ironizó el ruso—. ¿Cómo has dado conmigo? No, deja, puedo imaginármelo. ¡Qué estúpido he sido!

—Ya te dije en cierta ocasión que estás haciéndote mayor. Hay que tener mucho cuidado con lo que se escribe, pero, sobre todo, a quién se escribe. Tenía controlado a mi querido compañero Skuld desde el momento en que descubrí que trabajaba para ti. Estoy deseando verle entrar por la puerta y darle un abrazo.

—Pues vas a tener que joderte. Otra vez.

Carapocha giró el móvil que tenía encima de la mesa y le enseñó un SMS que le había enviado Goran, tal y como habían quedado el día en que lo hablaron todo por teléfono.

Armando, lo siento mucho pero no voy a acudir a nuestra cita. No puedo ayudarte. De verdad que lo siento, pero la seguridad de mi familia es mi única responsabilidad. Deberías hacer lo mismo que yo. Pasa página, hazlo por Erika.

Te deseo mucha suerte.

Un abrazo.

Orestes se inclinó hacia delante para leerlo y, tras hacerlo, volvió a su postura inicial: reclinado sobre el respaldo y con las manos metidas en los bolsillos de la sudadera blanca con capucha.

—Bueeeeno. Eso te pasa por fiarte de un tipo así. Ya sé dónde se esconde la rata, y te aseguro que no pienso fallar. Hoy me conformaré contigo. Ahora dime, ¿qué crees que va a pasar?

—Que todos vamos a morir.

—Cierto, pero unos antes que otros. Tengo curiosidad por saber lo que estás maquinando. Venga, por los viejos tiempos...

—Vas a matarme.

—Vamos, Píldes, eso es obvio. Profundiza un poco más.

—Primero querrás tener una última conversación conmigo y después me obligarás a seguirte a algún sitio donde me inmovilizarás para seguir castigándome con tu prodigiosa inteligencia. ¿Por qué no me ahorras ese suplicio y me pegas un tiro aquí mismo?

—No tendré ningún reparo en hacerlo, pero he de admitir que me conoces muy bien. Efectivamente, primero quiero tener una charla contigo. Como aquellas en Nueva York, Berlín o el Milagros. ¡Por cierto, por cierto...! No me digas que no tengo buena memoria, ¿eh? Acordarme de este lugar no fue difícil por las veces que me hablaste de él, pero solo mencionaste una vez a la voluptuosa Marija. Supe que era ella nada más poner los pies en el Moskva. ¡Qué mujer!

Mientras se regodeaba en su discurso, Carapocha supuso que Sancho no estaba muerto. Mejor dicho, que él no le había matado. De ser así, se lo estaría pasando por la cara. Entonces, maquinó una idea.

—Orestes, dejémonos de tonterías y permite que te proponga algo. Recuerda que sigues con vida porque un día yo decidí no quitártela.

—¿Otro juegucito? ¡Adelante! —exclamó con júbilo.

—Yo me comprometo a contestar con sinceridad a todas tus preguntas y tú me prometes que dejarás en paz a Erika, a Marija y a Sancho.

A Orestes se le agrietó la mirada.

—Es un precio demasiado alto. El inspector tiene que desaparecer.

—En realidad, ya lo ha hecho —confesó intencionadamente.

—Ahora me doy cuenta..., no tienes ni idea de lo que pasó, porque es más que probable que nuestro inspector ya esté criando malvas a estas alturas. Verás, ese maldito pelirrojo me atrapó en unos servicios, pero en lugar de dispararme con su pistola de Harry el sucio...

—Revólver —corrigió.

—Pues eso.

—No es lo mismo.

—¡Sé que no es lo mismo, jodido loquero presuntuoso! —gritó antes de encender un Moods.

—Lo siento, te he interrumpido. Discúlpame, te lo ruego.

Orestes se esforzó por relajarse.

—Intentó capturarme vivo —mintió—, pero me estaba metiendo en el coche cuando unos tipos le dispararon y yo salí por piernas de allí. Mala pinta tiene si a estas alturas no tienes noticias de tu amigo el inspector. De todos modos, si sigue vivo, se va a encontrar con una sorpresa nada agradable.

—Disculpe, señor, no se puede fumar en esta zona —interrumpió Ivica.

—Por mí no hay problema. Estamos bien aquí —respondió Carapocha siguiendo el guión.

—Lo siento, pero no puede ser. Me pusieron 50 000 dinares de multa no hace mucho por permitir fumar en una boda para la que habían alquilado todo el local. Perdone, señor, pero tiene que apagar el cigarro o les busco otra mesa —apuntó el dueño interpretando su papel al pie de la letra.

—Ya sabes que Skuld no soporta el humo del tabaco... —improvisó el psicólogo—. Las normas son las normas y, como dicen por aquí, a todos nos pinta el culo por igual.

—Una gran verdad. Vamos a otra mesa en la zona de fumadores. Aquella —señaló con la mano izquierda.

—Lo siento, señor, pero esa es para los músicos. Creo que tengo alguna libre fuera.

Orestes dudó. A punto estuvo de apagar el cigarro de mala gana contra el suelo, pero terminó levantándose.

—Os sigo.

Orestes agarró por el hombro a Carapocha durante el breve trayecto hasta la zona del exterior. Orestes eligió la mesa de la esquina y Carapocha se apresuró a sentarse dando la espalda a la pared, tal y como era su costumbre, con la misma orientación con la que había colocado el arma bajo la mesa.

La temperatura era suave, pero soplaba un aire constante y acerado que pretendía advertir a los presentes de un aciago fin de fiesta.

Nadie parecía percatarse de ello.

—Ivica, ¿por qué no nos traes un poco de todo para que pruebe el señor?

—¿Qué tal una tabla de embutidos variados, ensalada de pimientos y,

luego, un mixto de carnes a la parrilla? —propuso el dueño.

—Estupendo —convino.

—¿Con vino?

—Cerveza para mí. No quisiera que me sentara mal uno de los caldos de la casa... —atajó Orestes—. Una Heineken y, por favor, me la abre en la mesa, que colecciono las chapas.

Ivica asintió.

—Tan desconfiado como siempre.

—Precavido —corrigió con una mueca artificiosa—. Acepto el trato, respetaré la vida de tus chicas si me contestas con absoluta sinceridad.

—Así lo haré, aunque no tengo otra opción que fiarme de tu palabra —afirmó el ruso buscando la forma de bajar las manos de la mesa.

—Muy bien, Pílates. Lo primero que quiero saber es por qué me dejaste marchar de tu casa.

—Lo sabes muy bien. No estaba preparado para hacerlo en aquel preciso instante.

Era la respuesta que esperaba Orestes, y su ego se desbocó.

—¡Lo suponía! ¡Claro que sí! Yo era tu mejor rosa y no pudiste cortarla, pero... ¿has dicho en aquel instante? ¿Quiere eso decir que podrías hacerlo ahora? —Quiso saber dibujando una sonrisa a medio camino entre el estupor y la dicha—. ¿Qué ha cambiado?

El psicólogo analizó la situación y supo que había llegado el momento. Inspiró profundamente e inclinó su cuerpo hacia delante, muy despacio, recortando la distancia con Orestes como si fuera a revelar un secreto. Dejó caer los brazos y palpó la culata de la pistola con la mano derecha.

—Orestes..., siento muchísimo que nuestra relación termine así. Fuiste más que un paciente durante mucho tiempo. Nunca te consideré un experimento, como tú creías. Es cierto que quería sacar provecho de la relación médico-paciente, pero siempre con la esperanza de poder reconducir tu desviación sociopática. Quise ayudarte.

Carapocha tiró hacia abajo del arma para poder agarrarla correctamente y colocó su dedo índice en el gatillo.

—Me estás conmoviendo. Sigue, Pílates —le alentó Orestes con sorna.

El ruso asintió con la cabeza. Podía oír los latidos de su corazón.

Ya solo tenía que apretar el gatillo, y estaba ciertamente dispuesto a hacerlo cuando la vio aparecer abriéndose paso entre la gente a empujones. Tenía el rostro contraído y la mirada perdida. Carapocha se quedó petrificado durante una milésima de segundo, pero Orestes supo interpretar sus gestos faciales y se giró violentamente. La reconoció al instante. En ese momento, saltó de su silla y sacó el arma. Se sentó al lado del psicólogo y apretó el cañón contra su estómago.

Erika se detuvo y permaneció inmóvil a unos cinco metros de la mesa.

—Ven, preciosa, ven. Estábamos esperándote —dijo Orestes forzando la expresión.

—Deja que se vaya —suplicó el psicólogo—, esto es solo entre tú y yo. Tengo tu palabra.

—¡Tú decidiste involucrarla! ¡Atente a las consecuencias! Tú me lo enseñaste, ¿recuerdas? ¡He dicho que te sientes con nosotros! —repitió aumentando la presión con la pistola.

Carapocha negaba con la cabeza, pero Erika hizo caso omiso y se sentó.

—Eso es, preciosa, bienvenida a la fiesta. ¿Ves esto? Si haces cualquier tontería, vaciaré el cargador en mi psicólogo y dejaré una bala para metértela entre ceja y ceja. Me alegro de volver a verte... Violeta.

—Yo no puedo decir lo mismo, Orestes o como demonios te llames —recalcó.

—¡Vaya! No esperaba que te hubieras prendado de mí para toda la vida, pero sí haberte dejado un bonito recuerdo de nuestros fugaces aunque intensos encuentros. De todos ellos, me quedo con el de tu casa... ¡Fiera!

—Tú y yo solo nos hemos visto una vez antes que esta y el único recuerdo que te dejé fue el del atizador. ¿Te masturbabas mientras te lo contaba o esperabas a quedarte solo para hacerlo? —replicó árida—. Te hubiera gustado ser tú, ¿verdad? ¿Te has acostado alguna vez con una mujer? ¿Es ese tu problema?

Orestes trató de encajar los golpes y recuperar la iniciativa, pero sus pupilas reflejaron lo que trataba de ocultar. Teatralizó un gesto de complicidad poco convincente. Carapocha miró a su hija buscando una explicación.

—Erika, no sé muy bien de qué estás hablando, pero haz el favor de no

empeorar las cosas —le rogó su padre.

—Haz caso a tu papá y mantén la puta boca cerrada o te aseguro que te la cerraré yo a la fuerza.

—Orestes y Augusto. Augusto y Orestes. ¡Qué estúpidos hemos sido al no darnos cuenta antes!

—¡Cierra el pico, niñata! —vociferó.

Ivica seguía la escena desde el interior, pero Carapocha le había hecho jurar que no llamaría a la policía hasta que no se produjeran los disparos, y él era un hombre de ley. Prácticamente, era lo único que tenía claro en la vida: él valía lo que valía su palabra. No obstante, no le prometió nada acerca de no intervenir.

—Señores, voy a rogarles que bajen el tono de la conversación. Están asustando a las otras mesas.

—Claro. Discúlpanos, los negocios nos hacen perder los papeles. ¿Cuándo traes algo comestible? —intervino Carapocha.

—Ya está saliendo de la cocina.

—Estupendo, seguro que comer nos rebaja la tensión.

—Eso espero —dijo el serbio.

Ivica se retiró, aunque no le pasó desapercibida la mano derecha del tipo que estaba sentado al lado de su extraño amigo ruso. Era evidente que el plan no estaba discurriendo por el camino que habían previsto.

—Muy bien, vamos a calmarnos los tres. Orestes, mírame.

Orestes tardó en despegar la mirada de Erika.

—Sigamos hablando tú y yo en otro sitio. Erika se quedará aquí tranquilamente. ¿De acuerdo?

Carapocha nunca se había visto en una situación tan límite. No podía permitir que le ocurriera nada a su hija, y todo le era adverso en aquel momento. Absolutamente todo.

—Papá, sigues sin entender nada. ¿Verdad?

—Por favor, Erika... —rogó con los ojos muy abiertos.

Orestes ya había tomado la decisión. Ya no importaba que ella hablara.

—No, no..., déjala que hable. Quiero disfrutar de esto.

—Papá...

—¡¿Qué pasa?! —preguntó haciendo visible su exasperación.

—Augusto y Orestes son dos personas distintas.
El psicólogo frunció el ceño.
—Gemelos —añadió.

En alguna calle del barrio de Zvezdara

Era la sexta vez que preguntaba por el sitio y nadie sabía indicarle. En realidad, todo el mundo conocía el restaurante, pero nadie podía identificarlo con las palabras que salían de su boca. Llevaba más de una hora caminando, y el inspector Ramiro Sancho hacía ya muchos minutos que había consumido las últimas gotas de su reserva energética y moral. Era imposible definir su estado de ánimo, pero muy fácil intuirlo por la expresión de su cara. Las dos últimas personas a las que preguntó se habían alejado huyendo como si hubieran visto a la mismísima reencarnación del mal en la tierra.

A pesar de ello, se había empeñado en llegar al lugar en el que se había visto con Carapocha. No tenía otra forma de contactar con él debido al protocolo de seguridad que había impuesto el ruso por si algo se torcía. Allí le conocían, y tenía la esperanza de que alguien pudiera decirle dónde encontrarlo o, en el peor de los casos, podría dejarle una nota explicativa. Pero primero tenía que encontrar el condenado «Takafa daso», como creía recordar que se llamaba el lugar. Toda aquella zona le sonaba de la ocasión en la que había llegado con su coche de matrícula croata, del cual no había vuelto a preocuparse.

Guiado por su instinto, creyó reconocer una calle y apretó el paso todo lo que le fue humanamente posible.

Kafana Dačo
Barrio de Zvezdara

La tabla de embutidos ahumados típicos del país estaba sobre la mesa, pero

nadie le prestó atención.

Carapocha seguía sin reaccionar.

Orestes era la viva imagen del triunfo.

Erika solo procesaba datos.

—¡Vaya! Parece que ya tenemos ganadora... ¡Erika Lopategui! —
Frivolizó.

—No puede ser —dejó caer el psicólogo más como deseo que como creencia.

—Es, fue y será —respondió Orestes—, pero tranquilo, no has tenido oportunidad de darte cuenta. Tú nunca has visto a Augusto, ni siquiera has hablado con él. Era siempre yo, Orestes, el que hablaba contigo.

—No hay mayor mentira que una verdad contada a quien no está preparado para escucharla —sentenció el psicólogo, abatido.

—Exacto. Nunca valoraste alguna posibilidad distinta a tus propias evidencias. Y yo solo te mostré un reflejo donde tu verdad, tu certeza, no era sino la más sincera de las mentiras. Yo soy la ciencia y Augusto es el arte. Deja que te lo explique todo con detalle, querido Pílates, tenemos tiempo y apuesto a que te mueres de ganas...

—Las mismas que tú por relatarlo —atajó Erika.

—Es posible, pero tienes que contarnos cómo lo has descubierto cuando termine. Así, seremos como una familia entrañable, sin secretos. ¿De acuerdo, chica lista?

Erika comenzó a liar un cigarro por respuesta. Aparentaba un sosiego que no correspondía a la situación que se estaba viviendo en aquella mesa. Carapocha seguía tratando de asimilar el impacto.

—Mathias Wettin, para servirles, aunque debería haberme llamado Miguel García si no hubiera nacido muerto un 22 de marzo de 1978. Y muerto estoy, con certificado de defunción incluido, como muchos otros recién nacidos en España durante los años setenta y ochenta. Precisamente ahora se están destapando bastantes casos de robos de niños, seguro que lo habéis visto en algún telediario... ¡Ahora! —Enfatizó agriamente—, tantos años después. Sin embargo, yo lo descubrí todo en 1995. Luego os detallaré cómo, pero el hecho es que me vendieron a un acaudalado matrimonio alemán afincado en Mallorca. Ellos no podían tener hijos y ya se habían

cansado de hacer de conejillos de Indias en fallidos experimentos de fecundación *in vitro*, así que dieron la espalda a la medicina y se entregaron a su fe. Ambos provenían de familias muy católicas y adineradas de la zona de la Baja Sajonia, y las Hermanas de la Caridad no necesitaban más razones. Me bautizaron con el mismo nombre que el de mi falso padre, Mathias.

Orestes hizo una pausa para recrearse en la expresión de su psicólogo. Hablaba rápido, escupiendo palabras cargadas de resentimiento.

—Sin embargo —retomó—, hace ya mucho tiempo que dejé de utilizarlo, justo desde que me suicidé tirándome de los acantilados de Cap Blanc. No guardo rencor a mis padres, ellos hicieron lo que estaba al alcance de sus manos legitimados por la Iglesia, convencidos de que estaban regalando una oportunidad a un niño al tiempo que quitaban un lastre a alguna familia desconocida de alguna parte de España. ¿No coméis nada? —preguntó ufano—. El queso está buenísimo. Vosotros mismos. Sigo. Miguel murió en aquel parto, pero Gabriel fue el que salió realmente malparado. El destino o, mejor dicho, la mano de aquella religiosa hizo que yo tuviera una vida por delante y mi hermano un infierno en el que vivir. Pero bien podía haber sucedido al revés. El aciago destino —añadió con sorna—. Lo cierto es que mi infancia fue un camino de rosas, estudiando en los mejores colegios y disfrutando de un presente que no me pertenecía. Me compraron mi primer ordenador con diez años, un IBM que todavía conservo, y contaba dieciséis cuando ya había conexión en mi casa a eso de lo que todo el mundo hablaba pero que muy pocos conocían: Internet. No tardé en... obsesionarme, digámoslo así, con aquel universo. Gracias a mi dominio del alemán y el inglés, en pocos meses ya había contactado con expertos de otros países mucho más avanzados que España.

Orestes estaba disfrutando con su historia. Carapocha seguía sin reaccionar, pero su instinto le decía que tendría que encontrar rápidamente una salida antes de que terminara su relato para salvar a Erika.

—El año siguiente fue determinante. A mi madre le detectaron un cáncer de pulmón que acabaría con ella en tres meses, pero antes de consumirse, estando yo en el hospital, me lo contó todo. Todo lo que ella sabía, claro. Mi padre me confesó el resto y, dos meses después, se mató en un accidente de tráfico en los mismos acantilados desde los que yo me arrojaría años más

tarde. Por aquello de hacer más creíble mi trágico suicidio.

—¡Qué casualidad, otro accidente de coche! —intervino Erika.

—No. Mi padre sí murió en un accidente; bajo los efectos del alcohol, por cierto. Y también los de Augusto, pero no fue muy accidental en ese caso. De todos modos, eso no es importante. Era algo que tenía que pasar si queríamos desarrollar nuestro plan, aunque no me vi en la obligación de consultarlo con mi hermano. Sus padres eran tan postizos como los míos y solo nos teníamos el uno al otro, pero me estoy adelantando mucho. Volvamos al momento en el que me encontré huérfano, con la mayoría de edad recién cumplida, mi pariente más cercano, un tío al cual no conocía, en Hanóver y un hermano viviendo en algún lugar de España. Me obcequé por completo en averiguar quién era y dónde estaba, y eso fue precisamente lo que me hizo profundizar aún más en las entrañas de Internet. Pasaba despierto casi todas las noches, tirando del hilo, solo tenía el nombre de la religiosa que trató con mis padres y del médico que se ocupaba de firmar las defunciones. El mismo tipo que se encargaba de mostrar a las madres más incrédulas el cadáver de un bebé que tenían conservado en formol. Tétrico, ¿verdad? Oye, ahora que me doy cuenta, hablar de todo esto me está sirviendo de terapia, doctor.

—Permite que lo dude —replicó Carapocha algo repuesto—. Continúa.

—Gracias a un contacto, conseguimos entrar en el equipo del doctor Vela, que así se llamaba el médico que firmó mi falso certificado de nacimiento. Tras revisar decenas de expedientes, quizá cientos, pude empezar a entender todo el entramado. Estaba implicada hasta la policía. Sí. Concretamente, el inspector Bragado. ¿Te suena su nombre? —preguntó irónicamente a Carapocha—. Lo curioso es que no descubrimos que él había sido el encargado de la venta hasta que se destapó todo tras su trágico suicidio —apuntó Orestes.

—¿Disfrutaste? —Quiso saber Erika.

—Eso deberías preguntárselo a Augusto; en realidad, todas las víctimas llevan su impronta. Mató a la cajera ecuatoriana sin avisarme solo para demostrarme que estaba preparado. Acabar con la madre que nos parió era absolutamente necesario para dar el siguiente paso. Yo decidí cerrar la boca a la especialista... ¿Cómo se llamaba?

—Doctora Martina Corvo, maldito hijo de puta —contestó el ruso con

acrimonia.

—Gracias —dijo chasqueando los dedos—. Teníamos que tensar la cuerda, pero Augusto casi lo echa todo a perder. Luego aquel yonqui desgraciado..., una fatal necesidad para cubrirnos las espaldas. Exactamente igual con las de Trieste, siempre Augusto. Yo planifico, él ejecuta: un binomio perfecto.

—Ya veo, no te gusta mancharte las manos —intervino el psicólogo tratando de ganar algo de tiempo.

—Mi potencial es más directivo que ejecutivo, cada uno debe conocer y saber explotar sus virtudes.

—Virtudes —repitió Carapocha—. Sí, me percaté de tu virtuosismo en mi propia casa... Tuviste suerte de escapar con vida.

—Seguramente. Ya sabes eso de que la suerte es para los que la buscan o algo así, que mi hermano es el de las citas en latín. Bueno, ¿por dónde íbamos? Sí, claro, la trama. Como decía, la policía estaba implicada, pero también jueces y varias asociaciones de distinta índole, no solo religiosas. Resumen. El hecho es que solo había cuatro casos que podrían encajar por las fechas y me centré en investigar esos, pero los muy cabrones se aseguraron de omitir los nombres de las madres, así que me vi en un punto muerto. Entonces, me dejé guiar por la intuición y estudié el caso de unos gemelos nacidos en Valladolid cuyas circunstancias me llamaron mucho la atención: Miguel y Gabriel, el primero nacido muerto y nada se sabía del segundo desde su octavo cumpleaños. Me costó mucho dar con la familia a la que había ido a parar, me planté en Valladolid ese mismo verano. Todavía me estremezco como cuando vi a Augusto por primera vez. Sonará a tópico, pero éramos como dos malditas gotas de agua. Gemelos monocigóticos; es decir, genéticamente idénticos. Prácticamente idénticos —matizó—. Le seguí durante dos días hasta que me atreví a abordarle. Fue un momento mágico en el que los dos terminamos abrazados y llorando como críos.

—Enternecedor —apuntó Erika.

—Lo fue —corroboró Orestes algo ofendido—. Pasamos juntos los días siguientes, aunque a escondidas. No queríamos que nadie lo supiera y decidimos que ese sería nuestro gran secreto, nuestra mejor arma. Tuve que perder algunos kilos para que fuéramos imposibles de distinguir físicamente,

pero por dentro éramos y somos muy distintos. Supongo que eso es debido a los distintos entornos en los que nos hemos criado, pero su eminencia podría aportar más luz en este punto...

Orestes emitió una risa forzada que hizo mella en el ego del psicólogo.

—Me disculpe por el atrevimiento —prosiguió—. No querría faltarle al respeto. Lo dicho, diferentes pero con un sólido nexo de unión. ¿Adivinas?

—El miedo —intervino Erika.

—Yo lo definiría como rechazo frontal a todo lo que nos rodeaba, pero lo mismo da. Augusto era extremadamente sensible, realmente brillante. Tú le conoces bien —le expresó a Erika—, pero estaba destruido por su pasado y era incapaz de vivir el presente; no tenía futuro. Le hice entender que todo sería distinto a mi lado y así fue. Tenía que cambiar de entorno y le propuse que me acompañara a Nueva York. Yo ya me había matriculado en ingeniería informática y nos pusimos manos a la obra para encontrar una carrera que le motivara. Nos decantamos por el diseño gráfico y nos plantamos en la capital del mundo con la intención de recuperar el tiempo perdido. Solo había una norma para salvaguardar nuestro secreto: nunca se nos podía ver juntos. Nos compramos la misma ropa, llevamos el mismo corte de pelo, incorporamos las expresiones del otro en el catálogo personal e incluso decidimos fumar la misma marca de cigarrillos. Le enseñé alemán y algunos conceptos básicos de Internet, pero a él solo le importaban sus dos pasiones: los libros y la música. A pesar de tener un cociente intelectual privilegiado, Augusto era incapaz de desarrollar sus capacidades.

—Como su hermano, otro gran superdotado —aportó el psicólogo con aridez.

—Así es —reconoció.

—Y sociópata narcisista —añadió Erika.

—Defínelo como quieras, cielo, pero ese «rasgo» —enfaticó haciendo con los dedos el símbolo del entrecomillado— estaba presente en los dos, aunque a mí me costaba mucho menos relacionarme. También le ayudé con esto, pero requería ayuda profesional. Necesitaba al mejor especialista y ahí es donde entraste tú —dijo apretando la pistola contra las costillas de Carapocha—. Solo eras parte de mi plan de preparación, te hice creer que fuiste tú el que me atrajiste a mí, cuando en realidad fue al revés. Me resultó

bastante sencillo elaborar el perfil que estabas buscando y me resultó francamente divertido interpretar el papel de Augusto en aquellos primeros encuentros...

—*Sokin sin!* ¡Qué hijo de puta! —Tradujo al castellano el ruso.

—Soy hijo de una jodida perturbada, no sé si era puta o no. De eso, podría hablarte mejor Augusto.

—Llevas sus genes —aseguró Erika.

—Posiblemente. ¡A quién le importa ya! ¿No crees, bonita? ¿Puedo continuar? —preguntó retóricamente—. Terminó enseguida.

No contestaron.

—Gracias. Te gustará saber que nuestras conversaciones me sirvieron, y mucho, para acercarme a Augusto. Cuando estaba conmigo, yo asumía tu papel y él fue ganando en confianza y, sobre todo, en dependencia. Augusto no existía sin su Orestes. De hecho, trataba de imitarme, pero..., en fin, no tiene importancia.

—Sí la tiene. Le manipulabas a tu antojo. Era tu juguete, tu instrumento, ¿verdad? —dijo Carapocha.

Orestes no se ofendió.

—Sí y no. Le manipulaba porque en aquel momento era necesario, pero le regalé mi existencia para que Augusto tuviera una. Mi vida se limitó al ilimitado universo de Internet, me convertí en un ser nocturno para entregar la luz del día a mi hermano. Todavía necesito suplementos de vitamina D3 para cuidar mi piel. Yo dejé de ser para que él fuera, y así me lo paga...

—¡Vaya! ¿Tienen problemas los hermanitos? —insinuó Erika.

—Como todos los hermanos, pero eso nunca llegarás a saberlo. No trates de ofenderme o no podréis escuchar el resto de la historia hasta que nos volvamos a ver en el purgatorio.

Erika soltó el humo con cierta indiferencia.

—En Berlín, fui madurando la idea que me daba vueltas a la cabeza y que, gracias a ti, conseguí enfocar. Solidificamos las piezas de un proyecto común, un objetivo claro al que bautizamos como la obra. Planificación —definió marcando las sílabas—. Algo excepcional y sin precedentes en la historia de la humanidad, algo que nos haría inmortales por rechazo o por admiración: procedimiento. ¿Te suena? Lo demás era cuestión de tiempo:

perseverancia. No tardé en ser respetado por todo el universo cibernético y, sin llegar a ser un experto, conseguí formar mi propio grupo: Das Zweite Untergeschoss; anótate el nombre, querido. Mientras, Augusto empezaba a dar claros síntomas de estar preparado para afrontar su destino. Tanto fue así que llegó a creer que podría caminar solo. —En la cara de Orestes se esculpió una mueca con el cincel de la vanidad—. Nuestra etapa juntos en Berlín terminó antes de lo esperado por la muerte de mi padre. Yo tuve que volver a casa y él aprovechó aquella circunstancia para desplegar sus alas. Sabía que aquello no saldría bien, era inevitable, pero debía ser él quien se diera cuenta del error que estaba cometiendo separándose de mí. ¡Incluso tuvo una relación!

—Paloma —aportó el psicólogo.

—Esa zorra... —dijo escupiendo un trozo de uña—. Estaba seguro de que le haría daño y se lo advertí, pero no me hizo caso. Cuando se cansó de él, le hizo un burruño y lo tiró a la papelera. Tres años separados por culpa de una quimera... ¡Tres años!

—Y supiste aprovecharlo.

Orestes volvió a guiñar el ojo al ruso.

—Augusto me necesitaba, pero primero tenía que desprenderme de Mathias Wettin para poder ayudarlo. Nunca encontraron el cuerpo, aunque una nota de suicidio en la guantera de un coche aparcado en la carretera que lleva hasta Cap Blanc y las fuertes corrientes de la zona fueron más que suficientes para darme por muerto... por segunda vez. Morir me costó el patrimonio de mis padres, aunque teníamos más que suficiente para los dos con el del Emperador.

—¿Así que mataste a sus padres por dinero?

—Adoptivos, padres adoptivos —precisó—, y no fue solo por el dinero. Eran un lastre y lo único que hice fue desatar el nudo.

Erika murmuró un «Hijo de la gran puta» que no pasó de sus labios.

—Al Emperador le gustaban la velocidad y el buen vino; mala combinación —apuntó haciendo un chasquido con la lengua—. Ellos iban a pasar el fin de semana a casa de unos amigos en Redipollos. Recuerdo perfectamente el nombre del lugar y la fecha: 9 de noviembre de 2008. No hace falta ser mecánico para aflojar los latiguillos del freno de las ruedas

traseras. La idea era que fuese perdiendo líquido para que tuviera que frenar con la suela de los zapatos en la bajada del puerto. Y funcionó. ¡Vaya si funcionó! Augusto lo pasó mal durante unos meses, pero encontró refugio en mí. Me trasladé a su casa a las pocas semanas del accidente, acondicionamos el bajocubierta para que yo pudiera tener mi espacio y organizamos los horarios consolidando el sistema que habíamos practicado en Nueva York y perfeccionado en Berlín. Podían pasar días sin que nos viéramos, pero ambos sabíamos que contábamos con el otro. Al principio, yo salía de casa una o dos veces por semana; más tarde, me acostumbré a vivir en mi universo infinito y perdí la necesidad de tener contacto con el exterior.

Carapocha escuchaba estupefacto tras una fingida expresión aséptica. Orestes bebió de su cerveza antes de continuar contando su historia.

—Todo aquel esfuerzo mereció la pena. Éramos dos mentes privilegiadas en un solo cuerpo y con un solo objetivo. Nos especializamos en documentoscopia; yo conseguía toda la información y la maquinaria que necesitábamos y él se encargaba de falsificarla exprimiendo su talento artístico y sus conocimientos de diseño. Únicamente faltaba fijar el momento adecuado para ponernos en marcha, pero antes tú y yo debíamos tener una última conversación; en el Milagros, por supuesto. ¿Recuerdas que te extrañó notarme tan poco afligido tras la reciente muerte de mis padres? —Recalcó con sorna—. Ese detalle casi lo estropea todo; por cierto, hará un año de aquello dentro de dos días.

—Lo recuerdo perfectamente.

—Brindo por ello —dijo levantando la cerveza—. Yo también tengo un sitio privilegiado en mi memoria para cada una de las conversaciones que mantuve contigo. Te estoy tan agradecido que casi me va a costar desprenderme de ti.

Orestes soltó una carcajada que sonó como una gran bofetada a mano abierta en la cara del psicólogo.

—Conocéis el resto de la historia de primera mano.

Esta vez, Erika no pudo callarse.

—Eres un ser despreciable.

—Lo sé, gracias. Tu turno, ¿cómo te diste cuenta del engaño?

—Otro día —respondió ella.

A Orestes se le enturbió la mirada.

—Ni lo sueñes, maldita zorra. Me lo vas a contar ahora mismo.

Erika soltó el humo por respuesta. Orestes se incorporó raudo, se sentó a su lado y, girándose hacia ella, apuntó a su entrepierna. Con la mano izquierda, la agarró del cuello y la forzó a sentarse sobre sus rodillas.

—Empieza a hablar o tendrás el privilegio de recibir el primer disparo. Si eres convincente, lo mismo decido dejarte vivir.

—Vamos a tranquilizarnos todos. Hija, por favor.

—Va a matarnos igual, pero este hijo de puta se quedará sin saber lo que quiere.

—Erika, por favor, por favor —suplicaba su padre mientras trataba de tomar una decisión en aquellas circunstancias tan poco favorables.

Hasta que le vio y supo lo que hacer. No tenía otra alternativa que forzar la situación.

El tiempo se detuvo en aquella mesa.

El inspector estaba desfallecido cuando, finalmente, dio con el sitio. Necesitaba sentarse y beber algo. Tenía que recobrar fuerzas. No podía dar un solo paso más, pero su tenacidad rural le impedía rendirse. Bajó las escaleras de la entrada que daban acceso a la parte exterior. Había tanto tumulto que casi consiguen tirarle al suelo. Logró mantener la verticalidad a duras penas, pero reconoció a Ivica nada más entrar en el restaurante y este reaccionó como si hubiera visto a los santos arcángeles del cielo. Le hizo acompañarle a la cocina, donde le puso al corriente de la situación en menos de un minuto en el que le sobraron sesenta segundos, porque el inspector no entendió ni una sola palabra de lo que el serbio le había dicho en su idioma.

Lo comprendió todo cuando, a través de la ventana, pudo asistir en directo a la última escena protagonizada por los tres comensales, que no comían, de la mesa del fondo.

Sancho puso en marcha la coctelera. Ingrediente primero: Augusto apunta a Erika con su arma, está visiblemente irritado y amenaza con disparar. Ingrediente segundo: Armando tiene la mano derecha oculta bajo la mesa y trata de ganar tiempo con la izquierda. Ingrediente tercero: Erika mira

fijamente a su padre como queriendo transmitirle algo. Ingrediente cuarto: hay diez metros desde la puerta del restaurante hasta donde están sentados. Conclusión primera: la situación requiere de una pronta intervención. Conclusión segunda: Armando tiene un arma escondida, pero no se atreve a disparar por miedo a alcanzar a su hija. Augusto desconoce la existencia de la pistola. Conclusión tercera: Erika sabe que su padre tiene el arma y trata de buscar la forma de zafarse de Augusto para que pueda dispararle. Conclusión cuarta: dispondré de dos segundos antes de que Augusto se percate de mi presencia. Si hay un tiroteo, habrá víctimas. Receta: salir dando gritos empuñando el arma para llamar la atención de Augusto y que me apunte a mí. Erika aprovechará para tirarse al suelo y Armando podrá disparar a ese hijo de perra.

No lo pensó ni, mucho menos, lo sopesó. Sacó directamente el Colt Anaconda y tensó el gatillo. Casi no tenía fuerzas para sostenerlo, pero cogió aire antes de salir por la puerta del restaurante que daba al exterior.

—¡¡¡Augusto!!! —vociferó desde lo más profundo de su garganta forzando de nuevo sus maltrechas cuerdas vocales.

Orestes se giró.

No era lo que había pensado Carapocha, pero aprovechó para tirar de la pistola hacia sí y se levantó tan rápidamente como le permitió su cadera. Orestes, sorprendido por aquel movimiento, se incorporó de la silla con mucha más agilidad que su rival, inclinándose ligeramente hacia su derecha para apuntarle al pecho. Erika se vio desplazada hacia su izquierda, pero consiguió lanzar el codo hacia atrás en su caída golpeando a su captor en el hombro.

Sancho dio tres pasos empuñando el revólver con las dos manos y se detuvo para apuntar a la cabeza en movimiento de su objetivo.

Dos chasquidos secos y un trueno.

Silencio absoluto.

Splavovi Amphora
Orilla del Danubio

Una monumental necesidad.

La idea de ponerme a tono con un poco de coca, habida cuenta del estado de mi tabique nasal, fue una auténtica sandez. No recuerdo haber sentido antes tanto dolor ni durante tanto tiempo. Me lloraron los ojos y ni siquiera pude taponarme los lacrimales, porque justo ahí se localizaba la fractura. Me agarré al lavabo y grité tan fuerte como pude. Tardé un buen rato en reponerme.

Cuando volví para rematar la faena con Raluca, ya no estaba. Pensé que ella también habría ido al servicio, pero los minutos fueron pasando y no aparecía. No conseguía entender lo que había sucedido. Quizá se hubiera cansado de esperar, pero me resultaba extraño. La tenía a punto de caramelo y ya habíamos intercambiado miradas que no dejaban lugar a dudas. Se me acababa de escapar una presa fabulosa y no dejaba de preguntarme por qué. No soy persona que admita bien la frustración, ni en dosis pequeñas, pero tampoco soy de los que se dan por vencidos a las primeras de cambio. Sabía dónde encontrarla, pero decidí buscar otro objetivo por puro pragmatismo. Me juré que aquella noche lo conseguiría. Tras pagar, me marché a buscar otro garito con ambiente. Saqué el iPhone y vi su *e-mail* escrito en alemán.

Hermano:

Sigo sin entender por qué te empeñas en culparme en cuanto te ves sometido por el vértigo.

No estoy buscando la absolución ni el perdón por las cosas que hago, pero trata de ponerte en mi lugar antes de llegar a alguna conclusión. Vas a tropezar en mis propios pasos.

Esta noche, voy a demostrarte que no solo tú eres capaz de enfrentarte a nuestros enemigos. Si algo no saliera como tengo previsto, he dejado todo dispuesto para que puedas terminar nuestra obra. Solo tienes que pisar sobre las baldosas amarillas. Acude a las citas a las que yo acudí.

Te quiere y te admira,

Orestes

Se me encogió el estómago.

Miré la hora del mensaje: 21:25.

Consulté la hora en mi reloj: 22:18.

Y justo en ese momento, lo sentí.

Nunca podré olvidarlo. A las diez y dieciocho minutos de la noche del día 12 de mayo de 2011, el corazón se me partió en dos.

Y se me entumeció el alma. Para siempre.

Kafana Dačo
Barrio de Zvezdara

Los gritos y la confusión se adueñaron del restaurante. Los clientes que estaban fuera huyeron despavoridos agolpándose en la estrecha puerta de salida. Algunos de los que cenaban en el interior se atrevían a asomar la cabeza por las ventanas sin entender lo que estaba pasando. Los chillidos se fueron atenuando y, de nuevo, el silencio se adueñó de un cuadro en el que se pintaba un muerto y un herido de muerte.

Sancho se acercó con el revólver en la mano a pesar de saber que nadie sobrevive a un disparo en la cabeza con un calibre 44 Magnum. Orestes recibió el impacto en el parietal izquierdo, se podía apreciar un boquete de entrada del tamaño de una moneda justo encima de la oreja. La violencia del disparo hizo que se le doblara el cuello noventa grados antes de caer desplomado al suelo, con los ojos muy abiertos y la expresión descargada. Había sangre y restos encefálicos en la pared.

Sancho guardó el arma y se giró hacia el lado opuesto de la mesa. Carapocha estaba tumbado en el suelo boca arriba. Se aferraba a la vida agarrando la mano de Erika mientras esta le acariciaba la mejilla. El psicólogo había recibido un impacto en el estómago y otro en el pulmón derecho.

—No hables, por favor, no hables. Guarda fuerzas —le rogó Erika.

—Tranquila, dos balas de mierda no van a acabar conmigo —aseguró con la voz entrecortada—, y menos sin saber cómo te diste cuenta del juego que se traían esos dos.

—Eso no importa ahora.

—¡¡Sí que importa!! —gritó tiñéndose los dientes de un rojo resplandeciente.

—Los vídeos. ¿Te acuerdas de que había algo que no me encajaba? Se le veía mordiéndose las uñas esperando a que el recepcionista instalara lo que fuera que le dio.

—Ya sé que se mordía las uñas, por eso no me llamó la atención.

—Pero tú nunca viste a Augusto, él se cuidaba las uñas y los dientes de forma obsesiva, aunque se sacaba los nudillos compulsivamente.

Erika obvió comentar que acababa de verle hacerlo en la terraza del *splavovi*. No creer en el don de la ubicuidad desencadenó el razonamiento.

La vida se escapaba del cuerpo de Carapocha.

—Chica lista. Ahora déjame que te diga algo: me hubiera gustado ser mejor padre...

Las palabras se perdieron en una tos sangrienta. Erika se derrumbó y le apretó la mano con fuerza. Los ojos se le humedecieron, pero contuvo las lágrimas.

—Vale, papá. Tranquilo, está bien. Todo está bien. Ya recuperaremos el tiempo. Lo recuperaremos. Tranquilo —repitió.

Carapocha negó con la cabeza, levemente.

—Ahora tienes que vivir tu vida. Aléjate de toda esta basura y trata de ser feliz. Cuídate mucho. Hazlo por tu madre —titubeó.

Erika se apretó más fuerte contra su padre durante unos segundos antes de incorporarse de nuevo para mirarle fijamente.

—No puedo. No puedo olvidarme de todo como si nada hubiera ocurrido. Esta es la vida que he elegido.

—No, no, no. Deshazte de mi oscuro cuaderno de bitácora, quémalo junto a mis restos, que sea pasto de las llamas.

—No puedo hacer eso, es tu vida.

—Exacto, no la tuya. Tienes que librarte de él. Tienes que hacerlo, prométemelo —insistió.

Erika no contestó.

—Prométemelo —insistió tratando de elevar el tono.

—No puedo.

—Cabezota —susurró.

—Como mi padre...

—Lo siento mucho. Abrázame.

Erika se inclinó sobre él y su padre la estrujó invirtiendo en ello las escasas fuerzas que le quedaban. Luego, el psicólogo desvió la mirada hacia Sancho y, con los labios, le dedicó unas palabras que contenían una disculpa, una petición y una advertencia. El inspector aceptó las dos primeras y no tardaría en comprender la última.

El color negro de la pupila fue ganando terreno al gris acero hasta que apenas quedó sin cubrir la corona externa, como un perpetuo eclipse anular. Su último pensamiento fue para su mujer; su último suspiro le llevó hasta Gaztelugatxe, desde donde se dejó arrastrar por los vientos que soplaban mar adentro.



¡Hay tanto idiota ahí fuera...!

Kafana Dačo (barrio de Žvezdara)

12 de mayo de 2011, a las 22:25

Sancho seguía con los ojos clavados en los, ya inertes, de aquel extraño personaje. No supo reconocer la sensación que se adueñó de él, pero no se trataba de rencor, tampoco era lástima.

El sonido de un móvil procedente del cuerpo de Orestes le sacó de su trance. Lo insólito de la situación le empujó a localizarlo en el bolsillo derecho de su pantalón. El nombre de Augusto apareció en el identificador. Frunció el ceño antes de contestar.

—Sancho.

Al otro lado, solo se escuchaba una respiración acelerada.

Una agria sospecha no tardaría en convertirse en amarga certeza.

—¿Qué le ha pasado? —Quiso saber una voz cargada de ira.

—¿A quién? ¿Quién llama?

—¿Qué le ha pasado? —insistió.

Sancho frunció el ceño y tardó en responder.

—¿Quién cojones eres tú?

Augusto trató de reponerse. Necesitó unos segundos.

—¡¡¿Quién cojones eres, maldito cabrón?!! —repitió el pelirrojo.

Solo pudo escuchar una respiración acelerada.

—Me perseguiste después de mi visita a Martina, pero no pudiste cogermelo. Me reconociste en Trieste, pero tampoco me alcanzaste. —La voz sonaba totalmente sosegada—. Todavía no lo sabes, pero voy a causarte tanto dolor que desearás estar muerto. Te arrepentirás de haber nacido y querrás quitarte tu asquerosa vida, pero no podrás hacerlo, tu afán de venganza te lo impedirá. Bienvenido al infierno, inspector.

Sancho no dejaba de mirar el rostro sin vida de aquel con quien, supuestamente, estaba hablando por teléfono. No tardó en entenderlo.

—Al infierno es precisamente adonde he enviado a tu hermanito. Este que tengo a mis pies con la cabeza agujereada. ¿Te lo paso para que te lo cuente? ¿Quieres hablar con él?

Sancho soltó una carcajada histriónica que obligó a Augusto a apartar el auricular de la oreja. Fue como si le hubieran vertido toneladas de sal y limón en una herida abierta.

—¡Voy a matarte! —chilló—. ¡¡¡Juro que voy a arrancarte la vida con mis propias manos, pero antes voy a eliminar a toda tu estirpe de la faz de la tierra!!! ¡¡¡Maldito hijo de puta!!! —Sollozó.

La comunicación se cortó.

Las sirenas no tardaron en hacerse dueñas de aquel funeral acústico.

Erika seguía abrazada al cuerpo de su padre.

No lloraba. No era necesario.

Cuando irrumpieron dando gritos y pistola en mano, al inspector no le hizo falta entender serbio para reaccionar de inmediato. Dejó el revólver a un lado y se arrodilló con una mano en la cabeza y con la otra mostrando su placa a modo de escudo protector. Le extrañó el exceso de celo, rozando la violencia, con la que le esposaron y le hicieron tumbarse boca abajo. «Métodos del este», pensó. Entendió que algo no encajaba al reconocer sus piernas desde el suelo.

—¡Gracia!

—*Ispezzore* —pronunció con cara de circunstancias.

—¿Qué demonios haces aquí? ¿Qué está sucediendo?

—Vas a tener que explicar muchas cosas. Estás metido en un lío muy gordo.

—Es el asesino —dijo señalando en dirección al cadáver de Orestes—. Bueno, uno de los asesinos, porque ahora resulta que son dos. Hermanos gemelos, los hijos de puta. Él ha disparado al psicólogo y yo me he visto obligado a intervenir. Lo explicaré todo en comisaría. No te preocupes.

—Sancho, eres tú quien debe preocuparse. En la habitación de tu hotel, hemos encontrado pruebas que te relacionan con los asesinatos de Danilo Gaspari, Stefania Gaspari, Drago Obućina, Chiara Trebbi y Adelpho della Valle. Seguimos la pista del coche que alquilaste y que encontramos aquí enfrente, totalmente reventado. Luego, los dos cadáveres carbonizados junto a tu cartera, los cuatro testigos que te sitúan en la escena del crimen más la declaración del taxista, que, digámoslo así, tampoco te ayuda...

Sancho entendió las amenazas de Augusto y comprendió ese «Márchate» que pudo leer en los labios del ruso. Trató de ponerse en pie, pero los policías se lo impidieron. Gracia les hizo un gesto para que se calmaran y le permitieran incorporarse.

—Gracia, ¿no te das cuenta? Están tratando de hacer lo mismo que en Valladolid, inculpar a un tercero. También puedo explicar lo de los dos muertos de aquí. Tienes que creerme, Gracia. Todo es un montaje. ¡Tienes que creerme!

—Haré lo que pueda, pero las pruebas encontradas son de mucho peso. Con respecto a los crímenes de Belgrado, tendrás que responder ante el comisario Makojević, aquí presente.

Un tipo pequeño y de expresión amarga se acercó al inspector y le inspeccionó detenidamente. Con una mueca casi imperceptible, indicó a sus subordinados que se lo llevaran.

El inspector lanzó una súplica desesperada a Gracia Galo antes de bajar la mirada. Maldijo su mala fortuna mientras notaba cómo la garra le apretaba el estómago más cruelmente que nunca.

—¡Hay que joderse! —Certificó con acierto.



Que termine esta función

Exteriores Splavovi Amphora (orilla del Danubio)

12 de mayo de 2011, a las 22:38

Logré aislarme, contenerme, durante unos dos segundos; quizá, cuatro o menos.

Estallé en un bramido de abatimiento.

La gente, ufana, se detuvo a mi alrededor. Me miraban. ¡Se reían! Todo en reposo. Me reconocí suspendido en el aire, el mismo que faltaba en mis pulmones. La cabeza empezó a darme vueltas, pero conseguí frenarla con las manos. Abrí los ojos y me convencí a las bravas: no era yo, era mi entorno el que giraba. Un torbellino de formas sin definir que aparecían incesantes a la misma velocidad en que eran engullidas. Cada vez, más rápidamente. Fugaces destellos. Venían a por mí. ¿Quiénes eran? Ellos.

Me vi en peligro. Señalado y solo. Desnudo, rodeado por una jauría de perros hambrientos. Querían devorarme y me sentía indefenso, incapaz, desprotegido, huérfano; otra vez.

Puse rodilla en tierra y algo me rozó el hombro, pero resistí el agravio. Firmemente, tomé las riendas y di la orden.

Orden.

De repente, todo se equilibró y me sentí recompensado. Francamente

recompensado.

Levanté la cabeza y descubrí sus caras. Asimilé cada rasgo, cada expresión taimada, cada sonrisa ajada y cada mirada. Les vi por dentro y me prometí ser la razón de su futura aflicción.

Conseguí dar un paso, y luego otro y otro a los que siguieron más, muchos más. Noté que se me hinchaban los pulmones y me cargaba de energía; en exceso.

No entendí otra manera que liberarla por los lacrimales y la boca.

—*Acta est, plaudite!!!*^[100] —grité con todas mis fuerzas—. *Acta est, plaudite!!!*

Y empecé a correr.



Hablemos de ruina y de espina

*Residencia de Augusto Ledesma
Barrio de Covaresa (Valladolid)
20 de mayo de 2011, a las 22:50*

Revestido de lamentaciones y sin consuelo. Agraviado. En tonos grises tirando a negros, había ido decorando esos mis últimos días.

Lo enmarqué todo en rojo durante mi huida, pero conseguí llegar a casa.

Un despojo.

El refugio es la excusa perfecta para el que fracasa.

Algo era cierto y me estalló en la cara: cuando por fin regresé de mi viaje al futuro, no encontré ningún presente que me consolara. Solo pasado. Sin corazón, sin razón, tratando de rellenar la vesania con postulados más tangibles, incomprensibles. Inalcanzables.

Aún sin digerir.

Todo lo demás era mentira. El engaño de mi propia vida, aquella burbuja incierta con envoltorio de dependencia. Tan influenciado que no fui sino su imagen distorsionada en un espejo hecho pedazos.

Ni siquiera me permitieron recoger los cristales; agonizarán como animales.

Ahora, hablemos, hermano.

Sé que no hubo abrazo en la despedida, no me dieron opción ni alternativa. Arrancaron mi piel a tiras y ya no hay remedio ni remiendo. Son vinagre y sal, yo soy ira. Haré de tu espina su ruina. Me he impuesto un castigo sin penitencia, a perpetuidad. Y no es propósito de enmienda, es la única verdad. Recorreremos de nuevo el camino, juntos, porque inherente es nuestro destino. Te robaron el cuerpo, te regalo mi alma. Viviré de tu recuerdo, vivirás en calma. Te llevaré conmigo allá donde vaya. Esta caja será tu morada y su música mi llamada. Seremos uno, como siempre, cada vez que la abra.

Tú mi cabeza y yo tu espada.

He de irme. Ya tengo lo que vine a buscar y no necesito más.

Trataré, mientras me sea posible, de mantener la cabeza lo bastante alta como para no ahogarme. El tiempo te ayudará, pero no hay tiempo para darte todas las respuestas del interminable porqué. Ya lo expresó Brian Molko, cantante de Placebo, pero tú nunca quisiste escucharle. Esta canción, *The Never-Ending Why*, es mi penúltimo regalo.

*The atom will implode,
the fragile kingdom fall,
the tremor becomes a quake,
and there's a body in the lake.*

*And as the two of us rebel,
and damn you all to hell.
I wonder if that's all there is.*

*Time will help you through,
but it doesn't have the time,
to give you all the answers,
to the never-ending why.*

*The sound of silence grows,
as spiders kisses lay,*

*the tumour becomes malign,
but the kids are doing fine.*

*And as the two of us rebel,
and damn you all to hell.
I wonder if that's all there is.*

*Time will help you through,
but it doesn't have the time,
to give you all the answers,
to the never-ending why.*

*Time will help you through,
but it doesn't have the time,
to give you all the answers,
to the never-ending why.*

*Time will help you through,
but it doesn't have the time,
to give you all the answers,
to the never-ending why.*

*Time will help you through,
but it doesn't have the time,
to give you all the answers,
to the never-ending why.*

*Time will help you through,
but it doesn't have the time,
to give you all the answers,
to the never-ending why.*



Con vivos, muertos

Ejemplar de El País, 26 de mayo de 2011

Detenido el exgeneral serbobosnio Ratko Mladić, principal acusado del genocidio en los Balcanes.

La policía serbia ha arrestado a Ratko Mladić, de 69 años, exgeneral serbobosnio buscado por la justicia internacional por el genocidio de Srebrenica, perpetrado en 1995. Fue hallado alrededor de las cinco de la madrugada por tres unidades especiales en la localidad de Lazarevo, en Voivodina, una provincia al norte de Serbia.

Mladić ha sido trasladado esta tarde al Tribunal Especial de Belgrado, donde estaba siendo interrogado por un juez. Sin embargo, el magistrado ha tenido que suspender el turno de preguntas debido a la «mala salud» del detenido. «Apenas podía responder», ha dicho uno de los abogados a Reuters.

Mladić había abandonado la sede de la Agencia de Inteligencia y había llegado al tribunal a las cinco de la tarde. Allí le tenían que leer los cargos presentados en su contra por el Tribunal Penal Internacional para la antigua Yugoslavia (TPIY). Tras este trámite, el tribunal deberá decidir si le extradita a La Haya.

El fiscal adjunto serbio para crímenes de guerra, Bruno Vekarić, ha adelantado: «Se deben presentar los cargos y tiene derecho a apelar el decreto de extradición». El proceso podría durar en torno a una semana.

Según la ley que rige la cooperación de las autoridades serbias con el TPIY, Mladić y sus abogados tendrán un plazo de tres días para apelar la orden de

extradición. Cuando la decisión judicial sea definitiva, el antiguo jefe militar podrá ser trasladado a Holanda, si bien la última palabra la tendrá el Ministerio de Justicia serbio.

Mladić habría sufrido un infarto cerebral durante los años que ha estado huido de la justicia y tiene inmovilizada una mano, según ha informado el diario serbio Blic. Según el ministro responsable de la búsqueda de criminales de guerra, Rasim Ljajić, se encontraba en una granja propiedad de un primo suyo en la localidad de Lazarevo. El exgeneral «estaba pálido, como si llevase encerrado durante un largo período de tiempo».

«Mladić tenía dos pistolas cargadas que no usó. Cooperó y no ofreció resistencia», ha dicho Ljajić, quien también ha explicado que el antiguo mando militar, buscado por crímenes de guerra y contra la humanidad, habló «con calma» con los agentes. Una fuente policial ha explicado que Mladić, que se ocultaba bajo el nombre de Milorad Komadic, fue sacado «esposado» de la vivienda.

Acusado de crímenes de guerra y contra la humanidad por el sitio de Sarajevo (1992-1996), Mladić era el muro contra el que Serbia había chocado hasta ahora en su intento de negociar la adhesión a la Unión Europea.

«Hemos cerrado un capítulo difícil de nuestra historia reciente. Creo que las puertas de nuestra integración europea se han abierto», ha dicho el presidente serbio, Boris Tadić, al anunciar la detención. Tadić ha informado además de que se ha iniciado el proceso de extradición al Tribunal Penal Internacional para la antigua Yugoslavia, con sede en La Haya. «Serbia habría comprendido la importancia de la reconciliación y optado por la senda de Europa», señalaron portavoces de la UE, poco antes de la confirmación oficial de la identidad de Mladić. «Por fin hay una oportunidad de hacer justicia», ha añadido Fogh Rasmussen, secretario general de la OTAN. Desde La Haya han agradecido la colaboración de las autoridades serbias mientras «esperan la llegada del acusado».

El presidente permanente del Consejo Europeo, Herman Van Rompuy, ha saludado la detención de Mladić y ha manifestado su esperanza de que sea «rápidamente» transferido al TPIY. La alta representante de la UE para la Política Exterior, Catherine Ashton, ha declarado que con el arresto «pronto se acelerará el proceso de integración de Serbia a la UE».

Para el presidente francés, Nicolas Sarkozy, el arresto constituye «una etapa más en la integración de Serbia en la Unión Europea». El presidente de EE UU, Barack Obama, ha declarado que hoy «es un día importante para las familias de las víctimas de Mladić».

El expresidente serbobosnio, Radovan Karadžić, también juzgado hoy en La Haya por crímenes en Srebrenica, se ha mostrado «desolado» por la detención de Mladić.

Informe negativo del TPIY

El hecho de que el relato de la detención de Mladić se centre en el futuro de Serbia es significativo. Todos los enviados especiales comunitarios a los Balcanes

han coincidido en el mismo extremo a lo largo del tiempo: la reconciliación será difícil, pero con Mladić en rebeldía, imposible. También llama la atención el hecho de que el militar, que llevaba una década burlando a sus captores, haya sido encontrado el día en que se conocía parte del informe elaborado por la fiscalía del TPIY sobre los esfuerzos para detenerle. De carácter periódico, dicho estudio volvía a calificar de «insuficientes» las maniobras de Belgrado para la captura, «una de las mayores obligaciones de Serbia».

No obstante y en un comunicado de prensa, el fiscal del TPIY, el belga Serge Brammertz, ha celebrado la captura de Mladić y ha afirmado que reconoce «el trabajo hecho por las autoridades serbias». «Hoy es un día importante para la justicia internacional», sigue la declaración de Brammertz. «El arresto de Ratko Mladić es una señal clara de que se ha afianzado el compromiso con la justicia criminal internacional». El acceso serbio a la UE es un asunto político, pero las opiniones de Brammertz son relevantes. Sobre todo para países como Holanda, opuesta hasta la fecha a cualquier avance comunitario sin un arresto previo del prófugo. Esta vez, sin embargo, Belgrado ha encontrado a su presa, que deberá ser entregada lo antes posible.

Casi septuagenario, en la hoja de servicios de Ratko Mladić, el militar más brillante de su generación, destacan dos acciones calificadas como los peores delitos posibles: el genocidio y los crímenes contra la humanidad. El caso de Srebrenica se ha hecho tristemente célebre en la historia reciente de Europa. Las tropas a su mando asesinaron a cerca de 8000 varones musulmanes en 1995 en una localidad protegida por cascos azules holandeses. La tragedia marcó a Holanda, acusada de no haber sabido defender a los civiles. De ahí la negativa sistemática de sus gobiernos de atender la llamada de Belgrado a la UE mientras Mladić no apareciera.

Sarajevo y Srebrenica

Por otro lado, la relevancia de Srebrenica, el crimen de los crímenes, tal vez haya oscurecido algo los demás cargos de crímenes de guerra y contra la humanidad. Pero el cerco de Sarajevo, que los resume, fue el peor de la historia moderna. Se prolongó durante cuatro años, y al final, la ciudad asediada sumó 12 000 muertos y 50 000 heridos. En conjunto, las acusaciones contra Mladić recogen «el plan de eliminar a todos los bosnios musulmanes, y a los croatas, del territorio de Bosnia Herzegovina».

Las últimas imágenes del antiguo general datan de 2009, cuando paseaba con su familia por la nieve y se dejó filmar en un vídeo casero. Su arresto cierra casi el círculo de prófugos internacionales. En 2008 fue detenido su jefe político, el expresidente serbobosnio Radovan Karadžić. De modo que solo queda un fugitivo. Es el político serbio Goran Hadžić, que fuera presidente de la República Serbia de Krajina durante la guerra de Croacia. Se le acusa de crímenes de guerra y contra la humanidad. En especial, de la muerte de 250 pacientes croatas del hospital de Vukovar.



Banda sonora

1. VNV Nation: *Control*.
2. Zoé & Bunbury: *Nada*.
3. Litfiba: *El Diablo*.
4. Giuseppe Verdi: *Réquiem*, «*Dies irae*».
5. Plastic Bertrand: *Ça plane pour moi*.
6. Quique González: *La ciudad del viento*.
7. Iván Ferreiro: *Días azules*.
8. Love of Lesbian: *La niña imantada*.
9. R. E. M.: *Drive*.
10. Solar Fake: *More than This*.
11. The Cure: *Lullaby*.
12. Depeche Mode: *Black Celebration*.
13. Vetusta Morla: *Los días raros*.
14. Johann Sebastian Bach: *Partita número 2 en re menor*, «*Zarabanda*».
15. The Waterboys: *Fisherman's Blues*.
16. Muse: *City of Delusion*.
17. Bunbury: *Cementerio en mis zapatos*.
18. Rammstein: *Te quiero, puta*.
19. Placebo: *The Never-Ending Why*.



Poemario

Afrodita. *A María Fernanda, mi dulce estreno.*

*Cuando la Sirena busca a Romeo,
de lujuria y negro tiñe sus ojos,
su canto no es canto, solo jadeo.*

*Fidelidad convertida en despojos
a la deriva en el mar de la ira,
varada y sin vida entre los matojos.*

*No hay semilla que crezca en la mentira
ni mentira que viva en el momento
en el que la sogá juzga y se estira.*

*Tejeré con la esencia del talento
la culpabilidad de los presuntos.
Y que mi sustento sea su aliento.
Caminaré entre futuros difuntos,
invisible y entregado al delirio
de cultivar de entierros mis asuntos.
Afrodita, nacida de la espuma,
cisne negro condenado en la bruma.*

Clitemnestra. *A Mercedes Mateo, mi madre, a quien tanto odié.*

*Camino del corazón al pasado,
camino arrastrando el tiempo y el peso,
camino al ritmo de un reo ahorcado.*

*Me empeño en recordar un solo beso
un solo instante, un solo momento
y, si lo recuerdo, yo lo hago preso.*

*Fuerzo la marcha, contengo el aliento
para poder encontrar las razones
que den sentido a este sentimiento*

*de vacío sin dolor ni cuestiones,
de ternura insípida con aliño,
de conflicto sincero hecho jirones.*

*Tropiezo en mi vida cuando era niño,
me mató tu aguja, tu odio con saña.
Enterraste a mi alma; yo, a mi cariño.*

*Como Orestes, vendré con mi guadaña
a llevarme el tesoro, alimaña.*

Moiras. *A Martina Corvo, mi respetada erudita.*

*Tres hermanas marcarán tu camino.
Dueñas del aliento de los mortales,
hilanderas voraces del destino.*

*Cloto: tenaz tejedora de males.
De mueca hueca con su rueca greca.
Fatales serán sus hebras neutrales.*

*Láquesis: medidora aciaga y clueca.
Longevidad, la dicha o la desdicha.
En sus manos, tu vida plena o hueca.*

*Átropos: implacable y cruel bicha.
De oro forja sus tijeras de muerte.
Finaliza el juego si mueve ficha.*

*Sobre un lecho, he definido tu suerte
e, inmune al fátum que ya estaba escrito,
hago inmortal a tu recuerdo inerte.
Que estos versos no sacien mi apetito
Que este poema no encubra el delito.*

Fortuna. *A Jesús Bragado, un simio sin suerte.*

*El primero por Cupido.
El segundo por encargo.
El tercero por querido.*

*La grande nunca descuido.
Pienso con arte el descarte
Si tú pasas, yo te envido.*

*¡Juega!, que no me he rendido.
Tuya la chica con pares,
y juego ya te he vencido.*

*Sumando ya me he salido.
Se terminó la partida,
ganar yo nunca he sabido.*

*De rojo y bala el tapete he teñido.
Con este órdago, ya me despido.*

De semillas, tallos y flores. A Mario Almeida, víctima inmortal por causas naturales.

*Nada se sujeta sin cimientos.
Nada se consolida en ausencia de argumentos.*

*Una semilla estéril,
desarraigada, olvidada
no será sino débil.*

*Un tallo torcido,
desmotivado, abandonado
no será si no ha sido.*

*Una flor desnuda,
desprotegida, consumida,
no será sino menuda.*

*Así es un jardín sin jardinero,
y así crecerá lo que sembremos.*

*Una semilla prolija,
enraizada, considerada,
así será: lo que elija.*

*Un tallo derecho,
levantado, preparado,
así será: del dicho al hecho.*

*Un flor radiante,
distinguida, reconocida,
así será: un diamante.
Así es un jardín con jardinero,
y así crecerá lo que sembremos.*

*Todo se sujeta en cimientos.
Todo se consolida en presencia de argumentos.*

A saltos voy, a rastras vengo. A Danilo Gaspari, víctima de su codicia.

*A saltos voy,
a rastras vengo.*

*Alguien vació las entrañas ajenas
pensando que, sin dolor,
sin horror,
roía al reo las penas.*

*A saltos voy,
a rastras vengo.*

*Alguien se colmó de extrañas escenas
creyendo que, con risas,
con prisas,
raía al preso las venas.*

*A saltos voy,
a rastras vengo.*

*Ninguno pidió cadenas.
Ninguno pensó condenas.
Alguno pedirá la cena.
Alguno pagará la quema.
A saltos voy,
a rastras vengo.*

Rabia prisionera liberada. *A Drago Obućina, mi admirado mercenario enamorado.*

*Furia contenida, desbocada.
Miedo a todo, miedo a nada.*

*Un deseo, un mareo;
donde las caras no tejen rostros descosidos.
Una idea, una platea;
donde la masa manda sin sentido.*

*Rabia prisionera, liberada.
Coraje cobarde, valentía apocada.*

*Un paseo, un rodeo;
donde uno es cualquiera y muchos la guerra.
Una marea, una pelea;
donde dos son peligro y tres... ¡cuerpo a tierra!*

*Furia contenida, desbocada.
Miedo a todo, miedo a nada.*

*Cuerpos sin almas, bandas con armas.
Que defienden amores, desteñidos temores,
de comprada apariencia, con divisa de violencia.
Rabia prisionera, liberada.
Coraje cobarde, valentía apocada.*

Sereno, obsceno, veneno. *A Stefania Gaspari, a quien no pude salvar.*

*Aun cuando no quisiera ser aquel hombre de relleno.
Aun cuando rebosara en mis cuencas vacías el color
metálico, y saboreo en mis papilas el plasma mecánico
que se precisa en extraño rubor y falso entraño dolor.
Y querrás palpar mi anzuelo: sereno.*

Aun así, fui leal, soy firme y seré tenaz en mi anhelo.

*Aun así, serás tú quien persiga el olor de mi sombra
mirando año tras año al inerte sol del dulce engaño
que se refleja en este bermellón baño de daño y paño.
Y querrás ver mi señuelo: obsceno.*

*Así, sin más, te darás cuenta de lo que nunca sabrás.
Así, sin más, abrirás los ojos y estarás tan ciego
como el borrego que mira a la soga con sosiego,
sintiendo cómo su balanceo es el ritmo del apego.
Y querrás tener mi consuelo: veneno.*

*Y seré tus lágrimas.
Y serás mi pañuelo.*

Minotauro. *A Adelpho della Valle, el más necios de los iletrados.*

*Abrazando conciencias,
queriendo llegar a entender la diferencia.
Cuando nunca está ni estuvo; cuando ni la habrá ni la hubo.*

*Y, de repente, surge un nuevo yo; irreconocible,
pisando aquellas flores, centenares, miles.
Regando rastrojos, segando jardines,
haciendo mías sus causas más viles.*

*Arrojando violencia,
buscando el candor de aquella inocencia.
Cuando siempre quiso; cuando guisó el guiso.*

*Y vuelta a empezar, mirándome al espejo,
reconstruyendo lo nuestro, ya neutro, en punto muerto.
Plantando columnas, cimentando cielos,
haciendo tuyas mis causas, mis miedos.*

*Arrastrando existencias,
como anhelando salir del laberinto de las consecuencias.
Cuando, a veces, soy Dédalo y, a veces, Teseo.*

De alas y lágrimas. *A Chiara Trebbi, mi musa.*

*Robé sus alas y comprobé que no estaban hechas sino
de crueles sentencias que adornaron mis laureles
de brutales carencias,
de banales presencias,
de reales apariencias y letales creencias.
No tuve clemencia aun en este estado de demencia.*

*Todo ángel es terrible
y, sin embargo, lloré tu ausencia.*

*Robé sus alas y comprobé que no estaban hechas sino
de claveles arrancados que adornaron mis burdeles
de sentimientos acorchados,
de argumentos abultados,
de aspavientos adornados y desalientos desbocados.
No estoy aborregado aun en este estado enajenado.*

*Todo ángel es terrible
y, sin embargo, lloro apartado.*

*Robé sus alas y comprobé que no estaban hechas sino
de fieles armaduras que adornaron mis cuarteles
de bondadosas censuras,
de cautelosas caricaturas,
de sinuosas conjuras y suntuosas conjeturas.
No tendré atadura aun en este estado de locura.*

*Todo ángel es terrible
y, sin embargo, lloraré con amargura.*

*Robé sus alas,
pagaré con lágrimas.*



Nota del autor

Estimado lector o lectora:

Dies irae es la segunda entrega de la trilogía *Versos, canciones y trocitos de carne*. En ella he tratado de dar explicación a algunas de las incógnitas que quedaron sin despejar en *Memento mori* y, como no podría ser de otra forma, avanzar en un argumento tejido con medias mentiras y dobles verdades. El desenlace de la historia verá la luz próximamente en *Consummatum est*. Confío en que sigas con tantas ganas de leerlo como yo tengo de contártelo.

Sin embargo, en *Dies irae* se relatan hechos que, aunque parezcan sacados de una novela de terror, son tristemente veraces. Me refiero a los acontecimientos que sacudieron no hace demasiado tiempo la antigua Yugoslavia, sembrando de horror y muerte la vieja Europa; otra vez.

No sabría decir si fue por la proximidad en el tiempo o por la repercusión mediática que tuvo este conflicto, pero es un hecho que esta lucha encarnizada entre vecinos que llevaban conviviendo durante décadas me dejó una huella indeleble de la que no he podido escapar frente al teclado.

La historia se repite, una frase tan recurrente como cierta. En Ruanda pueden confirmarlo los que sobrevivieron a una locura genocida que se desató en 1994 llevándose por delante casi un millón de vidas (casi todas de tutsis, a manos de los hutus).

Y siempre sucede de la misma forma. En Siria, en la actualidad, suníes y chiíes también pueden dar fe de ello. Porque hasta que no concluye un

conflicto bélico de tal complejidad y tamaño dimensión no da comienzo la búsqueda de los motivos. Razones que nos permitan explicar a las siguientes generaciones el porqué de la deshumanización de los humanos. Nunca antes. Y a nadie se le escapa que en este teatral proceso irracional, tendemos a subrayar la barbarie de unos al tiempo que minimizamos la de otros. Así, como sucedería en una gran composición pictórica, ningún espectador sería capaz de entender un cuadro examinando un único trazo —como fue la cruel matanza de Srebrenica—; la interpretación correcta solo se produce si se aprecia el conjunto de todas las pinceladas que, como sucede en *Dies irae*, se suelen quedar en la paleta del pintor.

Por ello, tengo la absoluta necesidad de asegurarme de que la descripción de los hechos mencionados en esta novela no contribuyen a distorsionar aún más una realidad sesgada. No hacerlo sería una gran irresponsabilidad. Así pues, me permito aprovechar estas últimas páginas para terminar de pintar el cuadro de Srebrenica, sin pretender, bajo ningún concepto, justificar una masacre tan brutal.

El fondo del lienzo es desmesuradamente caótico, como si hubiera sido el fruto de la forzada unión entre *El jardín de las delicias* del Bosco y *El gran paranoico* de Dalí. Compuesto por una amalgama de distintas tonalidades cromáticas dispuestas sin orden ni concierto y, sin embargo, armónico. Así era la Yugoslavia de finales de los años ochenta: un conjunto de entidades nacionales diversas que convivían preservando su identidad propia sin necesidad de imponerse a la de sus vecinos. Hasta que alguien decidió que sus colores debían tener más presencia en el cuadro y empezaron las discrepancias en forma de movimientos independentistas. Frente a ellos, los que habían nacido y crecido en Yugoslavia, habiéndose formado un vínculo de pertenencia con un país cuya existencia se veía seriamente amenazada por unas minorías insatisfechas.

Además, habría que tener en cuenta un factor de peso desde la óptica serbia: la memoria histórica. Serbia fue duramente castigada durante la Segunda Guerra Mundial por la Alemania nazi, cuyos aliados y ejecutores de la brutal represión llevada a cabo en los Balcanes fueron los croatas fascistas de la Ustacha (lo cual no quiere decir que todos los croatas apoyaran el fascismo). Cincuenta años después, una Croacia bien apoyada por la recién

unificada Alemania es la que lidera la corriente opositora al centralismo serbio en contra de la última Constitución yugoslava de 1974. El texto recogía el derecho de autodeterminación de las seis naciones constituyentes (croatas, macedonios, musulmanes, serbios, eslovenos y montenegrinos) y la disolución del Estado federal en caso de que todos estuvieran de acuerdo. Los serbios, montenegrinos y macedonios no lo estaban, pero esto nunca fue tenido en cuenta por la comunidad internacional.

Llegados a este punto, es necesario apuntar que la caída de la Unión Soviética provoca el desinterés de Occidente por preservar la existencia de la República Federal Socialista de Yugoslavia, un Estado federal liderado por serbios, «demoníacamente» rusófilos desde la perspectiva estadounidense. Consecuentemente, la maquinaria propagandística se puso en marcha con el claro propósito de construir la imagen de los serbios portando el tridente endiabrado, reservando para croatas y bosnios las angelicales alas y el arpa celestial. ¿O no es así, estimado lector o lectora, la forma en la que viste durante el conflicto a unos y a otros?

Como decía con anterioridad, la historia se repite: los iraquíes con su arsenal de armas de destrucción masiva también pueden dar fe de ello.

Volviendo a la propia masacre de Srebrenica, habría que entender, desde el punto de vista táctico, que los mandos militares serbobosnios no consintieran que la OTAN les impusiera la existencia de cinco enclaves enemigos tras su línea de frente. Uno de ellos era Srebrenica. Tampoco sería complicado de comprender el deseo de los serbios por terminar con las matanzas que los bosnios al mando de Naser Orić y otros grupos de muyahidines llevaban perpetrando desde el año 1992 contra los serbios que vivían en poblaciones próximas al mencionado enclave musulmán. Algunos historiadores revisionistas aseguran que el número de ejecuciones de bosnios en Srebrenica no fue superior a las que sufrieron los serbios, aportando pruebas que ponen de manifiesto las irregularidades en la elaboración de las listas de muertos. Sin querer entrar en la batalla de cifras, parece probado que en Srebrenica no podría hablarse de millares, sino de cientos de ejecuciones sumarias.

Por último, pero no menos revelador, habría que señalar que el mayor episodio de limpieza étnica en los Balcanes fue protagonizado por los croatas

en Eslavonia Occidental y Krajina, asesinando en apenas ocho semanas a un número no inferior a dos mil quinientos civiles serbios, incluyendo ancianos, mujeres y niños. Esto aconteció solo un mes antes de que se produjera la matanza de Srebrenica, pero en su día a los medios de comunicación que cubrían el conflicto no les pareció oportuno sacarlo a la luz.

Actualmente, nadie escribe sobre ello porque a nadie le interesa.

Como diría Augusto: *Verbum vincet*^[101], pero solo a veces.

Hoy, día 13 de noviembre de 2012, quiero expresar mi más sincero agradecimiento a las siguientes personas:

A Jon Sistiaga, por concederme el enorme privilegio de firmar las primeras páginas de esta novela. Pocos mejor que tú sabrían pintar el cuadro que antes mencionaba. Tu libro *Ninguna guerra se parece a otra* debería ser de obligada lectura en las universidades de Periodismo.

A mi editorial, Suma de Letras, por otorgarme el privilegio de llegar a muchos lectores. Gonzalo, Marta, Pilar, Patricia, Mónica y Pablo, muchas gracias por vuestro esfuerzo, ilusión y derroche. Y a la red comercial de Santillana por pelear en la calle, sé muy bien lo difícil que es.

A Michael Robinson, por vaciarte en el empeño. Difícilmente podré devolverte una pequeña parte de todo lo que me estás aportando.

A Diego Zarzosa, por ayudarme a avanzar, empujando como Barbarian que eres.

A Luis Requena, por tu inquisitoria labor en la corrección y tu cabalmente adulterada visión argumental.

A mi hermano Javi, por tu tamizado científico en el uso del lenguaje cervantino.

A Urtzi, el alma de Ramiro Sancho, por acudir siempre a mi llamada. Un tipo de ley.

A Carlos de Francisco, por tu virtuosismo tras el objetivo y por tanto esfuerzo derrochado persiguiendo un sueño que ya has alcanzado. Enhorabuena.

A Miguel del Nogal, psicólogo, por ayudarme a diseccionar la mente de Augusto Ledesma.

A Carlos Granados, especialista balcánico, por aportarme esa visión que solo tienen los que estuvieron.

A Enrico Ravazzola, *caro amico* juventino, por redescubrirme la magia de Trieste y por hacerme sentir la *Storia di un grande amore*.

A Katerina Yarotskaya, traductora de ruso, por enriquecer el vocabulario materno de Carapocha.

A mi hijo Hugo, por regalarme el día en un abrazo y alentar mis noches con tus sueños.

A mis padres, por la educación que me brindaron.

A Enrique Bunbury por su música y por su apoyo en la Red, no me quedan días suficientes para agradecerte cada mención que haces. Quizá algún día, de cantina en cantina.

A todos los grupos que participan en la banda sonora de este libro y de manera efusiva a Vetusta Morla, por inspirarme en cada capítulo con sus evocadoras canciones.

Y obsesivamente a ti, lectora o lector, porque sin ti ninguna palabra tendría sentido, ninguna frase valor y ningún capítulo habría existido. Espero que hayas disfrutado, ardo en deseos de conocer tus impresiones. ¡Cuéntamelas! ¡Ya sabes dónde encontrarme!

Gracias por leerme, de todo corazón.

Hasta pronto.

César Pérez Gellida



CÉSAR PÉREZ GELLIDA. Nació en Valladolid en 1974. Es Licenciado en Geografía e Historia por la Universidad de Valladolid y Máster en Dirección Comercial y Marketing por la Cámara de Comercio de Valladolid. Ha desarrollado su carrera profesional en distintos puestos de dirección comercial, marketing y comunicación en empresas vinculadas con el mundo de las Telecomunicaciones y la Industria Audiovisual hasta que en 2011 decidió trasladarse con su familia a Madrid para dedicarse en exclusiva a su carrera de escritor.

César Pérez Gellida irrumpió con fuerza en el mundo editorial con *Memento mori*, que cosechó grandes éxitos tanto de ventas como de crítica y obtuvo el premio Racimo de literatura 2012. Constituía la primera parte de la trilogía *Versos, canciones y trocitos de carne*, que ahora tiene su continuidad con *Dies irae* y que se cierra con *Consummatum est*.

Notas

[1] Siglas del Vojska Republike Srpske, traducido del serbio al castellano como «Ejército de la República Srpska». <<

[2] Político conservador holandés con una dilatada carrera como ministro de Asuntos Exteriores y comisario de Asuntos Exteriores para la Unión Europea. Intervino como negociador durante la guerra de los Balcanes. <<

[3] Bebida alcohólica casera. Es una variante del rakia que se obtiene a partir de la destilación de distintas frutas fermentadas y es muy popular en la zona de los Balcanes. <<

[4] La conversación entre el coronel Karremans y el general Mladić que se relata en el capítulo está traducida literalmente de una compilación a partir de varios fragmentos de la misma grabados en vídeo a los que ha tenido acceso el autor. <<

[5] Plato típico de la cocina tradicional estonia consistente en carne de cerdo deshuesada y cocida en jalea. <<

[6] Término con el que se define un tipo de artesanía tradicional rusa que consiste en pintar a mano distintas piezas elaboradas en madera. <<

[7] Término con el que se define un tipo de cerámica tradicional rusa que se caracteriza porque los distintos objetos están pintados en azul sobre blanco.

<<

[8] Término con el que denominan de forma despectiva los rusos de raza eslava a los habitantes de la zona del Cáucaso por el oscuro color de su piel.

<<

[9] Pareja de asesinos en serie canadienses a los que se les atribuye la violación y asesinato de tres adolescentes, incluida la hermana pequeña de Karla Homolka. Según confesó ella, lo hacían para «compensar» a su marido por el hecho de que la mujer no hubiese llegado virgen al matrimonio. <<

[10] «Estupendo» o más coloquialmente «cojonudo» en ruso. <<

[11] Conjunto de calles cercanas a Piazza Garibaldi en las que se aglutina la mayor parte de la población de origen balcánico que habita en la ciudad de Trieste. <<

[12] Fármaco antidepresivo del grupo de las fenilpiperacinas e inhibidores de la recaptación de la serotonina por la membrana presináptica neuronal. Posee un intenso efecto sedante e hipnótico. <<

[13] Fármaco derivado de la benzodiazepina con propiedades ansiolíticas, miorelajantes, anticonvulsivantes y sedantes; sus nombres comerciales más conocidos son diacepín, valium y metildiazepinona. <<

[14] Concepto político por el que se define en alemán una serie de territorios nacionales con un común denominador de origen germanófilo y que estarían situados entre la Europa oriental y la occidental. <<

[15] Expresión latina atribuida a Julio César que se traduce al castellano como:
«El águila no atrapa moscas». <<

[16] Nombre con el que se conoce popularmente al grupo paramilitar Srpska Dobrovoljacka Garda (SDG), la Guardia Serbia Voluntaria, fundado por Željko Ražnatović, más conocido como Arkan. <<

[17] Adaptación del lema de los Borgia: Aut Caesar, aut nihil («O César, o nada»). <<

[18] Marca comercial de un anestésico general inhalatorio de acción rápida compuesto por sevoflurano líquido. <<

[19] Marca comercial de un anestésico general inhalatorio compuesto por isoflurano líquido. <<

[20] Expresión latina que se traduce al castellano como: «Para la eternidad».

<<

[21] Rudolph W. Giuliani, alcalde de Nueva York desde enero de 1994 hasta diciembre de 2001. <<

[22] «¡Estupendo!» en ruso. <<

[23] Nombre comercial de un antipsicótico cuyo componente principal es el litio. Muy habitual en los tratamientos de los trastornos bipolares. <<

[24] Calle en la que estaba situado el cuartel general de la Stasi, hoy reconvertido en un museo. <<

[25] Acrónimo que se utilizaba para denominar en ruso a la Dirección General de Campos de Trabajo, una rama del NKVD (policía del Estado) que dirigía el sistema penal de los campos de trabajos forzados en la Unión Soviética. <<

[26] Durante el conflicto bélico contra Serbia (1992-1995), el ejército bosnio recibió la ayuda de cientos de voluntarios musulmanes llegados del extranjero para hacer la Yihad o Guerra Santa contra los enemigos del islam.

<<

[27] Expresión latina que se traduce al castellano como: «Después de la muerte, nada; y la propia muerte, nada». <<

[28] El edificio más alto de Belgrado, con una altura de 115 metros. Fue parcialmente destruido en 1999 durante las operaciones militares de la OTAN por el conflicto de Kosovo y reconstruido en 2003. Se le añadieron dos plantas más, con lo que alcanzó una altura de 141 metros incluyendo la longitud de la antena de comunicaciones. <<

[29] Organización nacionalista de extrema derecha fundada en Croacia, en 1929, por Ante Pavelić. Sus miembros, que se consideraban de ascendencia germánica, intentaron imponer sus criterios de supremacía étnica en los Balcanes mediante el terrorismo y la violencia extrema. <<

[30] «Cabrón» en ruso. Palabra conformada por las siglas de Lyubyashii obsasivat jui («al que le gusta chupar pollas»). <<

[31] Compositor nacionalista húngaro de estilo wagneriano nacido en Eslavonia Oriental, actual territorio de Croacia. <<

[32] «Maldita sea» en ruso. <<

[33] «Putas» en ruso. Expresión que se utiliza coloquialmente como «mierda» o «joder». <<

[34] «Suerte» en serbio. <<

[35] Pronunciación en serbio de Takoja, que significa «así es». <<

[36] Traducido del alemán: «La demente». <<

[37] Siglas con las que se conoce popularmente al servicio secreto británico (SIS: Secret Intelligence Service). <<

[38] Siglas con las que se denominaba popularmente al servicio secreto de la RFA (Bundesnachrichtendienst). <<

[39] Plato típico de la cocina serbia que consiste en una mousse de queso de oveja que se degusta sobre un trozo de pan de harina de maíz. <<

[40] Aguardiente de ciruela muy típico en Serbia que se bebe entre plato y plato. <<

[41] Platos típicos de la cocina serbia consistentes en brochetas de carne de cerdo y de cordero condimentadas con especias. <<

[42] Traducido del ruso: «aceleración». <<

[43] Partido Comunista de la Unión Soviética. <<

[44] Siglas con las que se conocía el Sluzhba Vneshney Razvedki (Servicio de Inteligencia Extranjera). <<

[45] Siglas con las que se conocía la Federalym Agentstvom Pravitel Stvennoi svayzi i Informatsii (Agencia Federal de Comunicación e Información Gubernamental). <<

[46] Región poblada por mayoría albanesa situada al sur de Serbia con un estatus especial de provincia autónoma y cuya ciudad principal es Pristina.

<<

[47] Región poblada por mayoría serbia situada al norte de Serbia con un estatus especial de provincia autónoma y cuya ciudad principal es Novi Sad.

<<

[48] Entidad territorial de mayoría serbia autoproclamada dentro del territorio de Croacia en 1991 sin el reconocimiento internacional como respuesta a la autodeterminación independentista de Croacia. <<

[49] Territorio de mayoría serbia que conformó, junto con la República Federal de Bosnia y Herzegovina, la Federación Bosnia y Herzegovina tras los acuerdos de Dayton firmados después de la guerra de Bosnia, en 1995. <<

[50] Traducido del serbio: «Agencia de Información de Seguridad» (BIA). <<

[51] Calle de Belgrado en la que se concentran todas las tiendas y principales marcas comerciales de la ciudad a lo largo de un kilómetro. <<

[52] Traducido del croata al castellano como «Consejo Croata de Defensa».

<<

[53] Traducido del croata al castellano como «Fuerzas Croatas de Defensa».

<<

[54] Traducido del bosnio al castellano como «Ejército de la República de Bosnia y Herzegovina». <<

[55] Traducido del serbio al castellano como «Águilas Blancas». <<

[56] Traducido del bosnio al castellano como «Boinas Verdes». <<

[57] Siglas de United Nations Protection Force (Fuerza de Protección de las Naciones Unidas). <<

[58] Líder político de los serbios de Bosnia. <<

[59] «¡Mierda! ¡¡Maldito sea ese bastardo genocida!! ¡¡Maldita sea mi puta vida!!». <<

[60] Expresión latina que se traduce al castellano como «Nunca hagas cosquillas a un dragón dormido». <<

[61] Expresión latina que se traduce al castellano como: «Retirada la causa, desaparece el efecto». <<

[62] Instalaciones del Cuerpo Nacional de Policía en las que se encuentran las Comisarías Generales de cada especialidad policial: Policía Judicial, Información, Extranjería, Documentación y Fronteras, Policía Científica y Seguridad Ciudadana. <<

[63] Expresión latina que se traduce al castellano como: «De una [decisión, instante preciso] depende la eternidad». <<

[64] Famoso piloto triestino de motociclismo conocido como «El Barba». <<

[65] Expresión triestina que podría traducirse al castellano como «Que te den». <<

[66] Traducido del serbio: «martillo». <<

[67] «Vete a tomar por culo» en ruso. <<

[68] Café solo largo con una gota de leche servido en un vaso de vidrio que le da nombre (bicchiere: in bi). Es exclusivo de la ciudad de Trieste. <<

[69] Café solo muy concentrado servido en taza pequeña. <<

[70] Plato típico del Friuli-Venezia Giulia, originario de los Balcanes, compuesto principalmente por salchichas elaboradas con carne picada de vacuno o de cerdo condimentadas con especias algo picantes. <<

[71] Plato típico del Friuli-Venezia Giulia, originario de Hungría, compuesto por un guiso de carne de vacuno, cebolla, pimiento y pimentón. <<

[72] Expresión triestina que se traduce al castellano como «Ir de bares». <<

[73] Traducido del triestino: «Puede ser». <<

[74] Formación propia del rugby en la que los jugadores de ambos equipos se disputan la posesión del balón sin utilizar las manos. <<

[75] «Hijo de puta» en ruso. <<

[76] Don del clan de los Gambino que ocupó el puesto de Paul Castellano tras el asesinato de este. De él se dice que fue el último padrino de Nueva York. Murió en prisión de un ataque cardíaco en el año 2002. <<

[77] Expresión latina que se traduce al castellano como: «Corres bien, pero por el camino equivocado». <<

[78] Hace referencia al gol anulado a la Roma durante un partido por la disputa del campeonato de 1980-1981. El árbitro anuló dicho gol legal al jugador de la Roma Maurizio Turone a instancias de su juez de línea después de haber validado el tanto. Esto dio el título al conjunto juventino y generó mucha polémica en todo el país, que puso en entredicho la legitimidad de ese *scudetto*. <<

[79] Término con el que se define el movimiento incontrolado de los músculos como consecuencia del paso de la corriente eléctrica a través de ellos. <<

[80] Expresión latina atribuida a Hipócrates que se traduce al castellano como:
«El arte es largo (eterno); la vida, breve». <<

[81] Formación propia del rugby en la que el equipo que tiene la posesión del balón se agrupa y agarra para avanzar metros empujando al tiempo que el contrario hace lo propio para evitarlo. <<

[82] Localidad situada 86 kilómetros al sureste de Belgrado en la que está emplazado el complejo industrial Zastava, dedicado a la producción de armamento militar y de vehículos bajo la marca Yugo. Pertenece a Fiat Group desde 2009. <<

[83] Centro Elaborazione Dati. <<

[84] Museo de Arte Contemporáneo de Berlín. <<

[85] Término coloquial utilizado en ocasiones de forma despectiva para definir a los habitantes de la Italia meridional. Proviene de *teróne*, con el que se definía en el siglo XVII a los terratenientes latifundistas. <<

[86] «Bravo», «fenomenal» en ruso. Usado para expresar admiración relacionada con un trabajo. <<

[87] Tipo de uva originaria de Montenegro y predominante en la elaboración de vinos de la zona. <<

[88] Ritual conocido popularmente como «mal de ojo», una creencia muy extendida en el mundo ortodoxo. La persona que lo sufre queda sometida a una maldición perpetua y continua. <<

[89] Político fundador de la Liga Democrática de Kosovo y primer presidente de la autoproclamada República de Kosovo. Ni las amenazas de Milošević ni los atentados ni el cáncer le hicieron ceder en su defensa de los intereses de la comunidad albanesa de la zona. <<

[90] «Exacto» en ruso. <<

[91] Siglas en albanés con las que se conocía a la organización paramilitar Ushtria Çlirimtare Kombëtare (Ejército de Liberación de Kosovo), considerado por muchos un grupo terrorista que luchó contra los intereses de Serbia en Kosovo. <<

[92] Conjunto de técnicas presentes en algunas artes marciales orientales que consisten en la manipulación de los puntos de presión del oponente con el objeto de controlar o provocar su pérdida de conciencia. En Japón, se conoce como Kyusho Jitsu. <<

[93] Traducido del serbio: «Los Chacales». Grupo paramilitar serbio que participó activamente en la guerra de Kosovo. <<

[94] Expresión latina que se traduce al castellano como: «De la cabeza a los pies». <<

[95] Expresión latina atribuida a Séneca que se traduce al castellano como:
«Conócete a ti mismo». <<

[96] Expresión latina que se traduce al castellano como: «Permanecen unidos». <<

[97] Término con el que se define el aumento anormal de la sensación de sed.

<<

[98] Traducido del albanés: «Madre». <<

[99] Término con el que se conoce a la corriente folclórica, muy popular en los Balcanes, que se nutre de letras de canciones tradicionales para adaptarlas a ritmos más contemporáneos. <<

[100] Expresión latina atribuida al emperador Octavio Augusto en su lecho de muerte que se traduce al castellano como: «La comedia ha terminado, aplaudid». <<

[101] Expresión latina que se traduce al castellano como: «La palabra vence».

<<

[*] Personaje real. <<

[**] Personaje real. <<

[*] Esto es un gazapo del autor. Las mujeres no tienen nuez. Según la acepción 3 del *Diccionario de la lengua española (DRAE)*:

Nuez: 3. f. Prominencia que forma el cartílago tiroides en la parte anterior del cuello del **varón** adulto.

(N. del editor digital). <<

[*] Esto es un gazapo o incongruencia de fechas por parte del autor. En el primer libro de la serie, *Memento mori* en el penúltimo capítulo se da el siguiente dialogo entre Carapocha y Augusto Ledesma:

—Diría que **es el año 1983 o 1984** y el lugar ya lo habrás reconocido. Efectivamente, es una foto de la puerta de los elefantes, donde tú y yo quedábamos. El del pelo blanco soy yo y la niña a la que estoy besando es mi hija **Erika con unos trece o catorce años**.

—Muy tierna la escena, sí —ratificó con fingida ternura girándose hacia Carapocha—. ¿Y?

—Tú la conoces como Violeta.

Se deduce por tanto que Erika debe haber nacido en 1970. (N. del editor digital). <<